

Textos Introdutorios

Obra

Léon Denis

EL GENIO CELTA Y EL MUNDO INVISIBLE

*Extraído del libro de Henri Regnault – La Muerte No Existe
(Basado en las Obras de León Denis)*

Traducción de Teresa

“El Genio Celta y el Mundo Invisible” no es una obra para ser leída por principiantes, sino que los que ya conocen los libros de Léon Denis piensan, sin duda, como yo, que ese trabajo es la apoteosis del pensamiento del Maestro.

Esa obra apareció a finales de junio de 1927 y fue concluida antes de la muerte de Léon Denis, cuyo último pensamiento fue para ese libro.

El 12 de abril de 1927, antes de morir, él expresaba así su tristeza: - “Qué pena que mi libro no haya aparecido”.

Le preguntó a la religiosa que venía a asistirlo con inyecciones dos veces al día:

- ¿De qué región es usted?
- No tenemos país, contestó ella.

Como él insistiese, ella respondió:

- Soy del Departamento de Loira.
- Eso me alegra, le dijo él, es uno de los antiguos santuarios celtas, una región de grandes bosques, de florestas. Y, volviéndose para Gastón Luce, añadió:

- Mire, Luce, mi libro viene en el momento oportuno. Él ha venido de lo Alto. (123)

(123) Ver “Revue Spirite”, mayo, 1927.

En ese libro, Léon Denis, una vez más reconoce que su obra es debida, principalmente, a la colaboración de sus amigos invisibles.

“Por inspiración del Espíritu de Allan Kardec, escribe él, he realizado ese trabajo. En él encontraréis la serie de los mensajes que dictó a los médiums por incorporación, en condiciones que eliminan cualquier mistificación. Durante las conversaciones, Espíritus liberados de la vida terrestre nos han dado sus consejos y sus enseñanzas.”

Ese libro fue bien recibido por la crítica.

En “La France Active”, de enero de 1928, Nonce Casa-nova escribió:

“Es un libro emocionante, que se impondrá a la burla sacrílega de los profanos, el que, por el Espíritu de Allan Kardec, más frecuentemente, nos inicia en los principios que los Druidas ya indicaban a la incredulidad de los hombres: la unidad de Dios, la Sobrevivencia del ser bajo la forma fluídica, la evolución por la escala infinita de los mundos y la pluralidad de las existencias.

¿Cuál es nuestro rumbo en el camino de la vida? Tengo la impresión de que el velo que aún nos oculta las ondas espiritualistas, como hace algunos años nos encubría las ondas hertzianas, no tardará en desvendarse.

“Un viento vendrá de los cuatro rincones del mundo y disipará las sombras”, dijo el Eclesiastés.

Y ese libro reconforta nuestras impaciencias. Es sencillo, de prestigiosa simplicidad, con palabras de apóstol, y nos pone en contacto con las luces secretas, hace reavivarse nuestras almas para siempre, y nos hace penetrar más allá, en la comunión universal”.

En “Psychica”, Pierre Borderieux expresa su opinión:

“Entre aquellos cuya desaparición sería triste para el espíritu de las nuevas generaciones, colocaría a Léon Denis en primer lugar.

El autor de ‘Después de la Muerte’ tiene derecho a ser particularmente eximido entre los numerosos espiritualistas de su

época, porque él representa un ser raro en todos los tiempos: el Creyente total, sin hipocresía ni fanatismo, que ha encontrado su camino y sabe en frases armoniosas afirmarlo, sin condenar a quienes no comparten su manera de pensar.

Léon Denis, espírita, se había beneficiado de lo que he dado en llamar 'favor del Estado'. Él había asistido a muchos experimentos que no convencerían hoy a un enemigo del psiquismo, pero que, por su clareza, habían lanzado en ese cerebro sólido y bien formado aquella certidumbre que Gabriel Delanne gustaría de ofrecer, aunque fuese por suposición, a los burlones del espiritualismo moderno.

Léon Denis fue un apóstol.

Es preciso llevar 30 años en contacto con los medios donde se trata con lo desconocido para saber, como yo y como otros, el bien inmenso que hizo este autor en el dominio espiritual y moral, apoyándose en comunicaciones de mesas y en escrita directa, para defender, sin otra pasión que la Fe, ideas ya combatidas, no solo por la fría ciencia hostil, sino por aquellos que, pasajeros del mismo barco, diferían en opinión sobre la marcha a seguir y sobre la tierra a descubrir.

Con Édouard Schuré, cuya influencia recibió, Léon Denis defendió en el último libro el pensamiento celta. Pensamiento oscuro para quienes no sienten cantar la voz de los ancestros, incomprensible para el extranjero, como puede ser para nosotros, pese a los laudables esfuerzos, el pensamiento oriental.

Léon Denis era poeta y religioso. Si hizo del Celtismo una resurrección religiosa, en el Espiritismo no olvidó que, pese a la helenización y a la influencia de Roma, el espíritu de la independencia ha quedado tan vivo como otrora en las producciones del espíritu y del corazón de los descendientes de los celtas.

Como Allan Kardec, Léon Denis, orador y escritor, creyó discernir por revelación que había vivido entre los celtas, que opusieron el bosque profundo a las embestidas de los bárbaros o de las legiones de un imperio ya decadente. Él tuvo, por las fuerzas que dominaron nuestra historia, enseñanzas cuyo origen es indudable, ante la belleza de la expresión.

Y él consideró un deber transcribir esas voces y esas enseñanzas. Lo hizo con la fe de los Confesores que, entre los dientes de las fieras, podían gritar como él, ante la burla o el sofisma: - ‘Yo creo, yo sé, yo estoy en lo cierto’.

Es preciso leer esa última obra de un gran creyente y no pararse en afirmaciones que parecen un poco ingenuas, es preciso leer con atención.

Quizás haga sonreír, pero será imposible no admirarle la fe profunda.

Quizás un día, en el momento crítico en que sentimos desligarse las ataduras de la Tierra, el escéptico irá a buscar en el fondo de su biblioteca dos obras muy olvidadas por los jóvenes: ‘Dios en la Naturaleza’, de Flammarion y ‘Después de la Muerte’, de Léon Denis.”

Según pienso, Borderieux exagera, pensando que “Después de la Muerte” está olvidada por los jóvenes. No lo creo, porque esa obra ha sido muy reeditada, alcanzando los 550 mil ejemplares, traducida a 14 idiomas. (124)

(124) Nota da Editora: Nótese el volumen de la publicación y la amplia traducción de esta obra para la época.

Según lo que he podido muchas veces constatar, los nuevos adeptos del Espiritismo encuentran en “Después de la Muerte” argumentos suficientes para aceptar la realidad de nuestra Doctrina.

Después, he de añadir, numerosos son los propagadores que harán lo necesario para que los hombres no olviden la obra de aquel cuyo paso por nuestro planeta ha sido fuente de tantos beneficios.

En la “Revista Espírita” de enero de 1927 Léon Denis escribió:

“La cuestión céltica está en el aire y, también, me parece, ha llegado la hora de hablar del trabajo que preparo desde hace mucho tiempo”.

Antes de estudiar el último libro del Patriarca del Espiritismo, conviene que recordemos lo que es Celtismo. Abriendo el Larousse, leemos:

“**CELTAS** – Pueblo de raza indogermánica, cuyas grandes migraciones se remontan a los tiempos prehistóricos; ese pueblo

cubría inicialmente la Europa central, después fue expulsado a Galia, España e Islas Británicas, siendo absorbido por los romanos. Las invasiones celtas llegaron hasta el Asia Menor.

Fue en la Bretaña, en el País de Gales y en Irlanda donde el tipo y la lengua céltica mejor se han conservado.

CÉLTICA – Parte de la Galia antigua, comprendida entre el Sena y el Garona.”

En la “Histoire du Costume Masculin Français” (125), Paul Louis de Giafferi recuerda que César dividía la Galia en tres partes, siendo la tercera habitada por aquellos que, en su idioma, se llamaban Celtas y en latín Galli (galo).

(125) Nota del Traductor: “Historia Del Traje Masculino Francés”.

Por consiguiente, celtas y galos son dos términos sinónimos; estudiando el Celtismo, no se hace más que buscar qué fue exactamente la Galia.

Estudiando la obra de Léon Denis, leyendo sus diferentes libros, se podía prever la publicación del “Genio Celta”. El gran apóstol del Espiritismo tuvo pues, en todos sus actos, una unidad de pensamiento notable.

Ya en su primer libro “Después de la Muerte” había un capítulo entero sobre la Galia y de él extraje algunos renglones: (126)

(126) “Después de la Muerte”, Léon Denis, 32º millar, pág. 61. (Edición francesa)

“La Galia conoció la gran doctrina y la poseyó bajo una forma original y potente, sabiendo extraer de ella consecuencias que no observaron otros países. Hay tres unidades primitivas, decían los Druidas: Dios, la Luz y la Libertad.

Mientras la India ya estaba organizada en castas inamovibles, con límites infranqueables, las instituciones galas tenían por bases la igualdad de todos, la comunión de bienes y el derecho electoral.

Ninguno de los demás pueblos de Europa tuvo, en el mismo grado que nuestro linaje, el sentimiento profundo de la inmortalidad, de la justicia y de la libertad.

Es con veneración como debemos estudiar las tendencias filosóficas de la Galia, porque ella es nuestra gran Madre y

encontramos en ella, fuertemente marcadas, todas las cualidades y también todos los defectos de nuestra raza.”

Nada, por cierto, es más digno de atención y de respeto que la doctrina de los Druidas, que no eran bárbaros, como erróneamente se ha creído durante siglos.

En “Después de la Muerte” se aprende cuáles son las creencias de los Celtas, se tiene noción del Druidismo y ya se familiariza con las palabras “annoufn”, “abred”, gwynfyd”, “ceugant”, que se encuentran leyendo “El Genio Celta y el Mundo Invisible”.

“Los Druidas, nos dice León Denis, enseñaban la unidad de Dios. Según las Tríadas, el alma se forma en el seno del abismo, (annoufn). Ella ahí reviste los aspectos rudimentarios de la vida y solo adquiere la consciencia y la libertad después de haber estado sujeta, durante largo tiempo, a los bajos instintos”.

He aquí lo que dice el canto del bardo Taliesin, célebre en toda la Galia:

“Existiendo desde toda la antigüedad en el seno de los vastos océanos, no soy nacido de un padre y de una madre, sino de las formas elementales de la Naturaleza, de las ramas, de las plantas, del fruto de los bosques, de las flores de las montañas.

Jugué en la noche, dormí en la aurora. Fui víbora en el lago, águila en las cumbres, lobo en la floresta. Después, marcado por Gvoyon (espíritu divino), por el sabio de los sabios, he adquirido la inmortalidad. Mucho tiempo ha pasado ya desde que yo era pastor. Anduve mucho tiempo errante por la Tierra, antes de hacerme hábil en la ciencia.

En fin, brillé entre los jefes superiores. Revestido de los hábitos sagrados, porté el cáliz de los sacrificios. Viví en cien mundos y me moví en cien círculos.”

“El alma, en su inmenso curso, decían los Druidas, recorre tres círculos, que corresponden a los tres estados sucesivos. En “annoufn”, sufre el yugo de la materia; es el período animal. Después, penetra en “abred”, círculo de las migraciones que pueblan los mundos de expiación y pruebas; la Tierra es uno de esos mundos.

El alma se encarna muchas veces en su superficie. A costa de una lucha incesante, ella se libra de las influencias corporales y deja el ciclo de las encarnaciones para alcanzar “gwynfyd”, círculo de los mundos felices o de felicidad.

Allí se le abren los horizontes encantadores de la espiritualidad.

Más alto aún se hallan las profundidades de “ceugant”, círculo del Infinito, que encierra todo lo demás y solo pertenece a Dios. Lejos de aproximarse al panteísmo, como la mayor parte de las doctrinas orientales, el Druidismo se aleja por una concepción bien diferente de la Divinidad”.

En “El Problema del Ser y del Destino” León Denis nos muestra que los Druidas conocían la finalidad de nuestra evolución:

“Cada uno de nosotros posee ese genio particular que los Druidas llaman “l’aven”, es decir, la aptitud primordial de todo ser para realizar una de las formas especiales del pensamiento divino.

Dios ha puesto en el fondo del alma los gérmenes de las facultades poderosas y variadas; con todo, una de las formas de su genio está llamada a desarrollarse por encima de todas las otras, mediante un trabajo constante, hasta llevarla a su punto máximo.

Esas formas son innumerables. Son los aspectos múltiples de la inteligencia, de la sabiduría y de la belleza eternas: la música, la poesía, la elocuencia, el don de la invención, la previsión del futuro y de las cosas ocultas, la ciencia o la fuerza, la bondad, el don de la educación, el poder de curar, etc.”

Estudiando el libre albedrío, el apóstol del Espiritismo no olvida indicarnos que:

“La noción de libertad había sido formulada por los Druidas desde los primeros tiempos de nuestra historia”. Ella está expresada en estos términos en “Las Tríadas”: - Hay tres unidades primitivas: Dios, la Luz y la Libertad”.

Las Tríadas son un resumen de la síntesis de los Druidas; es como el Evangelio para la religión católica.

Se podría observar que la enseñanza de los Druidas se transmitía oralmente, como las enseñanzas de Cristo.

“Durante cerca de medio siglo después de la muerte de Jesús, la tradición cristiana, oral y viva, es como el agua corriente de la que puede servirse cada cual.

Ella está divulgada por la predicación, por la enseñanza de los apóstoles, hombres sencillos, iletrados, a excepción de Pablo, versado en letras.

Solo entre los años 60 y 80 aparecieron los primeros relatos escritos.” (127)

(127) “Cristianismo y Espiritismo”, Léon Denis, 12° millar, pág. 26 (Edición francesa)

En “Juana de Arco, Médium”, encontramos igualmente numerosos pasajes en los cuales Léon Denis se ocupa del Celtismo; cuando describe el campo loireno, no olvida recordar que:

“Toda la región es plena de recuerdos célticos; nuestros antepasados habían erigido allí un altar de piedra. Esas fuentes sagradas, esas sombras austeras fueron testigo de las ceremonias del culto druídico. El alma de la Galia vive y palpita en esos lugares. Sin duda ella hablaba al corazón de Juana, como todavía hoy habla al corazón de los patriotas y de los creyentes esclarecidos. (128)

(128) “Juana de Arco, Médium”, Léon Denis, 5° millar, pág. 22. (Edición francesa)

Para Léon Denis, el coraje manifestado por Juana de Arco, su intrepidez, su heroísmo, su resignación frente a los sufrimientos, evocan obligadamente las reminiscencias de la manera de ser de nuestros ancestros que temían tan poco a la muerte, que combatían con el rostro descubierto y el cuerpo semidesnudo; sabiendo hasta qué punto nuestros despojos mortales tienen poca importancia, dejaban en el campo de batalla los cuerpos de los que habían cesado de vivir.

En “El Mundo Invisible y la Guerra”, Léon Denis habla, igualmente, del Celtismo; muestra lo que es el Día de Difuntos (129) en la trinchera, en 1916, a un joven soldado que, espírita y médium, medita largamente.

(129) Es curioso recordar que se debe a los galos un día cada año de conmemoración para los muertos. En “Después de la Muerte”, Léon Denis escribe: “La conmemoración de los muertos es de origen gala. El 1° de noviembre se conmemoraba la fiesta de los espíritus, no en los cementerios – los galos no

homenajeaban a los cadáveres – sino en casa, donde los bardos y los creyentes evocaban las almas de los muertos. Nuestros ancestros poblaban los bosques y las llanuras con espíritus errantes. Los Duz y los Korrigans eran almas en busca de una nueva encarnación”.

“La noche se extiende sobre la llanura. Entre las nubes, las estrellas proyectan sobre la Tierra sus rayos trémulos, como pruebas de amor, como testimonios de la solidaridad inmensa que liga a todos los seres y todos los mundos. Con la paz, la confianza y la esperanza bajan a su corazón. Ciertamente él sabrá cumplir su deber. Él se bate para defender su patria invadida y por ella sabrá soportar todas las privaciones, todas las fatigas; sin embargo, la violencia de la guerra no ahogará en él el sentimiento superior del orden y de la armonía universales”.

Como para los celtas, sus antepasados, los cadáveres tendidos sobre el suelo no son más que envoltorios inútiles que la tierra se apresura a recibir en su seno maternal.

En las profundidades de cada uno de nosotros subsiste un principio imperecedero contra el cual todos los furores del odio, todos los asaltos de la fuerza bruta nada pueden.

Es de ahí, de ese santuario íntimo, de donde renacerá, tras la tempestad, la aspiración humana por justicia, piedad y bondad”.

(130)

(130) “El Mundo Invisible y la Guerra”, Léon Denis, pág. 59. (Edición francesa)

Mientras tanto, en 1926, (131) en la trinchera, un joven soldado meditaba; médium, recibía comunicaciones de sus amigos del Más Allá.

(131) Nota da Editora: Aunque en el original conste 1926, la guerra a que se refiere el autor es la Gran Guerra que ocurrió de 1914 a 1918.

Estudiando el libro “Cristianismo y Espiritismo”, refuté los argumentos de la crítica de la obra de Léon Denis, hecha en “Études”, por el Rev. Padre Lucien Roure.

Recordamos que el religioso acusaba a Léon de haber plagiado totalmente “Los Grandes Iniciados”. Es evidentemente un error, no obstante hay entre los dos espiritualistas, Léon Denis y Edouard Schure, una gran semejanza: ambos son defensores ardorosos del Celtismo.

En “Grandes Légendes de France”, mi eminente amigo Édouard Schuré narra las leyendas de la Bretaña y muestra el potencial del genio celta.

“El alma céltica es el alma interior profunda de Francia. De ella nacen los impulsos elementales como las altas inspiraciones del pueblo francés.

Impresionable, vibrante, impetuosa, ella corre a los extremos y tiene necesidad de ser dominada para encontrar su equilibrio.

Entregada al instinto, ella será la cólera, la rebelión, la anarquía; conducida a su esencia superior, se llamará: intuición, simpatía, humanidad.

Druidesa apasionada o vidente sublime, el alma céltica es en nuestra historia la gloriosa vencida, que siempre sobrevive en sus derrotas. La gran adormecida que siempre resucita de sus sueños seculares.

Aplastada por el genio latino, oprimida por el poder francés, cribada de ironía por el espíritu galo, la antigua profetisa ya no surge de su espesa floresta.

Ella reaparece siempre joven, y coronada con ramas verdes.

Los más profundos letargos anuncian sus más brillantes despertamientos, porque el alma es la parte divina, el lar inspirador del hombre. Y, como los hombres, los pueblos tienen un alma. Si ésta se oscurece y se extingue, el pueblo degenera y muere; si se enciende y brilla con toda su luz, completará su misión en el mundo.

Ahora bien, para que un hombre o un pueblo culmine toda su misión es preciso que su alma alcance la plenitud de su consciencia, la entera posesión de sí misma.” (132)

(132) “*Le Réve d'une Vie*”, Edouard Schuré, pág. 298.

En “*La Druidesse*”, Edouard Schuré estudia el despertar del alma céltica.

En “*Le Rêve d'une Vie*”, indica que desde los 20 años tuvo la ambición de personificar el alma céltica. Numerosos son los escritores que han juzgado necesario estudiar apasionadamente la cuestión céltica.

Con la “Velléda des Martyrs” Chateaubriand despertó el Celtismo en la literatura francesa.

Entre las obras que han exaltado el celtismo, citaremos tan solo:

“Barzaz-Breiz”, de La Villemarqué.

“La Poésie des Races Celtiques”, por Ernest Renan.

“La Mythologie, la Littérature, Époque Celtiques”, por Arbois de Jubainville.

“L'Histoire des Gaulois”, por Emile Jullian.

“Le Manuel des Antiquités Celtiques”, por Dottin.

“L'Âme Bretonne”, por Charles Le Goffic.

“Au Pays des Pardons”, por Anatole Le Braz.

“L'Esprit de la Gaule”, por Jean Reynand.

“Philosophie Gauloise”, por Gatien Arnoult.

“El Celtismo, escribió Jacques Reboul, en “Sous le Chêne Celtique”, es simplemente la Francia en su más alto potencial, la Francia más allá de la Historia.”

Escribiendo “El Genio Celta y el Mundo Invisible”, Léon Denis tenía por objetivo elucidar el problema de los orígenes de Francia, demostrar que existe una coincidencia muy grande entre el Espiritismo y el Druidismo.

Él quería llevar a todos los franceses a reflexionar sobre su origen y a darse cuenta de sus deberes para permitir a nuestro país salir de los problemas de la guerra de 1914-18.

Para comprender bien el objetivo de Léon Denis, es preciso leer uno de sus artículos, publicado por la “Revista Espírita” de enero de 1927. Voy a resumirlo y comentarlo.

Él recuerda que, desde hace una decena de años, Francia atraviesa una de las mayores crisis de su historia; a causa de la lucha que tuvo que sostener, derramó su sangre y su oro.

Nuestro País sufre con rivalidades entre partidos del interior y de fuera, amenazado no solo por la envidia de los que están celosos de su prestigio moral en el mundo entero, sino además por el odio de aquellos que, justamente castigados, parecían querer preparar una revancha.

Francia está también en el punto de mira del egoísmo de ciertos pueblos que, tras haber combatido a su lado, buscan ahora sus intereses particulares, sin ocuparse del interés general del mundo.

Hay, pues, necesidad absoluta de luchar contra ese estado de cosas, lo cual se puede hacer, especialmente, instituyendo una enseñanza popular mejor que la enseñanza materialista, que en las jóvenes generaciones crea seres sin escrúpulos, egoístas, para quienes el odio y la envidia son moneda corriente. Esto es tan verdadero que la criminalidad de los jóvenes aumenta de forma inquietante. El 23 de febrero de 1928 “Le Journal” anunciaba el apresamiento, en París, de una banda llamada “bolsillos rotos”, cuyo jefe tiene tan solo 14 años.

Esto hace temblar. Si se diese otra educación a los niños, si les hiciesen conocer las cosas útiles, enseñándoles la finalidad de su venida a la Tierra, por qué tendrán que sufrir probaciones, ciertamente se podría leer en los periódicos otra cosa y no la relación de los crímenes o de los suicidios de los jóvenes.

No obstante los desórdenes morales de nuestra época, Léon Denis nos aconseja mantener la confianza, pues en medio de las presentes dificultades, la voz grave de los antiguos celtas se hará oír.

Algunos podrán discutir si es útil desenterrar del polvo de los siglos viejas creencias que, según ellos, ya no corresponden a los fines de nuestra época incrédula.

Podremos contestarles que eso es indispensable, que su doctrina es tan rica cuanto la del Druidismo, que nuestros ancestros galos ya conocían el medio de comunicarse con lo Invisible. Gracias a esas manifestaciones, ellos tenían la certidumbre de que la muerte no es más que una apariencia y que la evolución de los seres continúa después de la muerte del cuerpo físico.

Por lo demás, se debe a su creencia el hecho de que, entre todos los pueblos, el celta sea el que mejor ha aceptado la enseñanza del Cristianismo primitivo. Estaban realmente preparados para ese conocimiento debido a sus propias aspiraciones.

Naturalmente se trata del verdadero Cristianismo, enseñado por los padres que conocieron a Jesús y no del Catolicismo, en el cual las enseñanzas del Cristo han sido poco a poco deformadas.

Léon Denis muestra que las instituciones de los galos eran republicanas, democráticas y que en ellas es donde ha de buscarse la fuente de las aspiraciones igualitarias y liberales del pueblo francés. Léon Denis termina así su artículo:

“Vivimos en tiempos de sanción y de liquidación, en períodos en que los acontecimientos de la Historia se acumulan con dificultades de todas clases. Es una especie de encrucijada, donde las consecuencias del pasado se yerguen y se chocan.

Los pueblos han vivido durante mucho tiempo sin la preocupación de las leyes superiores y sin ningún propósito austero de vida.

Las privaciones, los sufrimientos, son el rescate del pasado. Es preciso reparar, remediar. Es el purgatorio soñado por la Iglesia, pero colocado al lado del Cielo, porque él existe a nuestro alrededor, en los estrechos campos de nuestras reflexiones, de nuestras observaciones y demuestra la existencia de una justicia inmanente de la cual podemos libremente dudar, pero que es preciso aceptar inexorablemente.

La impresión que se destaca, para nosotros, de los hechos acumulados, es la de un mundo en gestación, en cuyo seno se elaboran, lenta y dolorosamente, los elementos de una consciencia, de una fe y de una nueva civilización.

En medio de la confusión de las ideas y de las fuerzas en lucha, mal distinguimos los rasgos de la nueva obra que se prepara, pero en la cual, si buscamos indagar, constataremos que el espiritualismo, bajo sus diversas formas, gana terreno poco a poco, y que el materialismo retrocede.

Las masas sienten, confusamente, la existencia de las fuerzas y del mundo invisible. Ellas tienen la intuición vaga de que la vida no se limita al restricto campo que le trazan los horizontes terrestres, y en el fondo de las almas, despierta una aspiración hacia cualquier cosa mejor y más elevada.

Es preciso, pues, dirigir las aspiraciones de todos hacia una posibilidad de felicidad general. Es preciso buscar los medios de dar, realmente, a todas las criaturas la misma oportunidad de bienestar y de felicidad, en el curso de su existencia.

Daré sobre este asunto algunas indicaciones, en el capítulo de este libro: “El Espiritismo en la Vida Social”.

“El Genio Celta y el Mundo Invisible” comporta tres partes: en la primera, Léon Denis estudia los países celtas. Buscando, inicialmente, su origen, nos muestra que los países celtas son: Irlanda, el País de Gales, Escocia, la Bretaña, la Auvernia, Lorena y los Vosgos.

La segunda parte es un estudio más profundo del Druidismo. Se ve allí que la reencarnación era admitida por los Druidas, que su religión revelaba “un sentido profundo del mundo invisible y de las cosas divinas”.

Con su habitual franqueza, Léon Denis no oculta una grave dificultad: la del sacrificio humano practicado por los celtas.

“Con todo, escribe él (133), una sombra se extiende sobre el Druidismo. La Historia nos muestra sacrificios humanos que se llevaban a cabo bajo los grandes robles; la sangre corría bajo las mesas de piedra. Reside ahí, quizá, el error capital, el lado imperfecto de ese culto, tan grande desde otros puntos de vista”.

(133) *Ídem*, pág. 196.

No olvidemos, sin embargo, que todas las religiones en sus orígenes, todos los cultos primitivos, se mojaron en sangre.

Es preciso recordar asimismo los suplicios y las hogueras de la Inquisición, todas esas inmoluciones que no son únicamente atentados contra la vida, sino, además, ultrajes a la conciencia.

¿No son más odiosos esos sacrificios que los de los Druidas, en los cuales solo figuraban criminales o víctimas voluntarias?

Es preciso recordar que los Druidas eran, al mismo tiempo, magistrados y ejecutores de la justicia. Los condenados a muerte, los sacrificados, eran ofrendas en holocausto a Aquel que era para ellos la fuente de justicia.

Era un acto sagrado y, para hacerlo más solemne, para permitir al condenado entrar en sí mismo y prepararse para el arrepentimiento, dejaban transcurrir siempre un intervalo de cinco años entre la sentencia y la ejecución.

¿No eran esas ceremonias expiatorias más dignas que las ejecuciones de nuestros días, en las cuales contemplamos a un pueblo que se dice civilizado pasar las noches alrededor de los cadalsos, atraído por el aparato de un espectáculo hediondo y de impresiones malsanas?

Los sacrificios voluntarios entre los galos también se revestían de un carácter religioso. Sus sentimientos profundos sobre la inmortalidad los hacían fáciles para nuestros antepasados. El hombre se ofrecía como una hostia viva por la familia, por la Patria, por la salvación de todos.

No obstante, todos esos sacrificios han caído en desuso y se han vuelto raros en tiempos de Vercingétorix. Se contentaban, en lugar de llevarlos a la muerte, con extraer algunas gotas de sangre de los fieles, tendidos sobre las piedras de los dólmenes”.

La tercera parte de “El Genio Celta y el Mundo Invisible” comporta un estudio del mundo invisible.

Tras haber indicado a sus lectores que es preciso comprender la experimentación espírita, Léon Denis presenta mensajes debidos a Juana de Arco, Allan Kardec y Michelet.

Algunos, quizá, se verán tentados a reprochar a Léon Denis el haber así aceptado la firma de grandes nombres; con todo, el célebre espírita estaba al corriente de todas las objeciones hechas contra el Espiritismo y si, en su última obra, no vaciló en publicar un ciento de páginas de mensajes mediúmnicos, diciendo qué personalidades los habían enviado, ello fue después de reflexionar maduramente y de haber adquirido las pruebas de identidad de los espíritus comunicantes.

Por lo demás, previendo la objeción, el Maestro escribió: (134)
(134) *Ídem*, pág. 251.

“Ya hemos publicado una serie de los mensajes dictados mediante incorporación mediúmnica por los grandes y generosos Espíritus que desean colaborar en nuestra obra”.

La autenticidad de tales documentos reside no solo en ellos mismos, por el hecho de que sobrepasan en mucho el alcance de la inteligencia humana, sino además en las pruebas de identidad que a ellos se ligan.

Así, en el curso de nuestras conversaciones con el Espíritu de Allan Kardec, éste entró en detalles precisos sobre su sucesión y las discusiones surgidas sobre ese tema entre dos familias espíritas, con particularidades que el médium no podía en absoluto conocer, por ser entonces una pequeña criatura descendiente de padres ignorantes del Espiritismo.

Esos detalles estaban borrados de mi propia memoria y solo he podido reconstituirlos tras laboriosas búsquedas de informaciones.

En cuanto a su valor científico y moral, veremos que los temas tratados en esos mensajes alcanzan el más alto grado de la comprensión humana actual. La sobrepasan incluso, en ciertos casos, pero nos permiten, en cambio, entrever la génesis de la vida universal.

Considerando esa obra, desde su punto de vista, los autores nos dicen que se podrá encontrar en ella una orientación nueva que, desde el grado de evolución a que hemos llegado, solo es compatible “con la fase de comprensión y resistencia del cerebro humano”.

Recordamos, con todo, a los que lo hayan olvidado, que a menudo los Espíritus sufren grandes dificultades para expresarse a través de un organismo, de un cerebro extraño, nociones e ideas poco familiares a este último. Es precisamente el caso en que se encuentran nuestro médium y la cuestión celta.”

Se dice, añade Léon Denis, que Allan Kardec se habría reencarnado en Le Havre, desde 1897; “él habría, por entonces, llegado al trigésimo año de su nueva existencia terrestre, admitiéndose que un espíritu de valor haya esperado tan largo tiempo para revelarse a través de obras o de acciones adecuadas. Por cierto, Allan Kardec no se comunicó tan solo en Tours, sino que

asimismo lo hizo en otros varios Centros Espíritas de Francia y Bélgica”.

Aunque Allan Kardec se hubiese realmente reencarnado, esto no tendría importancia.

En febrero de 1928, en una conferencia de propaganda que yo impartía en Douai, alguien creyó impresionarme mucho diciéndome:

- “Tú no puedes lograr hacernos comprender todo eso, pues pretendes poder estar en comunicación con los muertos. Me gustaría admitirlo, pero dices además que los Espíritus, después de su muerte, deberán reencarnarse”.

Si yo perdí a mi padre y si él retoma otro cuerpo veinticinco años más tarde, ¿no podrá, pues, nunca más manifestarse?

Esa objeción no era tan embarazosa como podría parecer. En la primera parte de mi charla había, en efecto, demostrado que el alma de la criatura existe y puede manifestar esa existencia con ayuda de las diversas mediumnidades y, entonces, respondí: (135)

(135) Ver, a propósito, Gabriel Delanne - “Apariciones Materializadas de Vivos”, “El Alma es Inmortal”. Ahí se constatará que seres humanos vivos, situados en un lugar con su cuerpo físico, han podido manifestar la realidad de su cuerpo psíquico, ya por la escritura, por la incorporación, por la materialización o por la aparición. Incluso han sido fotografiados fantasmas de vivos.

Ver, también, a “Revista Espírita” de junio de 1928, en el artículo de Gabriel Gobron sobre manifestación de vivos.

- “Si un Espíritu deja el Más Allá para reencarnarse en la Tierra, eso no le impediría manifestarse, pues el alma de los hombres puede algunas veces dejar el cuerpo físico”.

En el momento en que el alma está desligada del cuerpo físico y puede así manifestar su presencia, dos casos pueden producirse: o bien el alma se manifiesta, acordándose de que está encarnada, o bien asume su capacidad completa y le es posible retornar a una de sus existencias anteriores.

Por tanto, incluso en el caso de una prueba absoluta de que esos seres están actualmente reencarnados, eso no impediría que, en el curso de esa reencarnación, su Espíritu pudiese manifestarse y tomar, momentáneamente, no la apariencia de lo que es, sino la de lo que fue otrora.”

Esto comprueba muy bien – incluso aunque alguien pudiese probar que Allan Kardec está reencarnado – que nosotros tenemos derecho a dar a las afirmaciones de Léon Denis todo el crédito que merecen y a creer que los mensajes dados en la tercera parte de su libro “El Genio Celta y el Mundo Invisible” son realmente mensajes de Allan Kardec, Jules Michelet, el Espíritu Azul y Kasuli.

Mejor dicho, poco importa que no quieran admitirlo; seremos obligados a reconocer que tales comunicaciones son la emanación de un pensamiento noble, bello y justo.

“El Genio Celta y el Mundo Invisible” contienen consejos muy juiciosos y, si pudiésemos seguirlos, llegaríamos a ser santos. Por lo demás, el Espiritismo tiende realmente a permitir a sus adeptos cierto progreso desde el punto de vista moral.

Procuremos, pues, difundirlo y así prepararemos para nosotros un futuro mejor y trabajaremos por la renovación de nuestra raza. Sería necesaria, principalmente, una educación espírita para los niños.

En una actividad bastante diferente del Espiritismo, me ocupé, desde 1927, de una encuesta en las municipalidades de Francia para conocer los progresos de la higiene en nuestro país.

El alcalde de Libourne me escribía que, deseando hacer a su municipio más próspero, no había vacilado en pedir grandes sacrificios para tener escuelas modernas.

Los niños, antes de las clases, son obligados a lavarse las manos y a cepillarse los dientes. Naturalmente cada uno tiene sus objetos personales en un pequeño cobertizo, y así, se enseña a esos niños la necesidad de la limpieza, cosa que no olvidarán durante toda su vida.

Sería preciso generalizar el ejemplo de Libourne, desde el punto de vista de la higiene corporal. En lo que atañe a la higiene moral, sería necesario enseñar el Espiritismo, no solo a los adultos como también a los niños.

Durante mis viajes de propaganda, suelo muchas veces hablar a espíritas sobre la instrucción de sus hijos y, a veces me contestan

que no se debe hablar de esas cuestiones con los jóvenes. Según mi punto de vista, eso es un error.

No olvidemos nunca: “el responsable de la educación de los niños, es capaz de cambiar la faz del mundo”, como muy justamente escribió Leibnitz.

Por tanto, si queremos transformar lo que hay de equivocado en nuestro país y en nuestro mundo, debemos enseñar el Espiritismo a los niños.

En las horas de angustia, en los minutos de lucha, pensemos en la vida de Léon Denis y en su obra. Hallaremos así el coraje para saber vivir bien, principalmente para vivir según nuestras teorías, para dar ejemplo, para aplicar la enseñanza espírita y recordar las palabras de Séneca:

“No hay hombres que más daño hagan al género humano, que los que viven de modo contrario a como enseñan a otros que se debe vivir”.

FIN

Léon Denis

**El Genio Céltico
y el Mundo Invisible**



Léon Denis, a la edad de 50 años

*Conforme a la edición de 1927
Unión Espiritualista Francesa y Francófona*

*Traducido del original al portugués por: Joana
Traducido del portugués al español por: Teresa*

Web espírita:

<http://ideiaespírita.blogspot.com/index.html>

Resumen del contenido

Este fue el último trabajo de Léon Denis, uno de los grandes apóstoles del Espiritismo, que tuvo la misión de divulgar y engrandecer la Filosofía Espírita.

En esta obra el autor presenta un minucioso estudio sobre los países célticos, el origen de los pueblos celtas y la estrecha relación existente entre su religión – el Druidismo – y los fundamentos de la filosofía espírita.

Aparte de una importante documentación histórica, Léon Denis nos presenta la ascendencia espiritual que concurrió a la formación filosófica y moral de los franceses, descendientes directos de los pueblos celtas.

En el contenido de la obra colaboraron importantes Espíritus que vivieron en suelo francés, como Allan Kardec, Jules Michelet y Jehanne de Domremy (Juana de Arco).

— — — — —

“El pasado nunca muere completamente para el hombre.
El hombre puede olvidarlo totalmente, pero ese pasado permanecerá siempre registrado en su interior. Porque tal como él es el mismo en cada época, él es simultáneamente el producto y el resumen de todas las épocas anteriores.”

Fustel de Coulanges – *La Ciudad Antigua.*

— — — — —

Sumario

Introducción **Error! Bookmark not defined.**

Primera Parte – Los países célticos

I – Origen de los celtas. Guerra de los galos. Decadencia y declive. Larga noche; el despertar. El movimiento pancéltico **Error! Bookmark not defined.**

II – Irlanda **Error! Bookmark not defined.**

III – País de Gales. Escócia. La obra de los bardos **Error! Bookmark not defined.**

IV – La Bretaña francesa. Remembranzas drúidicas **Error! Bookmark not defined.**

V – La Auvernia. Vercingétorix, Gergovia y Alesia **Error! Bookmark not defined.**

VI – La Lorena y los Vosgos. Juana deArco, alma céltica **Error!**

Bookmark not defined.

Segunda Parte – El Druidismo

VII – Síntesis de los druidas. Las Tríadas; objeciones y comentarios **Error!**

Bookmark not defined.

VIII –Palingenesia: preexistencias y vidas sucesivas. La ley de las reencarnaciones **Error! Bookmark not defined.**

IX – La religión de los celtas, el culto, los sacrificios, la idea de la muerte **Error! Bookmark not defined.**

X – Consideraciones políticas y sociales. El papel de la mujer. La influencia céltica. Las artes. Libertad y libre albedrío **Error! Bookmark not defined.**

Tercera Parte – El mundo invisible

XI – La experimentación espírita **Error! Bookmark not defined.**

XII – Resumen y conclusión **Error! Bookmark not defined.**

XIII –Mensajes de los invisibles **Error! Bookmark not defined.**

1 - Fuente única de las tres grandes revelaciones: búdica, cristiana y céltica. **Error!**

Bookmark not defined.

2 - Evolución del pensamiento a través de los siglos. **Error! Bookmark not defined.**

3 - Mismo asunto. **Error! Bookmark not defined.**

4 - Celtas y atlantes. **Error! Bookmark not defined.**

5 - Sobre el origen de la corriente céltica. **Error! Bookmark not defined.**

6 - La corriente céltica y el carácter francés. **Error! Bookmark not defined.**

7 - Analogía del ideal japonés con el Celtismo. **Error! Bookmark not defined.**

8 - Procedimientos espirituales de los druidas. **Error! Bookmark not defined.**

9 - La variedad de las razas humanas. **Error! Bookmark not defined.**

10 - El rayo céltico (continuación). **Error! Bookmark not defined.**

11 - Métodos de comunicación entre los espíritus y los hombres. **Error!**

Bookmark not defined.

12 - Origen y evolución de la vida universal. **Error! Bookmark not defined.**

13 - Las fuerzas radiantes del Espacio. El campo magnético vibratorio. **Error!**

Bookmark not defined.

14 - El Celtismo y la Naturaleza. La evolución del pensamiento. **Error!**

Bookmark not defined.

15 - Juana de Arco, espíritu céltico, anunciada por Jules Michelet. **Error!**
Bookmark not defined.

16 - El Celtismo en la conciencia francesa. **Error! Bookmark not defined.**

Introducción

En medio de la crisis que sufrimos, el pensamiento se inquieta y se interroga; pesquisa las causas profundas del mal que alcanza a todas las formas de nuestra vida social, política, económica y moral.

Las corrientes de ideas, de sentimientos y de intereses chocan entre sí violentamente, y de sus choques resulta un estado de perturbación, de confusión y de desorden que paraliza toda iniciativa y se traduce en una incapacidad de hallar el remedio.

Parece que Francia ha perdido la consciencia de sí misma, de su origen, de su genio y de su función en el mundo.

Mientras otras razas, esencialmente realistas, buscan un objetivo, tanto más preciso y mejor determinado cuanto más material, Francia siempre ha titubeado, en el curso de la Historia, entre dos concepciones opuestas. Y así se explica el carácter intermitente de su acción.

Algunas veces se dice céltica, y entonces apela a ese espíritu de libertad, de rectitud y de justicia que caracteriza el alma de la Galia. Es a la intervención de ésta, al despertar de su genio, a lo que es preciso atribuir la institución de las comunas de la Edad Media y la obra de la Revolución. Otras veces se cree latina, y entonces reaparecen todas las formas de opresión monárquica o teocrática, la centralización burocrática y administrativa, imitada de los romanos, con las habilidades, los subterfugios de su política y de sus vicios, la corrupción de los pueblos envejecidos.

Añadid, con independencia de esas concepciones, la indiferencia de las masas, su ignorancia respecto de las tradiciones, la pérdida de todo ideal. A las alternancias de esas dos corrientes es a lo que hay que atribuir la vacilación del pensamiento francés, los

desniveles, los bruscos cambios repentinos de su acción a través de la Historia.

Para reencontrar la unidad moral, su propia consciencia, el sentido profundo de su papel y de su destino, es decir, todo cuanto hace fuertes a las naciones, bastaría a Francia eliminar las teorías equivocadas, los sofismas con los cuales ha venido falseando su juicio y oscureciendo su camino, y volver a su propia naturaleza, a sus orígenes étnicos, a su genio primitivo, en una palabra, a la tradición céltica, enriquecida con el trabajo y el progreso de los siglos.

Francia es céltica y no hay duda posible sobre ese punto. Nuestros más eminentes historiadores lo certifican, y con ellos numerosos escritores y pensadores, entre los cuales los dos Thierry, Henri Martin, J. Michelet, Edgar Quinet, Jean Reynaud, Renan, Emile Faguet, y otros muchos. Si nosotros somos latinos, dicen, por la educación y por la cultura, somos celtas por la sangre, por la raza.

D'Arbois de Jubainville siempre nos repetía, tanto en sus cursos en el Colegio de Francia, como en sus libros: "Hay un 90% de sangre galo en las venas de los franceses". En efecto, si consultamos la Historia, veremos que, tras la caída del imperio, los romanos, en masa, pasaron los Alpes y permanecieron muy poco en la Galia. Las invasiones germánicas pasaron como trombas de agua sobre nuestro país; solamente los francos, los visigodos y los borgoñeses permanecieron durante mucho tiempo y se fundieron con los elementos autóctonos. Aparte de eso, los francos eran en número de treinta y ocho mil, mientras que la Galia contaba cerca de cincuenta millones de habitantes.

Se puede cuestionar cómo una vasta tierra ha podido ser conquistada con tan pocos medios. Esa cuestión, Ed. Haraucourt, de la Academia Francesa, nos la explica en un artículo sustancial, publicado en la revista *La Lumière*, de 15 de enero de 1926, de que trataremos más adelante.

Todos aquellos que han guardado en el corazón el recuerdo de nuestros orígenes desean evocar las glorias y los reveses de esta raza inquieta y dada a la aventura, que es la nuestra, en vez de recordar las desgracias y las experiencias que le atraieron tantas simpatías. A todas esas páginas célebres, escritas sobre ese asunto, yo no habría soñado añadir lo que quiera que fuese, si no tuviera un elemento nuevo que ofrecer al lector para elucidar el problema de nuestros orígenes, es decir, la colaboración del mundo invisible.

En efecto, por el estímulo del espíritu de Allan Kardec es por lo que he llevado a cabo este trabajo, en el cual se hallarán una serie de mensajes que él nos dictó, por incorporación, en condiciones que excluyen cualquier fraude.

En el transcurso de esas charlas, los espíritus, libertos de la vida terrestre, nos han traído sus consejos y sus preceptos.

Como se verá en sus mensajes, Allan Kardec vivió en la Galia en el tiempo de la independencia, y fue un druida. El dolmen que por su voluntad se eleva sobre su tumba en el Cementerio Père-Lachaise, tiene allí un sentido preciso. La Doctrina Espírita, que el gran iniciador condensó y resumió en sus obras por medio de las comunicaciones de espíritus, obtenidas en todos los lugares del globo, coincide, en sus líneas generales, con el Druidismo y constituye un retorno a nuestras verdaderas tradiciones étnicas, amplificadas por el progreso del pensamiento y de la ciencia y confirmadas por las voces del Espacio. Esa revelación marca una de las fases más altas de la evolución humana, una era fecunda de penetración de lo invisible en lo visible, la participación de dos mundos en una obra grandiosa de educación moral y de refundición social.

Desde ese punto de vista, sus consecuencias son incalculables. Ella ofrece al conocimiento un campo de estudios ilimitado sobre la vida universal. Por el encadenamiento de nuestras existencias sucesivas y por la solidaridad que las religa, ella hace más rigurosa la noción de los deberes y de las responsabilidades. Muestra que la

justicia no es una palabra vana y que el orden y la armonía reinan en el cosmos.

¿A qué debo atribuir este gran favor de haber sido ayudado, inspirado, dirigido por los espíritus de los grandes celtistas del espacio?

Por lo que me dijo Allan Kardec, viví en el oeste de la Galia mis tres primeras existencias humanas y siempre he conservado las impresiones de los primeros tiempos. En la vida actual, a los 18 años leí *El Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, y tuve la intuición irresistible de la verdad. Parecía escuchar voces lejanas o anteriores que me hablaban de mil cosas olvidadas. Todo un pasado resucitaba con una intensidad casi dolorosa. Y todo cuanto he visto, observado, aprendido, desde entonces, ha sido tan solo para confirmar esa impresión primera.

Este libro puede entonces ser considerado, en gran parte, una colaboración de ese Más Allá, hacia donde regresaré pronto. A todos aquellos que lo leyeren, pueda este libro llevar una irradiación de nuestro pensamiento y de nuestra fe común, un rayo de lo Alto que fortifica las consciencias, consuela las aflicciones y eleva las almas hacia esta fuente eterna de toda verdad, de toda sabiduría y de todo amor, que es Dios.

PRIMERA PARTE

Los países célticos

CAPÍTULO I

Origen de los celtas. Guerra de los

galios. Decadencia y caída. Larga noche; el despertar. El movimiento pancéltico.

En los primeros albores de la Historia, encontramos a los celtas establecidos en buena parte de Europa. ¿De dónde vinieron? ¿Cuál fue su lugar de origen? Ciertos historiadores colocan la cuna de su raza en las montañas de Taurus, en el centro de Asia Menor, en las cercanías de los caldeos. Cuando la población aumentó, ellos habrían transpuesto el Pont-Euxin (en el Mar Negro) y penetrado hasta la parte central de Europa. Pero, en nuestros días, esa teoría parece haber caído en desuso, y lo mismo ha ocurrido con la hipótesis de los arrianos.

Camille Jullian, del Colegio de Francia, en su obra más reciente, la *Histoire de la Gaule*, se contenta con fijar entre 600 y 800 a.C. la llegada a la Galia de los “Kymris”, la rama más moderna de los celtas. Se cree que venían de la desembocadura del Río Elba y de las costas de Jutlandia, ahuyentados por los maremotos, que les obligaron a emigrar en dirección al sur.

Llegados a la Galia encontraron una rama más antigua de los celtas, los gaélicos, que allí se encontraban establecidos desde hacía mucho tiempo y que eran de estatura menor, generalmente morenos, mientras que los “kymris” eran altos y rubios. Esas diferencias son aún apreciables en la Armórica, donde las costas del océano, en el Morbihan, están pobladas de hombres pequeños y morenos, mezclados con elementos extranjeros, atlantes o vascos, que se fundieron con las poblaciones primitivas. En las Costas del Norte (Côtes-du-Nord) o en la Mancha los habitantes eran de estatura más alta, y a ellos se juntaron los celtas bretones expulsados de la gran isla por las invasiones de los anglosajones.

Las consideraciones de C. Jullian se ven confirmadas por el parentesco entre las lenguas célticas y las germánicas, semejantes en su estructura, sonidos guturales, abuso de letras duras como K, W, etc.

En medio de las corrientes migratorias que se cruzan y entrecruzan en la noche de la prehistoria, la Ciencia encuentra un proceso más seguro en los estudios lingüísticos para reconstruir la filiación de las razas humanas.¹

Daremos tan solo un resumen de la historia de los galos. Se sabe que nuestros antepasados, durante siglos, llenaron el mundo con el ruido de sus armas. Ávidos de aventuras, de glorias y combates, no podían resignarse a una vida apagada y tranquila e iban a la muerte como a una fiesta, tal era su certidumbre sobre el más allá.

Son conocidas sus numerosas incursiones en Italia, en España, en Alemania e incluso en el Oriente. Los galos invadían regiones vecinas y, por la ley de choque del retorno, sufrieron invasiones y fueron reducidos a la impotencia.

El alma de la Galia se halla en las instituciones drúidicas y bárdicas. Los druidas no eran solamente los sacerdotes, sino además los filósofos, los sabios, los educadores de la juventud. Los ovates presidían las ceremonias del culto y los bardos se consagraban a la poesía y a la música.

Más adelante expondremos lo que era la obra y el verdadero carácter del Druidismo.

Al comienzo de nuestra era, los romanos ya habían penetrado en la Galia, escalado el valle del Rhône y, tras haber ocupado Lyon, avanzaron hasta el corazón del país.

Los galos resistieron con energía e infligieron, a veces, rudos reveses a sus enemigos; sin embargo, estaban divididos y a menudo no ofrecían más que resistencias locales. Su coraje, llevada a la temeridad, y su desprecio por las astucias guerreras y por la muerte se convertían en una desventaja para ellos.

Combatían en desorden, desnudos hasta la cintura, con armas mal preparadas, contra adversarios cubiertos de hierro, astutos y desleales, fuertemente disciplinados y considerablemente pertrechados para aquella época.

Vercingétorix, el gran jefe arverno, sostenido por el poderío de los druidas, logró, cierta vez, sublevar a toda la Galia contra el César, y una grandiosa lucha tuvo lugar.ⁱⁱ Educado por los bardos, Vercingétorix tenía en parte las cualidades que se imponen a la admiración de los hombres y los llevan a la obediencia y al respeto. Su amor por la Galia aumentaba con el progreso creciente de los ejércitos romanos.

¡Qué diferencia entre Vercingétorix y César! El héroe galo, lleno de fe en la potencia invisible que gobierna los mundos, sostenido por su creencia en las vidas futuras, tenía por norma de conducta el deber, por ideal la grandeza y la libertad de su país.

César, profundamente escéptico, solo creía en la fortuna. Todo en ese hombre era astucia y cálculo; intensa sed de dominación lo devoraba. Tras una vida de excesos, acribillado por las deudas, vino a la Galia buscando en la guerra los medios para elevar su crédito. Codiciaba preferentemente las ciudades ricas y, tras haberlas entregado al pillaje, se veían largos convoyes encaminarse a Italia, llevando el oro galo a los acreedores de César.

Es necesario recordar que, en nombre del patriotismo, César perjuró, negó las libertades romanas y oprimió a su país. Ciertamente no negaremos el genio político y militar de César, pero debemos, honrando a la verdad, recordar que ese genio estaba marcado por vicios vergonzosos.

¡Y es en los escritos de ese enemigo de la Galia donde siempre se va a buscar la verdad histórica! Es en sus *Comentarios*, escritos bajo la inspiración del odio, con la evidente intención de realizarse ante los ojos de sus conciudadanos, donde se estudia la historia de la guerra de las Galias. Sin embargo, dos autores romanos, Pollion y Suetonio, confiesan que esa obra está llena de inexactitudes, de errores voluntarios.

En resumen, los galos, ardientes, entusiastas, impresionables, se habían beneficiado de la corriente céltica, de esa gran corriente, vehículo de altas inspiraciones, que desde los primeros tiempos había influenciado todo el nordeste de Europa. Ellos estaban

impregnados de los efluvios magnéticos del suelo, de esos elementos que, en todas las regiones de la Tierra, caracterizan y diferencian las razas humanas.ⁱⁱⁱ

Pero su ardor juvenil, su pasión por las armas y por los combates los habían llevado muy lejos, y las perturbaciones causadas al orden y a la marcha regular de las cosas retornaron pesadamente sobre ellos, en virtud de esa ley soberana que devuelve a los individuos, como a los pueblos, todas las consecuencias de las obras que han ejecutado. Porque todo lo que hacemos pesa sobre nosotros, a través de los tiempos, en forma de lluvias o de rayos, de alegrías o de dolores, y el dolor no es el agente menos eficaz de la educación de las almas y de la evolución de las sociedades.

* * *

El Druidismo se aplicaba, sobre todo, a desarrollar la personalidad humana, en vista de la evolución que le está destinada. Cultivaba las cualidades activas, el espíritu de iniciativa, la energía, el coraje; todo cuanto permite afrontar las probaciones, la adversidad, la muerte, con inflexible seguridad. Esa enseñanza desarrollaba al más alto grado entre los hombres, el sentimiento del derecho, de la independencia y de la libertad. En compensación, era censurado por haber desatendido en demasía las cualidades pasivas y los sentimientos afectivos. Los galos eran iguales y libres, pero no tenían suficiente consciencia de esa fraternidad universal que asegura la unidad de un gran país y constituye su salvaguarda en momentos de peligro.

El Druidismo tenía necesidad de ese complemento que le proporcionó el Cristianismo de Jesús. Hablamos del Cristianismo primitivo, aún no alterado por la acción del tiempo, y que en los primeros siglos presentaba tanta analogía con las creencias célticas por cuanto reconocía la unidad de Dios, la sucesión de las vidas del

alma y la pluralidad de los mundos (véase nuestra obra *Cristianismo y Espiritismo*). He aquí por qué los celtas lo adoptaron con tanta presteza, debido a que estaban mejor preparados por sus propias aspiraciones.

Todavía en el siglo IV se puede advertir, por la controversia de San Jerónimo con el galo Vigilancius, de San Bertrán de Comminges, que la gran mayoría de los cristianos de esa época admitía la pluralidad de las existencias del alma.

Convencidos en su interior de la idea de estar animados por un principio imperecedero, todos iguales en sus orígenes y sus destinos, nuestros padres no podían soportar ninguna opresión. Sus instituciones políticas y sociales también eran eminentemente republicanas y democráticas. Y en ellas es donde hay que investigar la fuente de esas aspiraciones igualitarias, liberales, que son una de las caras de nuestro carácter nacional.

Todos los galos tomaban parte en la elección del Senado, que tenía la misión de establecer las leyes. Cada república elegía sus jefes temporales, civiles y militares. Nuestros antepasados no conocían las diferencias de casta. Hacían derivar los derechos de los hombres de su propia naturaleza, de su inmortalidad que los hacía iguales en principio. Ellos no hubieran soportado que un guerrero, que incluso un héroe, tomase el poder y se impusiese al pueblo. Las leyes galas declaraban que una nación siempre está por encima de un hombre.

En el momento en que César entró en la Galia, gracias a la acción de los druidas y del pueblo de las ciudades, la unidad nacional se preparaba. Si la paz hubiese permitido el cumplimiento de esos grandes proyectos, las repúblicas galas, unidas por lazos federativos, como los cantones suizos o los Estados Unidos de América, podrían formar, en esas remotas eras, una poderosa nación.

Sin embargo, las disensiones y las rivalidades de los jefes lo comprometieron todo. Cierta aristocracia se iba formando, poco a poco, en las tribus. Gracias a sus riquezas, ciertos jefes galos

supieron rodearse de séquitos de numerosos criados y partidarios, con cuya ayuda influían en las elecciones y perturbaban el orden público.

Los partidos quedaron constituidos; para triunfar sobre sus rivales, algunos recibían apoyo desde el extranjero, de ahí la disgregación de la Galia y después su esclavización.

Frecuentemente salta a nuestros ojos que, a cambio de su independencia perdida, la Galia obtuvo grandes ventajas con el dominio romano. Sí, sin duda Roma aportó a nuestros antepasados ciertos progresos materiales e intelectuales. Con su apoyo se abrieron carreteras, se levantaron monumentos y se construyeron grandes ciudades. Pero todo eso, que probablemente con el correr del tiempo sería igualmente formado sin Roma, no sustituyó la libertad perdida.

Cuando la guerra terminó, habían muerto dos millones de galos en los campos de batalla.

Roma impuso un tributo anual de 40 millones de sestercios, y la Galia, agotada en hombres y dinero, reposó agonizante bajo el hacha de los lictores.^{iv}

Más tarde, con las nuevas generaciones, cuando la Galia curó sus heridas sangrientas, el astro de Roma empezó a apagarse. Entonces, desde lo profundo de los bosques y pantanos de Alemania, lo mismo que lobos hambrientos, los francos acudieron corriendo a la carroña.

¿Quiénes eran, en realidad, esos francos que dieron su nombre a la Galia? Eran los bárbaros, como ese Ariovisto, que se jactaba de haber permanecido catorce años sin dormir bajo techo.

Los francos formaban una tribu de raza germánica y eran unos treinta y ocho mil. Pero en vez de comunicar a la Galia su barbarie, se fundieron con ella. Por tanto, los galos no hicieron más que cambiar de opresores. Los francos repartieron la tierra e implantaron entre nosotros el feudalismo.

Esos reyes holgazanes y crueles, esos nobles señores de la Edad Media, duques, condes y barones, eran, en su mayoría, francos o burgundios,^v y sus rudos instintos hacían recordar su origen.

Si el dominio romano, que duró cuatro siglos, trajo a la Galia algunos beneficios, por otra parte, su administración rapiñadora fue su ruina, destruyendo toda su fuerza de resistencia.

Es lo que Ed. Haraucourt, de la Academia Francesa, nos explica en un artículo, del cual citamos los siguientes renglones, publicados en una de nuestras grandes revistas.^{vi}

“Es por culpa de ellos (los romanos), y no por los bárbaros, que la Galia está muerta. Está muerta por su organización interior, que fue una desorganización sistemática; pereció desgastada por el funcionarismo y por el impuesto, debilitada por las leyes que erosionaban su riqueza, suprimían su trabajo y arruinaban su producción. Los invasores vinieron enseguida, para rematar la obra de los legisladores.”

Cuando se afirma que nuestros antepasados fueron romanos o francos, debemos protestar con toda nuestra alma. Todas las grandes y nobles facetas del carácter nacional, las hemos heredado de los galos. La generosidad, la simpatía por los débiles y los oprimidos nos vienen de ellos. Esa fuerza que nos hace luchar y sufrir por las causas justas, sin esperanza de compensación, ese desinterés que nos lleva a sostener en sus reivindicaciones a los pueblos dominados, esas tendencias que en términos iguales no se encuentran en ningún otro pueblo, todo esto nos viene de nuestros padres heroicos. Pese a la larga ocupación romana, pese a la invasión de los bárbaros del Norte, nuestro carácter nacional todavía está impregnado del viejo espíritu céltico.

El genio de la Galia vigila siempre nuestro país.

* * *

Durante la larga noche de la Edad Media, el ideal céltico aparentemente quedó olvidado, pero ha subsistido adormecido en la conciencia popular. Los druidas y los bardos, expulsados de la

tierra de las Galias, fueron para la isla de Bretaña. En Francia, los nobles y los señores se dividieron en partidos rivales y se consumieron en luchas internas. El pueblo pobre de las ciudades y de los campos, entregado a una pesada tarea, fue absorbido por las preocupaciones materiales, padeciendo hambre y miseria.

Habiendo el Cristianismo penetrado en la Galia, suavizó hasta cierto punto esos males. Representó beneficio y progreso; la religión de Jesús se adaptó bien a la debilidad humana. Si la ley del amor y del sacrificio, que ella traía, hubiese hallado su aplicación, podía ser suficiente para la salvación de las almas y para la redención de la humanidad.

Con la finalidad del perfeccionamiento moral, la religión cristiana reprimía la voluntad, la pasión, el deseo, todo lo que constituye el “yo”, el centro de la personalidad. La doctrina céltica, por el contrario, se aplicaba a dar al ser todo su poder de irradiación, inspirándose en esa ley de evolución que no tiene límites, en la cual la ascensión del alma es infinita. El alma cristiana aspira al reposo, a la bienaventuranza en el seno de Dios, pero el alma céltica se interesa por desarrollar sus poderes internos, a fin de participar, en creciente medida, de círculos en círculos, de la vida y de la obra universal.

El alma cristiana es más amante, el alma céltica es más viril. Una busca ganar el cielo por la práctica de las virtudes, por la abnegación y por la renuncia; la otra quiere conquistar el “Gwynfyd”, poniendo en acción las fuerzas que duermen en ella. Pero ambas tienen sed de lo infinito, de la eternidad, de lo absoluto. Al alma céltica se añaden el sentido de lo invisible, la certidumbre del más allá y el culto fervoroso a la Naturaleza.

Esas dos almas, con todo, muchas veces coexisten, o mejor, se superponen en los mismos seres. Ese es el caso en muchos de nuestros compatriotas; en ellos esas dos almas todavía se ignoran, pero habrán de fundirse un día.

¿Será preciso recordar que la doctrina del Cristo ha perdido, en varios puntos, su sentido primitivo? Francia se halló ante una

enseñanza teológica que había restringido todas las cosas, reduciendo las proporciones de la vida a una única existencia terrestre, muy desigual según los individuos, para fijarlos a continuación en una inmovilidad eterna. Las perspectivas del infierno hicieron la muerte más temible. Hicieron de Dios un juez cruel que, habiendo creado un hombre imperfecto, lo punía por esa imperfección sin reparación posible. Y de ahí el progreso del ateísmo, del materialismo, que con el tiempo han hecho de Francia una nación, aunque en mayoría céltica, desprovista de fuerza moral, de esa fe robusta y esclarecida que hacía fácil el deber, soportable la prueba y atribuye a la vida un fin práctico de evolución y de perfeccionamiento.

El yugo feudal y teocrático durante largo tiempo ha pesado sobre Francia; después, llegó el momento en que ella retomó su libertad de pensar y de creer. Entonces, se quiso pasar por el cribo toda la obra de los siglos y, sin verificar lo que era bueno y bello, so pretexto de la crítica y del análisis, se hizo un trabajo férreo de disgregación. En determinado momento, nada más se veía en el dominio del pensamiento, a no ser escombros; de lo que había constituido la grandeza del pasado nada ha quedado en pie, y solo restaba el polvo de las ideas.

Escritores de mérito y pensadores concienzudos se han aplicado mucho, en sus obras, a hacer resaltar el valor y el prestigio del Druidismo, pero el fruto de sus trabajos no ha penetrado en las capas profundas de la nación. Hasta hemos tenido el asombro de ver a universitarios, miembros distinguidos de la enseñanza, alinearse con los teólogos para denigrar, para desfigurar las creencias de nuestros antepasados. El trabajo secular de destrucción ha sido tan completo, la noche ha caído tan profunda sobre sus concepciones, que raros se han vuelto aquellos que de él todavía experimentan la potencia y la belleza.

Quedar desprovista de nociones precisas sobre la vida y la muerte, en conformidad con las leyes de la Naturaleza y las intuiciones profundas de la consciencia, sería una gran causa de

debilidad y, por tanto, una infelicidad para Francia. Durante siglos ella ha olvidado sus tradiciones nacionales, ha perdido de vista el genio de su raza, como además las revelaciones dadas a sus antepasados para dirigir su escalada hacia un fin elevado.

Esa revelación afirmaba que el principio de la vida en el hombre es indestructible, que las fuerzas, las energías que se agitan en nosotros no pueden quedar condenadas a la inacción, que la personalidad humana está llamada a desarrollarse, a través del tiempo y del espacio, para adquirir las cualidades, las potencias nuevas que le permitirán desempeñar un papel siempre más importante en el Universo.

He aquí que la revelación se repite y se renueva. Como en los tiempos célticos, el mundo invisible interviene. Desde hace casi un siglo la voz de los espíritus se hace oír en todos los lugares de la Tierra. Ella demuestra que, de un modo general, nuestros padres no estaban equivocados. Sus creencias están confirmadas por las enseñanzas de ultratumba en todo cuanto se relaciona con la vida futura, la evolución, la justicia divina, en otras palabras, por el conjunto de las reglas y leyes que rigen la vida universal.

Gracias a esa luz, el infinito está abierto para nosotros hasta sus profundidades íntimas. En vez de un paraíso beato y de un infierno ridículo, hemos entrevisto el inmenso séquito de los mundos, que son las estaciones que el alma recorre en su larga peregrinación, en su ascensión hacia Dios, construyendo y poseyendo en sí misma su felicidad y su grandeza por los méritos adquiridos.

En lugar de la fantasía o del arbitrio, en todas partes despunta el orden, la sabiduría y la armonía.

Para las generaciones que se elevan y buscan un ideal susceptible de sustituir a las pesadas teorías escolásticas, afirmamos: examinad con nosotros esas dos fuentes que forman una sola, confundándose en su identidad; examinad las fuentes puras donde nuestros antepasados atemperaron sus pensamientos y su alma. ¡Allí obtendréis la fuerza moral, las cualidades varoniles y

el ideal elevado, sin los cuales Francia quedaría entregada a una decadencia irremediable, a la ruina y a la muerte!

* * *

Durante siglos los celtas ocuparon en el occidente de Europa la misma situación. Expulsados del continente por grupos germánicos, y de las Islas Británicas por las invasiones anglosajonas, habían perdido su unidad, pero no su fe en el futuro.

La Galia se convirtió en la Francia, y en ella no se hablaba ya su lengua original, no siendo en la Península Armoricana. En cuanto a las islas, los celtas se repartieron en cuatro pueblos o grupos diferentes, separados por el brazo de mar o por los grandes estuarios, que son: Irlanda, la Alta Escocia, el País de Gales y Cornualles.

¡Qué fuerza moral, qué voluntad perseverante no habrá necesitado esa raza céltica para mantener su lengua, sus tradiciones, su propio carácter! La historia de las persecuciones sufridas por Irlanda, durante diez siglos, es impresionante. El uso del idioma gaélico fue prohibido y cada niño que pronunciase una única palabra en la escuela, era castigado con azotes.

Y, con todo, Irlanda, por su tenacidad, ha triunfado frente a la opresión inglesa. Hoy Irlanda ha reconstituido su lengua primitiva. Es el único país donde sus acentos resuenan como lengua oficial. Los celtas insulares y nosotros (los franceses) no tenemos el mismo verbo, pero sí el mismo pensamiento; sin hablar, nos comprendemos siempre.

En la Bretaña Francesa la persecución fue moral y religiosa en mayor grado. Todos los emblemas del Druidismo, todos los nombres sagrados de los antiguos celtas han sido sustituidos por símbolos católicos y por nombres de santos.

Los menores recuerdos del culto ancestral han sido minuciosamente expurgados. En los tiempos modernos se debe a

los galeses el mérito de haber provocado el despertar del alma céltica, es decir, de haber impulsado una corriente de opinión que, reagrupando las partes diseminadas de la raza, restableció el contacto entre ellas.

El movimiento pancéltico, que tiende a hacer converger hacia un fin común los recursos y fuerzas de los cinco grupos célticos, nació en el País de Gales en el año de 1850. Se desarrolló rápidamente y sus consecuencias prometen ser vastas y profundas.

En los últimos cincuenta años, pese a la 1ª Guerra Mundial, la situación de los celtas ha cambiado bastante. Irlanda ha reconquistado su independencia; el Principado de Gales y la Isla de Man gozan de plena autonomía; Escocia trabaja eficazmente para obtener la suya; la Bretaña Francesa es la única que ha permanecido estacionaria.

El primer objetivo a alcanzar era la salvaguarda de las lenguas célticas, garantía de una raza entera. Irlanda lo ha conseguido; los otros dialectos retomaron, también, fuerza y vigor en sus ambientes respectivos. Los profesores que los enseñan están subvencionados por la Liga Céltica. Ésta ha suscitado una unidad de impulso, inicialmente literario y artístico, pero convertido después, poco a poco, en filosófico y religioso.

En 1570 una asamblea solemne llamada “Eisteddfod”, fue presidida por William Herbert, Conde de Pembroke, el gran patrono de la literatura galesa, el mismo que fundó la célebre biblioteca de neogalés del castillo de Raglan, destruida más tarde por Cromwell. En otra reunión, llevada a cabo en Bowpyr en el año de 1681, bajo la dirección de Sir Richard Basset, los miembros del congreso procedieron a una revisión completa de los antiguos textos bárdicos *Leyes* y *Tríadas*.

Las asambleas solemnes se llevan a cabo regularmente desde 1819. El “Gorsedd” que las prepara, las organiza, y cuya dirección asume, es una institución libre, cuyos miembros son reclutados en todas las clases de la sociedad.^{vii} Fue, al comienzo, una corte de justicia mantenida por los druidas. A pesar de eclipses temporales y

de persecuciones, esa institución se ha mantenido a través de los siglos y todavía es ella la que preside el movimiento general pancéltico.

En el siglo pasado ese movimiento aumentó y las asambleas solemnes de Abergavenny, de Caermarthen, reunían a numerosos representantes de las cinco grandes familias célticas. Lamartine envió su adhesión en forma de un poema; he aquí su primera estrofa:

Y nosotros decimos: ¡Oh! ¡Hijos de los mismos parajes!

Nosotros somos una parte del viejo gladio vencedor;

Mirad nuestros ojos, cabellos y rostros;

¿Nos reconoceréis por el aspecto del corazón?

Más tarde vino el Congreso de Saint-Brieuc, reunido por convocatoria de Henri Martin, de H. de la Villemarqué y de un comité de celtistas famosos. Otras delegaciones célticas atravesaron la Mancha para confraternizar con los bretones franceses.

En compensación, el Congreso de Cardiff recibió la visita de 21 de nuestros compatriotas. En 1897 delegados galos fueron enviados a Dublín para participar en la restauración del “Feis Céoil”. En el ayuntamiento de Dublín, bajo la presidencia del alcalde, Sir James Henderson, Lord Castletown, descendiente de antiguos reyes celtas, dijo estas palabras:

“La Liga Pancéltica, que ha tomado la iniciativa en el Congreso, se propone, únicamente, reunir a representantes celtas de todas las partes del mundo para manifestar a todos su deseo de preservar su nacionalidad y de cooperar para guardar y desarrollar los tesoros de la lengua, de la literatura y del arte que les han legado sus antepasados comunes.”

Asociaciones célticas se fundaron en Francia; la enseñanza superior incluyó la historia y la literatura céltica. Cátedras especiales fueron creadas en la Sorbona, en el Colegio de Francia, en 1870, en Rennes y en Poitiers.

La *Revue Celtique* fue publicada en París, y no se ha extinguido hasta el momento, estando bajo la dirección principal de Gaidoz y de d'Arbois de Jubainville.

Tras la publicación de las obras célebres de Henri Martin, Jean Reynaud y A. Thierry, un marino ilustre, el almirante Réveillère, pudo escribir:

“Está en el orden de los acontecimientos que los celtas, un día u otro, se agrupen según sus afinidades y formen federaciones para la defensa de sus fronteras naturales y la propagación de sus principios. Es preciso que el Panceltismo se convierta en una religión, una fe... La obra de nuestra época es doble: primero, la renovación de la fe cristiana injertada sobre la doctrina céltica de la trasmigración de las almas, única doctrina capaz de satisfacer la inteligencia mediante la creencia en el perfeccionamiento indefinido del alma humana en una serie de vidas sucesivas; segundo, la restauración de la patria céltica y la reunión en un único cuerpo de sus miembros, hoy separados.”

A menudo Francia envió a esas asambleas a ilustres representantes. Allí comparecieron, sucesivamente, los señores Henri Martin, Luzel, H. de la Villemarqué, de Blois, de Boisrouvray, Rio de Francheville y, más recientemente, Le Braz, Le Goffic, etc. En todos los lugares las delegaciones francesas han sido recibidas con grandes honores y hospedadas en castillos o en ricas casas burguesas. Cuando desfilaban por las calles de las antiguas ciudades galesas o en la entrada de las Asambleas, precedidas por sus tocadores de gaita de fuelle, tocando el aria nacional galesa “Marcha de los hombres de Harlech”, las multitudes les ovacionaban. Por tanto, ¡qué contraste con las delegaciones escocesas, compuestas por personas de alta estatura, con sus poderosas gaitas de fuelle, y cómo, junto a ellas, nuestras gaitas de fuelle eran de flaca apariencia!

A propósito de esa “Marcha de los hombres de Harlech”, el Sr. Le Goffic recuerda un hecho histórico muy conmovedor. En la batalla de Saint-Cast, cuando la armada inglesa desembarcaba en

las costas de la Bretaña, una compañía de fusileros galeses avanzó al encuentro de los hombres del Duque de Aiguillon, que defendían el suelo nacional. De las filas de esos hombres se elevó un canto en el cual los galeses reconocieron el himno céltico y, de inmediato, se detuvieron indecisos, admirados. El oficial inglés que los comandaba los interpeló rudamente, diciendo:

- ¿Tenéis miedo?

- No – respondieron – pero por el aria que esa gente canta, reconocemos que son hombres de nuestra raza. Nosotros también somos bretones.^{viii}

La música celta, de una melancolía penetrante, es rica y variada; sus himnos, sus melodías, sus cantos populares son muy antiguos y el Sr. Le Goffic fue llevado a creer que los grandes compositores alemanes se inspiraron en esas músicas. Es cierto que Haendel vivió durante mucho tiempo en Inglaterra y conoció las melodías populares galesas y escocesas. Ciertos fragmentos de Haydn y de Mozart se asemejan, muy cercanamente, a las arias antiguas que datan de dos o tres siglos atrás.

Esas Asambleas, por su ceremonial, podían parecer anticuadas y suscitar burlas por parte de ciertos críticos ignorantes, pero he aquí lo que escribió sobre eso un testigo ocular:^{ix}

“Cuantos hayan visto, en el círculo de piedras sagradas, levantarse al archidruida, un viejo encanecido y alto, con pectoral de oro macizo, con la cabeza ceñida de hojas de roble bronceado, y hayan oído su oración hacia la multitud, inclinada y descubierta, la oración solemne del Gorsedd; cuantos hayan prestado atención especialmente a la emoción religiosa de esa gente y al enorme suspiro que la sacudía, cuando el heraldo desenrollaba la lista fúnebre de los bardos muertos, y después al entusiasmo que se elevaba y todo lo iluminaba – cuando ese mismo heraldo entonaba el aria nacional galesa “La tierra de los antepasados”, repetida al unísono por un formidable coro de veinte mil voces – esos ya no se burlaron del espectáculo y comprendieron la magia poderosa, la

fascinación misteriosa que sigue ejerciendo sobre el alma impresionable de los galeses.”

Desde la Gran Guerra (la primera), la propaganda céltica ha tomado un nuevo impulso. La Liga Céltica Irlandesa ha organizado fiestas, reuniones solemnes periódicas, inicialmente en Dublín, después en cada una de las ciudades de Irlanda.

En el País de Gales, muchas Asambleas solemnes se han llevado a cabo. La de 1923 fue presidida por el archidruida de Gales, ayudado por un archidruida australiano y otro de Nueva Zelanda.

Esos detalles nos demuestran que el movimiento céltico se propagó hasta las antípodas. En todos los lugares las multitudes célticas se comportan con pasión en esas Asambleas, donde se celebran torneos de poesía, de música e improvisaciones oratorias. ¡Y, por esas manifestaciones, se renuevan y se aseguran, sin cesar, la vitalidad de la raza, su voluntad de permanecer unida en un pensamiento supremo e importante, unida en un ideal común!

Así se realiza el sueño céltico previsto por los bardos.

A través de las duras vicisitudes de su historia, la raza céltica siempre ha afirmado su voluntad de vivir, su fe inquebrantable en sí misma y en su futuro; y eso principalmente en los momentos en que todo parecía perdido. Pero su obra es puramente pacífica. Lo que se agita en el fondo de su alma no es una necesidad de poderío material, sino tan solo el sentimiento de su noble origen y de sus derechos.

Así dijo Lord Castletown:

“La idea céltica es una idea de concordia y de fraternidad, y eso está escrito en todos los lugares, en las leyendas y en los dogmas filosóficos de la raza.”

Todos los iniciados saben que el Celtismo renovador llevará a Europa este complemento de la ciencia y de la religión que le falta, es decir, un conocimiento mayor del mundo invisible, de la vida universal y de sus leyes. Está ahí, en efecto, el único medio de

atenuar el declive de las razas blancas, orientando su evolución en dirección a un objetivo más elevado y de mejores destinos.

CAPÍTULO II

Irlanda

La historia de Irlanda, a través de los siglos, ha sido un largo martirologio. Las persecuciones sufridas han obligado a la mitad de la población a expatriarse, en busca de tierras distantes, dejando la isla reverdeciente, tan querida para los corazones célticos. En menos de un siglo la población ha menguado de ocho a cuatro millones de habitantes. Y desde esa época se encuentran los celtas en todas las partes del mundo.

Esa isla es con todo, tal como hemos visto, el único país donde la lengua céltica se ha revestido de un carácter y de una forma oficial. Rica, maleable, variada en sus expresiones, esa lengua ha dado origen a una literatura rica, en la cual se refleja toda el alma irlandesa, móvil, impresionable, sensible hasta el exceso y apasionada por todas las grandes causas.

Frecuenté, durante cierto tiempo, en el Colegio de Francia, el curso de Literatura Céltica, de d'Arbois de Jubainville. Había entre nosotros muchos irlandeses que oían con avidez la narración de las proezas de su héroe nacional, Couhoulainn. Seguimos el texto gaélico en un libro alemán, porque no había traducción francesa, y esta penuria – preciso es reconocerlo, para nuestra vergüenza – no se encuentra tan solo en este tipo de estudios.

El profesor nos enseñaba que los manuscritos en lengua gaélica datan del siglo V, y al enumerar todos aquellos que fueron publicados hasta el siglo XV, se verifica que ellos representan materia para mil volúmenes.

De esa voluminosa obra brotan dos grandes fuentes de inspiración, que los escritores irlandeses siempre consultan. Inicialmente, son las *Epopeyas Primitivas*, recopilación de

acontecimientos históricos relativos a la lucha, larga y conmovedora, de los insulares contra los sajones invasores y opresores. De ahí sacaban los combatientes de la última guerra de la independencia los ejemplos y el recuerdo que inflamaban su coraje y sostenían su entusiasmo patriótico.

Después, es la *Historia Legendaria de los Bardos y las Tríadas*, que en el orden filosófico y religioso son como una especie de *Biblia* para el mundo céltico y cuya paternidad es común a Irlanda y al País de Gales. No quedó fijada por escrito a no ser en el siglo VIII, o al menos no se tienen manuscritos más antiguos. Pero está establecido que esos cantos y esas *Tríadas* eran transmitidos oralmente, hace muchos siglos, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Se sabe que la enseñanza esotérica de los druidas estaba reservada únicamente a los iniciados y que no se podía transcribir, a no ser en forma de una escritura en vegetal, simbólica, cuyo secreto solamente era comunicado a los adeptos.

Tan solo con la extinción del poder de los druidas y la persecución a los bardos, se pensó en recoger esa enseñanza y darle publicidad.

* * *

Se encuentran señales de esas altas inspiraciones en toda la obra literaria de Irlanda, junto al culto ardiente de la Naturaleza, que es una de las formas del genio céltico. Su rica poesía refleja el encanto penetrante de esa isla reverdeciente con sus bosques profundos, sus lagos sombríos, sus horizontes brumosos y costas abruptas, recortadas, donde las olas arrojan sus eternos lamentos.

Por todas partes pairan enjambres de almas: duendes, gnomos, genios tutelares o malhechores, entre los cuales se mezclan las almas de los muertos, los espíritus, cuyo fluido material, pasiones, odios y amores los encadenan a la Tierra, haciéndoles andar errantes, aguardando una nueva reencarnación, visto que, en este

punto, los textos son formales: Irlanda creía en la pluralidad de las vidas humanas.

En todas las épocas, y quizá más que en ningún otro país, Irlanda ha tenido la intuición, el sentido íntimo y profundo de la vida invisible, del mundo oculto, de ese océano de fuerzas y de vida, poblado de multitudes innumerables, cuya influencia se extiende sobre nosotros y, según nuestras disposiciones psíquicas nos protege o nos atormenta, nos entristece o nos arrebatata.

Y eso porque en la historia de Irlanda, como en la de Escocia, los hechiceros ejercen una gran función. Los propios santos poseen poderes misteriosos que podrían compararse al magnetismo y al don de la mediumnidad. Para convencerse de esto se pueden leer las biografías de S. Patricio y de S. Columbano, patronos de la isla.

Dos figuras notables y nobles se destacan en la multitud de poetas y escritores irlandeses contemporáneos. Porque es una verdadera multitud a la que un sutil escritor, S. Téry pasa revista, en su concienzudo y cautivador estudio sobre el movimiento literario de Irlanda.^x

De esas dos grandes figuras, una es la de W.B. Yeats (1865-1939 – Premio Nobel en 1923), considerado como el cabeza del renacimiento de las letras irlandesas y el mayor poeta de la lengua inglesa en nuestro tiempo. “Penetrado de influencias gaélicas, él obtiene su inspiración en las antiguas fuentes nacionales, expresa el alma nostálgica y apasionada de Irlanda.”

Habiendo entrado en la intimidad del gran poeta, S. Téry lo define de un modo original:

“Yeats y su esposa, como tantos irlandeses, son adeptos a las ciencias ocultas. Esas personas se relacionan con espíritus y fantasmas como si se conociesen de antiguo. Ellos se dedican, curiosamente, a los abismos de lo desconocido, se mueven encantados en medio de fenómenos misteriosos de los que nosotros nos apartamos, porque huimos de aquello que no comprendemos. Su musa, porque es celta, gusta de envolverse en velos. Toda la

obra de Yeats está llena de un vago misticismo; tiene cierta inclinación inspirada en la teosofía y en las ciencias ocultas.”

Otro escritor de mucho talento también ejerce una influencia no menos importante sobre su país – George Russel (1867-1935) – considerado como la “conciencia de Irlanda”, a quien S. Téry nos presenta en estos términos:

“Teniendo por ascendencia una personalidad magnética, una vida pura, un alma perfecta, Russel reunió en torno a sí todo lo que había de inteligente y de noble en Irlanda, multiplicó la inspiración de todos y les comunicó su llama.

El misticismo de Yeats es más poético, intuitivo; el de Russel, consciente, reflexivo. De las vagas aspiraciones sentimentales de la raza celta ante lo desconocido, ante el misterio del mundo, Russel hizo una filosofía, un principio de acción.

Él también es un adepto a las ciencias ocultas, pero cada vez que lo interrogan sobre sus relaciones con lo invisible se muestra lleno de discreción. Cuando lo presionan, dice solamente: “Lo que yo sé es poca cosa; he descubierto que la consciencia puede existir fuera del cuerpo, que es posible, a veces, ver entidades que están muy lejos, que se puede incluso hablar con ellas a cientos de kilómetros: ya han hablado conmigo de esa manera. Sé, por experiencia, que los seres sin cuerpos físicos pueden actuar sobre nosotros profundamente. Uno de ellos me arrojó fluidos vitales y, mientras esto duró, me parecía estar siendo azotado con electricidad. Estoy convencido de acordarme de las vidas pasadas, y he hablado con amigos que se acuerdan igualmente: incluso hemos hablado, juntos, de los lugares donde habíamos vivido. También he visto seres elementales y los he observado juntamente con aquello que fueron mis compañeros de descubrimiento...”^{xi}

La obra de Russel es rica en fugas hacia lo infinito y el Más Allá. Así es como escribe en el encabezamiento de su primer libro, *Para la Patria*:

“Yo sé que soy un espíritu y que partí otrora del “yo” ancestral para tareas aún no acabadas, pero siempre repletas de la nostalgia

del país natal.” – Y afirma de las vidas sucesivas “que son varias etapas que conducen a la sabiduría, a la purificación en la esencia divina.”

Aparte de estos dos escritores, Yeats y G. Russel, justamente célebres, podríamos añadir un gran número de otros menos conocidos, visto que la literatura de Irlanda es una de las más ricas de Europa, por variedad y por el valor de las obras que la componen. Ella expresa con una sensibilidad encantadora, al mismo tiempo que con gran fuerza, las aspiraciones, los sueños, las alegrías y las angustias del alma céltica.

A través de la historia dramática de esa isla, que ha sabido, por sus propios medios y sin ningún auxilio externo, reconquistar su independencia, reencontramos, bajo la pluma de sus escritores, este mismo sabor de los misterios del Más Allá, del sentido encubierto de las cosas, de ese sentimiento profundo de lo oculto que caracteriza a esa raza.

Bajo los velos del Cristianismo aparece el alma primitiva de los antiguos celtas. Ella vibra en la poesía gaélica como en las cuerdas del arpa de Ossián. El mundo invisible es, para sus bardos, una realidad viva, y si se les ocurre, algunas veces, atribuirle nombres y formas fantasiosas, no por eso reconocen menos, bajo sus aspectos diversos e inconstantes, la sobrevivencia y la inmortalidad del alma humana.

Por tanto, en nuestros días, el sentimiento de lo oculto ha tomado, en Irlanda, matices más nítidos y más precisos. Se ha revestido de una forma experimental, tornándose una ciencia, un método que tiene sus reglas y sus leyes. En ese país, como en todo el occidente, los fenómenos del Más Allá son ahora observados, estudiados por técnicos conocedores de los procedimientos de laboratorio, que continúan esos experimentos con riguroso espíritu de control y atención escrupulosa.

Los resultados obtenidos por el profesor Crawford, de Belfast, con la Srta. Goligher tuvieron gran repercusión. Pero la obra más importante sobre esos fenómenos es, ciertamente, la de Sir William

Barrett, profesor de la Universidad de Dublín, miembro de la Academia Real de Ciencias, uno de los fundadores de la “Sociedad de Pesquisas Psíquicas de Londres”, de la cual fue presidente honorario. Su libro *En el Umbral de lo Invisible*,^{xii} traducido al francés (y al portugués), publicado en 1923, es uno de los más notables que se hayan escrito sobre ese vasto tema. Él resume, de forma clara y con una gran profundidad de miras, los frutos de medio siglo de observaciones y experimentos.

Recomendamos su lectura y de él nos limitaremos a citar las bellas conclusiones:

“El cambio más radical del pensamiento, desde la era cristiana, será, probablemente, la aceptación por la ciencia de la inmanencia del mundo espiritual. La fe dejará de estar en duda al esforzarse en concebir la vida de lo invisible, la muerte se despojará del terror que inspira a los propios corazones cristianos, los milagros parecerán tan solo reliquias supersticiosas de un tiempo bárbaro. Por el contrario, si, como creo, la telepatía es indiscutible, si los seres de la Creación se impresionan recíprocamente sin la voz ni la palabra, el Espíritu Infinito, cuya sombra nos cubre, será sin duda revelado, en el correr de los siglos, a los corazones humanos capaces de entenderlo.

A algunas almas privilegiadas les han sido dadas la intuición, la clarividencia, la palabra inspirada, pero todos nosotros, a veces, percibimos una voz dentro de nosotros mismos, débil eco de esa vida más amplia que la humanidad expresa lenta pero seguramente a medida que los siglos pasan. Aun para aquellos que estudiarán esos fenómenos tan solo bajo el punto de vista científico, el lucro será inmenso, haciéndoles más evidente la solidaridad humana, la inmanencia de lo invisible, la soberanía del pensamiento y del espíritu, en otras palabras, la unidad trascendental y la continuidad de la vida.

No estamos separados del Cosmos ni perdidos en él: la luz de los soles y de las estrellas nos alcanza, la fuerza misteriosa de la gravitación une las diferentes partes del Universo en un todo

orgánico; la más pequeña molécula y la más distante trayectoria están sujetas al mismo medio. Pero por encima y más allá de esos vínculos materiales, está la solidaridad del espíritu. Del mismo modo que la significación esencial y la unidad de un panal de miel no están en la cera de los alvéolos, sino en la vida y en el propósito de sus constructoras, así el verdadero sentido de la naturaleza no está en el mundo material, sino en el espíritu que le da su interpretación, que da soporte y une, que va más allá y crea el mundo fenoménico por el cual cada uno de nosotros pasa un instante.”

CAPÍTULO III

El País de Gales. Escocia. La obra de los bardos

Era una tierra importante, austera e imponente la del País de Gales, antes de que la industria la hubiese cubierto de chimeneas de factorías, perforado por innumerables bocas de minas y oscurecido su cielo con espesa humareda. Hoy todavía pueden notarse los residuos de la acción de las fuerzas subterráneas que han esculpido sus colinas, alterado sus montañas, como la de Snowdon, ese monte sagrado que domina toda la región, sobrepasa los mil metros de altura y cuyo origen volcánico es evidente.

En todo lugar, magmas de lavas y basalto se alternan con rocas y terrenos eruptivos, formando estratos en desorden que la Geología designa con el nombre de “cambrianas”, nombre primitivo de la región.

En el relieve de sus montañas, Gales del Norte reúne la gracia de los valles y la abundancia de los torrentes.

Escocia también ha conocido y conservado restos de manifestaciones de esa potencia que levantó cumbres abruptas. Fue ella la que levantó esas murallas de granito, de basalto, de lava, que bordean el canal caledoniano y se prolongan hasta la costa de Irlanda bajo la forma de columnata inmensa, conocida con el nombre de “Calzada de los Gigantes”.

Aparte de eso, Escocia tiene la poesía, la belleza triste y severa de sus lagos, de sus pantanales y de sus altiplanos solitarios, sembrados de urces róseos y de musgos de todos los colores.

La parte norte está encrespada de picos, siempre envueltos en neblina, pero tan imponentes cuando se tiñen de púrpura, en el crepúsculo, o de los rayos blanquecinos de la Luna.

Añádanse las penínsulas escarpadas que se prolongan a lo lejos en el mar, los promontorios incesantemente batidos por las olas, y

se tendrá una idea de esa naturaleza formidable donde se ramifica la cadena maestra que sirve de columna vertebral a la Gran Bretaña.

Una larga guirnalda de islas contienen las llamadas “Tierras Altas” de Escocia, y una de ellas, Staffa, posee la célebre cueva de Fingal, semejante a un templo, donde cada día la marea creciente ejecuta su cantiga quejumbrosa. La raza dócil y fuerte que se adaptó a esos países parece haber bebido en ellos, en su naturaleza grandiosa, las cualidades varoniles que la distinguen y, principalmente, toda esa voluntad firme que mantiene, a través de los tiempos de probaciones y pese a todo, la esperanza de un renacimiento y de una vida eterna.

La causa de ese fenómeno nos es revelada por el espíritu de Allan Kardec en uno de los mensajes que publicamos más adelante. Él proviene de la corriente céltica que, desde los tiempos primitivos, se ha extendido por el nordeste de Europa, impregnando profundamente su suelo, desde donde su magnetismo ha alcanzado a los habitantes y, poco a poco, a las generaciones que allí se sucedieron.^{xiii}

En efecto, es preciso notar que los ingleses y los sajones provenientes del este poseen un carácter muy diferente, más positivo y práctico, menos inclinado hacia lo ideal. Si, por excepción, se encuentran entre ellos naturalezas más idealistas, es raro que éstas no se ligen por vínculos anteriores a algún origen celta. Tales son, por ejemplo, Conan Doyle, Bernard Shaw y tantos otros, que, por más ingleses que sean por la cultura y por la lengua, no dejan de provenir de un tronco irlandés.

Pese a las largas, eternas persecuciones, los anglosajones nunca han conseguido domar el sentimiento nacional, el carácter étnico de los galeses y los escoceses. Muy lejos de asimilarlos, ellos han sido, eso sí, asimilados por los anglo-sajones, cada vez que han entrado en contacto permanente. Es así que los operarios ingleses, atraídos al País de Gales por la industria de la minería, adoptaron rápidamente las costumbres e incluso la lengua de ese país.

Gracias a su energía persistente, el Principado de Gales ha sabido guardar su autonomía administrativa, al igual que las grandes franquías para sus escuelas, colegios y universidades, e incluso para su iglesia nacional. Ha conservado su lengua y su literatura, de tal modo que la ciudad de Cardiff y el condado de Glamorgan se han convertido en los focos más intensos de la propaganda céltica, donde se imprimen y se publican todas las obras de los bardos antiguos y modernos.

De allí partió la primera señal del movimiento pancéltico que reúne, todos los años, a delegados venidos de todos los puntos del horizonte para confraternizar en un mismo espíritu y en un mismo corazón.

Si la fuerza vital de un pueblo es su alma, su fe en la justicia inmanente y en un Más Allá compensador, se puede decir que los galeses están de tal suerte impregnados por ella que su convicción recae sobre todo su estado moral y social. En efecto, se nota allí una cosa bastante rara en Francia: que los tribunales frecuentemente no entran en función por no haber acusados ni culpables que juzgar.

El alcoholismo, ese flagelo de los países célticos, allí va en disminución también. Esto mismo se encuentra en Escocia, en menor grado.

* * *

Los galeses, en general, creían firmemente en el mundo de los espíritus y en sus manifestaciones. Presentan a veces nombres y formas muy fantasiosas para eso. Sus relatos dejan un gran margen a la imaginación. Con todo, del conjunto de los hechos relatados, se deduce una serie de testimonios que no sabríamos rehusar.

Por ejemplo, en lo que se refiere a los “espíritus golpeadores de la mina”, esos seres invisibles que, por sus golpes sordos,

prolongados, repetidos, alientan a los mineros y dirigen sus pesquisas en dirección a los mejores filones; he aquí el informe redactado, sobre ese asunto, por el ingeniero Merris, hombre muy estimado por su saber y probidad, publicado en la revista *Gentleman's Magazine*:^{xiv}

“Quienes no conocen las artes y las ciencias o el poder secreto de la naturaleza se burlarán de nosotros, mineros de Cardigan, que creemos en la existencia de los “golpeadores”. Éstos son una especie de genios buenos, pero inaprensibles, que no se ven pero se oyen, y que parecen trabajar en las minas, es decir, que el “golpeador” es el representante o el precursor del trabajo en las minas, como los sueños lo son de ciertos accidentes que ocurren.

Cuando fue descubierta la mina de Esgair y Myn, los “golpeadores” trabajaron en ella activamente, noche y día, y un gran número de personas los oyeron. Pero después del descubrimiento de la gran mina, ya no se les volvió a oír. Cuando empecé a explotar las minas de Elwyn-Elwyd, los “golpeadores” actuaron tan fuertemente, durante cierto tiempo, que asustaron a los jóvenes operarios. Cuando removíamos los estratos de rocas, antes de llegar al mineral, era cuando los ruidos se hacían más fuertes; éstos cesaron cuando llegamos al mineral.

Sin duda nuestras aserciones serán discutidas. Afirmando, con todo, que los hechos son reales, aunque no pueda ni pretenda explicarlos. Los escépticos pueden sonreír; en cuanto a nosotros, los mineros, continuaremos alegrándonos y agradeciendo a los “golpeadores”, o mejor, a Dios, que nos envía sus consejos.”

Los fenómenos de encantamiento no son raros en el País de Gales. Se cita de buen grado tal casa o tal castillo que los han conocido y soportado. El Sr. Le Goffic, en su viaje a Cardiff como delegado bretón a la gran Asamblea solemne de 1899, recogió una gran serie de relatos de ese género, que publicó en su libro *L'Âme Bretonne* (El Alma Bretona).

La mayoría de esos relatos nos parecen muy marcados por la superstición. Creemos, por tanto, que debemos indicar un

testimonio serio, el de Lady Herbert, ilustre patriota galesa, descendiente de los antiguos reyes “kymris”, que recibía a la delegación en su castillo de Llanover. El Sr. Le Goffic cita la conversación que sobre ese asunto sostuvo con esa gran dama:

“El ejemplo viene de lo Alto. ¿No se dice en Inglaterra que la propia reina tiene su fantasma que ronda los apartamentos de Windsor? Y ese fantasma, vestido de negro, no es otro más que la gran Elizabeth.

El lugarteniente Glynn, de guardia en la biblioteca, percibió cómo el fantasma penetró en el cuarto contiguo. Pues bien, ese cuarto no tenía salida, pero había tenido una, otrora, durante la vida de Elizabeth, cerrada más tarde. El lugarteniente corrió detrás del fantasma y llegó justo a tiempo de verlo introducirse en la pared. El hecho se reprodujo diversas veces y el temor fue tan grande en Windsor que fue preciso redoblar la guardia de la noche.

Windsor tiene su dama negra, mi castillo de Cold Brooks tiene su dama blanca. Vos preguntáis ¿qué sentido tienen esas apariciones? Pues bien, como nos explica la Iglesia, son almas en sufrimiento que piden piedad a los vivos olvidadizos. Los otros espectros tienen la función de avisadores. Es el caso, creo, de la dama negra de Windsor: su presencia anuncia siempre algún acontecimiento grave, una guerra o catástrofe próxima.

Los avisos, o como decís en la Bretaña, los “intersignos”, revisten todas las formas. Algunas veces esas formas son especiales para ciertas familias. Los Grey de Ruthwen son avisados de la muerte de sus miembros por la aparición de un carruaje con cuatro caballos negros.

La familia Airl, cuando a uno de sus miembros se le acerca la hora de la muerte, oye un redoble de tambor. En una cena, estando presente uno de esos Airl, alguien le preguntó como pasatiempo: “¿Cuál es, entonces, el ‘intersigno’ de tu familia?” – “El tambor”. Y como para refrendarlo, un redoble, sordo y velado, sonó a lo lejos. Lord Airl palideció; tras cierto tiempo, un mensajero vino a anunciar que uno de los miembros de su familia había muerto.

Los Mac-Gwenlyne, descendientes del célebre clan de ese nombre, poseen hace siglos, en el norte de Escocia, el viejo solar de Fairdhu: una gran bóveda curvada le da acceso, y se cree que la piedra que sirve de base para esa bóveda empieza a temblar cuando un Mac-Gwenlyne va a morir...”^{xv}

Los casos de castillos y lugares encantados son tan numerosos en Escocia que dejamos de citarlos todos. Se sabe que ese país es la tierra clásica de los videntes, de los fantasmas y de los espíritus familiares. El aspecto melancólico de sus regiones, cubiertas de neblina, y de sus ruinas, se presta a las visiones y a las evocaciones.

Aún en nuestros días, ¿no se apareció la sombra de María Estuardo a Lady Caithness, Duquesa de Pomar, en la capilla real de Holyrood, donde se alinean las tumbas de los reyes de Escocia? En su suntuosa casa de la Calle Brémontier, en París, en días de reuniones psíquicas, la duquesa se complacía en contarnos su plática nocturna con la infortunada reina.^{xvi}

* * *

La Isla de Man nos ofrece también un bello ejemplo de resurgimiento céltico. Ella posee un parlamento autónomo, una sociedad preservadora de la lengua Manx, periódicos, servicios religiosos Manx, escuelas, etc.

En cuanto al Cornualles inglés, su dialecto, el córnico, tampoco está extinguido como se pretende, pues un cierto número de familias todavía lo hablan. Así escribió Le Goffic:

“El cornuallés, como el bretón de Francia, al cual se asemeja tan extrañamente, ha permanecido en comunicación permanente con el Más Allá. Él vive, como un bretón, en una especie de familiaridad dolorosa con los espíritus de los muertos, consultándolos, oyéndolos y comprendiéndolos.”

El País de Gales está considerado como el más antiguo y más importante foco o escuela de Bardismo. He aquí lo que escribió Jean Reynaud sobre esa cuestión en la bella obra *L'Esprit de la Gaule*, página 310:

“Se puede decir que los druidas, convirtiéndose al Cristianismo, no se han extinguido totalmente en el País de Gales, como en nuestra Bretaña y en otros países de sangre gala. Ellos tuvieron enseguida una sociedad sólidamente constituida, dedicada principalmente, en apariencia, al culto de la poesía nacional, pero que bajo el manto poético, ha conservado con fidelidad la herencia intelectual de la antigua Galia: es la Sociedad Bárdica del País de Gales, que se ha mantenido como sociedad ora secreta, ora legalizada, desde la conquista normanda, y tras haber, primitivamente, transmitido por vía oral su doctrina, como imitación de la práctica de los druidas, ha decidido, durante la Edad Media, confiar secretamente a la escrita las partes más esenciales de esa herencia.”

En realidad, el bardo es un poeta, un orador inspirado. Puede comparársele a los profetas de oriente, a esos grandes predestinados sobre los cuales pasa el soplo de lo invisible.

En nuestra época el título de bardo ha perdido su prestigio, debido al abuso, pero si volvemos al sentido primitivo del término, notaremos la presencia de importantes personajes como Taliesin, Aneirin, Llywarch-Hen, etc. Después de tantos siglos, sus acentos varoniles al afirmar su patriotismo y su fe, todavía hacen vibrar las almas célticas.

No hay que ver en la obra de los antiguos bardos un simple ejercicio del pensamiento, un juego del espíritu o una música de palabras. Sus versos y cantos constituyen un comentario y un desarrollo de las *Tríadas*, una enseñanza, un arte que abre perspectivas inmensas para los destinos del alma, elevándola a Dios. Ella confiere a sus intérpretes una especie de aureola y de apostolado.

Esa enseñanza representa un enorme adelanto sobre los tiempos futuros. Tomemos, por ejemplo *Le Chant du Monde (El Canto del Mundo)*, de Taliesin (según *Barddas, cad. Goddeu*, un libro celta). Dice este bardo:

“Gran viajero es el mundo; mientras se desliza sin reposo, permanece siempre en su camino, ¡y qué admirable es la forma de ese camino para que el mundo nunca salga de él!”

Él describe así el camino del globo a través del espacio, mucho antes de los descubrimientos de Galileo que pusieron fin al antiguo prejuicio bíblico de la inmovilidad de la Tierra.

Sean cuales fueren las constataciones que se levanten sobre la fecha exacta de esas obras, no hay duda de que son bastante anteriores a la ciencia de la Edad Media; lo mismo ocurre con el conjunto de las *Tríadas* que afirman la naturaleza espiritual del ser humano, la evolución del alma por vidas sucesivas mediante renacimientos, verdad que la ciencia actual comienza poco a poco a entrever.

Esos inspirados también eran videntes. Sus facultades psíquicas les permitían investigar el futuro y ahí leer las vicisitudes, los reveses, las pruebas dolorosas que aguardaban a los pueblos celtas. Pero sabían que el ideal grabado en ellos no podía perecer. Sabían que el sufrimiento templa las almas y que, más tarde, esos pueblos restituirían a las civilizaciones, pervertidas por los excesos del materialismo, el concepto elevado que constituye todo el valor de la vida e indica al hombre el camino recto y seguro.

Los grandes antepasados volvieron más de una vez sobre la Tierra, ya en Inglaterra, ya en Francia, en nuevos cuerpos. Tuvieron nombres ilustres que podríamos citar, pero se ha abusado tanto de esos nombres célebres que preferimos dejar a los investigadores la preocupación de reconocerlos entre aquellos que han llevado bien alta, a través de los siglos, la antorcha del arte poético y del pensamiento radiante.

CAPÍTULO IV

La Bretaña francesa. Remembranzas druídicas

Nuestra Bretaña siempre ha sido muy descrita, lo cual dispensa que yo me detenga en evocar sus paisajes. Tierra de granito, con sus bosques extensos, sus regiones inmensas, sus costas recortadas que las olas desgastan sin cesar, la Armórica fue durante largo tiempo, en la Galia, el refugio de los druidas, la ciudadela del Celtismo independiente. Más tarde penetró allí el Cristianismo, pero al igual que los estratos geológicos se superponen sin destruirse, así el fondo primitivo ha persistido bajo el apoyo al culto nuevo. La tradición étnica reapareció en mil formas bajo los velos de una religión importada de oriente.

Pues bien, en esa tierra de elección, en las épocas más diversas y bajo las formas más variadas, siempre se desarrolla el mismo pensamiento importante y solemne.

Desde las piedras megalíticas de Carnac, menhires y dólmenes, hasta los osarios y calvarios, iglesias góticas y campanarios de nuestros días, es siempre el mismo símbolo de inmortalidad que se afirma, la misma aspiración de quien pasa para quien queda, en una palabra, del alma humana hasta lo infinito.

Más que en cualquier otra parte de la antigua Galia, la Bretaña ha conservado la firme creencia en el Más Allá, en su vida invisible, en la presencia y en las manifestaciones de los muertos. Si el escepticismo y el espíritu crítico han existido en ciertas ciudades, el interior y las islas han guardado el sentimiento de una intensa espiritualidad. Cuando el rumor del océano surge con estruendo golpeando los pliegues de la costa, cuando el viento pasa aullando sobre la región, agitando las ginestas y los ramajes, el alma bretona, en el fondo de las chozas, cree oír la voz de los muertos llorando sobre su pasado.

En la época en que recorría, como turista, los campos de Finisterre, tomé como guía a un hombre de la región, que me sirvió de intérprete, pues yo no conocía perfectamente el dialecto usado en ese paraje distante. Pues bien, un día, llegando a Kergreven, entré en un camino excavado, rodeado de robles enanos, que era tenido por el más corto, según el mapa del estado-mayor que yo llevaba siempre conmigo. Pero mi guía me detuvo de pronto y me dijo, con cierto pavor, que desde hacía dos años ya no se pasaba por ese camino, que debíamos dar un gran rodeo. Tuve muchas dificultades para obtener de él las explicaciones claras, pero al fin, acabó por confesarme que un zapatero de Lampaul se había ahorcado en ese camino y su espíritu asustaba aún a los transeúntes, y por eso ya no se utilizaba esa ruta.

No lo tuve en consideración y le rogué que me indicase el árbol del suicida; lo hizo persignándose vigorosamente y con gestos de inquietud.

El Sr. Le Braz, en su libro *La Légende de la Mort Chez les Bretons Armoricains*, cita el caso de un enterrador que, habiendo violado, por orden del Cura de Penvéman, la sepultura de un muerto antes del plazo legal, recibió la visita nocturna y las censuras del espíritu del muerto, que solo cesó de asustarlo con el beneficio de oraciones pronunciadas en su intención. Pese a esa reparación, el Cura murió algunos días más tarde, y la opinión pública atribuyó la causa de la muerte a la venganza del difunto.

Otro caso anotado por el mismo autor: Marie Gouriou, de la villa de Min-Guenn, cerca de Paimpol, se acostó una noche, tras haber colocado cerca de su lecho la cuna en que dormía su hijo. Habiéndola despertado los llantos de la criatura durante la noche, ella vio su cuarto iluminado por una luz extraña y a un hombre inclinado sobre el niño, acunándolo suavemente, cantando, en voz baja, un estribillo de marinero.

Ella reconoció a su marido, partido hacía un mes para la faena de pesca en Islandia, y notó que de sus ropas se escurría agua de mar.

“¡Cómo! – Exclamó ella - ¿ya estás de vuelta? Ten cuidado, vas a mojar al niño... Espera, voy a levantarme para encender el fuego”. Pero la luz se desvaneció y cuando ella encendió el fuego, verificó que su marido había desaparecido.

No lo volvió a ver. El primer navío que regresó de Islandia comunicó que el barco en que él andaba embarcado había naufragado, con pérdida de cuerpos y bienes, la misma noche en que Gouriou apareció inclinado sobre la cuna de su hijo.

Se han encontrado en las diferentes obras del Sr. Le Braz, profesor de la Facultad de Letras de Rennes, varios fenómenos del mismo orden. He aquí cómo se expresa sobre ese asunto en el prefacio del libro precitado:

“La distinción entre lo natural y lo sobrenatural no existe para los bretones. Los vivos y los muertos son, del mismo modo, habitantes del mundo y viven en perpetua relación los unos con los otros. Ya no se asustan al oír el susurrar de las almas en los juncos, tal como oyen a los pájaros canoros que cantan, en los vallados, sus llamamientos de amor”.

Es verdad que las narraciones de ese género son muy comunes en la Bretaña, pero es preciso añadir que muchas veces la imaginación popular mezcla las creaciones fantásticas con el mundo real de los espíritus. Son las almas de los muertos y también de los duendes, Korigans, Folliked, etc., las que frecuentan las moradas de los hombres y también las llanuras, playas y bosques, de tal manera que, a veces, es muy difícil saber dónde está la verdad en esas narraciones que se intercambian, en los saraos, al amor de la lumbre.

No es solamente en la expresión de los modos de ver y de los sentimientos populares, mezclados de verdades e ilusiones, donde se debe pesquisar el pensamiento principal de la Bretaña. Es, sobre todo, en las obras de sus escritores, de sus poetas y de sus bardos. Él vibra en sus cantos, él agita, palpita en esas páginas escritas.

En efecto, bajo la variedad de los caracteres, de los talentos y de las diferencias de puntos de vista se encuentra el mismo fondo

común, el respeto a una tradición que se perpetúa, de tiempo en tiempo, y que es común a la propia alma de la raza.

Añadid entre los grandes escritores como Chateaubriand, Lamennais, Renan, Brizeux y algún otro, el tormento de los grandes problemas, la ansiedad de los enigmas del destino, la aspiración hacia lo infinito y lo absoluto. Ellos llevan consigo, sobre su cabeza, el signo augusto de todos aquellos que han procurado escrutar el misterio de la vida universal.

A continuación de los grandes autores que hemos citado, los bardos ocupan un lugar todavía más honroso, porque su raza no está extinguida en la región de la Bretaña, donde aún se encuentran ejemplos notables. Sin duda, ellos no pretenden igualar a los bardos antiguos por su talento o por su genio, pero se inspiran en su ideal; ellos tienen los mismos motivos: el patriotismo y la fe. Esa fe, es verdad, parece más católica que céltica, pero bajo sus opiniones religiosas vivaces, la chispa céltica adormece y bastaría una demanda, un recuerdo, para reanimarla.

En el curso de mis frecuentes viajes a la Bretaña, en mis conversaciones con la gente del pueblo, artistas, burgueses, he podido notar que la noción de las vidas anteriores subsistía en el fondo de las inteligencias, de modo semi-velado. Y no podría ser de otra forma entre los bardos modernos, que representan una elite intelectual. Ellos no están exclusivamente inclinados hacia el pasado, sino que se complacen también en contemplar el futuro.

Ellos sueñan para la Bretaña una autonomía semejante a la que disfruta el País de Gales, con su lengua, su literatura, sus periódicos. ¡Ellos sueñan con una familia fuerte, de costumbres más puras, basadas en la tradición! Sueñan una unión estrecha con los países de allende el mar de origen céltico, aliados en el sentimiento de un destino común.

Conservan, en lo más íntimo del corazón, una confianza inalterable en los destinos de la raza, en el triunfo del Celtismo y de sus principios superiores: libertad, justicia y progreso.

Esto es lo que les lleva a creer en una misión sagrada, en una función social regeneradora. Eso es lo que comunica a sus estrofas esos valores que hacen, a veces, vibrar el alma popular. ¿Será suficiente su verbo inflamado para sacudir la indiferencia y galvanizar a las multitudes? No, ciertamente, porque para ello es preciso el poderoso auxilio del más allá, el concurso activo del mundo invisible.

Notemos que ese movimiento de opinión a favor del regionalismo no es especial para los bardos. Los intelectuales de todas las clases, de todos los partidos, se asocian. Reclaman esa descentralización prometida por la Revolución (Francesa) que todavía no se ha llevado a cabo. En la Bretaña el patriotismo local no es exclusivo; respetando los lazos que la unen estrechamente a Francia, ella quiere un puesto especial para la pequeña patria en la grande y el mantenimiento de la lengua céltica, que es como el “paladio” de la raza bretona.

El movimiento pancéltico no tiene, en la Bretaña, el carácter separatista de que le han acusado ciertos críticos. Es una lástima que en el Congreso de Quimper, en 1924, una ínfima minoría de congresistas haya concebido esa vaga idea. La divisa general era: “¡Primero franceses, después bretones!”^{xvii}

El objetivo de los dirigentes es el de regenerar la raza mediante un idealismo elevado, hecho al mismo tiempo de un Cristianismo depurado y de un retorno a las tradiciones célticas, en todo cuanto éstas tienen de más noble y grande. En ese sentido todos los celtistas de Francia y de otros lugares simpatizan con ese movimiento.

La obra de los bardos bretones presenta eclipses y desigualdades; a veces se confina en la penumbra de la “gwerz” y de las gwerzioù” – cantos populares que los oscuros improvisadores van a divulgar, de aldea en aldea, de procesión en procesión – pero a veces también ella rompe en estrofas vibrantes, por la voz de este bardo ciego: Yann-ar-Gwenn, quien en 1792, en

las calles y plazas de Quimper, reavivaba la llama de los entusiasmos patrióticos entre los más indiferentes.^{xviii}

Hablemos de un contemporáneo, de Quellien, que se decía irónicamente “el último de los bardos” y cuya viva imaginación, inagotable, divertía los cafés literarios y las salas de redacción de París. Tras haber creado los denominados “almuerzos célticos”, que reunían todos los años a los bretones letrados de la capital, de los cuales Renan fue el ornamento más bello, Quellien murió aplastado por un auto, dejando una obra densa, de la cual dos piezas de teatro, ritmadas en el dialecto del país de Tréguier, llamadas “Annaïk” y “Perrinaïk”, esperaba representar en su querida Bretaña.

Cosa extraña, Quellien parecía haber previsto su fin trágico, pues escribió en el prefacio de su *Bretagne Armoricaine*: “Tengo el presentimiento de que las tempestades de la vida me llevarán antes de tiempo.” Algunos han visto, en esa muerte accidental, una punición por haber desencaminado el Bardismo en los cabarets de la colina de Montmartre.

El Sr. H. de la Villemarqué publicó, en 1903, una recopilación considerable de poemas y cantos populares de la Baja Bretaña, que fue objeto de contestaciones y críticas interminables; ahí se encuentran, sin embargo, cosas muy interesantes, de bellos ritmos y sugerentes evocaciones, en otras palabras, la expresión de las alegrías y dolores de un pueblo entero.

No es mi intención recordar aquí las polémicas ardientes, originadas a propósito de fraudes literarios atribuidos a ciertos escritores celtistas, y menos aún tomar parte en ellas. Esos debates y discusiones ponen de manifiesto todo el prejuicio y el fanatismo que los intereses políticos o religiosos pueden poner en juego para ahogar una gran idea que los perjudica.

Poco importa para nuestro asunto, por ejemplo, que la epopeya del Rey Arturo y los romances de la Tabla Redonda hayan sido adornados por la imaginación. Poco importa, asimismo, que los manuscritos de los poemas de Ossian sean obra del abogado

Macpherson o que los Señores Luzel y De la Villemarqué hayan recompuesto y ampliado los cantos populares de la Bretaña.

Nuestro objetivo es otro muy diferente. No se trata, para nosotros, de hacer una crítica literaria, sino de mostrar toda la belleza y la grandeza de la doctrina de los druidas, que se ha venido empequeñeciendo a voluntad. Para ello basta elevarnos por encima de las contestaciones, más alto que las rivalidades de las escuelas, a fin de ligarnos a los testimonios de los historiadores imparciales que vivieron en la propia época de los druidas y los conocieron mejor. Es lo que haremos al desarrollar los capítulos siguientes.

Es cierto que la leyenda de Merlín, el Encantador podría llamar nuestra atención, porque tales pensadores eminentes la consideran el poema en el cual se reflejan con más brillantez las cualidades y los defectos del alma céltica. Con todo, un examen atento de todo lo escrito sobre ese asunto nos ha demostrado que la parte de ficción allí es considerable y preferimos dejarle a nuestro amigo Gastón Luce, poeta inspirado que preparó sobre ese tema un drama lírico de gran elevación, el cuidado de hacerle realzar todo su interés. Nosotros nos limitaremos a reproducir estas líneas del célebre escritor Edouard Schuré, extraídas de su libro *Las Grandes Leyendas de Francia (Les Grandes Légendes de France)* en las cuales resume “la larga, la heroica lucha de los celtas contra el extranjero”:

“Arturo se convierte, para toda la Edad Media, en el tipo del caballero perfecto. Una revancha en que no habían pensado los bretones, pero no menos gloriosa y fecunda. En cuanto a Merlín, personifica el genio poético y profético de la raza, y si ha quedado incomprendido en la Edad Media, como también en los tiempos modernos, es debido, primero, a que la importancia del profeta sobrepasa en mucho a la del héroe; después, porque la leyenda de Merlín y todo el Bardismo se confinan a un orden de hechos psíquicos en los cuales el espíritu moderno solo ahora comienza a penetrar.”

* * *

Cuando, bajo la inspiración de mi guía, exploro los estratos más profundos de mi memoria para reconstituir el encadenamiento de mis vidas pasadas, si me remonto a mis orígenes, allí reencuentro, no sin emoción, los vestigios de mis tres primeras existencias vividas en la Tierra, al oeste de la Galia independiente.

En el recuerdo, vuelvo a contemplar esa Naturaleza aún virgen, semi salvaje, toda impregnada de misterio y de poesía, a la cual el hombre, pese a su intención de embellecer, solamente ha conseguido mutilar y despojar. Vuelvo a contemplar esos grandes promontorios, batidos por las tempestades, que se elevan ante los horizontes infinitos del mar y del cielo. Creo escuchar aún esas grandes voces del océano, a veces quejumbrosas, a veces amenazadoras, y el susurro del oleaje que va a morir en el fondo de las ensenadas solitarias, dibujando sobre la playa su orla de espuma. El vaivén de la ola ¿no sería la imagen del pensamiento humano, siempre inquieto, siempre tembloroso y agitado?

Vuelvo a extender la mirada por el bosque profundo, todo lleno de murmullos de una vida invisible; el bosque encantado por los espíritus de los antepasados que embrujan los santuarios donde se llevan a cabo los sacrificios y los ritos sagrados. Ese bosque céltico era tan vasto que serían precisos meses enteros para atravesarlo; tan espeso, tan cerrado, que en verano el tiempo se hacía oscuro en pleno mediodía, bajo sus verdes bóvedas, imponentes como naves de catedral.

Todo celta guarda en el corazón el amor ardiente, imperecedero, por el bosque. Éste es para él un símbolo de fuerza y de vida inmortal. Tras el final del invierno ¿no renace él en la primavera, tal como el alma, tras un tiempo de reposo, vuelve a la Tierra para manifestar los poderes de la vida que están en ella?

En este punto, como en otros muchos, la enseñanza de los druidas se inspiró en los espectáculos de la naturaleza. En el estudio de sus leyes, encontraron ellos una fuente abundante de lecciones siempre vivas y expresivas, siempre al alcance de los

hombres, que proporcionaban una base sólida, una fuerza incomparable a sus convicciones. De ahí que no hubiese duda ni vacilación alguna, puesto que ellos entendían a la naturaleza como una emanación de la voluntad divina. Y es por hallarse alejado de ella y por haber pasado por alto sus leyes, que desde entonces el hombre ha caído en el escepticismo y en la negación. Pero entonces una fe nueva y pura brotaba de las almas, como la fuente límpida emerge del suelo bajo la ramada de los grandes bosques. Espíritu impetuoso y ardiente, de ella me impregné hasta tal punto que, pese a las vicisitudes de numerosas existencias, todavía guardo de ella una profunda impresión.

Me gustaba penetrar en los círculos de piedra (*crómlechs*) donde se evocaban los espíritus de los muertos. Escuchaba, con ansia, las lecciones de los druidas, que nos entretenían con las narraciones de las luchas del alma en el “Abred”, para conquistar la ciencia y la sabiduría, y su plenitud de vida en el “Gwynfyd”, para posesión de la virtud, del genio y del amor. Bajo la indicación del Maestro, yo me aplicaba a aprender y recitar los innumerables versos que constituían la enseñanza sagrada.

Con la repetición de tales experimentos, he logrado dar a mi memoria la destreza y la duración que han hecho de ella el precioso instrumento de estudio y de trabajo que me ha seguido en todas mis vidas ulteriores.

En el curso de mi vida actual yo quería volver a contemplar los paisajes imponentes que, en aquellos lejanos tiempos, con ayuda de mis primeras existencias terrestres, me habían impresionado tan fuertemente.

Seguí, punto por punto, los cortes de la costa bretona y los restos de los grandes promontorios que las embestidas de la tempestad han reducido, de siglo en siglo. En esa lucha gigantesca, el océano lleva las de ganar y el continente retrocede.

El hombre, en su impotencia, se resigna, pero ¡de qué modo se venga en el bosque!

En lugar de los santuarios drúidicos, ambientes augustos y sagrados, no se ven más que urces informes sin encanto ni belleza. Yo quería recorrer Brocelianda, el bosque encantado donde Merlín y Viviane abrigaban su pasión y sus sueños; encontré solamente un bosque devastado por el hacha, con sus grandes superficies desnudas, semejantes a manchas leprosas sobre un suelo empobrecido. La fuente de Barantón, de aguas mágicas, es ahora una cloaca donde se agitan batracios indefinidos.

Los mismos nombres han sido cambiados, Brocelianda se ha convertido en el bosque de Paimpont, propiedad del obispo de Nantes, quien ha procedido a talas frecuentes. Y lo mismo ha sucedido por dondequiera que se extendía el bosque céltico. ¿Dónde están esas bóvedas de verde que costosamente atravesaban los rayos de sol para lanzarse sobre los musgos y los helechos?

Pero cuando la Tierra haya perdido su adorno y se vuelva calva y desnuda, cuando las aguas pluviales rolen en torrentes devastadores, ¿a dónde volverá el hombre sus ojos para disfrutar del espectáculo del Universo? ¿No ha declarado uno de nuestros eminentes políticos que las luces del cielo han sido extinguidas? Pero no, Viviane^{xix} está muerta y las estrellas brillan todavía en el seno de las noches profundas. ¡Ellas nos hablan del poder, de la sabiduría, de la bondad del Creador! ¡Ellas serán siempre un símbolo de eterna esperanza para la humanidad!

CAPÍTULO V

La Auvernia. Vercingétorix, Gergovia y Alesia

Como una ciudadela que corona algunas cumbres con sus torres y baluartes, la Auvernia eleva la cadena de sus montañas sobre las llanuras y los valles de Francia Central. Desde los altiplanos y los contrafuertes bajan y rolan los torrentes, los arroyos que se convertirán, más adelante, en grandes ríos, cuyas cuencas, que desaguan en tres mares, dan a la Galia ese aspecto regular, esa forma predestinada que parece, como decía Estrabón, la obra de un dios.

El país de los auverneses era, para sus habitantes, como una tierra sagrada. Los genios invisibles rondaban sus bosques y sus montañas. De su suelo brotaban en abundancia las aguas termales, los vapores benéficos, manifestación de un poder subterráneo que inspiraba, en esos pueblos primitivos, una especie de temor religioso.

El Puy de Dôme, que domina toda la región por su alto porte, era el altar gigantesco desde donde elevaban los druidas sus oraciones al cielo, el templo natural del dios Teutatés, o mejor, del espíritu protector que simboliza la fuerza y la bravura de los auverneses.

El panorama de los montes despierta en el alma una impresión casi tan viva como las noches cuajadas de estrellas. Esa impresión no se expresa en palabras, sino generalmente, en una contemplación silenciosa, una admiración tanto más viva cuanto más profundo se tenga en el alma el sentido de la armonía y la belleza. Aún se aumenta más en la Auvernia por las marcas que ha dejado la acción del fuego central, que en su esfuerzo por alcanzar la superficie ha alterado los estratos terrestres. Si desde lo alto del Puy de Dôme se observa la larga cadena de cráteres que se suceden de norte a sur, en línea recta, y se reconstituye, con la imaginación,

el período de actividad de todos esos volcanes, cuando expelían ríos de lava, cuyos rastros todavía se pueden seguir a lo largo de muchas leguas, que los naturales de la región llaman “Cheires”, se tiene la visión grandiosa del dinamismo que sacudía el globo en los tiempos cuaternarios.

El suelo de la Auvernia, tanto en la región de los montes Dôme como en la de los montes Dore y Cantal, es agrietado, acribillado de cráteres extinguidos, invadidos más tarde por las aguas. El más notable es el lago Pavin, corte vasto y profundo de paredes de basalto, al que corona un círculo de bosques. Por la brecha donde desaguaban otrora las lavas, hoy se expanden las aguas límpidas del arroyo La Couze.

Por el camino que rodea el lago, a través del bosque umbrío, se llega al altiplano elevado que domina muchos cráteres, entre otros el de Moncineire, o montaña de las cenizas. Ese es uno de los sitios más maravillosos de nuestra región. La naturaleza salvaje de las primitivas eras de la Tierra se revela allí todavía bajo el cambiante efecto de las aguas y los bosques. Por las emanaciones sulfurosas y por los lodos termales que se hallan en algunos puntos de la Auvernia, se puede considerar que la actividad subterránea no ha cesado por entero, y que siempre puede ser posible un despertar de esas fuerzas plutonianas.

El contacto de esa naturaleza agreste había comunicado a las poblaciones primitivas esas cualidades rudas y fuertes que caracterizan a casi todos los montañeses.

Si el sentimiento que tenían los galos respecto de su origen común, de su parentesco de raza, si la unidad moral y religiosa que resultaba, mudase en unidad política, los auverneses habrían sido los primeros en aprovecharla. ¿No era su provincia el núcleo activo y, al mismo tiempo, la principal fuerza material de la Galia?

El Puy de Dôme era el mayor santuario. Hacia allí convergían peregrinos de todas partes. Gergovia era el lugar más importante, y Vichy, situado entonces en región auvernesa, atraía, únicamente por la virtud de sus aguas, a multitud de enfermos y heridos.

El Rey Bituit había movilizado a doscientos mil combatientes contra los romanos y la caballería auvernesa estaba considerada como la mejor de todas. Pero Bituit fue vencido y el imperio auvernés se eclipsó durante cierto tiempo. Mientras tanto, vastos grupos políticos se formaban en otros lugares: la Federación Armoricana, en el oeste; la Federación Belga, en el norte de Marne. La de Auvernia se reconstituyó, incorporando a todos los pueblos de las Cévennes. Pero la rivalidad celosa de los eduenos lo comprometió todo. Recurrieron al César, cuyas legiones penetraron, poco a poco, en la Galia, y establecieron alianza con él. La influencia del pérfido procónsul aumentó rápidamente y pronto se convirtió en una amenaza para la independencia gala.

Es entonces cuando aparece la grande y noble figura de Vercingétorix (72-46 a.C.). Educado por los druidas, en su educación adquirió esas raras cualidades, esa elevación de carácter, que lo distinguieron. La muerte cruel de su padre Celta, quemado vivo por sentencia del Senado por haber aspirado a la corona, arrojó una sombra sobre su juventud y contribuyó a hacerlo, desde muy temprana edad, circunspecto, meditativo y soñador. Experimentó, según se dice, la sensación del mundo invisible, esas intuiciones inexpresables que son, quizá, reminiscencias de recuerdos anteriores, formando un conjunto de cosas enterradas en la subconsciencia profunda, que tienden a revivir, a expandirse a plena luz.

Camille Jullian, tan reservado en esas materias, no vacila al enseñarnos que Vercingétorix, enviado muy pronto a la escuela de los druidas, vivía en la respetuosa familiaridad de esos sacerdotes. Con éstos aprende que hay un alma inmortal y que la muerte es un simple cambio de estado. Ellos le enseñan que el mundo es una cosa inmensa y que la humanidad se extiende a lo lejos, fuera de las tierras paternas y de los caminos de la caza o de la guerra. Así el joven imaginaba, poco a poco, la grandeza del mundo, la eternidad del alma y la unidad del nombre galo.

Todo en Vercingétorix lo predisponía a la jefatura; su cuerpo alto y soberbio, dice Camille Jullian, lo indicaba para la admiración de las multitudes. Tenía la superioridad física e intelectual que da a la voluntad una seguridad nueva, y los auverneses podían preguntarse si Luern o Bituit, los jefes todavía célebres de la Galia triunfante, no habían vuelto bajo la forma juvenil del último de sus sucesores.

Instruido y amado por los bardos, se convirtió en uno de ellos. Él sabía expresarse en versos y emplear en sus discursos esa actitud arrebatadora que impresiona siempre a los celtas. Sobre esto recordemos la siguiente cita de Mommsen, el gran historiador alemán, que demuestra que nuestros antepasados no eran tan bárbaros como se pretendía: “El mundo céltico se liga más estrechamente al espíritu moderno que al pensamiento grecorromano.”^{xx}

Y el Sr. Camille Jullian insiste sobre esa cuestión:

“Vercingétorix no por eso era cerrado y hostil a la civilización grecolatina. Él tomó prestados muchos principios de la guerra científica y aceptó cierta supremacía intelectual de los dos grandes pueblos vecinos.”

* * *

En una obra reciente llamada *L'Initiation de Vercingétorix*,^{xxi} el Sr. André Lebey nos proporcionó detalles muy interesantes sobre la educación religiosa y política del joven jefe auvernés. Inicialmente nos presenta muchas escenas vivas y coloridas en las cuales los nobles llamados “collares de oro”, responsables por la muerte trágica de Celtil, se entregan a ese género de intrigas que echó a perder a la Galia, mirando con odio celoso el progreso del joven varón y temiendo represalias. Después, fue el viaje de Vercingétorix, quien atravesó las vastas soledades silvestres que separan las tribus, visitando el bosque sagrado de los carnutos,

donde participa en la gran ceremonia anual, presidida por el archidruida y por la gran sacerdotisa de la Isla de Sein; y su visita a Carnac, donde cumple otros ritos. Allí, en las horas del crepúsculo, escucha los cantos del bardo afirmando el Dios supremo:

“Yo creo en un Dios único, eterno, que no se conoce, que nunca se conocerá, indudablemente. Yo creo en aquel que es, en aquel que será, puesto que es lo mismo, en aquel que se revela y ha existido siempre, puesto que es el mismo todavía. El camino que conduce a su incógnita comienzo en el sacrificio voluntario.”

Bajo la dirección de un druida, guía tutelar y familiar, va a obtener en los santuarios los conocimientos de esa gran doctrina, de la cual D. Martin pudo decir que “no fue tomada prestada de ningún otro pueblo”. Sin duda, en sus relatos es preciso tener en cuenta la fantasía, pero los principales acontecimientos reposan en una base histórica. Lo que hay de más notable en esa obra son las páginas consagradas a la conversación solemne y secreta de los dos druidas sobre la playa bretona, frente a las islas sagradas. Uno de ellos, Divitiac, es admirador y aliado de los romanos; el otro, Macarven, preceptor de Vercingétorix, solo tiene en vista el futuro y la grandeza de la Galia, el desarrollo de su genio libre, independiente de toda injerencia extranjera.

Divitiac había vuelto de un viaje a la ciudad Eterna deslumbrado por la gloria política y el esplendor monumental de Roma. Sueña con una alianza que considera necesaria para completar el poderío de la Galia y asegurar su función en el mundo.

Macarven recuerda a su interlocutor la corrupción, el escepticismo de los romanos, su rapacidad, su sed de dominación y, sobre todo, la astucia y los ardides a que están acostumbrados. Confiando en la religión y en la práctica que ama, él deposita toda su esperanza en una Galia independiente. Dijo a Divitiac:

“Mi fe es más clarividente que la tuya. Para vencer completamente, sería mejor que ella extinguiese las armas manuales, ¡en nombre de su superioridad! El triunfo pasajero de la materia sobre el espíritu no puede anular la vida del espíritu; la

consagra todavía más y la hace resucitar eternamente por encima de la victoria momentánea del enemigo. Por el contrario, aceptando, incluso por astucia, al conquistador que la domina, ella se humilla poco a poco, ella se entrega. La derrota noble valdría más por su resistencia legítima que la victoria brutal del número y de la fuerza, únicamente. Yo solo confío en el camino perpetuo, obstinado, de la conciencia. Porque es recto, superior, decisivo; entre todos los otros recovecos, él sigue más allá. Dejarlo, abdicar de él, es perderse, quizá morir, y de una muerte de la cual no hay levantarse. Esa muerte lo engulle todo, es tan pesada que arrastra el alma aplastada bajo el peso de su nulidad.” (P. 163).

Prosiguiendo su viaje, Vercingétorix va a consultar a las druidesas de la Isla de Sein.

“Has venido – le dicen – a interrogarnos sobre el enigma de los mundos. Nosotras y nuestros sacerdotes te respondemos. Has llegado, como nosotros, al conocimiento de la migración de las almas y de las leyes de la vida universal. Ahora una nueva tarea te será impuesta; es preciso, en adelante, pensar en Roma. Si todo lo que has visto del imperio galo te ha hecho amarlo, si estás ligado a nuestra religión, fuerte y dulce, natural y divina, en la cual el mal inevitable de la vida se esclarece y se rescata mediante el sacrificio y después llega a lo verdaderamente sublime mediante el culto equilibrado del espíritu; si tú te das cuenta de que en la ciudad fría, sobre la cual vigila el Capitolio, pese a la dulzura del clima y a la belleza de los montes Apeninos, tú, vencido, regresarás para morir en el aire saludable de la Gergovia, la lección viva del Puy majestuoso, la profundidad calmante de sus bosques, ¡entonces prepárate desde ahora! Prepárate para salvar a tu país y su religión, única en el mundo, a tu nación de aguas claras, de corazones beligerantes, pero buenos y cálidos. Cree en mí, cree en mis hermanas, cree en nuestros sacerdotes; esta virtud particular a nuestro suelo, donde la raza céltica llega a su más justa expansión, no existe en otra parte.”

Más tarde, la gran druidesa conduce al jefe auvernés sobre el promontorio que domina el mar de terror, frente a la isla sagrada. En ese tumulto del oleaje, que imprime a sus palabras una especie de solemnidad fatídica, ella le lanzó estas palabras en tono imperioso:

“Elegido por todos, tú serás el rey y nos perteneces. Bajo este gladio centelleante, por encima del abismo, símbolo de la voluntad, más allá de todas las agitaciones humanas, jura dedicar todos los minutos de tu vida, tu muerte, todo lo que compone tu cuerpo perecedero, y asimismo todo cuanto prepara a tu alma inmortal, al cumplimiento de la liberación.

Tú estás aquí, en el fin del mundo. ¡Si tu juramento es sincero, los dioses que velan en torno a nosotros y en las islas, en los confines del santuario de todos los santuarios, te atenderán!”^{xxii}

Y en el viento y la tempestad, bajo el estrépito de las olas ruidosas, bajo el gladio ensangrentado, ¡Vercingétorix juró!

* * *

En el año 53 a.C. fue cuando, dolorosamente afectado por la situación de la Galia, Vercingétorix toma la resolución de consagrarse a la salvación de su nación. César había derrotado por separado a los eburones, a los tréviros, a los senones, después regresó a Italia, dejando sus diez legiones dispersas por el norte y el este. Aprovechando las circunstancias, Vercingétorix, en pleno invierno, recorrió las tribus preparando una sublevación general y, mediante su elocuencia varonil, reavivó los ardores patrióticos y levantó los ánimos abatidos.

Una asamblea solemne de todos los jefes galos tuvo lugar en el bosque sagrado de los carnutos. Allí, bajo las banderas de las tribus, reunidas en grupos, los jefes hicieron juramento de unirse contra los romanos y proclamaron a Vercingétorix jefe supremo. Ellos soñaban con una patria colectiva, con una Galia grande, libre

y federada, realización de esa fraternidad céltica, concebida por los druidas. Vercingétorix intentó introducir más orden y método en la organización militar y en los movimientos de la armada gala. Mostró tanta habilidad y precisión que recibió este poco común elogio por parte de su enemigo: “Fue tan activo como severo en su comando.”^{xxiii}

Podría preguntarse dónde ese gran jefe auvernés, todavía joven, había adquirido sus aptitudes y su conocimiento. Parece que la función que se debe atribuir al mundo invisible en la historia empieza a salir de los dominios exclusivos de las religiones para penetrar poco a poco en la ciencia. Esta función, el Sr. Camille Jullian la reconoce, o mejor, la discierne en la vida de su héroe, y la relaciona con otros ejemplos célebres: los de Sartorio y Mario, que tuvieron sus profetisas, tal como Civilis tuvo a Velleda. “Vercingétorix dijo que tuvo a su alrededor agentes que lo ponían en relación con el cielo.”^{xxiv}

Pero el terrible procónsul, al ser informado de la sublevación de la Galia, dejó rápidamente Ravena y, tras un rápido viaje, realizó un acto tenido como imposible en pleno invierno. Atravesó las Cévennes por veredas abruptas, con 30 centímetros de nieve, y embistió con su pequeña armada sobre el país auvernés, obligando así a Vercingétorix a encaminar sus fuerzas hacia el sur y a liberar las legiones rodeadas. Tras ese desvío estratégico, César bajó por el valle del Loira y reunió, a toda prisa, la parte principal de las legiones, a fin de ser capaz de enfrentarse a los acontecimientos.

¿No sorprende encontrar, a dieciocho siglos de distancia, acontecimientos análogos en esa otra existencia del mismo hombre de genio que fue sucesivamente Julio César y Napoleón Bonaparte? El paso de las Cévennes no tendría por complemento el del Grand Saint Bernard, y el 18 brumario^{xxv} no recuerda el paso del Rubicón?

Algunos meses más tarde, el sitio de Bourges por los romanos, heroicamente sostenido por sus habitantes, mostró toda la utilidad de las reformas de Vercingétorix.

Para devastar el área de la armada romana, los bituriges ponen fuego, bajo orden suya, a veinte de sus villas. César sube nuevamente hasta la Auvernia con sus legiones y ataca la Gergovia, foco de la independencia gala; es repelido, forzado a dejar su campo y a batirse en retirada durante la noche.

El general romano, que no tenía caballería, no vaciló en mandar venir de allende el Reno, para alistarse, huestes de caballeros germánicos semi-salvajes. Y así fue como, tras haber proclamado muchas veces, altisonantemente, que él no venía a la Galia más que para defenderla contra los germanos, él mismo fue quien abrió el camino a las invasiones. En la batalla de Dijon, los pesados escuadrones germánicos rompieron la caballería gala y Vercingétorix, reducido a su única infantería, tuvo que refugiarse en la Alesia.

Finalmente, viene el sitio memorable de esa villa por los romanos, los trabajos gigantescos de las legiones para sitiar el lugar y la llegada de la armada de socorro, es decir, casi toda la Galia en armas. Esta armada fue lenta en reunirse, los jefes se juntaron al comienzo en Bibracte, formando un consejo general, a fin de discutir los planes de Vercingétorix. Si entre ellos había hombres entregados sin excepción a causa de la libertad de la Galia, también los había ambiciosos, de doble cara, como los dos jóvenes eduenos Viridomar y Eporédorix, ambos decididos a favorecer, en secreto, los designios del César.

En una horrible lucha de tres días, el impulso furioso de los auverneses desbarata las líneas romanas, pero la traición de los eduenos aniquila sus esfuerzos y la armada gala se dispersa, abandonando los defensores de Alesia a su propia suerte.

Vercingétorix, vencido, podría huir, pero prefirió ofrecerse como víctima expiatoria a fin de preservar la vida de sus compañeros de armas. El César, estando asentado en un tribunal, en medio de sus oficiales, ve las puertas de Alesia abrirse. Un jinete de alta estatura, cubierto con una magnífica armadura, aparece al

galope, describe tres círculos con su caballo alrededor del tribunal y, con aire altivo y grave, arroja su espada a los pies del procónsul. Era el jefe auvernés, que se entregaba a su enemigo. Los romanos, impresionados, se apartaron con respeto, pero el César, demostrando la bajeza de su carácter, lo postra con injurias, lo encadena, lo manda a Roma y lo arroja en la cárcel Mamertina, calabozo oscuro, con una única entrada, a través de la bóveda. Tras seis años de horrenda prisión, fue sacado de allí para figurar como triunfo del César, y de ahí fue entregado al verdugo (46 a.C.)

Un día, en el correr de los tiempos, esos dos hombres se encuentran sirviendo a la misma causa, bajo el mismo estandarte. César se llamó entonces Napoleón Bonaparte y Vercingétorix fue el general Desaix. En Marengo, cuando la batalla parecía perdida para los franceses, Desaix llegó en el momento oportuno, con su división, para salvar a su antiguo enemigo, ¡y esta fue toda su venganza!

Edouard Schuré escribió respecto de Desaix,^{xxvi} tras recordar sus grandes hazañas:

“Él fue la modestia en la fuerza, la energía en la abnegación. Buscaba siempre el segundo lugar, y en él se conducía como si fuese el primero. Batido mortalmente en Marengo, en esta gran batalla que ganó para el primer cónsul, y temiendo que su muerte desmoralizase a los suyos, dijo simplemente a quienes lo dominaban: “No les digáis nada a ellos”.

En esos detalles históricos ¿no se encuentra una confirmación de lo que nos han dicho nuestros instructores del espacio acerca de la identidad de esos dos personajes, Vercingétorix y Desaix, animados por el mismo espíritu en el correr de los siglos? Así ha sido con César y Napoleón y con otros muchos casos semejantes.

¡Si la mirada del hombre pudiese escudriñar el pasado y reconstituir el eslabón que une sus vidas sucesivas, muchas sorpresas le estarían reservadas, pero los malos recuerdos y las angustias vendrían también a mezclarse con las dificultades de la vida presente y a agravarlas! He aquí por qué le es otorgado el

olvido durante el paso por el vado, es decir, durante la estancia terrestre. Pero durante el desprendimiento corporal, en las horas del sueño y, sobre todo, después de la muerte, el espíritu evolucionado retoma el encadenamiento de sus existencias pasadas, y en la ley de causas y efectos, en vez de vidas aisladas, incoherentes, sin precedentes y sin secuencia, contempla el conjunto lógico y armonioso de su destino.

* * *

Así como visité a pie, con sentimiento de respeto, el santuario céltico de la Bretaña, creo mi deber hacer la peregrinación por la Gergovia y la Alesia. Escalé las escarpas de la Acrópolis auvernesa y más tarde subí la inclinación suave que, desde la estación de Laumes, conduce a la Alise. Una neblina fría y penetrante envolvía la llanura, mientras en el horizonte el disco rojizo del Sol parecía esforzarse en horadar la cerrazón.

Recorriendo las calles de la villa, percibí, con sorpresa, una estatua ecuestre con esta inscripción: “A Juana de Arco, la Bourgogne”. ¿Es este, entonces, un monumento expiatorio? Continuando mi ascenso, alcancé el altiplano donde se eleva la estatua gigantesca del gran antepasado. Allí, solitario, estuve pensativo durante mucho tiempo, meditando tristemente en cuánto es necesario – luchas, sangre, lágrimas – para asegurar la evolución humana.

La figura grandiosa y noble de Vercingétorix se liberta de la sombra de los tiempos como un ejemplo sublime de sacrificio y abnegación. Él creía en la patria gala, en su futuro, en su grandeza, y por esa patria luchó, sufrió y murió. Le fue recordado, en la hora suprema, el juramento pronunciado ante el cielo, en el promontorio bretón, en el seno del oleaje furioso.

Al ofrecerse en holocausto para salvar a sus compañeros de armas, él se inspiró también en aquello que le habían enseñado los

druidas: es por el olvido de sí mismo, por la inmolación del “yo” en provecho de los demás, como se alcanza el “Gwynfyd”.

Para recuerdo de esos héroes, Gergovia y Alesia se han convertido, para siempre, en los lugares sagrados donde el alma céltica prefiere recogerse para meditar y orar.

CAPÍTULO VI

La Lorena y los Vosgos. Juana de Arco, alma céltica

¿Por qué estas páginas sobre la Lorena? – preguntan. Esta región, apartada de todos los grandes focos célticos, ¿puede entonces figurar en su secuencia? Sí, ciertamente, porque la Lorena siempre ha sido baluarte de defensa del mundo céltico contra los germanos.

Por lo demás, nótese que hay una laguna en casi todas las obras similares. Se habla mucho de la Bretaña y se pasa en silencio sobre las otras regiones célticas. Ahora bien, para facilitar en Francia el despertar del alma céltica, reconducirla a sus tradiciones, poner de manifiesto la altivez de sus orígenes, es preciso recordar su ascendencia sobre otras provincias interesadas y desembarazarlas, así, de esa influencia latina que, desde hace muchos siglos, disimula su propia individualidad.

La Lorena ha sido, constantemente, el camino para las invasiones de los pueblos provenientes del norte atraídos por los efluvios de las regiones cálidas o templadas. Desde los primeros tiempos de nuestra historia, larga sería la lista de las hordas extranjeras que han pisado su suelo y devastado sus campos. Toda mi infancia fue arrullada por el relato de las depredaciones causadas por los ejércitos enemigos. A su aproximación, los habitantes de las aldeas, llevando lo que tenían de más precioso, huían a toda prisa a los confines de los bosques donde levantaban sus chozas. Igualmente, mientras que en el centro y en el oeste, las granjas y las viviendas están diseminadas aquí y allí, según las

necesidades de la cultura, es notable ver en el este las poblaciones agrupadas en grandes villas; las casas aisladas allí son raras. De todos esos flujos y reflujos de ejércitos, de esos sitios y choques violentos, la Lorena ha sufrido más que cualquier otra provincia francesa. Esto motivó un patriotismo ardiente que persiste a través de los siglos.

La cadena de los Vosgos se eleva como una muralla, de la cual el Reno parece ser el foso. La llanura de Alsacia está entremezclada de elementos galos y germánicos, pero por todas partes dominan los recuerdos célticos. Lo mismo ocurre en otros varios puntos de la Lorena.

Como puesto avanzado, cubriendo la línea de los montes, el Odilienberg eleva bien alto por encima de esa llanura su campo atrincherado, formado de bloques ciclópeos, enorme recinto que podía servir de refugio y de defensa a una tribu entera, con todos sus recursos en cereales, raciones y animales.

Sobre dos elevaciones, ocupadas hoy día por dos capillas, se hallaban los templos de Hesus y Bellena. El Donon, como el Puy de Dôme, era una montaña consagrada a los dioses, y sobre casi todas las cumbres de los Vosgos se hallan vestigios de altares druídicos.

Yo he recorrido, frecuentemente, esas crestas y esos altiplanos encrespados de robles, de hayas y de negros abetos entre los peñascos de arenisco rojizo y de ruinas de viejos burgos, posados como nidos de águilas sobre las altas cumbres.

¿A qué época se remonta el vasto sistema de defensa que, bajo el nombre de “muro pagano”, abarca las alturas de Sainte-Odile, la Bloss y el Menelstein? Evidentemente, a la época de las primeras invasiones germánicas, y su finalidad era la de detenerlas o retrasarlas. Eses atrincheramientos pertenecían, por tanto, al período céltico.

Maurice Barrès escribía sobre eso:

“En esa montaña, desde el siglo IV o III a.C., los celtas habían construido el ‘muro pagano’. En esa cumbre se encuentran los restos de un ‘oppidum’ galo (fortaleza) y probablemente un colegio sacerdotal druídico.”^{xxvii}

Edouard Schuré escribió, a su vez:

“Los ‘tumuli’ (montones de piedras, especie de túmulos) hallados en el recinto, los menhires puestos sobre los flancos, los dólmenes y las piedras de sacrificio que se diseminan por las montañas y valles de los alrededores, los nombres de ciertas localidades, todo demuestra que la montaña Sainte-Odile fue, en los tiempos célticos, la sede de un gran culto.”^{xxviii}

Ese autor, por tanto, considera ese prodigioso conjunto de ruinas como restos de uno de los mayores santuarios de la Galia. Él coloca sobre el promontorio de Landsberg el “Templo del Sol”, frecuentado por los druidas. Desde ese punto el panorama es inmenso, extendiéndose hacia atrás sobre los vastos bosques y valles encajados que cubren las vertientes de los Vosgos; y en la dirección opuesta, sobre toda la llanura de la Alsacia. A lo lejos, se despliega la cinta plateada del Rin; finalmente, en el horizonte, por encima de las aristas sombrías de la Floresta Negra, la vista se extiende hasta las cumbres de los Alpes, deslumbrante, bajo su corona de ventisqueros.

Se puede notar, como hemos hecho a propósito de la Bretaña, que la mayor parte de los grandes santuarios cristianos han sido adaptados, podría decirse injertados sobre cultos anteriores.

En los terrenos consagrados por los druidas durante siglos, se construyó, más tarde, el Monasterio de Sainte-Odile, patrona de la Alsacia.

Pese al cambio de religión, hace ya dos mil años, largas colas de peregrinos se encaminaban a la “Montaña del Sol”, a fin de buscar allí socorro moral. Bajo nombres y fórmulas variadas, su fe y sus oraciones los atraían a ella, y en ella acumulaban esas fuerzas psíquicas, cuya potencia y extensión la ciencia apenas comienza a medir. Ellos creaban así un ambiente fluídico y magnético que

permitía al mundo invisible aproximarse nuevamente al mundo terrestre y actuar sobre él. De ahí esas manifestaciones y principalmente esas curas maravillosas que se han producido en los lugares sagrados de todos los tiempos, de todos los países y de todas las religiones.

En el seno de esos sitios grandiosos, el pensamiento se eleva con más fuerza, comulga con más intensidad con el Más Allá superior, porque Dios está en todas partes donde la naturaleza habla al corazón del hombre.

Cuando un temblor recorre la masa del verde y hace ondular las altas copas de los grandes árboles del bosque, cuando la voz de los torrentes y de las cataratas se eleva desde lo profundo de los valles, el alma iniciada comprende mejor la belleza eterna, la suprema armonía de las cosas, y vibra al unísono con la vida universal. Es lo que sentí no solo sobre las alturas de Sainte-Odile, sino además sobre la mayor parte de las cumbres de los Vosgos, y, notablemente, sobre el Hohneck, desde donde la vista abarca toda la llanura hasta el Rin, hasta los Alpes lejanos.

Día vendrá en que los hombres, alejándose de las viejas fórmulas religiosas, se unirán en pensamiento común de adoración y de amor. Como en el tiempo de los druidas, la naturaleza retornará al templo augusto; será entonces la religión del espíritu, consciente de sí mismo y de su destino, que es el de progresar de vidas en vidas, de mundos en mundos, hacia el foco eterno de toda luz, de toda sabiduría, de toda verdad. Y así será fundada la unidad religiosa de la Tierra y del espacio, de dos humanidades, la visible y la invisible.

* * *

Los altos valles de la Meurthe, de la Mosela y de la Vologne poseen todavía numerosos monumentos megalíticos: menhires y dólmenes.

Según Charton, el altar hallado en Lamerey, los “tumulus”^{xxix} de Bouzemont, de Dommartin-les-Ramiremont, de Martigny son antigüedades célticas.^{xxx} El valle de Arjol, los alrededores de Darney recuerdan cosas del mismo tipo. La montaña de los Deux-Jumeaux presenta, sobre el Piton Nord, cavidades circulares y características en que los druidas recogían directamente las aguas pluviales, que consideraban las más puras para la celebración de sus ritos religiosos. Sobre el Piton Sud, el Grand-Jumeau, se pueden notar los vestigios de un “oppidum” (fortaleza de los galos).

Personalmente he podido observar en la Lorena muchas de esas rocas dispuestas en forma de altares, con cavidades circulares, especie de pilas de agua bendita druídicas, particularmente en Grand-Rougimont, en el valle de la Haute Vezouse. Igualmente en la montaña, cerca de Épinal, llamada “Cabeza del Pequeño Cubo” por ese motivo. Una excavación semejante, llamada “Caldero de las Hadas” se encuentra en la montaña de Répy, entre Raon-l’Étape y Étival.

Cerca de Saint-Dié hay otros vestigios célticos, incluso en el bosque de los Molières, distante de todo camino. Sobre la cresta del monte de Ormont se pueden seguir las marcas de alineaciones de piedras erectas.

Más cerca de Nancy se conoce la fortaleza de Sainte-Geneviève; la de Champigneulles, en el bosque de la Fourasse, y, sobre todo, la importante obra, más arriba de Ludres, llamada falsamente “campo romano”, la cual es céltica, de la Edad del Hierro. Las excavaciones practicadas en esos lugares han dado resultados significativos, conservados en el Museo de Lorena. ¡En cuanto a los otros vestigios célticos, por ignorancia son considerados galo-romanos!

A esos recuerdos, frecuentemente profanos, preferimos los viejos altares en pleno bosque donde los romanos nunca entraban, quedándose en las ciudades y en los grandes valles abiertos a las rutas comerciales. Yo admiro los peñascos antiguos en el bosque profundo donde nosotros, los celtas, nos sentimos más en nuestra casa.

Los megalitos, se nota, son numerosos en Lorena como en todo el resto de la Galia. Los menhires o piedras verticales, los dólmenes o mesas de piedra, los “cromlechs” o círculos de piedra, se encuentran ahí frecuentemente, siempre en estado rústico, pudiendo darles correctamente el título de piedras vírgenes.

Si la sencillez de las formas y la ausencia completa de estética podían considerarse como indicios de una antigüedad remota, se puede hacer remontar el origen de los megalitos a las primeras edades de la Historia.

Con todo, observamos que los celtas aún hacían uso de ellos durante nuestra era, aunque mostrasen un arte refinado en la fabricación de armas, joyas, vestuario, etc. Había entonces ahí, en esa sencillez deseada, una intención profunda, un sentimiento religioso, que Jean Reynaud, profesor de la Universidad de París, nos explica en estos términos en su bello libro *L'Esprit de la Gaule*:

“No se puede hallar otro origen para esta arquitectura primitiva a no ser en el respeto supersticioso de que debían sentirse penetrados los hombres primitivos en relación con la majestad de la Tierra. Ellos debían temer, de modo natural, cometer un sacrilegio si se aventuraban a modificar la figura de esos bloques de formas inexplicables... Esa arquitectura simboliza la época en que el hombre ya quiere erigir monumentos y aún no se atreve a someter a los ultrajes del martillo la faz augusta de la Tierra.”

Las costas de la Mosela y los “altos del Meuse”, es decir, las dos cadenas de colinas que rodean esos ríos, estaban en su mayoría coronadas de fortalezas y aún de monumentos consagrados a los dioses y diosas locales: Teutatés, Taran, Belen, Rosmerta, Serona, diosa de las aguas, que no eran, en realidad, más que genios tutelares, espíritus protectores de las tribus. Todos esos vestigios provienen de dos grandes tribus célticas: los Médiomatriques, que tenían por capital a Metz (Divormentum) y los Leuques, cuyo principal centro era Toul.^{xxxii}

Los Médiomatriques habían enviado a seis mil hombres para levantar el bloqueo de Alesia, mientras que los Leuques, aliados de los Trévires, resistían frente a los germanos.

San Jerónimo decía, en el siglo IV, que la lengua céltica era todavía usada en Verdun y en Toul, donde estorbó al progreso del Cristianismo.

* * *

Volvamos a la vertiente lorena de los Vosgos. Es preciso haber frecuentado durante largo tiempo esas regiones, visitado esos lagos, esos torrentes, esas cataratas, todo cuanto alegra o hace variar a cada paso el paisaje, para comprender y sentir el encanto penetrante, la dulce magia que se forma en esa región y predispone el alma al recogimiento y al devaneo.

Me gustaba charlar con los leñadores y los carboneros del bosque de Vosgos y he constatado que se reencuentra entre ellos todo cuanto caracteriza la raza céltica, la elevada estatura, la alegría, la hospitalidad, el amor a la independencia.

Bismarck decía de los lorenos, después de 1871: “Esos elementos son muy indigestos”. Esto me recuerda una discusión que tuve en Schlucht, con alemanes, al día siguiente a la anexión de la Alsacia a su imperio. Como la disputa se inflamó y yo era el único francés, me sorprendió mucho ver, de pronto, salir del bosque hombres de alta estatura, con las mejillas negras. Eran los carboneros lorenos, que habían escuchado todo y venían, en el momento oportuno, a prestarme ayuda.

Pero es sobre todo el valle del Meuse lo que hace volver mis recuerdos y afectos. Mi ciudad natal, el lugar de mi último nacimiento, está separada de Vaucouleurs por un bosque; mis excursiones a Domremy y a sus alrededores son incontables. Una atracción poderosa me reconduce a ella. La colina de Bermont, con sus bosques densos, sus fuentes sagradas, la vieja capilla donde iba siempre Juana de Arco a orar, ha conservado todo su encanto

poético. El bosque Chenu está más devastado, pero la fuente de Groseilliers siempre hace oír su dulce murmullo. La suntuosa basílica moderna, pese a su ostentación, no oculta la humilde iglesia de la villa donde Juana fue bautizada.

Sobre todo el valle planea una atmósfera de misticismo que impresiona el alma pensativa y recoleta. Los espíritus fluctúan en el aire, inspirando a los escritores más refractarios; así es como Maurice Barrès, que no siempre ha sido delicado para con los espíritas, pero tan buen loreno por su corazón, escribía lo siguiente:

“En Juana vemos actuar, sin su conocimiento, las viejas fantasías célticas. El Paganismo rodea y asedia a esta santa cristiana. La doncella honra a los santos, pero instintivamente, prefiere a aquellos que abrigan, bajo sus invocaciones, las fuentes encantadas.

Las diversas potencias religiosas esparcidas por ese valle del Meuse, al mismo tiempo céltico, latino y católico, Juana las acoge y las armoniza; debería ella morir por efecto de su nobleza natural... Las fuentes drúidicas, las ruinas latinas y las viejas iglesias romanas forman un concierto. Toda esa naturaleza apartada despierta en nosotros el amor de una causa perdida en la cual Juana es el tipo ideal. Mientras tengamos un corazón céltico y cristiano, no cesaremos de amar a esa hada que hemos convertido en una santa.” ^{xxxii}

Merlín, el encantador, ¿había profetizado su venida, tal como se asegura? Es posible que sí, pero esto ha sido muy contestado y no insistiremos sobre ese particular. Lo cierto es que “ella fue anunciada, deseada, esperada, prevista, desde la esencia de una raza que siempre ha puesto su esperanza y su fe en la mirada inspirada de las vírgenes”. ^{xxxiii}

Y Maurice Barrès llega a atribuir a las influencias célticas que iluminan la infancia de Juana una de las causas de su condenación.

Tal como a Juana, a mí me gustaba visitar los bosques, las fuentes sagradas, los árboles seculares en torno a los cuales se desarrollaba el “círculo de las hadas”. Pero ¿quiénes eran esas

hadas de que se trata un poco por todas partes en la Lorena? Sin duda, una vaga y lejana evocación de las druidesas de vestidos blancos, celebrando su culto bajo los rayos plateados de la Luna.

Edouard Schuré, en su bello libro *Les Grandes Légendes de France*, escribió:

“Las druidesas eran llamadas también hadas, es decir, seres semi-divinos, capaces de revelar el futuro...^{xxxiv}

El origen de los druidas se remonta a la noche de los tiempos, a la aurora de la raza blanca. Las druidesas son quizá más antiguas todavía, si nos basamos en Aristóteles, quien atribuyó el culto de Apolo de Delos a sacerdotisas hiperbóreas. Las druidesas fueron en principio las inspiradas libres, las pitonisas del bosque. Los druidas se sirvieron de ellas, inicialmente, como pacientes sensibles, aptas para la clarividencia, la adivinación. Con el tiempo ellas se emanciparon, formaron colegios femeninos y, aunque sometidas jerárquicamente a la autoridad de los druidas, actuaban por impulso propio.”

De ahí resultó cierto abuso de poder, particularmente en lo que se refiere a los sacrificios humanos, pero Edouard Schuré considera esa cuestión desde plano superior y añade:

“La acción es el origen de todo. La idea de la vidente, de la visión espiritual del alma que ve y posee el mundo interior, superior a la realidad visible, domina toda la leyenda y en ella arroja rayos de luz.”

Juana de Arco era, entonces, por excelencia, un alma céltica, una imagen de esos seres predestinados, desde la aurora de la Historia, a las formas más elevadas del sacerdocio femenino y de la adivinación. ¿No estaba ella en posesión de las más altas facultades psíquicas: visión, audición, presentimientos, premoniciones? Ya en los interrogatorios de los examinadores y de los jueces, ya en las discusiones de los consejos o incluso en el tumulto de los combates, ella siempre tuvo la intuición de lo que debía decir y hacer.^{xxxv}

Todo eso en una joven sin instrucción, que no había cumplido los veinte años. ¡Y qué escena en ese terrible drama! Se trata de la salvación de Francia, de saber si será inglesa. Pero, tal como nos dirá Juana más adelante, ella era “el modesto instrumento vibratorio que recibía inspiración del mundo invisible”.

Sí, ciertamente, ella era agente del mundo invisible, misionera celeste. Cuando los hombres aprendan a conocer la vida que reina sobre las esferas superiores y en los espacios etéreos, sabrán que Dios ha creado una clase de espíritus angélicos y puros, a quienes Él reserva misiones dolorosas, misiones de abnegación y sacrificio, por la salvación de los pueblos y la rehabilitación de la humanidad. El Cristo, Juana de Arco y otros, pertenecen a este orden de espíritus. Cuando bajan a los mundos materiales se encarnan siempre en las clases más humildes, para en ellas dar el ejemplo de la sencillez, del trabajo y del desinterés. Hubo una excepción para Buda, nacido en cuna de oro, el cual más tarde abandonó su palacio y su esposa, para adentrarse en la selva. Mahoma también, al comienzo, era un oscuro conductor de camellos.

Todos esos misioneros son fáciles de reconocer por los poderosos efluvios que de ellos se emanan y que impresionan a las multitudes. Parece como si tuviesen un rayo divino sobre sus frentes y en sus corazones. Era el caso de Juana de Arco, según el testimonio del ciudadano de Orleáns que decía: “Es una alegría verla y oírla.” ^{xxxvi}

Aún ahora, cuando le place a veces visitarnos, el espíritu de Juana se anuncia en nuestras reuniones por una viva radiación luminosa. Ella se aparece al vidente en trance, bajo una forma en cuyo esplendor es difícil fijar la vista directamente. Fue en esas condiciones como dictó, por incorporación, en una Nochebuena, el siguiente mensaje:

“¡Amigos, la Lorena os saluda! Deseo que esta fiesta de Navidad sea en vuestros corazones el símbolo de la dulzura, del amor, de la esperanza. Mis atribuciones en el espacio no me permiten bajar frecuentemente hasta vosotros. Yo os debía estas

pocas palabras, porque os profeso gran afecto. He venido aquí a trabajar con vosotros; he pensado y orado con vosotros.

Deseo que Dios bendiga vuestra obra y que ella haga bien a los franceses y francesas enamorados del Celtismo y del recuerdo de la raza. ¡Esta raza francesa inviolable en su esencia, siempre impregnada por la chispa divina, no puede perecer! Es por los buenos escritos como os haréis amar.

Unamos el pensamiento de Dios a la Francia, para que Él envíe sus volutas de amor, a fin de regenerar a nuestros hermanos y hermanas que todo lo ignoran acerca de Dios. Vos deseáis asociar la pastora de Lorena a vuestra obra. Durante toda mi vida terrestre fui impregnada por la chispa céltica. Ella mantuvo en mí la llama del ideal patriótico, como también el germen de la fe transmitida por el primer druida. Yo los sentía bajo la forma de una vitalidad particular, hecha del culto de la tradición y del reflejo de las leyes inmutables, retiradas de las fuentes de la vida universal.

Yo fui el modesto instrumento vibratorio que recibía la inspiración de Dios. De esa tierra Lorena, a la que amáis, yo llevé, a través de Francia, las radiaciones ligadas entre sí por los siglos, y para mí fue un honor poder unir las almas perdidas y las voluntades vacilantes.

Si vuestro corazón os impone hablar de la Lorena, de sus emanaciones célticas, decid que Juana, la pobre pastora de Domremy, fue el dócil instrumento que oía las voces de los espíritus predilectos, prueba de que el rayo céltico no estaba extinto sobre el suelo de Francia.

El amor de Dios, el amor al país y al prójimo son las esencias, las más suaves, las más luminosas, transmitidas por el rayo recibido, otrora, por los druidas. Éste se extendía y se desparramaba desde la Bretaña hasta la Lorena, irradiándose desde allí de oeste a este.

Si os da alegría escribir este capítulo, se debe a que os ha sido inspirado por vuestros buenos guías y por vuestro corazón. Juana agradece que lo hagáis. A cambio ella rogará a Dios que sostenga,

en el alma de aquellos que leerán vuestra obra, el culto de la fe en Dios Todopoderoso y bueno, el amor de la patria, del suelo que recibe los efluvios celestes, lo cual da al corazón la dulce alegría de amar en la confortación y en la esperanza.”

SEGUNDA PARTE

El Druidismo

CAPÍTULO VII

Síntesis de los druidas.

Las Tríadas; objeciones y comentarios

De las profundidades de los tiempos, la síntesis de los druidas se presenta como uno de los más altos pináculos que el pensamiento filosófico puede alcanzar. Aunque enseñada de modo secreto, ella se traducía bien claramente en los propósitos y en los actos de los iniciados galos y, sobre todo, en los cantos bárdicos, para suscitar entre los autores griegos y latinos sentimientos de admiración y respeto.

En efecto, ¿no escribió Aristóteles en su libro *Magikos* que “la filosofía nació con los celtas y que antes de ser conocida en Grecia fue cultivada entre los galos, por aquellos que se llamaban druidas y semnoteos”? Este término, entre los griegos, significaba “adoradores de Dios”.

Diodoro de Sicilia decía que había, entre los galos, filósofos y teólogos “considerados dignos de los mayores honores”. Étienne de Bizancio, Suidas y Sotion confieren igualmente a los druidas el título de filósofos.

Diógenes Laertes y Polyhistor sostenían que la filosofía había existido fuera de Grecia antes de aparecer en sus escuelas, y citaban como prueba a los druidas, que procedían como si fuesen predecesores de los filósofos propiamente dichos.

Lucano llega a afirmar que los druidas eran los únicos que conocían la verdadera naturaleza de los dioses.

Al tratar de las analogías que existen entre la filosofía de los druidas y la escuela de Pitágoras, Jean Reynaud así se expresa: “No solo la antigüedad no duda en aproximar los druidas a la escuela de Pitágoras, sino que también ella los incorpora completamente.”^{xxxvii}

Jámblico, en su obra *Vida de Pitágoras*, nos enseña que el filósofo era instruido entre los celtas. Polyhistor, que es una de las mayores autoridades históricas sobre pueblos antiguos, informa en su libro *Símbolos* que Pitágoras había entrado en contacto con los druidas y los brahmanes. San clemente, que nos transmitió la opinión de ese historiador, lo aceptaba así sin dificultad, tanto que lo encontraba justificado por la semejanza de las doctrinas druida y pitagórica. Valerio Máximo declara que “los galos con sus calzas (calzones) pensaban lo mismo que el filósofo Pitágoras con su manta”.

En el primer lugar de la lista de los autores latinos encontramos al propio César, este gran enemigo de nuestra raza. Pese a su evidente intención de realizarse a ojos de la posteridad, y a pesar del espíritu de difamación que lo inspiraba, ¿no fue él quien, en sus *Comentarios de la Guerra de las Galias*,^{xxxviii} afirmó que los druidas enseñaban mucho de las cosas del Universo y de sus leyes, sobre las formas, las dimensiones de la Tierra y el movimiento de los astros, sobre el destino de las almas y sus renacimientos en otros cuerpos humanos?

Horacio, Florus y otros muchos escritores, se sabe que testimoniaron la alta ciencia y la filosofía de los druidas, la profundidad de sus enseñanzas. Recordamos también las opiniones de los escritores cristianos de aquellos tiempos: Cirilo, Clemente de Alejandría, Orígenes y ciertos sacerdotes de la Iglesia distinguen, con cuidado, a los druidas de las “multitudes de los idólatras” y les atribuyen también la cualidad de filósofos. Por todos esos motivos, las *Tríadas*, que son un resumen de la síntesis de los druidas, nos aparecen como un monumento digno de toda nuestra atención y no

como una obra imaginaria, como la consideran tantos críticos superficiales.

El Druidismo, como todas las grandes doctrinas, presentaba dos facetas, dos aspectos. Uno, exterior, lleno de figuras, imágenes y símbolos, era la religión popular al alcance de las multitudes. La otra, profunda y oculta, era la doctrina reveladora de las altas verdades y de las leyes superiores, reservada a aquellos cuyo grado de evolución los hacía aptos para comprender y apreciar su belleza. Así, esa doctrina se religa a las otras grandes revelaciones, budista y cristiana, todas provenientes, en esencia, de una misma fuente única y grandiosa.^{xxxix}

En los países célticos no se la transcribía en lengua vulgar, porque esto la haría conocida por todos; sin embargo, los druidas empleaban una escritura simbólica vegetal, llamada escritura “ogham”, cuya solución solamente los iniciados poseían. Hay vestigios de ello en Irlanda y en el País de Gales.

La enseñanza era principalmente oral, transmitida de boca en boca, bajo la forma de estrofas, en versos innumerables, y fue más tarde popularizada por los bardos que eran iniciados.

En la época en que las *Tríadas* tomaron forma escrita, el Cristianismo había penetrado en la Galia. Es posible, como suponen ciertos críticos, que su redacción haya sufrido la influencia de éste en algunos puntos. En su conjunto, esa obra-prima no oculta su originalidad potente, principalmente en la relación que ofrece del progreso vital, desde el fondo del abismo, “Annoufn”, hasta las alturas sublimes del “Gwynfyd”.

El Cristianismo enmudeció sobre esa evolución de los seres inferiores, especialmente en lo que se refiere a la vida rudimentaria en todos los grados inferiores al hombre, y eso es una laguna enorme en la explicación de las leyes de la vida.^{xl}

Se censura que las *Tríadas* no hayan sido traducidas y publicadas en francés, a no ser durante el último siglo. Esto nada prueba en contra de su antigüedad y demuestra solamente la indiferencia de los franceses en lo que atañe a nuestros reales

orígenes, pues no es verdad que seamos latinos. Comprendemos que exista pasión, entre nosotros, por la magnífica floración de la literatura y el arte greco-latino, que mucho ha contribuido a suavizar la aspereza de los celtas, sin alterarlos. Reconocemos la parte, grande y legítima, que les pertenece en la constitución de nuestro idioma, a pesar de que éste contiene aún muchos elementos célticos. Pero esas no son razones para negar a nuestros antepasados, que eran mejores que los griegos y los romanos y sabían más sobre lo que se refiere a lo más esencial que pueda conocerse aquí abajo: las altas leyes espirituales y los verdaderos destinos del ser.

Mientras se da la merecida importancia a las tradiciones griegas y latinas, se puede uno pasmar de la incuria universitaria en cuanto a los textos célticos. En los cursos que hemos seguido en el colegio de Francia y en la Sorbona, los señores d'Arbois de Jubainville y Gaidoz se quejaban amargamente de la necesidad de acompañar sus explicaciones en libros alemanes, reproduciendo el original celta, por no haber obras francesas, mientras que hay traducciones inglesas de las Tríadas y de cantos bárdicos desde hace más de mil años.^{xli} La penuria de documentos bien pudiera ser una penuria de iniciativa y de buena voluntad.

Las *Tríadas*, por su profunda originalidad, por su contraste chocante con todas las formas de Paganismo, traen en sí mismas su garantía de autenticidad. Se deplora siempre, con razón, la destrucción de la biblioteca de Alejandría, quemada por orden del califa Omar, y la pérdida de tantos documentos preciosos relativos a la antigüedad oriental. Pero ¿porqué los críticos pasan en silencio un evento paralelo, como es la destrucción, por orden de Cromwell, de la biblioteca Céltica, fundada por el Conde de Pembroke, en el castillo de Rhaglan (País de Gales), tan rica en manuscritos relacionados con la época bárdica?

En cuanto a las analogías constatadas entre la doctrina de los druidas, la de los brahmanes y la pitagórica, la explicación que a ellas se da por los viajes de Pitágoras a las Galias y a la India nos

parece poco verosímil en aquellas épocas distantes, cuando los desplazamientos presentaban tantas dificultades. Es más simple, más lógico, atribuir esas semejanzas a revelaciones idénticas que provienen del mundo invisible.

De hecho, Pitágoras tenía su médium, Théoclea, a quien desposó en la vejez. Los druidas tenían sus videntes, sus profetisas y recibían inspiraciones, como afirma Allan Kardec.^{xlii} Por su parte, los brahmanes conocían todos los medios de comunicarse con los Pitris (espíritus).

Los dos mundos, visible e invisible, siempre se han correspondido, y en esa época de fe ardiente y de pensamiento meditado, en los santuarios de la naturaleza, la comunión era más fácil, más intensa y más profunda. Es solo en la Edad Media cuando la Inquisición, el fanatismo católico, armando las hogueras y condenando al fuego, so pretexto de hechicería, a los médiums y videntes, ha roto el lazo entre los dos mundos. Éste se ha vuelto a formar en nuestros días, y sabemos, por nosotros mismos, qué grandes enseñanzas pueden venir de las esferas superiores para la humanidad.

Uno de los caracteres distintivos del Druidismo se encuentra en su conocimiento anticipado y profundo de ese mundo invisible, así como de las fuerzas ocultas de la naturaleza, de esas potencias secretas por las cuales se revela el dinamismo divino. Todo el conocimiento que tenemos actualmente, gracias a los espíritus, de las grandes corrientes de ondas que recorren el Universo y son como arterias de la vida universal, corrientes de donde derivan las fuerzas fluídicas y magnéticas, los druidas lo obtenían de las mismas fuentes, reservando su uso al campo psíquico.

Nuestra débil ciencia empieza a descubrir su importancia y aplicaciones para fines industriales, sin prever las consecuencias mórbidas y los efectos destructivos que pueden acarrearlos en manos de una humanidad muy poco evolucionada.

Un conocimiento más preciso del ser, de su naturaleza y de su destino se correlacionaba con esas concepciones de orden general.

Según las *Tríadas*, hay tres fases o círculos de vida: en el “Annoufn”, o círculo de la necesidad: el ser comienza bajo la forma más simple; en el “Abred” se desarrolla, vida tras vida, en el seno de la humanidad y adquiere la consciencia y el libre albedrío; finalmente, en el “Gwynfyd”, disfruta de la plenitud de la existencia y de todos sus atributos; liberto de las formas materiales y de la muerte, evoluciona hacia la perfección superior y alcanza el círculo de la felicidad.

Las *Tríadas* 12, 13 y 14 así se expresan:

12 – Tres círculos de vida:

el círculo de “Ceugant”, en el cual no hay nadie a no ser Dios, ni vivo ni muerto, y nadie, a no ser Dios, que pueda atravesarlo;

el círculo de “Abred” (el de las transmigraciones), en el cual cada estado germina de la muerte y el hombre lo atraviesa en el presente;

el círculo de “Gwynfyd”, en el cual cada estado germina de la vida y el hombre a él viajará en el cielo.

13 – Tres estados de los vivos:

el estado de la necesidad en el “Annoufn” (abismo o profundidad oscura);

el estado de libertad en la humanidad;

el estado de amor, o el “Gwynfyd”, en el cielo.

14 – Tres necesidades de toda existencia en la vida:

El comienzo en el “Annoufn”;

La travesía del “Abred”;

La plenitud en el “Gwynfyd”.

Y sin esas tres necesidades nadie puede existir, excepto Dios.

Los nacimientos no son, entonces, un efecto de la casualidad, sino formas de la gran ley de la evolución. La vida actual es para cada ser la resultante de sus vidas anteriores y la preparación de sus vidas futuras; él recoge los frutos buenos o malos del pasado y,

según sus méritos o sus deméritos, sube o baja en la vía de la ascensión. Su destino está siempre en armonía con su valor moral y su grado de progreso.

Renan, en sus artículos sobre la poesía céltica, en la *Revue des Deux Mondes*, resalta la distinción que se debe hacer entre las dos doctrinas, céltica y romana. Según los druidas, el ser individual posee en sí mismo su principio de independencia y de libertad, su genio propio, sus fuerzas evolutivas. En el Catolicismo es sobre todo por la gracia, es decir, por un favor de lo Alto, como el ser se perfecciona y se eleva.

Pero esas doctrinas no son inconciliables, porque el celta conoce el estrecho vínculo que le une al mundo invisible y a los seres que lo pueblan. De ahí que, para él, el culto a los espíritus de los antepasados y, por extensión, el sentimiento de una solidaridad que lo religa a la inmensa cadena de la vida que se desarrolla desde las profundidades del “Annoufn”, el abismo, hasta las prestigiosas alturas del “Gwynfyd”.

La doctrina céltica se dirige sobre todo a las almas valientes que se esfuerzan en escalar las altas cumbres, a todos cuantos ven en la vida una lucha constante contra los instintos inferiores, consideran la prueba como una purificación y evolucionan en dirección a la luz, en dirección a la suprema belleza.

El Cristianismo es el espíritu benévolo que se inclina sobre el sufrimiento humano, es la Providencia que consuela, sostiene, rehabilita, es la mano tutelar que guía a la oveja descarriada y la devuelve al aprisco. Ambas doctrinas se completan entre sí y se armonizan para formar un arca de perfección.

Todo cuanto viene de Dios es perfecto, he aquí por qué las tres grandes revelaciones – la oriental, la cristiana y la céltica – son idénticas en su fuente; con todo, se difunden, se diferencian y a veces se desnaturalizan por obra de los hombres.^{xliii}

Lo que impresiona entre los seguidores del Druidismo es su fe profunda, su confianza absoluta en un futuro sin límites. Por encima de las contingencias humanas, más alto que nuestro libre

albedrío, fuente al mismo tiempo de nuestra miseria y de nuestra grandeza, ellos creen, ellos saben que una ley de sabiduría y de armonía reina en el mundo y que, finalmente, el Bien triunfará sobre el Mal. Eso es lo que expresan las *Tríadas* 43 y 44:

43 – Tres cosas se refuerzan día a día, puesto que la mayor suma de esfuerzos va, sin cesar, hacia ellas: el amor, la ciencia, la plena justicia.

44 – Tres cosas se debilitan cada día, porque la mayor suma de esfuerzos va contra ellas: el odio, la deslealtad, la ignorancia.^{xliv}

De esta certeza provenían, para nuestros antepasados, esa firmeza en las probaciones, ese coraje en los combates, que los convertía en legendarios y les hacía marchar hacia el peligro y la muerte como para una fiesta.

Esas cualidades varoniles de nuestra raza están muy debilitadas actualmente, bajo las fuerzas deletéreas y persistentes del materialismo. Se ha observado, no obstante, su reaparición en las horas memorables de las guerras del Marne y del Verdún. El nuevo espiritualismo viene a reanimarlas en nuestras almas, en la medida compatible con nuestro grado de civilización.

* * *

Es posible notar, desde hace mucho tiempo, que el movimiento del pensamiento y de la ciencia, los descubrimientos astronómicos y todo cuanto se liga a la física del globo terrestre viene a confirmar la concepción céltica sobre el Universo y sobre Dios.

Los cantos bárdicos de Taliesin sobre los mundos y la evolución de la vida, que datan del siglo V, los testimonios de los autores antiguos sobre la ciencia profunda de los druidas, son dignos de fe. Las *Tríadas*, en tiempos más remotos, tras haber anunciado y previsto las conquistas futuras de la ciencia, abrieron otros horizontes, que la ciencia a duras penas presiente y vacila en abordar.

A medida en que el conocimiento del Universo se extiende, la idea de Dios se engrandece y las concepciones teológicas de la Edad Media se ensombrecen. Al mismo tiempo, la noción de la

fuerza y del pensamiento soberano se hace más imponente y más bella; aumenta hasta lo infinito y lo absoluto.

Aquí aparece una dificultad contra la cual han chocado todas las filosofías espiritualistas. Nosotros no podemos, dicen, conocer el Ser en sí, sino únicamente por las relaciones que tenemos con él. Ahora bien, ¿qué relación puede existir entre el hombre finito y relativo y el Ser infinito y absoluto? ¿No hay aquí una contradicción?

Este escollo, que ninguna filosofía moderna ha podido evitar, los druidas lo habían esquivado desde el principio, y nos parece encontrar, en esa circunstancia, la manifestación de una intervención sobrehumana. En efecto, la *Tríada* nº 46 así se expresa:

46 – Tres necesidades de Dios, ser infinito en sí mismo, ser finito en relación a los seres finitos, estar en relación con cada estado de existencias en el círculo de “Gwynfyd”.

Sobre este último punto tenemos los medios de control suficientes.

Todos los espíritus elevados, que se han comunicado en nuestras reuniones de estudio, han afirmado que ellos perciben las radiaciones del pensamiento y de la fuerza divina.

Los más puros – en pequeño número – perciben la luz del foco divino y las poderosas armonías que se forman. Ellos reciben las órdenes, las instrucciones, y tienen lazos con las misiones a cumplir, las tareas a realizar. Incluso es posible ir más lejos y decir que, sobre el plano terrestre, los hombres más evolucionados sienten las radiaciones divinas, ya no directamente, pero sí como reflejo que viene a esclarecer su conciencia.

En resumen, Dios es la causa suprema, la fuente eterna de la vida. Es su pensamiento y su voluntad lo que mueve el Universo; ellos proyectan sin cesar, a través del espacio, las ondas de moléculas, los haces de destellos vitales que las grandes corrientes de ondas transportan y distribuyen sobre el mundo. Desde ahí esas centellas de vida se elevan a través del ciclo inmenso del tiempo en

dirección a la fuente suprema, revistiendo las formas rudimentarias de la naturaleza.

Al llegar al estado humano, ellas deberán adquirir, por su trabajo y su esfuerzo, todos los atributos divinos: consciencia, sabiduría, amor, participando cada vez más de la vida, de la obra eterna en un crecimiento gradual de irradiación, potencia y felicidad.

Para hacer perfecta y completa la concepción druídica bastaría añadirle la noción de solidaridad de los seres por la paternidad de Dios, la comunión universal en la cual cada uno trabaja por la evolución de todos en la sucesión de las vidas, desde lo infinitamente pequeño hasta las alturas divinas, hasta la posesión de los atributos que constituyen la perfección.

Pero es, por excelencia, una doctrina de evolución, de progreso y de libertad. En lugar de la visión de una inmovilidad beata y estéril, es una vida de actividad, de desarrollo de las facultades y de las cualidades morales. Es la felicidad de darse a todos y de educar a los demás educándose a sí mismo.

El ser evolucionado es más feliz al dar que al recibir, y por ahí podemos comprender la felicidad de Dios al esparcir su propia sustancia sobre su obra, en beneficio de sus criaturas y en la medida de los esfuerzos y méritos de éstas.

La idea capital del Druidismo es, por lo tanto, la idea de Dios, único, eterno, infinito. La primera *Tríada* es formal, y la noción de Dios se desarrolla en las *Tríadas* siguientes:

1 – Hay tres unidades primitivas, y de cada una no debería existir más que una: un Dios; una verdad y un punto de libertad, es decir, el punto donde se halla el equilibrio de toda oposición;

2 – Tres cosas proceden de tres unidades primitivas: toda vida, todo bien y todo poder;

3 – Dios es necesariamente tres cosas, a saber: la mayor parte de la vida, la mayor parte de la ciencia y la mayor parte del poder, y no debería tener más que una gran parte de cada cosa;

4 – Tres cosas que Dios no puede dejar de ser: lo que debe constituir el bien perfecto, lo que debe querer el bien perfecto y lo que debe cumplir el bien perfecto;

5 – Tres garantías de lo que Dios hace y hará: su poder infinito, su sabiduría infinita y su amor infinito; porque nada hay que no pueda hacerse, que no pueda convertirse en verdad y que no pueda ser querido por esos atributos;

6 – Tres fines principales de la obra de Dios, como creador de todas las cosas: reducir el mal, reforzar el bien, esclarecer toda diferencia, de tal suerte que se pueda saber lo que debe ser, o por el contrario, lo que no debe ser;

7 – Tres cosas que Dios no puede dejar de cumplir: lo que hay de más ventajoso, lo que hay de más necesario y lo que hay de más bello para cada cosa;

8 – Tres poderes de la vida: no poder ser mejor por la concepción divina y en esto está la perfección de toda cosa;

9 – Tres cosas prevalecerán necesariamente: el supremo poder, la suprema inteligencia y el supremo amor de Dios;

10 – Las tres grandezas de Dios: vida perfecta, ciencia perfecta y poder perfecto;

11 – Tres causas originales de los seres vivos: el amor divino conforme a la suprema inteligencia, la sabiduría suprema por el conocimiento perfecto de todos los medios y el poder divino conforme a la suprema voluntad, el amor y la sabiduría de Dios.

Cuando se añade que los judíos fueron en el mundo los primeros en afirmar la unidad de Dios, se olvida completamente que los druidas la habían enseñado mucho antes que ellos. Pero mientras que la Biblia nos presenta a un Dios antropomórfico, es decir, semejante al hombre por ciertas imperfecciones, el Dios de los druidas está en el punto elevado por encima de las miserias humanas.

He aquí cómo se expresa Jean Reynaud en su obra magistral *L'Esprit de la Gaule*, página 45:

“En lo relativo al conocimiento de Dios, la Galia se eleva, en realidad, por sí misma, no habiendo tenido jamás necesidad de recurrir a otros en cuanto a la esencia y al fundamento de la vida. En vez de ser obligada a venir a injertarse sobre cepa viva, como dice San Pablo a los gentiles, ella era por sí misma una cepa viva.

* * *

En resumen, decíamos, la doctrina de los druidas se asienta en tres principios fundamentales: la eternidad de Dios, la perpetuidad del Universo y la inmortalidad de las almas. A sus ojos, el Universo

era el campo vasto donde se desarrolla el destino de los seres. La pluralidad de los mundos era el complemento necesario de la sucesión de las vidas, escala de la ascensión que se eleva hasta Dios.

Una de las cosas que más inquietaban a los autores antiguos era el saber de los druidas en materia de Astronomía. El contraste era profundo, en ese punto, respecto de la mayoría de las doctrinas de oriente. Sobre ese conocimiento hay muchos testimonios. El propio César nos informaba en sus *Comentarios* (de las guerras Gálicas) que los druidas enseñaban mucho sobre las cosas relativas a la forma y a la dimensión de la Tierra, a la grandeza y a las disposiciones de las diversas partes del cielo y al movimiento de los astros. Hecateo, Plutarco y otros dicen que, desde las Islas Británicas, los druidas observaban cuidadosamente las montañas y los volcanes de la Luna y todo el relieve de ese pequeño globo.

Fue en la Galia, dice Jean Reynaud, donde se imaginó hacer de los astros sede de la resurrección. El paraíso, en vez de reducirse a una concepción mística, formaba una realidad sensible, ofrecida de modo continuo como espectáculo a los ojos de los hombres.^{xlv}

En cuanto a la perpetuidad del Universo, ésta se deduce de este pasaje de Estrabón: “Los druidas enseñaban que el alma está libre de la muerte, como también el mundo.” La inmortalidad resultaba de la idea de que la grandeza inherente al individuo está por encima de todas las fuerzas materiales.

“Todo cuanto depende del mundo parece: las instituciones, los monumentos, los imperios, pero en medio de todos esos objetos precarios está un ser que no es de este mundo a no ser pasajera y que, siendo superior por su inmortalidad a las realidades percederas en cuyo seno se desarrolló, se eleva hasta el cielo con una sublimidad a que la Tierra, pese a su magnificencia, no se aproxima.”

Cuando se compara la tradición céltica, tal como se expresa en los cantos bárdicos, con las teorías de la Edad Media antes de Galileo, nos sorprende la ciencia profunda de nuestros antepasados;

recordemos solamente el *Canto del Mundo*, de Taliesin, que data del siglo IV de nuestra era.^{xlvi}

“Preguntaré a los bardos, y ¿por qué los bardos dejarían de responderme? Les preguntaré qué es lo que sostiene el mundo, visto que, sin soporte, el mundo no se cae. Pero ¿qué podría servirle de soporte? ¡Gran viajero es el mundo! Mientras se desliza, sin reposo, permanece siempre en su vía, ¡y cuán admirable es la forma de esa vía para que el mundo no se aparte de ella jamás!”

“Aún en nuestros días – concluye Jean Reynaud – la Astronomía clásica se limita a estudiar el mecanismo material del Universo y se encuentra bastante alejada todavía de la verdad moral, incapaz que es de vivificar el movimiento de los astros por la circulación de las existencias; ella se pierde en la multiplicidad de las estrellas como en una vana poesía.”^{xlvii}

CAPÍTULO VIII

Palingenesia: preexistencias y vidas sucesivas. La ley de las reencarnaciones

En su enseñanza los druidas no separaban la noción de inmortalidad de la noción de las vidas sucesivas del alma. En efecto, entre las grandes leyes que regulan la evolución de los seres, ninguna es más importante, ni más necesario para el hombre su conocimiento – después de la sobrevivencia del alma en su envoltorio fluídico – que la ley de las reencarnaciones.

La claridad que proyecta sobre el camino de la vida disipa las sombras, las contradicciones aparentes y revela el sentido profundo de la existencia. Ella lleva el orden y la armonía en lugar del desorden y de la confusión.

¿Cómo se explica que esa gran ley, que en realidad debería ser la base y el cimiento de todas las doctrinas espiritualistas, sea aún ignorada por la mayoría de los hombres de nuestro tiempo? ¿No es ella la esencia de la tradición céltica inscrita en lo más profundo del alma de nuestra raza y consignada en las *Tríadas* y en los cantos bárdicos?

El Cristo, en sus dos encarnaciones conocidas, la de la India y la de Judea,^{xlvi} bajo esos nombres casi idénticos, Krishna y Cristo, ¿no enseñaba esa misma doctrina tanto en el Evangelio como en el *Bhagavad-Gita*?^{xlix}

Toda la antigüedad fue iluminada por radiaciones de esa misma ley por las enseñanzas de Pitágoras, de Platón y los de la escuela de Alejandría.

En los primeros tiempos del Cristianismo (véase mi libro *El Problema del Ser y del Destino*), hombres como Orígenes, San Clemente y casi todos los padres griegos la profesaron mucho, y en siglo IV San Jerónimo, secretario del Papa Dámaso y autor de la

Vulgata, en su controversia con Vigilentius, el galo, debía aún reconocer que esa era la creencia de la mayoría de los cristianos de su tiempo.

Pero el velo arrojado después por las Iglesias sobre esa gran luz, se ha convertido en una oscuridad para todo lo relativo al problema del destino humano. Limitando en el círculo estrecho de una vida única el tránsito del alma sobre la Tierra, ¿no desearía Roma solo adaptar su enseñanza a la comprensión medieval, es decir, al grado de cultura de los pueblos aún bárbaros? ¿O habría ella, entonces, soñado con asegurar su imperio mediante la concepción de una vida que terminase en un paraíso o infierno eternos, cuyas llaves afirmaba detentar? Ambos puntos de vista parecen admisibles.

Tales conceptos generaron consecuencias funestas tanto para el genio civilizador como para el espíritu religioso de los occidentales, que ellas deformaron en su principio y en su propia existencia. Como el fin verdadero de la vida, es decir, el perfeccionamiento del alma, su educación, su preparación para los grados más altos de la escala de ascensión, hubiese quedado casi anulado en la mayoría de los casos, el plan general de la vida ha quedado alterado.

Entre los creyentes, la preocupación constante por la salvación personal, el temor a los castigos sin fin, han paralizado la iniciativa, han extinguido toda independencia del espíritu, han debilitado su libre albedrío. Entre los demás, la imposibilidad de conciliar con la justicia de Dios, en el círculo de una vida única, la variedad infinita de las condiciones, de las actitudes y de los caracteres humanos, ha dado origen al escepticismo, al materialismo y a la negación de todo ideal elevado. Podemos en este momento constatar a nuestro alrededor los frutos amargos de ese estado de cosas.

¡Como sorprendernos, tras tantos siglos de error y de olvido, de que se haya hecho la noche en los cerebros más dotados! ¿No hemos visto a filósofos eminentes, cuyas obras, sistemas maravillosamente combinados, se han vuelto estériles porque les

faltaba la noción esencial, la llave de oro de todos los problemas: la ley de la evolución a través de los renacimientos?

* * *

El ser, decían los druidas, se eleva del abismo de la vida y asciende mediante etapas innumerables hacia la perfección. Él se encarna en el seno de las humanidades, en los mundos de la materia, que son las muchas estaciones de su larga peregrinación. Esa doctrina queda confirmada, en muchos puntos, por todas las religiones y por las más importantes filosofías antiguas. En las *Tríadas* se lee, según la traducción de Ed. Williams, del original galés:

19 – Tres condiciones indispensables para llegar a la plenitud de la ciencia: transmigrar en el “Abred” (la Tierra), transmigrar en el “Gwynfyd” (el Cielo) y recordar todas las cosas pasadas hasta en el “Annoufn” (el Abismo).

25 – Por tres cosas el hombre cae bajo la necesidad del “Abred” (o de la transmigración): por ausencia del esfuerzo en dirección al conocimiento, por desinterés hacia el bien y por la afición al mal. A consecuencia de esas cosas él baja al “Abred” hasta su análogo y recomienza el curso de sus transmigraciones.

26 – Las tres fuerzas (fundamentos) de la ciencia: la transmigración completa para todas las situaciones de los seres; el recuerdo de cada transmigración y de sus incidentes; el poder de pasar nuevamente, cuando se desee, por un estado cualquiera a la vista de la experiencia y del juicio. Y eso será obtenido en el círculo de “Gwynfyd”.

Los cantos bárdicos no son menos afirmativos. Citaremos tan solo el más célebre, el de Taliesin, que data del siglo IV de nuestra era, según la traducción gaélica del *Barddas, cad. Goddeu*:

“Existiendo desde remota antigüedad en el seno de vastos océanos, no soy nacido de un padre y de una madre, sino de formas elementales de la naturaleza, de las ramas del abedul, del fruto de los frutos, de las flores de la montaña. He tocado la noche, he adormecido en la aurora; he sido pez en el lago, águila en las cumbres, lince en el bosque. Después, elegido por el “Gwion” (espíritu divino), por el sabio de los sabios, he adquirido la inmortalidad. Ha pasado mucho tiempo desde que fui pastor.

Durante mucho tiempo anduve por la tierra antes de ser hábil en la ciencia. En fin, he brillado entre los jefes superiores; vestido de hábitos sagrados, he portado el cáliz de los sacrificios. He vivido en cien mundos, me he agitado en cien círculos.”

Subrayamos, de paso, la analogía notable que aparece en ese documento que viene de remotas eras y los recientes descubrimientos de la ciencia sobre las propiedades vitales del agua del mar. El texto nos dice: “Existiendo en el seno de vastos océanos, nací de formas elementales de la naturaleza”. Sobre este tema se debe leer en la *Revue de Biologie Appliquée*, de 1926, los experimentos llevados a cabo en el laboratorio del Colegio de Francia por los Dres. Hallion y Carrion, estableciendo que la vida animal surgió en el mar y sus primeros representantes tuvieron la forma de células aisladas. Consultar igualmente la reciente obra del Dr. Quinton titulada *L'eau de la Mer, Milieu Organique (El Agua del Mar, Medio Orgánico)* que dice: “El reino animal es enteramente de origen acuático, probablemente de origen marino.”

¿No hay, en el citado documento, una serie de testimonios que concluyen a favor de la alta inspiración y del valor de las doctrinas célticas, ya que enseñaban, hace 1500 años o más, eso que nuestros sabios solo ahora acaban de descubrir?

La literatura céltica relata numerosos casos de reencarnación. D'Arbois de Jubanville, que durante largo tiempo ocupó la cátedra de Celtismo en el Colegio de Francia, ha podido escribir a propósito de las tradiciones irlandesas:¹

“La fe en esa metamorfosis universal de los hombres es lo que ha inspirado la creencia en las metamorfosis de Túan Mac Cairill y de Taliesin. Estos no son los únicos personajes cuya alma hubiese, en Irlanda, revestido sucesivamente dos cuerpos de hombre y que hubiesen nacido muchas veces. Mongan, el rey de Ulster, al comienzo del siglo VI, era idéntico al célebre Find, muerto dos siglos antes del nacimiento de Mongan: el alma del ilustre fallecido había vuelto del país de los muertos, para animar, en este mundo, a un nuevo cuerpo.

Así, la sobrevivencia del alma al cuerpo y la posibilidad de que el alma de un muerto tuviese nuevamente un cuerpo en este mundo, son creencias célticas.

* * *

Hace algún tiempo, los espíritus de los antepasados, juzgando que había llegado el momento de las grandes renovaciones, proyectan con más intensidad radiaciones de sus pensamientos hacia el suelo de Francia. He aquí lo que nos dictó el espíritu Allan Kardec el 25 de noviembre de 1925, por incorporación:

“Desearíamos inspirar a nuestros hombres políticos con el espíritu de la tradición céltica, de probidad, a fin de que los hombres jóvenes puedan llegar a regenerar nuestro país. Vemos claramente los pensamientos entrelazados, como si formasen una mezcla multicolor. Las pasiones dificultan la formación de pensamientos elevados. El materialismo es inherente a una generación que no ha disfrutado, en su vida anterior, más que placeres viles y que, en el astral, ha permanecido en las esferas de la más grosera densidad. Ha vuelto a la vida con los apetitos mal satisfechos.

Pensé que debía infiltrar en mi conciencia profunda el destello de la fe ardiente, de luz pura, que me ha sido legada por mi existencia céltica, para intentar derramar, sobre ciertos hombres, un rayo de luz inspiradora.

Como en el espacio tenemos la facilidad de recordar nuestras vidas, cuando estamos en una esfera de densidad media nos agrupamos espiritualmente, del mismo modo que en nuestra vida terrestre las pasiones y las aspiraciones se agrupan según sus afinidades. Los grandes filósofos de la antigüedad, los iniciados de las ancestrales religiones nos ayudan, cuando están de vuelta al espacio. Los ascetas, los budistas, son agentes poderosos para ayudar a disgregar la materia que pesa sobre los seres carnales de

vuestras regiones. Sabéis que algunos entre ellos tenían un poder de irradiación muy grande.

Los druidas dejaron en el alma de las generaciones primitivas que habitaron vuestro suelo, una centella que ha permanecido latente en lo profundo de cada conciencia. Esto hace que toda esperanza no esté perdida para reavivar una llama que dormita en algunos de vosotros.

Tenemos como misión agrupar a los verdaderos celtas que son la propia esencia de Francia. Puedo hablar de ello, puesto que viví en la Bretaña, fui druida en Huelgoat. Más tarde, por una gracia insigne, sentí las fuerzas emanadas del círculo superior, y mi fe se ha vuelto viva y fuerte, y ella me ha seguido en mis existencias ulteriores, hasta aquella en que me habéis conocido.

¡Fui recompensado, visto que las instituciones sostuvieron de modo suficiente la pequeña llama interior y, acordándome de las leyes de la vida universal, consideré un deber diseminar la Doctrina que conocéis, la cual estaba inscrita en el fondo de mi superespíritu!”

Ese mensaje nos demuestra que el Espiritismo moderno, en realidad, no es más que un despertar del genio céltico que dormitaba desde hacía siglos, que reaparece en todo su esplendor, bajo formas apropiadas a las necesidades de la evolución humana.

Por cierto, él se muestra en muchos puntos semejante al Cristianismo esotérico, porque las grandes verdades emanan todas de una fuente única, para difundirse en matices diversos según los tiempos y los medios, como los rayos de luz del prisma.

* * *

Tras cierto tiempo de permanencia y reposo en el Espacio, el alma, dicen los espíritus, debe renacer en la condición humana. Ella lleva consigo toda la herencia del pasado, buena o mala, y vuelve para adquirir nuevos poderes, nuevos méritos que habrán de

facilitar su ascensión, su marcha hacia delante. Y así, de renacimiento en renacimiento, el espíritu progresa, se eleva, asciende en dirección a ese ideal de perfección que es el objetivo de toda la evolución universal.

La Tierra es un mundo de pruebas y de reparación, donde las almas se preparan para una vida más elevada. No hay iniciación sin pruebas, ni reparación sin dolor. Ellas, solas, pueden purificar un alma, hacerla sagrada, digna de penetrar en los mundos felices. Esos mundos, o sistemas de mundos, están dispuestos en el Universo en planos o grados sucesivos. Las condiciones de vida en esos planos son tanto más perfectas y armónicas cuanto más acentuada sea la evolución de los seres que los pueblan. Nadie se eleva a un grado superior a no ser cuando ha adquirido, en la fase precedente, las perfecciones inherentes a ese medio.

Ahora bien, la variedad casi infinita y la desigualdad de las condiciones de existencia sobre la Tierra no permiten creer que en ella sea posible adquirir las cualidades necesarias en el transcurso de una única vida. Es preciso, para la gran mayoría de los hombres, una sucesión de vidas bien vividas, para realizar ese estado de sutileza fluídica y de madurez moral que les permitirá penetrar en las sociedades más avanzadas.

De ello resulta que, si todas las almas terrestres fuesen indistintamente llamadas a renacer en el seno de las sociedades superiores, éstas quedarían contaminadas y el plan general de evolución se vería alterado, enteramente falseado.

Esto ha quedado confirmado por los testimonios de innumerables parientes y amigos muertos con quienes me ha sido permitido tener relación en el transcurso de mi larga vida.

Se nos hace la objeción de que esto no ocurre en todas partes. En Inglaterra y en América del Norte se dice que ciertos espíritus dudan y niegan la necesidad de renacimientos en la Tierra. Esa contradicción aparente es el principal argumento de los adversarios del Espiritismo kardecista.

Si examinamos la cuestión detenidamente, hay algo que aparece ya de entrada: es que todos esos espíritus, opuestos a la idea de la reencarnación, pertenecieron en el mundo al culto protestante. Se sabe que esa forma de Cristianismo da a sus adeptos una educación religiosa muy rigurosa e intensa, una fe robusta cuyas tendencias y puntos de vista se prolongan con tenacidad en la vida del Más Allá.

El Protestantismo enseña que con la muerte el alma es juzgada de modo definitivo y confinada para toda la eternidad en el paraíso o en el infierno.

El protestante no ora por las almas de los muertos, la suerte de éstos es irrevocable. Doctrina rígida, que elimina para el alma culpable toda posibilidad de reparación y retira a Dios el prestigio sublime de la misericordia y del perdón. Con ella no hay medio alguno de volver a la Tierra.

El Catolicismo, al menos, mediante la noción del purgatorio, abre una salida a la redención posible, y ciertos sacerdotes ven en esa teoría un eventual acercamiento al Espiritismo, si la Iglesia algún día llegase a atenuar su intransigencia y reconociese que el purgatorio, ese lugar de reparación, es la propia Tierra, a través del proceso de los renacimientos.

Se puede entonces explicar, por los prejuicios dogmáticos inveterados, la oposición a la ley de las reencarnaciones por parte de ciertos espíritus en los medios protestantes.

No obstante, se dirá, ya que todo pasado está escrito en nosotros, en nuestra conciencia profunda, tal como demuestran las experiencias de exteriorización – siendo la muerte la exteriorización completa y persistente - ¿cómo pueden esos espíritus equivocarse sobre la naturaleza de ese pasado y la forma de su futuro?

Sí, sin duda todo el pasado está escrito en nosotros, como en un libro, en los recónditos ocultos de la memoria subconsciente. Pero del mismo modo que para leer un libro es preciso en primer lugar abrirlo, después querer y saber leerlo, para explorar las profundidades del ser es necesario un acto de la voluntad. Ese es el

proceso por el cual el hipnotizador obtiene del paciente la reconstitución de sus vidas pasadas. ¿No ocurre con nosotros mismos ser obligados a hacer un esfuerzo mental, repetido y prolongado, para volver a fijar, en la vida actual, los recuerdos adormecidos?

Muchos imaginan que la muerte es como un velo que se destruye y que una viva luz enseguida aparece sobre todos los problemas que le conciernen. Grave error, ya que es lentamente, gracias a todo un trabajo interior, por observaciones, por comparaciones repetidas, como el alma del muerto se libera, poco a poco, de las rutinas, de los prejuicios de las falsas nociones que la educación terrestre ha acumulado sobre ella. Con todo, para eso, todavía se necesita la asistencia y el concurso de espíritus más adelantados.

Pero como dice Allan Kardec, el espíritu, en su retorno al espacio, busca los grupos de almas en vibración armónica con sus propios modos de ver y con sus sentimientos; él se asocia a la vida espiritual y, desde entonces, confinado en ese medioambiente particular, puede persistir mucho tiempo en los errores y costumbres comunes.

Todos los espíritus conocen ese estado del alma que se revela en las comunicaciones del más allá y desean, a veces, pruebas originales de identidad que no carecen de interés y de provecho, desde el punto de vista de la demostración de la sobrevivencia.

Durante mis experimentos he encontrado, a veces, espíritus de esa naturaleza, que no se acordaban de haber vivido muchas veces en nuestra Tierra y que negaban, de buen grado, el principio de las existencias sucesivas. Yo los invité entonces a escudriñar en el interior más recóndito de sus subconscientes y a buscar trazas de sus vidas anteriores. En las reuniones siguientes ellos venían a declararme que habían encontrado esos vestigios y podían retomar el hilo de sus últimos renacimientos. He podido observar que esos espíritus eran, por lo regular, de orden inferior. Sus antecedentes,

poco importantes, se reunían en varias existencias de pasión, violencia, desorden, fuentes de amargos disgustos en el más allá.

No tengo en mente comparar a esos espíritus atrasados con aquellos de origen anglosajón, que he mencionado antes. Aquellos poseen, quizá, riquezas ocultas, intelectuales y morales cuya importancia ignoran. Yo exhorto a nuestros amigos de ultramar a fin de que lleven a cabo unas pesquisas metódicas, un análisis profundo de sus facultades y de sus recuerdos. La secuencia de sus existencias terrestres entonces se reconstituirá, y llegaremos así a la unidad de puntos de vista susceptible de dar a la doctrina de las vidas sucesivas toda su autoridad, toda su amplitud. Para ello bastará poner en acción esta palanca incomparable: ¡la voluntad!

Notemos, por cierto, que desde hace cincuenta años la creencia en la pluralidad de las vidas del alma en la Tierra no ha cesado de progresar en los Estados Unidos y en Inglaterra. Si hace treinta años contaba con algunos representantes aislados, ahora, con la propia advertencia de los espíritas ingleses, cerca de la mitad de ellos admite el retorno posible, a veces necesario, del alma a la Tierra.

He aquí, a propósito, la opinión de dos representantes, los más autorizados y los más ilustres, del pensamiento espiritualista británico, formulada en obras recientes.

El prof. Sir William Barrett, de la Universidad de Dublín, escribió en su libro *En el Umbral de lo Invisible*, páginas 214 y 215:

“Se oponía a la idea de reencarnación el olvido total de nuestras existencias pasadas, pero esto puede ser tan solo un eclipse temporal. Es posible que el recuerdo de nuestras vidas anteriores nos retorne, poco a poco, durante nuestros progresos espirituales, a medida en que alcanzamos una vida más amplia, con una consciencia más extensa.”

Y añade una cita del Sr. Massey, afirmativa y explicativa, sobre la reencarnación en la Tierra:

“El motivo de la reencarnación tiene su fuente en la atracción que ejerce nuestro mundo. Lo que nos ha traído aquí una vez nos reconducirá sin duda otras veces, mientras la causa que nos impulsa no haya cambiado. Solo la regeneración, es decir, la renovación de nuestra naturaleza, es lo que nos exonera de la reencarnación.”

En sus estudios sobre los múltiples aspectos de la personalidad humana, Sir Barrett también decía:

“Los casos de invasión psíquica hacen comprensibles las reencarnaciones carnales.”

Por su parte, Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, escribió en su obra *Evolución Biológica y Espiritual del Hombre*:

“Se puede admitir, en ciertos casos, la posibilidad de las encarnaciones, no solamente de una sucesión de individuos ordinarios, sino también de verdaderos grandes hombres.”

Él creía en la reencarnación fragmentaria, que le parecía aplicable al caso de Cristo.

En cambio Stainton Moses, con el seudónimo de Oxon, profesor de la Universidad de Oxford, quien fue uno de los propugnadores más estimados de la idea espírita en su país, escribía en sus *Enseñanzas Espiritualistas* los siguientes renglones, obtenidos por su propia mediumnidad:

“El niño (el ser humano) no puede obtener el amor y la ciencia a no ser por la educación adquirida en una nueva vida terrestre. Una experiencia tal es necesaria, y numerosos espíritus eligen un retorno a la Tierra a fin de alcanzar lo que les falta.”

Friedrich Myers, en su obra magistral *La Personalidad Humana*, capítulo X, expresa la misma opinión y dice:

“La doctrina de la reencarnación no contiene nada que sea contrario a la mejor razón y a los más elevados instintos del hombre.”

Y vuelve a tratar sobre la evolución gradual (de las almas) en numerosas etapas “a las cuales es imposible señalar un límite”.

En cuanto a América del Norte, podríamos citar varias obras editadas en ese país, que demuestran que la idea de la reencarnación también sigue su camino y que los mensajes de los espíritus que afirman los renacimientos terrestres son cada vez más frecuentes, como se puede observar en la mayoría de las revistas espiritualistas de lengua inglesa. El mismo movimiento de opinión resalta de la acogida dada a la traducción de mi libro *El Problema del Ser y del Destino*, hecha por la Sra. Wilcox, bajo el título *Life and Destiny*, editado en Londres y en Nueva York.

Es evidente que esa gran verdad ha sido apagada durante mucho tiempo por el trabajo lento y oculto de los siglos, porque cada vez que la afirmamos, nos enfrentamos a objeciones que denotan un completo olvido.

Con todo, no se debe perder de vista que esa doctrina permanece activa en Oriente. En el momento actual, desde las Indias hasta el Japón, ochocientos millones de asiáticos conocen y aceptan la ley de los renacimientos. Brahmanistas, budistas, sintoístas, adoptan esa misma creencia, lo cual les asegura una cierta superioridad de puntos de vista. El *Corán*, en sus primeras “suras”, también afirma que es posible la reencarnación, en la Tierra, de muchos seguidores del profeta (Mahoma).

Y sin pesquisar a fondo, entre nosotros mismos y en nuestros días, sería larga la lista de hombres ilustres que han aceptado esa creencia, desde Víctor Hugo, Charles Bonnet, Pierre Leroux, Jean Reynaud, hasta Mazzini y Flammarion. La mayoría de ellos no ha tenido necesidad de demostraciones experimentales. El uso de su razón, liberada de las rutinas de la escuela y de los sofismas, y el panorama de la vida, desarrollándose a su alrededor, les han sido suficientes para discernir esas leyes. Han quedado seducidos por la belleza y la grandeza de esta evolución que hace del hombre el autor de sus propios destinos. El alma, pensaban ellos, construye su futuro por medio de vidas renacientes; ella desarrolla sus facultades y su consciencia a través del trabajo, la probación, el dolor, cincel divino que le comunica sus bellas formas. Ella se depura, se eleva,

se deja penetrar por los esplendores de la naturaleza, se inicia en sus leyes y participa, en la medida de su potencia creciente, en el orden y en la armonía universal.

Para esos precursores, como para nosotros, los espíritas, esta revelación, ya sea intuitiva o proveniente de lo Alto, ha disipado como una neblina las hipótesis fantasiosas y las negaciones estériles. La vida y la muerte han mudado su situación: ésta no es más que la transición necesaria entre las dos formas alternativas de nuestra existencia: visible e invisible. La vida es la conquista de las riquezas imperecederas del alma, de las fuerzas radiantes y de las cualidades morales que asegurarán su situación en el más allá y le prepararán las mejores reencarnaciones en la Tierra y en otros mundos. Así, el pesimismo sombrío se desvanece para dar lugar a la confianza, a la alegría de vivir en la tarea bien cumplida, a la satisfacción del deber bien realizado, con las perspectivas de un futuro sin límites y la ascensión gradual y radiosa de círculos en círculos, de esferas en esferas, en dirección al foco divino.

Ahora bien, aquello que tantas religiones han enseñado y todavía enseñan, y que tantos pensadores antiguos y modernos han discernido por medio de la reflexión profunda, el Espiritismo acaba de demostrarlo por la experiencia. Él tiene para sí no solo el testimonio universal del mundo de los espíritus, que se levanta de todos los puntos del globo y sobre el cual hablaremos más adelante, sino que ha reunido un conjunto de hechos comprobantes, de los cuales citaremos algunos.

Notemos inicialmente que en un ser suficientemente evolucionado, cuando el estado normal de la conciencia y el estado subconsciente están en equilibrio, es decir, alcanzan una estabilidad perfecta, cuando ese ser se desliga de los ambientes materiales es capaz de acordarse de las vidas anteriores y percibir, en intuiciones profundas, suscitadas por los espíritus desencarnados, la forma de sus vidas pasadas.

De ahí los recuerdos de ciertos hombres célebres, el reconocimiento de los lugares donde habían vivido. Por ejemplo, el

caso de Lamartine, en su viaje al oriente, el de Mery por la India y la Florida, y de tantos otros casos análogos que podríamos recordar.

Mencionemos los testimonios publicadosⁱⁱ por ciertas revistas inglesas relativos a niños hindúes que, en su período de crecimiento, durante el cual la incorporación del alma aún no es completa, han conservado el uso de la memoria subconsciente y el recuerdo de sus vidas pasadas.

Casos análogos no son raros en Occidente, pero no se les presta demasiada atención, pues se considera siempre, sin razón, que las narraciones infantiles son imaginarias.

A veces me piden que dé los motivos por los cuales creo en mis vidas anteriores y las pruebas personales que poseo. Para ello me basta recogerme y, en las horas de calma y de silencio, interrogar los estratos profundos de mi memoria, para encontrar ahí algunos vestigios de mi pasado. Si yo me dedico a un análisis severo y riguroso de mi carácter, de mis gustos, de mis facultades, reconstituyo la secuencia de causas y efectos que han dado lugar a la formación de mi personalidad, el “yo” consciente a través de los tiempos.

El detalle de los acontecimientos me ha sido comunicado por mis guías, por cuanto mi clarividencia no alcanza a tanto. Es precisamente ese riguroso examen interior lo que sirve de verificación y control, porque en él encuentro la confirmación y la prueba de la exactitud de las revelaciones hechas, comprensivas de los nombres, las fechas, las identidades recogidas en mis pesquisas bibliográficas.

Con ese método de estudio, lo que no se puede obtener en el estado de vigilia se puede provocar por la exteriorización completa del “yo” en el estado hipnótico; es lo que, frecuentemente, he podido realizar con mi excelente médium, la Sra. Forget. Bajo la influencia magnética del guía, ella reconstituía sus personalidades anteriores con actitudes, lenguaje y un conjunto de detalles que le hubiera sido imposible imaginar.

Es preciso notar, con todo, que los resultados obtenidos, por su naturaleza íntima, no pueden interesar ni convencer más que a los experimentadores. Pero raros son los hombres de nuestro tiempo que se disponen a llevar a cabo estos estudios. Su vida es toda exterior e ignoran los recursos ocultos en el alma. Existe ahí toda una psicología misteriosa que es preciso explorar con extremada prudencia, y que reserva a los investigadores avisados grandes sorpresas.

Los experimentos llevados a cabo por Albert de Rochas, administrador de la Escuela Politécnica de París, relatados en su libro *Las Vidas Sucesivas*, han sido contestados; no obstante, no habría razón para rechazarlos en su totalidad, porque, si en ciertos casos la superstición era evidente, en otros presentaban un aspecto real de sinceridad. Así parece el caso de Joséphine, la muchacha de Voiron (Isère) que, adormecida por De Rochas, se encontraba en su personalidad anterior de Claude Bourdon, habitante otrora de una aldea del Departamento de Ain, donde Joséphine nunca había estado. Allí se encontró la partida de nacimiento de Claude en el registro de la parroquia. Este hecho fue enriquecido con muchos detalles curiosos que constituyen, en su conjunto, buenos elementos de autenticidad.

Puede añadirse a este caso el de Mayo, muchacha de Aix-en-Provence, que, transformándose en sus personalidades de otros tiempos, revivía las escenas trágicas de sus vidas. Por ejemplo, el estado de gravidez y la asfixia por inmersión fueron constatados por el Dr. Bertrand, alcalde de Aix, convencido de que esas circunstancias no podían ser simuladas por una persona de 18 años. ¿Habría que contemplar en este caso, como suponen algunos, la revelación de una ley fisiológica poco conocida, una correlación de lo físico y lo mental que abre el camino a un nuevo orden de investigaciones, a descubrimientos biológicos de alta importancia? Sea como fuere, esos casos vienen a confirmar nuestras aserciones a propósito del poder del pensamiento sobre los fluidos y sobre la propia materia concreta.

Un fenómeno más complejo todavía, por la variedad de formas que envuelve, es la reencarnación, en la misma familia, de la pequeña Alexandrine, hija del Dr. Samona, de Palermo, que volvió una segunda vez tras una muerte prematura. Se encuentran en este caso todas las particularidades morales y físicas muy características de la vida precedente. Alexandrine cuenta muchos recuerdos de esa existencia, por ejemplo una excursión a Montreal, en la cual encontró sacerdotes griegos vestidos de rojo, lo cual es poco común en Sicilia.

Este segundo nacimiento, anunciado antes por manifestaciones de los espíritus, aunque considerado por los parientes como imposible por causas patológicas, ocurrió en la fecha fijada. Estos datos se apoyan en una serie de declaraciones de testigos y amigos que relataron todas las fases de ese fenómeno.

Hoy (1927) Alexandrine tiene 13 años, escribió Gabriel Delanne en su última obra *Documentos para el estudio de la Reencarnación*,^{lii} y se puede acompañar, a través de esa muchacha, todo el desarrollo de las primicias adelantadas por los espíritus.

No podemos enumerar aquí todos los casos de reencarnación anunciados de antemano, todos los fenómenos de recuerdos de vidas anteriores, en niños y adultos, y los casos relativos a la regresión hipnótica de recuerdos.

Pero con independencia de los episodios de orden experimental, a nuestro alrededor, cuántas anomalías no quedan explicadas por la noción de las anterioridades; en muchas fisonomías podríamos leer la demostración de ello. Esas mujeres de cuerpos pesados, de gestos masculinos, esos hombres de maneras afeminadas, que todos conocemos, ¿no se trata de los espíritus que han cambiado de sexo al reencarnarse? En medio del pueblo, a pesar de la ley de la herencia, todas esas inteligencias, esos talentos, incluso ese genio, que surgiesen entre familias, de preferencias materiales y groseras, ¿no son manifestación de trabajos y aptitudes anteriores? El mismo problema es el relativo a esos temperamentos delicados y finos, provenientes de personas rudas y no evolucionadas.

Por el contrario, entre ciertos anarquistas, fomentadores de huelgas, ávidos de subversión y de desorden, ¿no se reconocen a los antiguos burgueses egoístas, condenados a renacer entre aquellos a quienes explotaban otrora y a quienes un indefinido instinto hace su nueva situación insoportable? Y cuántos otros contrastes, extravagancias inexplicables en apariencia, se esclarecen por la ley de los renacimientos. Se puede reconocer a César en Napoleón, a Virgilio en Lamartine, a Vercingétorix en el general Desaix. Ciertos espíritus añaden, además: a Pompeyo en Mussolini.

Hay individualidades que reaparecen en el transcurso de los siglos, de tal modo que es posible reconocerlas por la originalidad de los caracteres que se forman con la nitidez de una efigie, como el perfil de una medalla antigua.

Pero no insistamos, puesto que estas comparaciones podrían ser fuente de muchos abusos. Debido a esa hipertrofia del “yo”, que es una enfermedad tan extendida, mucha gente estaría tentada a ver en sí la reencarnación de alguna celebridad de los tiempos antiguos.

A cada renacimiento, recae el velo de la carne sobre la memoria subconsciente, el cúmulo de recuerdos se sumerge en las profundidades del ser. Solo hay excepción para ciertos casos de niños y personas evolucionadas que pueden exteriorizar sus facultades psíquicas, como hemos visto anteriormente. Sin embargo, para la generalidad de los humanos, el olvido de las vidas anteriores es norma y, quizá un beneficio de la naturaleza, porque en los mundos inferiores y atrasados, como este en que habitamos, el panorama de las vidas primarias está lejos de ser reconfortante para las almas, muy entremezcladas de angustias, de impresiones dolorosas y humillantes, de pesares superfluos, cuya intensidad paralizaría siempre nuestra acción y debilitaría nuestra iniciativa, puesto que aquí volvemos para rescatar y para evolucionar. El detalle de los acontecimientos se hace inútil y lo que importa es conocer la gran ley que religa todas nuestras existencias y las hace solidarias unas con otras.

Esa concepción palingenésica nos parece ofrecer el remedio indispensable para el estado de espíritu de muchos de nuestros contemporáneos. En efecto, una brisa de pesimismo sopla en ciertos momentos sobre nuestro país. Incluso se llega a dudar del futuro de Francia, de la posibilidad de que vuelva a levantarse, sembrando así el desánimo entre las almas. Ese pesimismo es el fruto mórbido del escepticismo materialista que corroe, desde hace un siglo, la sociedad contemporánea. Nuestra literatura es, en parte, la responsable por ello.

Se escribe mucho en nuestra época, pero entre los autores, la mayoría no siente que sea un honor temible hablar a las masas ignorantes e impresionables. Esos escritores no parecen conocer este vasto mundo invisible que nos envuelve y que nos domina, ni tampoco esas inmensas reservas de fuerzas y de almas que, a través de la reencarnación, vienen incesantemente a alimentar, entretejer y renovar las corrientes de la vida humana. He aquí por qué ese estudio de la reencarnación se impone, pues sin ella no se puede resolver ninguno de los problemas relativos a la vida y a la evolución de los seres y de las sociedades.

Según los elementos que la reencarnación nos proporciona, el nivel moral se baja o se eleva. Cuando ella trae sobre nuestro globo los contingentes de los mundos inferiores, la perturbación se acentúa y la humanidad parece retroceder. Sin embargo, también, mediante la reencarnación, en los momentos de angustia, individuos poderosos pueden surgir para dirigir por caminos más seguros los pasos vacilantes de la caravana en marcha.

Esto es lo que ocurre en este momento en nuestro país. Los espíritus evolucionados y otros, de orden elevado, vienen a tomar lugar aquí, por medio de renacimientos, con finalidad de regeneración. Ese movimiento va a continuar, dicen nuestros instructores invisibles, y en veinte años se podrá asistir a una obra de reedificación de los pueblos occidentales, y de Francia en particular.

No se debe desesperar. Los pronósticos sombríos, los juicios pesimistas, los temores y las alarmas son provenientes de una concepción insuficiente de la existencia, a la cual una ciencia rutinaria impone los límites reducidos de nuestra corta duración y de nuestro pequeño globo, mientras que, en la realidad, la vida posee recursos infinitos, puesto que se desarrolla en el seno de los espacios desde donde ella inspira, estimula y fecunda la vida terrestre.

Si nuestra literatura, nuestra filosofía y nuestra política continúan inspirándose en las reglas de una ciencia limitada y envejecida; si una comprensión general de la vida evolutiva y de sus leyes no viene a penetrar, impregnar, transformar el alma humana, habrá menos esperanza de ver cambiar la situación moral y social de nuestro país. Es, sobre todo, la noción de una única vida lo que ha alterado todo, ha oscurecido todo y ha vuelto incomprendible la evolución del ser y de la justicia de Dios.

Si la vida terrestre fuese también restringida, nuestros estudios y progresos estarían perdidos, para el individuo y para la humanidad, mientras que por la reencarnación todo se perpetúa y todo se renueva. Nosotros trabajamos para todos y, por consiguiente, trabajamos para nosotros mismos. Así, nada se pierde, los individuos y las generaciones son solidarios entre sí, solidarios a través de los siglos.

* * *

Por lo que ha quedado expuesto, se puede verificar que todas las grandes corrientes del pensamiento antiguo, filosófico y religioso, relativas a los altos destinos del alma, tras seculares vicisitudes se renuevan, se sintetizan y se funden en el espiritualismo moderno bajo la forma de la ley de la evolución a través de las vidas renacientes.

Todas las grandes religiones de Oriente, incluso el Cristianismo esotérico, la filosofía de Platón, y los principios de la escuela de Alejandría, en él se encuentran, para reunir allí la tradición sagrada de Occidente, incluyendo las de nuestros antepasados, los celtas.

Una gran obra se lleva a cabo por encima de nuestras cabezas, cuya importancia no podemos calcular, pero cuyos efectos van a repercutir en el transcurso de los siglos. Esta obra de síntesis que representa la fe elevada, la fe superior de la humanidad en marcha, no se podía realizar en el seno de las religiones actuales, sino tan solo fuera de ellas y por la ciencia.

El Catolicismo ha perdido de vista su misión salvadora y regeneradora. Debido a interpretaciones ilusorias ha desnaturalizado la doctrina pura de Cristo, sobre todo en lo que se refiere al futuro del hombre y a la justicia de Dios. Con todo, entre sus adeptos es donde más fácilmente se difunde la noción de pluralidad de existencias. Ya se ha verificado que el purgatorio, bastante mal definido por la Iglesia, podría muy bien conciliarse con el rescate de las faltas del pasado por medio de las vidas de probaciones.

El Protestantismo, por su parte, suprimiendo la noción de purgatorio, había cerrado toda salida para el principio de las vidas renacientes.

¿No es algo doloroso, incluso pavoroso, bajo ciertos puntos de vista, la constatación de que, tras tantos siglos de civilización, todavía pese la incertidumbre sobre el problema del destino humano?

La luz que brillaba desde los primeros tiempos de nuestra historia se había desvanecido. Parecía que el hombre, alejándose de la naturaleza y de sus orígenes, iba a penetrar en la noche. Y solo hoy, gracias al trabajo de algunos pensadores ardientes, los primeros resplandores de una nueva aurora vienen a rozar el alma céltica adormecida.

Para todos aquellos que han considerado la variedad y la desigualdad de las condiciones humanas, ya sea desde el punto de

vista de las diferentes razas, de culturas, de civilización, ya en lo que se refiere a la duración de la existencia, el enigma de la vida se hacía indescifrable, pero he aquí que por la sucesión de las existencias del alma todo se encadena y se armoniza en una lógica rigurosa.

El terrible problema del dolor también ahí encuentra su solución, y se explica mejor el que ciertas personas conozcan el sufrimiento desde la cuna y lo soporten hasta el sepulcro.

Todas esas vidas oscuras, atormentadas, dolorosas, son crisoles donde el alma se deshace de sus impurezas, donde la hiel se consume, donde las pasiones del mal, gracias a una alquimia divina, se transforman poco a poco en pasiones del bien.

Sin duda, el progreso no siempre es sensible, y el alma frecuentemente se rebela ante el sufrimiento, pero cuando el tiempo de la probación ha pasado, se constata que ésta no ha sido estéril y que el alma se ha beneficiado.

Del mismo modo el problema del mal, que en su conjunto es uno de los aspectos de la misma cuestión. Ese problema, que ha provocado tantas discusiones estériles, había sido fácilmente resuelto por los druidas: Dios da al hombre una parte de libertad proporcional a su grado de evolución, y la libertad humana ha generado el mal. La primera *Tríada* enuncia entre las tres unidades primitivas “el punto de libertad donde se equilibran todas las oposiciones.”

Dios no hubiera podido suprimir el mal sin suprimir la libertad, lo cual habría falseado enteramente la ley de evolución, y con ella el principio vital, la propia razón del Universo. El libre albedrío solo asegura el juego libre de la iniciativa, de la voluntad de donde resultan los méritos necesarios para adquirir los bienes espirituales, objetivo supremo de la evolución. El ser humano debe adquirir, por sus esfuerzos en el correr de los tiempos, la sabiduría, la ciencia, el talento, y por ellos la felicidad, la ventura, es decir, todo cuanto conduce a la grandeza y a la belleza de la vida, pues no se aprecia realmente, no se ama sino lo que se adquiere por sí mismo.

Si el mal parece dominar sobre la Tierra, es porque ella forma un grado inferior en la escala de los mundos y por ser la mayoría de sus habitantes espíritus jóvenes, aún ignorantes, inclinados a las pasiones. Pero a medida que se evoluciona en la gran escala cósmica, el mal disminuye poco a poco, después se disipa, y el bien se realiza en virtud de la ley general de la evolución.

Nosotros vamos a exponer esa ley, sus reglas y su finalidad, por medio de las *Tríadas*, bajo su forma concisa, en la parte que se refiere al “Abred”, el círculo de las transmigraciones, y al “Gwynfyd”, el círculo de las vidas celestes. Las *Tríadas* de 1 a 14, reproducidas en el capítulo VII, y las que siguen, de 15 a 45, forman el complemento.^{liii}

Las *Tríadas* que faltan figuran en los puntos esenciales de esta obra, donde encuentran su aplicación.

“Abred”:

15 – Tres especies de necesidades en el “Abred”: la menor de toda la vida, y de ahí el comienzo; la sustancia de cada cosa, y de ahí el crecimiento, que no puede operarse en otro estado; la formación de cada cosa de la muerte, y de ahí la debilidad de la vida.

16 – Tres cosas que no se pueden ejecutar a no ser por la justicia de Dios: todo sufrir en “Abred”, porque sin eso no se puede adquirir una ciencia completa en ninguna cosa; obtener una parte del amor de Dios; ser victorioso, por el poder de Dios, en el cumplimiento de lo que es más justo y misericordioso.

17 – Tres causas principales de la necesidad de “Abred”: recoger la sustancia de toda cosa; recoger el conocimiento de toda cosa; recoger la fuerza moral para triunfar de toda adversidad y del principio de destrucción y para privarse del mal. Y sin ellas, en el trayecto de cada estado de vida, no hay ni vida, ni forma que pueda alcanzar la plenitud.

20 – Tres necesidades de “Abred”: la ausencia de reglas, pues no puede ser de otro modo; la liberación por la muerte, ante el mal y la corrupción; el aditamento de la vida y del bien, por el despojamiento del mal, liberándose de la muerte. Y todo ello por el amor de Dios concerniente a toda cosa.

21 - Tres medios de Dios en el “Abred” para triunfar sobre el mal y sobre el principio de la destrucción, escapando ante ellos en el “Gwynfyd”: la necesidad, el olvido, la muerte.

22 – Tres primeras cosas, simultáneamente creadas: el hombre, la libertad, la luz.

23 – Tres necesidades del hombre: sufrir, renovarse (progresar), elegir. Y, por el poder que esta última confiere, no se puede conocer a las otras dos antes de haberlas vencido.

24 – Tres alternativas del hombre: “Abred” y Gwynfyd”, necesidad y libertad, mal y bien; estando todas las cosas en equilibrio y teniendo el hombre el poder de vincularse a uno o a otro, según su voluntad.

26 – Por tres cosas se cae en el “Abred”, necesariamente, si bien, por otra parte, se esté ligado a lo que es bueno: por el orgullo a lo largo del “Annoufn”; por la falsedad, a lo largo del “Gabien”; por la crueldad, a lo largo del “Kenmil”, y se retorna de nuevo a la humanidad, como antes.

27 – Tres causas justificativas del estado de humanidad: adquirir inicialmente la ciencia, el amor y la fuerza moral, antes de que sobrevenga la muerte. Y esto no puede hacerse más que por la libertad y por la elección, no antes, pues, del estado de humanidad. Esas tres cosas se llaman las tres victorias.

28 – Tres victorias sobre el mal y sobre el espíritu malo: ciencia, amor, poder; porque la verdad, la voluntad y la potencia realizan, mediante la unión de su fuerza, todo cuanto desean; comienzan en el estado de la humanidad y perduran para siempre.

29 – Tres privilegios del estado de la humanidad: el equilibrio del mal y del bien, y de ahí la comparación; la libertad de elección, y de ahí el juzgamiento y la preferencia; el comienzo del poder que deriva del juzgamiento y de la elección, y éstos son necesarios antes de cumplir lo que quiera que sea.

“Gwynfyd”:

30 – Tres diferencias necesarias entre el hombre, cualquier criatura y Dios: el comienzo del hombre, que no sabría encontrar a Dios; las renovaciones (progreso) necesarias del hombre en el círculo de “Gwynfyd”, visto que éste no puede soportar la eternidad del “Ceugant”, mientras que Dios soporta todo estado con felicidad.

31 – Tres formas supremas del estado de “Gwynfyd”: sin mal, sin necesidad, sin fin.

32 – Tres restituciones del círculo de “Gwynfyd”: el genio primitivo; el amor primitivo; la memoria primitiva, puesto que sin ellos no hay felicidad.

33 – Tres diferencias entre todo viviente y los demás vivientes: el genio, la memoria, el conocimiento, es decir, que los tres sean plenos en cada uno y no pueden ser comunes con ningún otro viviente, cada cual en su medida, y no puede haber dos plenitudes en cosa alguna.

34 – Tres dones de Dios a todo viviente: la plenitud de su raza; la consciencia de su humanidad; el desprendimiento de su genio primitivo en relación a todo otro genio, y es ahí donde cada uno difiere de los demás.

35 – Por la comprensión de tres cosas se disminuyen el mal y la muerte, y se triunfa: de su naturaleza; de su causa; de su acción. Y ellas se encuentran en el “Gwynfyd”.

36 – Tres fundamentos de la ciencia: la renovación del tránsito de cada estado de vida; el recuerdo de cada transmigración y de sus incidentes; el poder de atravesar cada estado de vida, para experiencia y juzgamiento, y esto se halla en el círculo de “Gwynfyd”.

37 – Tres distinciones de todo viviente en el círculo de “Gwynfyd”: la inclinación (o vocación); la posesión (o privilegio) y el genio; dos vivientes no pueden ser

primitivamente semejantes en nada, porque cada uno está pleno de aquello que lo distingue y nada está pleno sin que esté en su entera medida.

38 – Tres cosas imposibles, excepto para Dios: soportar la eternidad del “Ceugant”; participar bajo toda condición sin renovarse; mejorar y renovar toda cosa sin hacerlo con pérdidas (a su costa).

39 – Tres cosas que jamás desaparecerán a causa de la necesidad de su potencia: la forma del ser; la sustancia del ser; el valor del ser, pues, por la liberación del mal, ellas existirán eternamente, ya sean vivas o inanimadas, en los diversos estados de lo bello y del bien en el círculo de “Gwynfyd”.

40 – Tres bienes supremos que resultan de las renovaciones de la condición humana en el “Gwynfyd”: la instrucción; la belleza; el reposo, por su ineptitud para soportar el “Ceugant” y su eternidad.

41 – Tres cosas en crecimiento: el fuego o la luz; la inteligencia (o la consciencia) o la verdad; el alma o la vida. Ellas triunfan sobre todo y de ahí el final del “Abred”.

42 – Tres cosas en mengua: la oscuridad; la mentira; la muerte.

43 – Tres cosas se refuerzan día a día, visto que la mayor suma de esfuerzos va, sin cesar, hacia ellas: el amor; la ciencia; la plena justicia.

44 – Tres cosas se amortiguan cada día, porque la mayor suma de esfuerzos va contra ellas: el odio; la deslealtad; la ignorancia.

45 – Tres plenitudes de la felicidad del “Gwynfyd”: participar en toda cualidad con una perfección principal; poseer toda especie de genio con un genio preeminente; abrazar a todos los seres con un mismo amor y con un amor de primera calidad, conocer el amor de Dios, y en esto consiste la plenitud del cielo y del “Gwynfyd”.^{liv}

Se observa que esas *Tríadas*, por su forma concisa y su sentido profundo, constituyen una obra original y poderosa, que no puede ser considerada como invención de pensadores aislados, antes bien como la expresión sintética del genio de toda una raza. Ellas se religan a verdades de orden eterno, y quizá fuese necesaria la incubación de siglos para comprender todo su alcance. Ellas surgieron de la sombra en un momento histórico en que el ideal se afloja, para restituir a nuestro país su fe en sí mismo, la confianza en su destino, y así convertirse en instrumento de una civilización más elevada, más noble y más digna.

* * *

La ley de las reencarnaciones, ese retorno de las almas a la Tierra, suscita objeciones a que es necesario responder, temores que es preciso disipar. Entre aquellos que interrogan, unos temen no reencontrar, en el más allá, a los seres que habían amado aquí en la Tierra. Se preguntan si, en virtud de esa ley, seremos separados de los miembros actuales de nuestras familias y obligados a continuar aisladamente nuestra lenta y penosa evolución. Otros están aterrados por la perspectiva de retomar la tarea terrestre, tras una vida laboriosa sembrada de probaciones y males. Apresurémonos a tranquilizarlos.

La reencarnación es rápida y la estancia del espíritu en el espacio es de corta duración tan solo en el caso de niños muertos a corta edad. Habiendo malogrado su tentativa de reaparecer en el escenario terrestre, casi siempre por causas fisiológicas debidas a la madre, esa tentativa será renovada en el mismo medio siempre que se presenten las condiciones favorables. De no ser así, el espíritu se reencarnará en las cercanías de ese medio, es decir, entre parientes o amigos, de manera a permanecer en relación con aquellos que él había elegido, en virtud de una atracción resultante de vínculos anteriores, de fuerzas afectivas que constituyen cierta afinidad fluídica.

Los espíritus forman familias numerosas cuyos miembros continúan siéndolo a través de sus múltiples reencarnaciones. Mientras unos prosiguen sobre el plano material su educación y su evolución, otros permanecen en el Espacio a fin de protegerlos, en la medida de sus posibilidades, sostenerlos, inspirarlos, esperarlos para recibirlos al término de la vida terrestre. Más tarde, éstos aquí renacerán para la vida humana y, a su vez, de protectores se convertirán en protegidos. La duración de la estancia en el Espacio es muy variable y, según el grado de evolución, puede durar muchos siglos o solamente algunas decenas de años, para los espíritus ambiciosos de progreso.

Hay siempre correlación entre la vida terrestre y la del Espacio. La familia visible está siempre ligada a la familia invisible, incluso

sin su conocimiento. Los afectos, los sentimientos provenientes de los vínculos establecidos en el transcurso de las vidas sucesivas, se transmiten de un plano al otro con mayor intensidad cuanto más sutil sea el estado vibratorio de los seres que componen esas familias.

La unión perfecta que reina en ciertas familias se explica por las numerosas vidas en común. Sus miembros fueron aproximados nuevamente por una atracción espiritual, una adaptación del pensamiento idéntico, de gustos y de aspiraciones del mismo orden, y ello en grados diversos.

Es fácil reconocer en una familia a aquél que en ella se encarna excepcionalmente y por primera vez, ya sea para perfeccionarse allí intelectual y moralmente, en contacto con seres más evolucionados, o bien, por el contrario, para servir de ejemplo, de modelo, de entrenador de espíritus atrasados y, al mismo tiempo, para ayudarlos a soportar las probaciones que el destino les reserva, lo cual convierte la misión en tarea meritoria. En ciertos casos el contraste es tan notable entre los caracteres, la manera de pensar y de proceder es tan sorprendente, que los no iniciados llegan a proferir este juicio: “¡Aquel no es de la familia, se puede creer que el ama de cría lo ha cambiado!”

Desde la vida en el espacio, entre ciertos espíritus se asumen los compromisos de reencarnarse en los mismos ambientes y ahí proseguir una común evolución. Otras almas evolucionadas aceptan la función penosa de bajar en hogares materiales para disipar en ellos, por sus irradiaciones, los elementos groseros que dominan tales ambientes, y este acto de abnegación será para ellas un nuevo motivo de progreso.

Algunas personas nos interrogan sobre las diferencias de razas y sus relaciones con la evolución. Los espíritus dicen sobre esta cuestión que cada región del globo atrae del Espacio los fluidos en armonía con los efluvios que se desprenden del suelo. De ello resulta que los espíritus que renacen en esas regiones tendrán gustos y aspiraciones diferentes. Por ejemplo, los africanos

recibirán los fluidos propios para desarrollar su vitalidad física, porque su espíritu tiene necesidad de sentirse en un envoltorio sólido.

Entre orientales, los japoneses, por ejemplo, la evolución terrestre es más completa, los cuerpos son pequeños, la sensibilidad desarrollada, la percepción del más allá es más nítida. El misticismo está presente. El periespíritu del japonés es de gran sutileza, vibrará más fuertemente que el del senegalés.

Entre los occidentales, en general, la evolución no ha sido uniforme. Ha variado según los países. Los montañeses y los marítimos, bajo formas más rudas, guardaron cierto fondo de idealismo o espíritu religioso. Ahí están los dos tipos humanos cuyas aspiraciones se relacionan más directamente con el mundo superior, porque comulgan con la Naturaleza.

No es de extrañar si un espíritu, en su corta evolución, experimenta a veces la necesidad de cambiar de medio para adquirir cualidades o conocimientos que todavía le faltan. Pero esos mismos seres, volviendo al espacio, encuentran pronto allí los elementos espirituales de que se habían alejado durante cierto tiempo, y cuyos recuerdos habían guardado. Y durante el sueño el ser encarnado se acerca a sus amigos del Espacio y vuelve a ver, en algunos instantes, su vida pasada; pero al despertar esa impresión se borra, porque podría perturbar y reducir su libre albedrío.

Si bien él se aleja durante cierto tiempo de su familia terrestre, no abandona nunca a su familia espiritual y, cuando la familia humana evoluciona y alcanza un plano fluídico superior, se producirá la acción inversa, y será él quien a su vez atraerá en el espacio al espíritu menos avanzado. La ley de evolución del ser a través de sus vidas renacientes es admirable, pero la inteligencia humana no puede entrever más que su pálido reflejo.

Las enseñanzas contenidas en estas páginas no son obra de la imaginación. Emanan de mensajes espirituales obtenidos por todos los procedimientos mediúmnicos y han sido recogidos en todos los países. Hasta aquí, no teníamos, sobre las condiciones de vida en el

Más Allá, más que hipótesis humanas, ya fuesen filosóficas o religiosas. Hoy, los que viven esa vida la describen para nosotros, y hablan sobre las leyes de la reencarnación. En efecto, ¿qué son ciertas excepciones señaladas entre los anglosajones, y cuyo número se reduce cada día en presencia de la enorme cantidad de documentos, de testimonios concordantes recogidos desde América del Sur a las Indias y el Japón?

Ya no se trata, como en el pasado, de un pensador aislado, o incluso un grupo de pensadores, que viene a indicar a la humanidad la ruta que le parece verdadera; es un mundo invisible, entero, que se conmueve, y se esfuerza para sacar al pensamiento humano de sus rutinas, de sus errores, y le revela, como en el tiempo de los druidas, la ley divina de la evolución. Son los propios parientes y amigos muertos quienes nos exponen su situación, buena o mala, y la consecuencia de sus actos en el transcurso de charlas ricas en pruebas de identidad.

Tengo en mi poder siete grandes volúmenes de comunicaciones, recibidas en el grupo que durante largo tiempo he dirigido, que responden a todas las cuestiones que la inquietud humana presenta a la sabiduría de los invisibles.

Los espíritus guías nos instruían por medio de diversos médiums, que por lo regular no se conocían entre sí, y sobre todo por mujeres poco letradas, llenas de prejuicios católicos y poco inclinadas a la doctrina de las encarnaciones. Ahora bien, todos cuantos han consultado esos archivos han quedado sorprendidos por la belleza del estilo, y asimismo por la profundidad de las ideas expuestas.

Quizá esos mensajes un día lleguen a publicarse. Entonces se verá que en mis obras no estoy inspirado solamente por mí, sino sobre todo por aquellos que están al otro lado de la vida. Se reconocerá, en la variedad de las formas, una gran unidad de principios y una perfecta analogía con las enseñanzas obtenidas de los espíritus guías, en todos los medios, donde Allan Kardec se inspiró para delinear las grandes reglas de su doctrina.

Tras la guerra (1ª Guerra Mundial, 1914-1918), nuestros instructores continuaron manifestándose por diferentes médiums. Por medio de entidades diversas, la personalidad de cada uno de ellos se afianzó por su carácter propio, por una originalidad tallada, en una palabra, de modo a evitar toda posibilidad de simulación. Se puede seguir anualmente, en la *Revue Spirite*, la quintaesencia de las enseñanzas que se nos han dado sobre cuestiones siempre sustanciales y elevadas.

Después, próximo al congreso (Espírita) de 1925, fue el gran iniciador (Allan Kardec) quien ha venido a certificarnos de su concurso y a esclarecernos con sus consejos. Hoy aún es él, Allan Kardec, quien nos anima a publicar este estudio sobre la reencarnación.

* * *

Hasta ahora no hemos insistido mucho sobre el principal argumento que se evoca contra la doctrina de las preexistencias, es decir, el olvido de las vidas anteriores. Ese argumento ha sido refutado detalladamente en casi todas las obras que hemos escrito.^{lv} Ese olvido, como hemos visto, no es tan general como se pretende, y si la mayoría de los hombres se dedicase a un estudio atento de su propia psicología, encontraría, fácilmente, los vestigios de sus vidas pasadas.

Así, como demuestra el Sr. Bergson en su bello libro *La Evolución Creadora*, este argumento no es concluyente. A partir de la vida actual, y sobre todo en el estado de sonambulismo, opuesto al estado normal, se producen eclipses de memoria que hacen comprensible la desaparición de los recuerdos lejanos. Todos los espíritus saben que ese olvido de nuestro pasado es transitorio y accidental.

Aunque el espíritu esté poco evolucionado, el recuerdo integral se reconstituirá en el más allá, e incluso en el transcurso de esta existencia, durante el sueño.

En ese estado de desprendimiento, él podrá retomar el encadenado de las causas y efectos que forman la trama de su destino. Es solamente en el período de la lucha material cuando el recuerdo se borra, precisamente para dejarnos la plenitud de nuestro libre albedrío, indispensable para salvar las dificultades, las pruebas terrestres, a fin de recoger todos sus frutos.

En suma, el olvido de las vidas pasadas ha de ser considerado como un beneficio para la mayoría de las almas humanas en punto no muy elevado de evolución. El recuerdo sería, frecuentemente, inseparable de revelaciones humillantes y de pesares dolorosos como quemaduras. En vez de hipnotizarnos en un pasado malo, es el futuro lo que debe constituir el objetivo de nuestros esfuerzos y el impulso de nuestras facultades.

¿No dice el proverbio que al poner la mano en el arado no se debe mirar atrás? En efecto, para trazar bien derecho el surco, es decir, para afrontar el combate de la vida y proseguir en él con alguna ventaja, es preciso no estar obsesionado por el cortejo de los malos recuerdos.

Es tan solo más tarde, en la vida del espacio, y sobre todo en los planos superiores de la evolución, cuando el alma humana, liberada del yugo de la carne y libre de la pesada cobertura de la materia que limita sus percepciones, puede abarcar sin desfallecimiento, sin vértigo, el vasto panorama de sus vidas planetarias. Para entonces ya ha adquirido la madurez necesaria para discernir, por su propia razón y saber, el vínculo que las religa a todas, los resultados recogidos, y extraer las enseñanzas que éstos comportan. Es lo que dice la *Tríada* 19:

19 – Hay tres necesidades antes de llegar a la plenitud de la ciencia: atravesar el “Abred”, atravesar el “Gwynfyd y acordarse de todas las cosas hasta en el “Annoufn”.

Tal es el juzgamiento particular, el inventario de nuestra alma evolucionada, que al comienzo de sus existencias pasa en revista la

larga secuencia de sus etapas a través de los mundos. Con su sensibilidad aumentada, su experiencia, su sabiduría, su razón engrandecida, ella juzga todas las cosas desde arriba. Y en sus recuerdos, según su naturaleza, encuentra las causas de la alegría o del sufrimiento. Su conciencia purificada escruta las menores marcas de su memoria profunda. Convertida en árbitro infalible, se pronuncia sin apelación, aprueba o condena y, a veces, a título de reparación y bajo inspiración divina, decide e impone los renacimientos en los mundos de la materia y del dolor. Es lo que expresa la *Tríada* 18:

18 – Tres calamidades primitivas del “Abred”: la necesidad, el olvido y la muerte.

* * *

Terminado este capítulo, insistiremos aún sobre la importancia del movimiento espiritualista actual, que, en realidad, es un despertar de las tradiciones de nuestra raza céltica. Para que su vida sea plena, entera y fecunda, todo hombre debe comprender su sentido profundo y discernir su objetivo, porque, ya sea por reflexión, o bien por una especie de instinto, la idea que de ella se hace es la que domina toda su vida, inspira sus actos y los orienta hacia objetivos inferiores o elevados.

Resulta que esta noción esencial debería formar parte de toda educación humana, pero ni la escuela, ni la Iglesia nos dan, sobre este asunto capital, informaciones nítidas y precisas. De ahí, en gran parte, la perturbación moral y la confusión de ideas que reinan en nuestra sociedad.

Si conociésemos toda la regla soberana de los seres y de las cosas, la ley y la consecuencia de los actos y su repercusión sobre el destino; si supiésemos que siempre se cosecha lo que se ha sembrado, las reformas sociales serían más fáciles y la faz del mundo sería rápidamente transformada. Pero la mayoría de los hombres, absortos en sus tareas, en sus preocupaciones materiales,

privados del ocio necesario para cultivar su inteligencia y su corazón, recorren la vida como si pasasen por entre la neblina. La muerte no es a sus ojos más que un espantajo, cuyo pensamiento importuno apartan con pavor. Y así es como, cuando vienen los días de pruebas, si el viento sopla con tempestad, enseguida se encuentran desamparados.

Eso es lo que pasa en nuestra época. Para sacar al hombre de las pesadas influencias que lo oprimen, serían precisos acontecimientos importantes, crisis dolorosas que, mostrándole el carácter precario, inestable de la vida en la Tierra, debían abatir su orgullo, obligarlo a situar más lejos sus atenciones y a fijar más alto sus objetivos. Sería provecho para la humanidad si los tiempos de prueba, que nuestra civilización atraviesa actualmente, esclareciesen sus taras y sus vicios y le enseñasen a curarlos.

¿No es una coincidencia notable que, al mismo tiempo en que las creencias religiosas se apagan cada vez más, en que el materialismo derrama ante nuestros ojos sus efectos destructivos, una revelación de lo Alto se difunde por el globo por miles de voces, ofreciendo una doctrina, una enseñanza racional y consoladora a todos los interesados de buena fe?

El Espiritismo es el mayor y más solemne movimiento del pensamiento que se ha producido desde la aparición del Cristianismo. No solo por el conjunto de sus fenómenos nos trae la prueba de la sobrevivencia, sino que, desde el punto de vista filosófico, sus consecuencias son más grandiosas. Con él el horizonte se aclara, el objetivo de la vida se hace preciso, la concepción del Universo y de sus leyes aumenta, el pesimismo sombrío se desvanece para dar lugar a la confianza, a la fe en destinos mejores.

El Espiritismo puede entonces revolucionar todos los dominios del pensamiento y del conocimiento. En los ambientes estrechos donde se hallaban confinados, él abre grandes puertas a lo desconocido y a lo inexplorado. Mediante el estudio del ser en su “yo” profundo, en este mundo cerrado donde se acumulan tantas

impresiones y recuerdos, el Espiritismo crea una Psicología nueva, mucho más amplia y variada que la Psicología clásica.

Hasta ahora tan solo conocemos la parte más grosera, la más superficial de nuestro ser. El Espiritismo nos lo muestra como un reservorio de fuerzas escondidas, de facultades en estado germinativo que cada uno de nosotros está llamado a valorar, a desarrollar a través de los tiempos. Por los métodos hipnóticos o magnéticos será posible llegar hasta los orígenes del ser, reconstituyendo la secuencia de las existencias y de los recuerdos, la serie de causas y efectos que son como la trama de nuestra propia historia. Aprenderemos que el propio ser crea su personalidad y su consciencia en el transcurso de una evolución que lo conduce, vida tras vida, hacia planos mejores. Y así se afianza nuestra libertad, que se engrandece con nuestra elevación y fija las causas determinantes de nuestro destino, feliz o infeliz, según nuestros merecimientos. Desde entonces, ya no más esos debates estériles a que hemos asistido desde hace largo tiempo, provenientes de la insuficiencia de puntos de vista y del campo muy limitado de nuestras observaciones, en esta vida pasajera y sobre este mundo mísero, ínfima parcela del Todopoderoso.

En otras palabras, el ser nos aparece bajo aspectos más nobles y más bellos, llevando consigo todo el secreto de su grandeza futura y de su potencia radiante. Con la cultura de esa ciencia, día vendrá en que todo hombre podrá leer claramente, en sí mismo, la regla soberana de su vida y de su futuro. Y de ello resultarán las grandes consecuencias sociales. La noción de los deberes y de las responsabilidades se hará más precisa. En lugar de las dudas, incertidumbres y pesimismo actuales, la esperanza se originará del conocimiento de nuestra naturaleza imperecedera y de nuestros destinos infinitos.

Se puede decir entonces que la obra del Espiritismo es doble: en el plano terrestre tiende a reunir y a fundir en un sistema grandioso todas las formas, hasta ahora discordantes, y frecuentemente contradictorias, del pensamiento y de la ciencia. En un plano más

amplio, él une lo visible a lo invisible, esas dos formas de vida que en realidad se penetran y se completan desde el principio de las cosas. Con ese objetivo demuestra que nuestro mundo y el Más Allá no son separados, sino que están el uno en el otro, constituyendo así un todo armónico.

CAPÍTULO IX

La religión de los celtas, el culto, los sacrificios, la idea de la muerte

La obra de los druidas, cuyos puntos principales acabamos de describir, ya demuestra toda la extensión de su ciencia y de su erudición. Pero no es solo en su doctrina donde sopla poderosa la inspiración: es además en su religión, su culto que revela un sentido profundo del mundo invisible y de las cosas divinas. En ese punto de vista es preciso refutar las críticas y los errores bajo los cuales se ha querido enterrar el Druidismo.

Como informan los historiadores como A. Thierry, Henri Martin, Jean Raynaud, toda la grandeza del genio céltico se presenta en esa obra. En la base de la institución druídica se encuentran estos dos principios que se irradian sobre la sociedad gala, haciendo que funcionen todos sus engranajes: la igualdad y el derecho electoral.

Todo galo podía hacerse druida; el nacimiento no daba derecho alguno a ese título, porque la antigua Galia nunca conoció lo hereditario. Para adquirirlo, para obtener la iniciación, era preciso justificar los méritos personales, aparte de lentos y pacientes estudios, pues los celtas ponían la instrucción en primer lugar en la sociedad, y solo eso ya bastaría para alejar la acusación de barbarie que tan livianamente atribuyen a nuestros antepasados.

Las informaciones que damos sobre la organización del Druidismo provienen, en gran parte, de autores latinos y griegos, en número total de dieciocho, ya sean filósofos e historiadores, o bien geógrafos y poetas.

Aparte de César, de quien ya hemos hablado, citamos a Aristóteles y Cétion, Diógenes de Laertes, Posidonio, Cicerón,^{lvi} en el año 44, Diodoro de Sicilia, año 30, Timógenes, en torno al año

14, en una *Historia de la Galia*, de la cual Ammien Marcellin nos dejó un extracto; Estrabón, en el año 20 d.C; Pomponius Mela, en el año 4º; Lucano, entre 60 y 64, Plinio, el naturalista, por el año 77; Tácito, por el año 96; Suetonio, a finales del siglo I; Dión Crisóstomo, a comienzos del siglo II. Nosotros concluiremos por las indicaciones de aquellos nuestros guías espirituales que vivieron en la época céltica.

El jefe de los druidas era elegido por toda la corporación e investido de un poder absoluto. Era él quien resolvía las divergencias entre las tribus turbulentas, agitadas, siempre dispuestas a recurrir a las armas. Estando por encima de las rivalidades de los clanes, esa institución representaba la verdadera unidad de la Galia. Toda la elite juvenil de la nación se agrupaba en torno a esos filósofos, ávida de recibir sus enseñanzas, impartidas lejos de las ciudades, en el interior de los recintos sagrados.

Los druidas no solo mantenían la justicia en las tribus, sino que además se pronunciaban sobre las causas graves, en una asamblea solemne que se reunía todos los años en el país de Chartres. Esa asamblea tenía al mismo tiempo un carácter político, y cada república gala le enviaba sus delegados.

El genio religioso de los celtas había establecido tres formas superpuestas de creencias y de culto según el grado de aptitud y de comprensión de los galos. El primero era el culto a los espíritus de los muertos, al alcance de todos y que todos practicaban, pues los videntes y médiums eran numerosos en esa época. Después venía el culto popular a los semidioses o espíritus protectores de las tribus, símbolos de las fuerzas de la naturaleza o de las facultades del espíritu; ese culto tenía sobre todo un carácter local. Finalmente estaba el culto al espíritu divino, fuente y creador de la vida universal, que domina y rige todas las cosas y cuyas obras son el principal objeto de los estudios y pesquisas de los druidas y de los iniciados.

En realidad, el politeísmo galo, que se condena como idolatría, no era más que la representación de los espíritus tutelares, guías,

protectores de las familias y de las naciones, cuya existencia podemos constatar hoy día por los hechos y la intervención en los momentos necesarios. Lo mismo ocurrió en todas las religiones antiguas y en las creencias de los pueblos que situaban en la clase de los dioses a los espíritus de aquellos que se distinguían por sus méritos y sus virtudes. El pueblo tiene necesidad de creer en los intermediarios entre él y Dios infinito y eterno, que imagina muy alejado, aunque todos estemos inmersos en Él, según la palabra de San Pablo. En todos los países, varios seres simbólicos, concebidos por la imaginación de sus primeros hombres, son, bajo formas materiales, graciosas o terribles, la expresión viva de sus temores y de sus esperanzas.

Los druidas, decíamos, enseñaban la unidad de Dios. Los romanos, pervertidos en esas cuestiones, confundieron los personajes secundarios del cielo galo, las personificaciones simbólicas de las potencias naturales y morales, con sus propios dioses. El Panteón galo presenta más frescor y belleza que los dioses envejecidos del Olimpo. El Teutatés galo era una representación de las fuerzas superiores; Gwyon representaba la ciencia y las artes; Esus el símbolo de la vida y de la luz. Otros, como Hu-Kaddarn, jefe de la gran migración “kymris”, eran héroes glorificados. Sin embargo, en ese Panteón no se encontraban los dioses del mal, los ídolos de Egipto y de Roma. Allí no se veía a los dioses infames, un Júpiter adúltero, una Venus lasciva, un Mercurio corrompido. Tampoco se hallaba ese cortejo inmundo de los Bacos, los Príapos, es decir, los vicios endiosados. Se conocía tan solo la sabiduría, la virtud y la justicia. Y más alto, por encima de esas fuerzas intelectuales y morales, resplandecía el foco de donde emanan todas ellas, la potencia infinita y misteriosa que los druidas adoraban al pie de los monumentos de granito, en la soledad de los bosques. Ellos decían que aquel que ordenaba el inmenso Universo no podría permanecer sujeto entre las murallas de un templo, que el único culto digno de él debía cumplirse en los santuarios de la naturaleza, bajo las bóvedas sombrías de los grandes robles, a la orilla de los vastos océanos. Ellos afirmaban

que Dios era demasiado grande para representarlo con imágenes, bajo formas modeladas por la mano del hombre. Por ello solo le consagraban monumentos de piedra bruta, diciendo que toda piedra tallada era una piedra mancillada.

Así, todos los símbolos religiosos de los druidas eran tomados prestados de la naturaleza virgen, libre. El roble era el árbol sagrado, su tronco colosal, sus pujantes ramas, representaban el emblema de la fuerza y de la vida. El muérdago, que era retirado con pompa, el muérdago siempre verde, aun cuando la naturaleza adormece, cuando los vegetales parecen muertos, era, a sus ojos, el emblema de la inmortalidad y, al mismo tiempo, un principio regenerador y curativo.

Esos ritos del Druidismo, ese culto sobrio y grande, ¿no tendrían algo de imponente? Las matas de roble, el muérdago renaciente sobre los troncos carcomidos, las grandes rocas erguidas, a la orilla del océano, eran, del mismo modo, símbolos de la eternidad de los tiempos y de lo infinito de los Espacios.

El Catolicismo parece haber tomado prestado del culto druídico lo que tiene de más noble y bello. Los pilares y las naves de las catedrales góticas son la imitación de los troncos esbeltos y las ramas de los gigantes de los bosques; el órgano, con sus sonidos, recuerda el susurro del viento en el follaje; el incienso es el vapor que se eleva de las llanuras y de los bosques al surgir los primeros rayos solares.

El Druidismo era el culto de lo inmutable, de lo que permanece, en una palabra, el culto de la naturaleza infinita, de esa naturaleza fecunda en cuyo seno todo espíritu recobra su vigor, se hace viril, vuelve a encontrar las fuerzas naturales.

Para nosotros, como para nuestros antepasados, los espectáculos que ofrece son las fuentes de meditación medicinales, de las enseñanzas con que se revela el Dios inmenso, eterno, al que los celtas adoraron, Dios, alma del mundo, “yo” consciente del Universo, foco supremo hacia el cual convergen todas las conexiones y de donde irradian, a través de los espacios sin límite y

de los tiempos sin demarcaciones, todas las potencias morales: ¡el Amor, la Justicia, la Verdad y la Infinita Bondad!

* * *

Una sombra, no obstante, se tiende sobre el Druidismo. La Historia nos enseña que los sacrificios humanos se cumplían bajo los grandes robles, la sangre corría sobre las mesas de piedra. Quizá esté ahí el error capital, el lado imperfecto del culto, tan grande desde otros puntos de vista. No olvidemos, no obstante, que todas las religiones en su origen, todos los cultos primitivos, tenían el sacrificio de la sangre.

Todavía hoy, cada mañana y en todos los ambientes del mundo católico ¿no se derrama la sangre de Cristo sobre el altar, por la voz del sacerdote? En efecto, ante los ojos de los creyentes, esto no es una simple imagen, es el cuerpo y la sangre del gran crucificado lo que se ofrece. El dogma de la presencia real es, para ellos, absoluto. Si alguna duda subsiste en ciertos espíritus, meditemos en estas palabras de Bossuet:

“¿Por qué los cristianos ya no conocen el santo pavor de que eran tomados otrora ante el sacrificio? ¿Será que éste ha dejado de ser terrible? ¿Será que la sangre de nuestra víctima ya no corre, a no ser sobre el Calvario? ^{lviii}”

Aparte del sacrificio sangriento de la misa, ¿es preciso además recordar los suplicios y las hogueras de la inquisición, todas esas inmoluciones que no son solamente atentados contra la vida, sino asimismo ultrajes a la conciencia?

Esos sacrificios ¿no son más odiosos que los que hacían los druidas, en los cuales solo figuraban criminales y víctimas voluntarias? Es preciso recordar que los druidas eran magistrados y ejecutores de la justicia. Los condenados a muerte, los asesinos, eran ofrecidos en holocaustos a aquel que era para ellos la fuente de la justicia.

Era un acto sagrado, y para hacerlo más solemne, para permitir al condenado reflexionar sobre sí mismo y prepararse para el arrepentimiento, ellos dejaban siempre un intervalo de cinco años entre la sentencia y la ejecución. Esas ceremonias expiatorias ¿no serían más dignas que las ejecuciones de nuestros días, en las cuales vemos un pueblo que pretende ser civilizado pasar las noches en torno a las guillotinas, atraído por el reclamo de un espectáculo horrible y de impresiones nocivas?

Los sacrificios voluntarios entre los galos también se revestían de cierto carácter religioso. Sus sentimientos profundos de inmortalidad hacían que nuestros antepasados se entregasen fácilmente. El hombre se ofrecía como una hostia viva por la familia, por la nación, por la salvación de todos. Pero todos esos sacrificios cayeron en desuso y se hicieron muy raros en el tiempo de Vercingétorix. En lugar de matar se contentaban con extraer algunas gotas de sangre de los fieles extendidos sobre la piedra de los dólmenes.

* * *

Una de las características de la filosofía céltica es la indiferencia ante la muerte. Desde ese punto de vista, la Galia era objeto de admiración para los pueblos paganos, que no poseían en el mismo grado la noción de la inmortalidad.

Nuestros antepasados, no temiendo a la muerte, seguros de vivir en la ultratumba, estaban libres de todo temor.

En ninguna creencia se encuentra un sentimiento tan intenso de lo invisible y de la solidaridad que une el mundo de los vivos al de los espíritus. Todos aquellos que dejaban la Tierra lo hacían cargados de mensajes destinados a los muertos. Diodoro de Sicilia nos dejó este pasaje precioso: “En los funerales, ellos depositaban las cartas escritas a los muertos por sus parientes, para que les

fuesen transmitidas”. La comunicación entre los dos mundos era cosa común. Pomponius Mela, Valerio Máximo y todos los autores latinos que hemos citado dicen que entre los galos “se prestaba dinero para restituirlo en el otro mundo”.

Si, como en el ejemplo de nuestros ancestros, consideramos la muerte como un velo, una simple cortina que pende sobre el camino que recorreremos, velo de gran efecto para nuestra mirada, que detiene, pero impotente para impedir nuestra marcha, que no para; si comprendemos que solo se trata de abandonar este cuerpo usado para encontrarnos en nuestro manto fluídico permanente, esa muerte, tan temible para aquellos que en ella ven el aniquilamiento, nada tendría de espantoso para nosotros.

Los druidas, decíamos, tenían un amplio conocimiento de la pluralidad de los mundos. Su fe en la inmortalidad les presentaba las almas, libertas de las ligaduras terrestres, recorriendo los espacios, reuniéndose con los amigos, los parientes que habían partido antes que ellas, visitando con ellos los archipiélagos estelares, las esferas innumerables donde florecen la vida, la luz y la felicidad.

¡Qué espectáculos, qué maravillas representan para nuestra vista esos mundos lejanos, qué variedad de sensaciones las que pueden recogerse de esos universos! Y esas almas prosiguen su viaje en la inmensidad, hasta que, sometidas a la ley eterna, retoman órganos nuevos, se establecen sobre uno de esos mundos para cooperar, a través del trabajo, en su propio adelanto, en su propio progreso. Ante esos horizontes inmensos, ¡cuán pequeña se queda nuestra Tierra! Y, ante tales perspectivas ¿se puede temer a la muerte?

Los galos no conocían, entonces, los infiernos siniestros ni los paraísos de inmovilidad. Las vidas de ultratumba estaban, para ellos, repletas de actividad, fecundadas por una faena constante, vidas en que la personalidad y la libertad del ser se desarrollaban y se perfeccionaban incesantemente.

Esto es lo que dice Lucano a los druidas, en el primer canto de *La Farsalia*:

“Para vosotros, las sombras no están enterradas en los reinos sombríos de Plutón, sino que el alma vuela para animar a otros miembros en mundos nuevos. La muerte no es más que la mitad de una larga vida. Felices los pueblos que no conocen el temor a la muerte. De ahí su heroísmo en el seno de las disputas sangrientas, su desprecio por la muerte.”

Horacio definía a la Galia en estos términos: *La región donde no se sufre el terror de la muerte.*

¿No habría un contraste chocante entre esta creencia varonil y poderosa y la idea de la eternidad de los suplicios, o de aquella no menos importuna, del aniquilamiento absoluto? La fe en la sobrevivencia era la esencia del Druidismo, y de este punto de vista resultaba un orden político y social fundado en los principios de igualdad, de libertad moral.

Esa misma fe inspiraba también las prácticas, las ceremonias fúnebres, tan diferentes de las nuestras. Nosotros, los modernos, tenemos hacia nuestro cuerpo una complacencia infinita; los galos consideraban a los cadáveres como herramientas rotas, se apresuraban a darles fin. Frecuentemente quemaban los cuerpos, recogiendo las cenizas en urnas. ¡Nosotros hemos extendido nuestra credulidad hasta creer, con el Catolicismo, que nuestra alma está ligada a esos residuos y que un día resucitará con ellos!

Pero el tiempo se burla de nuestra ceguera y ya sean nuestros restos enterrados bajo mármol o bajo piedra, siempre llega la hora en que ellos, polvo, retornan al polvo, y sus átomos son dispersados por la ley cíclica.

Un día, no muy lejano, cuando estemos más esclarecidos sobre nuestros destinos, ya no seremos capaces de soportar más ese aparato y esos cantos lúgubres, todas esas manifestaciones de un culto que responde tan poco a la realidad de las cosas.

Persuadidos como nuestros antepasados de la idea de que nuestra vida es infinita, de que ella se renueva incesantemente en diversos medios, veremos en la muerte tan solo una transformación necesaria, una de las fases de la existencia del progreso.

De los galos nos viene la conmemoración de los muertos, esa fiesta del día dos de noviembre que caracteriza a nuestro pueblo entre todos. Solo que, en vez de conmemorarla como nosotros, en los cementerios, entre tumbas, era en el hogar donde ellos celebraban el recuerdo de los amigos alejados, pero no perdidos, donde evocaban la memoria de los espíritus amados que algunas veces se manifestaban por medio de las druidesas y de los bardos inspirados.

Henri Martin, en su *Histoire de France*, volumen I, página 71, así se expresa:

“Todo lo que se relaciona con la doctrina de la muerte y del renacimiento periódico en el mundo y de todos los seres parece estar concentrado en la creencia y en los ritos del primero de noviembre.

Noche llena de misterios que el Druidismo legó al Cristianismo, que el toque de finados anuncia todavía hoy, a todos los pueblos católicos olvidados de los orígenes de esta antigua conmemoración. Cada una de las grandes regiones del mundo galokímrico tenía un centro o ambiente sagrado a cuya jurisdicción correspondían todas las partes del territorio confederado. En ese centro ardía un fuego perpetuo que era llamado “fuego-padre”.

La noche del primero de noviembre, según las tradiciones irlandesas, los druidas se reunían en torno al “fuego-padre”, guardado por un pontífice forjador, y lo extinguían. A esta señal, poco a poco, se apagaban todos los fuegos; por todas partes reinaba un silencio de muerte, la naturaleza entera parecía estar inmersa en una noche primitiva. De repente, el fuego brillaba nuevamente sobre la montaña santa y gritos de alegría estallaban por todas partes. La llama cedida por el “fuego-padre” corría de foco en foco, de una punta a otra, y reanimaba la vida en todas partes.”

* * *

A la cuestión del culto de los muertos entre los celtas está ligado el recuerdo de Carnac con sus monumentos megalíticos.

Todos los celtistas conocen esta inmensa necrópolis, que se extendía a lo largo de muchas leguas, desde Locmariaquer hasta Erdeven. Los menhires en alineación, hoy en parte destruidos, contaban con miles de piedras erectas, aún en la Edad Media. En esas largas filas sombrías ¿debemos ver otros tantos monumentos funerarios? Cabe la duda, porque, en las excavaciones practicadas al pie de los menhires solo raramente se han encontrado fósiles humanos. El espíritu de Allan Kardec nos asegura que, excavando más profundamente, se hubieran encontrado más osamentas. Las grutas sepulcrales de Locmariaquer, los dólmenes de Erdeven y de otros lugares, no dejan lugar a dudas en cuanto al destino de ese vasto campo fúnebre. Los menhires constituían los túmulos de jefes políticos o religiosos, mientras que las grutas y los dólmenes recibían los restos mortales de personajes menos elevados en el orden social.

En su *Histoire de la Gaule*, Camille Jullian escribió que los cortejos fúnebres que se dirigían a esa región eran provenientes de varios puntos de la Galia.

¿Cuál era, entonces, el pensamiento-guía que agrupaba a todos esos muertos en el punto extremo del continente? Muchos escritores han intentado descubrirlo, sin lograrlo. Con todo, la explicación parece ser la siguiente:

Ante los horizontes infinitos del mar y del cielo, según se creía entonces, era más fácil el vuelo de las almas hacia esos mundos que brillan en el más allá, en el seno de las noches, o hacia los lugares donde se hace sombra, durante el atardecer, en las brumas del poniente. Esas playas barridas por el oleaje, esas fronteras de una vastedad desconocida tenían, para nuestros antepasados, un carácter misterioso y sagrado.

Camille Jullien y otros historiadores atribuyen los monumentos megalíticos a pueblos anteriores a los celtas y en particular a los ligures, pueblo meridional de cabellos castaños y pequeña estatura.

Ahora bien, esos escritores olvidan que tales monumentos se elevan en todo el occidente de Europa, incluso en las Islas Orcadas y Shetland, situadas en la punta extrema de Escocia, en las brumas del mar del Norte. Pueden contarse 145 monumentos en todo el archipiélago. El grupo de piedras de Stonehenge, en Cambria, Inglaterra, comprenden 144 piedras enhiestas, formando un conjunto que parece ser complemento de las alineaciones de Carnac (Francia).

También podemos señalar el “túmulo de Taliesin”, situado en la base del macizo de Plynlimmon, rodeado por dos círculos de piedras, y el gran dolmen de la península de Gower, en el País de Gales. En la entrada de Clyde todos los picos están rodeados de megalitos. Mencionamos además los monumentos de Escocia llamados “Casa de los Pictos”; y en Irlanda, en Donegal, 67 piedras erguidas formando un grupo comparable al de Stonehenge.

En esos sepulcros – dólmenes, grutas funerarias y tumbas prehistóricas de todas las dimensiones – se encuentran objetos diversos mezclados con restos humanos calcinados o con esqueletos enteros. Son sílices en bruto o pulidos, urnas, armas e incluso hoces de oro que servían para el culto. Esos objetos pertenecían, por lo tanto, a todas las épocas, desde las más remotas eras: paleolíticas, neolíticas, edades del bronce y del hierro. Hay que atribuir entonces esos vestigios a los celtas, y no a los ligures o pelasgos, pueblos poco conocidos, de los cuales se ignora la lengua e incluso la localización exacta.

Crear que esos monumentos puedan ser obra suya sería pretender que los galos, tan laboriosos e ingeniosos en otras materias, no han dejado rastro alguno en el país que habitaron durante siglos.

Los megalitos no consisten únicamente en sepulcros, sino también en monumentos consagrados al culto. Los más importantes son los “crómlechs” o círculos de piedras, en cuyo centro se yergue por lo regular un gran menhir. Algunos son dobles y triples y representan, entonces, los tres círculos de la vida universal, según

las indicaciones de las *Tríadas*. En esos lugares se practicaban los ritos divinos y se evocaba a las almas de los muertos.

De entre esas piedras, algunas representaban el mismo papel que el de las mesas hablantes de nuestros días y respondían, por sus movimientos, a las cuestiones de los asistentes. Así, el *Manuel pour servir a l'étude de l'antiquité celtique*, en su página 253, cita la piedra hablante “*cloch labhrais*”, que daba respuestas, como la “lech lavar” de los galos.

Añadimos, de memoria, que los autores antiguos atribuían a los druidas una potente magia, completamente olvidada actualmente, y de la cual solo se hallan vestigios en las prácticas del hipnotismo, del magnetismo y del faquirismo. Plinio denominaba “Magi” a los druidas, nombre que constantemente les es dado en los textos latinos e irlandeses, afirma D. Gougaud, benedictino inglés, en su libro *Les Chrétientés Celtiques*.^{lviii}

Según ese autor, los druidas tenían los siguientes poderes: “condensaciones de neblina, precipitaciones atmosféricas, tormentas sobre el mar y sobre la tierra, etc.” Añade que “el druida Fraechan Mac Tenuisain protegía a la armada del rey de Irlanda, Diarmait Mac Cerbaill contra el enemigo, por medio de una barrera mágica (*airbe druid*) que él trazó delante de ella. Todos aquellos que atravesaban esa muralla fluídica quedaban heridos de muerte. Todos los viejos textos irlandeses están repletos de hechos semejantes.”

Casi siempre los círculos de piedras de que hemos hablado estaban dispuestos en los claros de los bosques, porque, en materia religiosa, el bosque siempre guarda para los celtas su prestigio augusto y sagrado.

En la época de los druidas la naturaleza aún no estaba alterada por la influencia nociva, por la corriente destructora de las pasiones. Ella era como el gran médium, el intermediario poderoso entre el Cielo y la Tierra. Los druidas, bajo la bóveda de los árboles seculares, cuyas altas copas eran como antenas que atraían las radiaciones del espacio, recibían más fácilmente las intuiciones, las

inspiraciones, las enseñanzas de lo alto. Aún hoy, a pesar de tantas destrucciones como ha sufrido, ¿no nos causa el bosque una impresión medicinal y reconfortante por sus efluvios, una suerte de dilatación del alma? Eso, al menos, es lo que yo he experimentado tantas veces.

Ciertas personas, privadas de facultades mediúmnicas, me preguntan cómo hacer para entrar en relación con lo invisible. Sobre ello respondo: “Alejaos del ruido de las ciudades, adentraos en un bosque, pues en la soledad de los grandes bosques es donde se juzga mejor la vanidad de las cosas humanas y la locura de las pasiones. En esos momentos de recogimiento, parece establecerse un diálogo interior entre el alma humana y las potencias del más allá. Todas las voces de la naturaleza se unen, los murmullos que al oído atento susurran la Tierra y el espacio, todo nos habla de las cosas divinas, nos esclarece con consejos de sabiduría y nos enseña el deber. Eso es lo que decía Juana de Arco a sus interrogadores de Rouen, que le preguntaban si ella oía siempre sus voces: “El ruido de las prisiones me impide percibir las, pero si me llevan a cualquier bosque yo las oiré bien.”

Lo mismo ocurre con la ciencia de los mundos; es una fuente incomparable de elevación, porque ella nos revela todo el genio del Creador. En el interior de los recintos sagrados, los druidas se dedicaban a observaciones cuidadosas y para ese objetivo poseían medios que provocaban la admiración de los antiguos.

Es un hecho que el desfile imponente de los astros, durante las noches claras de invierno, se convierte en uno de los espectáculos más impresionantes que el alma humana puede apreciar. Una paz serena desciende del espacio, parece que se está en un inmenso templo, el pensamiento, entonces, se eleva en un impulso más rápido hasta esas regiones superiores e interroga a esos miles de mundos cuyas sutiles radiaciones parecen responder a sus llamamientos.

La aplicación de las fuerzas radiantes a los usos terrestres permite creer que una transmisión, incluso física, no sería imposible a través de los abismos del espacio.

Los caminos del destino que se nos abren, nos ligan estrechamente a ese espléndido Universo, del cual somos, como espíritus, un elemento imperecedero; su futuro es el nuestro, nosotros continuamos con él y en él está nuestra evolución, nosotros formaremos parte de su obra, de su vida, de modo siempre creciente.

CAPÍTULO X

Consideraciones políticas y sociales. El papel de la mujer. La influencia céltica. Las artes. Libertad y libre albedrío

Al comienzo de esta obra hemos esbozado, por alto, la organización de la Galia. Hemos subrayado las usurpaciones de la aristocracia, la división de los jefes, la rivalidad de las tribus, las diversas causas que la llevaron a la pérdida de su independencia.

Los druidas, como hemos descrito, vivían distantes de las ciudades ruidosas, en los santuarios de la naturaleza, y por eso mismo tenían más facilidad para entrar en relación con el mundo oculto y de él recibir inspiraciones. Ese hecho es lo que les hacía decir que no son las cosas visibles lo que nos conduce, sino preferentemente las cosas invisibles. A eso se debe que ellos investigasen sobre lo invisible y que a veces se alejasen del mundo real y de las contingencias humanas.

Su influencia no siempre era suficiente para reprimir la impetuosidad de las pasiones reinantes en esa raza gala, joven, ardiente, sin experiencia, arrebatada por el exceso de su vitalidad.

La libertad y el derecho electoral eran, por tanto, las propias bases del orden social, pero los jefes electos estaban rodeados por un grupo de hombres armados, caballeros, escuderos, vinculados a la suerte de aquellos y que morían también, caso sus caudillos fuesen muertos. Gracias a esa fuerza la aristocracia desempeñaba una autoridad que degeneraba, a veces, en opresión sobre las clases populares. Hemos visto antes como la discordia y la indisciplina provocaron la caída de la Galia, y no volveremos a esa cuestión. Resta ahora que hablemos sobre la mujer y su papel social, que era grande.

La mujer era objeto de honor y respeto entre los galos; considerada como igual al hombre, ella podía elegir esposo y disfrutaba de la mitad de los bienes en común. La educación de los niños le estaba confiada hasta que alcanzasen la edad militar. A veces, encargada de funciones oficiales, la mujer trabajaba en la diplomacia y lograba resolver problemas arduos, controlar conflictos graves, como relata la Historia con destaque.

Su castidad igualaba a su coraje; también se sabe que las mujeres galas no vacilaron en morir, tras la derrota de los “kymris” en Pourrières, a fin de no caer en manos de los soldados de Mario y convertirse en víctimas de sus excesos.

Pero lo que daba la real medida del respeto que rodeaba a la mujer en la Galia era la parte que le estaba reservada en el sacerdocio. Las druidesas realizaban oráculos y presidían las ceremonias del culto. Mientras que otra religión, mediante el dogma del pecado original, denigró a la mujer durante siglos, haciéndola responsable por la decadencia del género humano, los druidas veían en ella sus dones adivinatorios y la hacían intérprete natural del mundo dos espíritus.^{lix}

En las islas del océano (Atlántico) había varios santuarios donde se practicaba la evocación de los muertos.

Han sido necesarios largos siglos para rehabilitar a la mujer y devolverle su papel predestinado; Juana de Arco y otras muchas ilustres inspiradas fueron llevadas a la hoguera por haber recibido los dones del cielo. Al espiritualismo moderno ha correspondido reconocer las facultades psíquicas de la mujer y, pese a ciertos abusos inherentes a las cosas humanas, la misión que ella ha podido llevar a cabo en la parte experimental y en las revelaciones del mundo invisible.

* * *

Sería pueril restringir la influencia céltica a los límites de los territorios habitados por los hombres de esa raza. La cuestión de las fronteras aquí no interesa, puesto que se trata de la irradiación de un gran pensamiento a través del mundo bajo formas diversas, de una colaboración eficiente a la obra general de la civilización y del progreso.

Ante todo, es una doctrina poderosa, susceptible de regenerar toda la Filosofía, resolviendo los difíciles problemas de la vida y de la muerte y abriendo para el alma las perspectivas de un futuro sin límites. Pero el genio céltico se manifiesta también en formas del arte, sobre todo en la poesía y en la música. En este último campo, los extranjeros, principalmente los alemanes, le han tomado numerosos préstamos, como estableció el Sr. Le Goffic.

La música gala expresa un sentimiento profundo de la naturaleza. Está marcada por una melancolía penetrante que le da cierta originalidad, cierto sabor particular. En cuanto a la poesía, ha de consultarse la voluminosa obra del Sr. H. de la Villemarqué,^{lx} para certificarnos de su riqueza y variedad. Actualmente surge más allá de la Mancha un florecimiento del arte céltico, que tiene sus repercusiones en el continente.

En la poesía, los galeses pueden haber sido los inventores de la rima, si se toman por base los testimonios irlandeses. Sus cantos de guerra y de amor están marcados por una grandeza varonil.

Bosc y Bonnemère, en su *Histoire des Gaulois*, enumeran las obras teatrales y líricas que deben serles atribuidas. Sus cerámicas, sus armas, sus bisuterías, constituyen un arte real. La prueba de ello se ha verificado en los resultados de las excavaciones y pesquisas llevadas a cabo en los dólmenes y túmulos funerarios, que han revelado gran número de objetos de trabajo delicado.

Cuando se quiera verificar la participación del Celtismo en todo lo que ha ilustrado a Inglaterra, tanto en el dominio del pensamiento como en el de la aplicación, se comprobará, con sorpresa, la importancia de las contribuciones provenientes de esa parte. Entre los ingleses célebres, han sido muchos los

influenciados. Se asegura que uno de sus mayores genios, Shakespeare, estaba fuertemente impregnado por el Celtismo, habiendo nacido y vivido largo tiempo en Stratford on Avon, es decir, en los confines de la Cambria (País de Gales).

Si, a pesar de todas las opresiones y de las persecuciones sufridas, el genio céltico ha podido expandirse en tantas obras importantes y graciosas, ¿qué no habrá que esperar de él cuando, habiendo recuperado su plena independencia, pueda dar libre impulso a sus esperanzas y sueños?

La mayor gloria del Celtismo será, tras haber guardado silenciosamente durante siglos el contacto con el mundo invisible, la de revelar a nuestras ciudades decadentes la existencia de ese inmenso depósito de fuerza y de vida que nos rodea, y los medios de abreviar en él con sabiduría y ponderación. ¡Pues solo haciendo comunes los recursos y las potencias de los dos mundos, el visible y el invisible, se abrirá una nueva era, y una civilización superior y más bella brillará para la humanidad!

* * *

Nuestros antepasados, decíamos, hicieron del principio de la libertad la base de sus instituciones sociales y, al mismo tiempo, la coronación de su filosofía, visto que la libertad social ocasiona, lógicamente, la libertad moral, la del alma en la Tierra y en el espacio. Aquí aparece la cuestión tan controvertida de la libertad y del libre albedrío, dos palabras para una misma idea, porque el libre albedrío es la aplicación individual del principio de libertad.

La libertad es la condición esencial del desarrollo, del progreso y de la evolución del hombre. La ley de evolución, dejándonos el cuidado de edificar, a través de los tiempos, nuestra personalidad, nuestra conciencia y, por tanto, nuestro destino, debe proporcionarnos los medios para ello, asegurándonos el ejercicio de

nuestra libertad de elección entre el bien y el mal, visto que los méritos adquiridos constituyen el precio de nuestra elevación.

Lo mismo ocurre en cuanto a las consecuencias de los actos, el encadenamiento de las causas y de los efectos que recaen sobre nosotros. De ahí nuestra responsabilidad, inseparable de nuestro libre albedrío, sin el cual el ser no sería más que un juguete, una especie de marioneta en manos de una potencia externa, y por consiguiente, un ser desprovisto de originalidad y sin grandeza.

Teniendo en vista la inmensa trayectoria que el alma debe realizar a través del tiempo y del espacio, ella ha de estar en posesión del libre ejercicio de sus facultades, la entera disposición de las energías que Dios ha puesto en ella, con los medios para desarrollarlas. ¿Qué confianza podríamos tener en el futuro, si nos sentimos juguetes ciegos de una fuerza desconocida, sin voluntad, sin energía moral?

He aquí por qué los druidas afirmaban el principio de la libertad desde la primera *Tríada* y, más explícitamente, en las Tríadas 22, 23 y 24:

22 – Tres primeras cosas simultáneamente creadas: el hombre, la libertad, la luz.

23 – Tres necesidades del hombre: sufrir, renovarse (progresar), elegir.

24 – Tres alternativas del hombre: “Abred” y “Gwynfyd”, necesidad y libertad, mal y bien, estando todas cosas en equilibrio y teniendo el hombre el poder de ligarse a una o a otra, según su voluntad.

Van a objetarme, sin duda, la diferencia que entre los hombres hay en las facultades, las voluntades, los caracteres, la fuerza moral de unos y la flaqueza de otros. De cara a un acto desleal, pero ventajoso, o ante la seducción de las pasiones, un hombre podrá dejarse seducir, mientras que otro permanecerá firme, inmovible. ¿Cómo medir la parte de la libertad atribuida a cada uno, cómo conciliar el problema del libre albedrío con las teorías del determinismo?

En esto, como en todo aquello que se relaciona con la naturaleza íntima del ser, es preciso elevarse por encima de los estrechos horizontes de la vida presente y considerar las enormes

perspectivas de la evolución del alma. Es lo que supieron hacer los druidas mediante su doctrina, y lo que, a ejemplo suyo, repiten los espiritualistas modernos, por lo menos los de la escuela de Allan Kardec.

El círculo estrecho de los conocimientos, la exigüidad de nuestro campo de observación, la ignorancia general de los orígenes y de los fines son obstáculos para la solución de los grandes problemas. Es preciso, para resolverlos, elevarse bien alto mediante el pensamiento y considerar el conjunto de las vidas del alma, su lenta ascensión a través de los siglos; entonces, todo aquello que parecía confuso, oscuro, inexplicable, se esclarece, se dilucida.

Comprendemos cómo nuestra personalidad se engrandece, poco a poco, por las relaciones sucesivas de nuestras vidas, cómo la experiencia y el juicio se desarrollan, y cómo nuestra libertad se afianza, cada vez más, a medida que nuestra evolución se acentúa y que tomamos parte más íntimamente en la comunión universal.

Al comienzo de su inmensa trayectoria, el ser ignorante, sin experiencia, es sometido firmemente a las leyes universales que comprimen y limitan su acción. Es el período inferior. Pero a medida en que se va elevando en la escala de los mundos, su libre albedrío adquiere una amplitud siempre mayor, hasta que, habiendo alcanzado las alturas celestes, su pensamiento, su voluntad y sus vibraciones fluídicas se encuentran en armonía perfecta, es decir, en sincronía con el pensamiento y la voluntad divina; su libre albedrío es definitivo, porque él ya no puede fallar.

A los que exigen axiomas o fórmulas científicas, se les puede decir: el libre albedrío está, para cada uno de nosotros, en relación directa con las perfecciones conquistadas; el determinismo está en razón inversa con el progreso de la evolución.

Se nos presenta como oposición la previsión del futuro entre ciertas personas. Buceando profundamente en las causas del pasado, es posible deducir su porvenir y predecir los acontecimientos futuros en la medida en que éstos son la resultante

lógica de los actos libremente cumplidos, el fajo de los acontecimientos anteriores que se despliegan, a través de los tiempos, en su orden lógico e implacable. Ahora bien, la reconstitución del pasado puede ser obtenida en los fenómenos de exteriorización,^{lxi} y asimismo en las revelaciones de los espíritus que sean lo bastante evolucionados para reencontrar, en la memoria subconsciente de los pacientes, la secuencia de sus vidas anteriores.

Así es como el espiritualismo experimental nos demuestra, por hechos, la existencia del libre albedrío y nos proporciona la prueba de que, sobre ese punto como en tantos otros, nuestros antepasados no se equivocaban.

Con todo, es preciso reconocer que, ocupando nuestro planeta un grado poco elevado en la escala de la evolución, el ser humano – aunque disfrutando de una parte de libertad suficiente para acarrearle la responsabilidad por sus actos – no sabría hacer uso de un libre albedrío absoluto. Esto es lo que los druidas definieron en estos términos, desde la primera *Tríada*, haciendo figurar entre las tres unidades primitivas: “Un punto de libertad, donde se equilibran todas las oposiciones.”

Esta fórmula expresa la acción de las leyes universales que comprimen y restringen nuestros medios de acción. Ningún ser está abandonado a sí mismo; la influencia providencial actúa sobre él de dos maneras: por la conciencia nos comunica las inspiraciones, las intuiciones necesarias, que son tanto más claras y precisas cuanto más aptos estemos para recibirlas por la orientación de nuestro pensamiento y de nuestra vida; a continuación, por la acción de los invisibles, que se extiende sobre nosotros, a veces intensamente, para que se pueda decir que son los muertos quienes gobiernan a los vivos.

Cada uno de nosotros pertenece a un grupo espiritual, una familia de almas en la cual todos los miembros son solidarios y evolucionan en común. Todos esos espíritus, encarnados o desencarnados, desempeñan, los unos para con los otros, alternativamente, la función de protectores o de protegidos. Los que

permanecen en el espacio ayudan, inspiran, sostienen a aquellos que viven y sufren en la Tierra. Si los hombres supiesen cuánta asistencia les viene de lo Alto y qué dulce solicitud los envuelve, tendrían más seguridad, más confianza en la ley superior de justicia y de armonía que rige los seres y los mundos. Prestarían más atención a las sugerencias benéficas de que son objeto, en vez de permanecer insensibles e indiferentes ante ellas, por efecto de una libertad mal empleada. Esas sugerencias han sido tales que se puede afirmar que, por medio de nuestra conciencia, entramos en contacto con las cosas divinas.

Cada grupo de almas está dirigido e inspirado por uno o más espíritus eminentes cuyos méritos los han hecho llegar a las alturas celestes, al círculo de “Gwynfyd”, desde donde la irradiación de su sabiduría y experiencia se extiende, a través de las distancias, hasta los miembros de su familia aún atrasados en los mundos de la materia.

En otra parte describimos, según las lecciones de nuestros guías, las condiciones de la vida celeste, las grandes tareas y las nobles misiones que ella comporta, el incremento gradual de las percepciones y sensaciones, la participación siempre más intensa en la obra eterna de poder y de belleza que es el Universo y las felicidades obtenidas al precio de numerosas existencias de trabajo, de estudio y de pruebas.

Dios, dicen las *Tríadas*, atribuye a cada alma nueva el “Awen”, parcela de genio que ella está llamada a desarrollar en la secuencia de los tiempos, de modo a transformar, poco a poco, ese destello primitivo en un foco radiante que dote al espíritu de una luz imperecedera.

TERCERA PARTE

El mundo invisible

CAPÍTULO XI

La experimentación espírita

Hemos visto que los druidas solo concedían la iniciación a discípulos selectos, sometidos a una preparación intelectual y moral prolongada. Según afirmaciones de autores antiguos, esos estudios podían durar muchos años y comportar el conocimiento de veinte mil versos. Realmente, el verso, por su ritmo, se retiene más fácilmente en la memoria, no se altera ni se deforma como la prosa, y conserva durante más tiempo su sentido exacto, su primera originalidad.

Por tanto, solo tras una larga y paciente preparación podían los discípulos ser admitidos a participar en los ritos sagrados, que eran verdaderamente la comunicación con los espíritus superiores y la práctica de sus enseñanzas. Éstas eran transmitidas al pueblo bajo una forma más concreta y a veces metafórica, siempre aceptada con respeto, pues el druida era objeto de una gran veneración.

Hoy es bastante diferente: los recién llegados, sin preparación, sin estudios, sin cuidados, creen poder entrar en relación con los seres invisibles que los rodean. No se teme aventurarse sin guía ni brújula en el océano de fuerzas y de vida en que estamos inmersos. Se ignora en demasía que una multitud de espíritus inferiores rodea el ambiente terrestre, al cual están ligados por sus fluidos materiales. Ellos son quienes contestan, de mejor grado, a las solicitudes de los hombres con fines de pasatiempo, y muy poco se puede esperar de ese ambiente donde reinan las más diversas

influencias, a veces malas, como las muy conocidas de los mistificadores y obsesores. Y de ahí el descrédito que recae, en ciertos casos, sobre las prácticas desprovistas de regla, método y seriedad.

No se debe permanecer indiferente, sin duda, a las apelaciones misteriosas, a los ruidos, a los golpes que se oyen por la noche en nuestras viviendas, que parecen ser promesas de asistencia, de protección, a veces muy necesarias. Sí debemos prestarnos a invitaciones de ese género, ya que pueden provenir de amigos invisibles que nos piden socorro, o anunciar consejos, revelaciones, enseñanzas preciosas en los tiempos de probaciones que vivimos. Pero tan pronto como encontremos un medio de comunicación que se adapte a nuestras posibilidades psíquicas, no debemos vacilar en exigir a los que se nos manifiestan las pruebas formales de identidad, y hacer uso en todas nuestras relaciones con el más allá del riguroso espíritu de control y escrupuloso examen, que no deja lugar alguno a las trapacerías de los espíritus livianos.^{lxii} Los espíritas mantienen una idea regeneradora, bella y fecunda, que no deben dejar ocultar ni depreciar bajo la acusación de credulidad que les es atribuida. Las verdades superiores no se adquieren sin dificultad. Solo mediante nuestros esfuerzos repetidos para librarnos de las incertidumbres, de las tinieblas, se levantan los velos de la materia y se abren las salidas hacia la vida espiritual, ¡la vida infinita!

El Espiritismo, tras 75 años de experimentación y de trabajos, se ha vuelto fuente de luz y de enseñanzas. Su doctrina resulta de mensajes espirituales obtenidos por todos los procedimientos mediúmnicos, en todos los países y se completan, se controlan unas a otras. Hasta el momento, las religiones y las filosofías solo presentaban simples hipótesis sobre las condiciones de vida en el Más Allá. Actualmente, los que allí viven describen por sí mismos esa vida, y nos hablan de las leyes de la reencarnación. En efecto, con algunas excepciones señaladas entre los anglosajones, cuyo número disminuye día a día, hay una cantidad enorme de

documentos, de testimonios concordantes, recogidos desde América del Sur a las Indias y el Japón, a favor de la reencarnación.

Ya no es, como en el pasado, un pensador aislado o incluso un grupo de pensadores, que vienen a mostrar a la humanidad el camino que consideran verdadero; es el mundo invisible, todo él, que se agita y se esfuerza para sacar el pensamiento humano de sus rutinas, de sus errores, y para revelarle, como en los tiempos de los druidas, la ley divina de la evolución. Son nuestros propios familiares y amigos muertos quienes nos exponen su situación, buena o mala, consecuencia de sus actos, durante sesiones ricas en pruebas de identidad.

Se censura siempre a los espíritas por dar más importancia a la teoría que a la práctica experimental. En el Congreso Oficial de Psicología de 1900, un sabio nos objetaba: “El Espiritismo no es una ciencia, es una doctrina”. Ciertamente, la consideramos siempre como la base, el fundamento del Espiritismo.

Sabemos que la ciencia ve en la experimentación el medio más seguro para llegar al conocimiento de las causas y de las leyes, pero éstas permanecen oscuras, inaccesibles en muchos casos, sin una teoría que las esclarezca y precise. Cuántos investigadores han quedado desorientados en el enmarañado de los hechos, perdidos en el laberinto de los fenómenos, y han acabado por desanimarse y renunciar a toda pesquisa, debido a la falta de un fundamento general que religase y explicase esos hechos. El eminente Charles Richet, tras haber llevado a cabo experimentos durante toda su vida, registró los resultados de sus pesquisas en un gran volumen (*Tratado de Metapsíquica*), sin haber logrado obtener una conclusión.

¿Sería posible llegar, mediante el estudio de lo infinitamente pequeño, a una concepción general del Universo? ¿Sería posible, mediante manipulaciones de laboratorio, alcanzar la comprensión de la unidad de la sustancia? Si Newton no tuviese la idea previa de la gravitación, ¿habría dado alguna importancia a la caída de la manzana? Si Galileo no tuviese la intuición del movimiento de la

Tierra, ¿habría prestado atención a las oscilaciones del candelabro de bronce de la catedral de Pisa? La teoría nos parece inseparable de la experimentación, incluso debe precederla, a fin de guiar al observador, a quien el experimento servirá de control.

¡Se nos censura por haber llegado a conclusiones de modo muy apresurado! Pues bien, he aquí fenómenos que se producen desde los primeros siglos de la Historia. ¡Han sido comprobados experimental y científicamente desde hace cerca de cien años, y aun así algunos consideran que nuestras conclusiones son prematuras! Pero dentro de mil años todavía habrá los retardatarios que creerán que aún es muy pronto para sacar conclusiones. La humanidad experimenta una necesidad imperiosa de saber, y el desorden moral que castiga nuestra época es debido, en gran parte, a la incertidumbre que todavía reina sobre esta cuestión esencial de la sobrevivencia.

Cuando un día, en mi lejana juventud, vi en el escaparate de una librería las dos primeras obras de Allan Kardec, enseguida las adquirí y devoré su contenido. En ellas encontré una solución clara, completa, lógica, para el problema universal, y mi convicción se hizo segura.

Con todo, pese a mi juventud, ya había pasado por las alternativas de la creencia católica y del escepticismo materialista, pero en parte alguna había encontrado la clave del misterio de la vida. La teoría espírita disipó mi indiferencia y mis dudas. Como tantos otros, estudié las pruebas, los hechos ciertos que pudiesen apoyar mi fe; pero esos hechos tardaron en aparecer. Al comienzo insignificantes, contradictorios, entremezclados de fraudes y de mistificaciones, estaban lejos de satisfacerme, y yo habría renunciado, una vez más, a toda investigación, si no me hubiese sostenido una teoría sólida y unos principios elevados.

Parece, de hecho, que lo invisible quería ponernos a prueba, medir nuestro grado de perseverancia, exigir cierta madurez de espíritu, antes de confiarnos sus secretos. Todo bien moral, toda conquista del alma y del corazón parece que ha de estar precedida

por una iniciación dolorosa. En fin, los fenómenos llegaron, comprobables y notorios. Fueron las apariciones materializadas, en presencia de muchos testigos, cuyas sensaciones concordaban; los casos de escritura directa, a plena luz, que venía de lo Alto, fuera del alcance de los asistentes, y que contenían predicciones que, desde entonces, se han ido realizando.

Seguidamente fueron las entidades de valor que se manifestaron por todos los medios a su disposición, inicialmente por la mesa, después por la escritura automática, en fin, y sobre todo por las incorporaciones, procedimiento del que me ayudo para conversar con mis guías espirituales y asimismo con los hombres. Su colaboración fue preciosa para la redacción de mis obras, por las informaciones recogidas sobre las condiciones de vida en el Más Allá y sobre todos los problemas que he abordado.

Esos espíritus se comunicaron a través de diversos médiums que no se conocían. Cualquiera que fuese el intermediario elegido, ellos presentaban siempre caracteres personales muy contrastantes, algunos de una originalidad notable, aunque de gran elevación, con detalles psicológicos, pruebas de identidad que constituían un criterio de certidumbre de los más absolutos. ¿Cómo esos médiums, que no se conocían entre sí, o incluso sus subconscientes, podrían haberse puesto de acuerdo para imitar y reproducir caracteres tan distintos, y por tanto siempre idénticos a sí mismos, con una constancia y una fidelidad que persisten desde hace cincuenta años? Pues, desde hace casi medio siglo esos fenómenos se desarrollan en torno a mí con una regularidad matemática, salvo en casos de algunas lagunas, como por ejemplo, cuando uno de los médiums desaparece y es preciso cierto tiempo para encontrar otro sensitivo apropiado.

Tengo en mi poder siete grandes volúmenes de comunicaciones recibidas en el grupo que durante mucho tiempo he dirigido, las cuales responden a todas las cuestiones que la inquietud humana presenta a la sabiduría de los invisibles. Pues bien, todos cuantos han consultado posteriormente esos archivos han quedado

impresionados por la belleza del estilo, así como por la profundidad de las ideas proporcionadas. Quizá un día esos mensajes puedan publicarse. Entonces se observará que en mis obras yo no he sido inspirado solo por mi propia vista, sino sobre todo por las del Más Allá. Se reconocerá, bajo la variedad de las formas, una gran unidad de principios y una perfecta analogía con las enseñanzas obtenidas de los espíritus guías, en todos los medios, en los cuales se inspiró Allan Kardec para trazar las líneas generales de su doctrina.

Después de la guerra (la 1ª Guerra Mundial) nuestros instructores continuaron manifestándose por varios médiums. A través de esos diversos mediadores, la personalidad de cada uno de ellos se confirmó por su carácter propio, de modo que se alejó toda posibilidad de simulación. Es posible acompañar, de año en año, en la *Revue Spirite*, la quintaesencia de las enseñanzas que nos han dado sobre cuestiones siempre sustanciales y elevadas.

Entonces, al acercarse el Congreso de 1925, fue el gran Iniciador, él mismo, quien vino a cerciorarnos de su concurso y esclarecernos con sus consejos. Actualmente aún es él, Allan Kardec, quien nos anima a publicar este estudio sobre el genio céltico y la reencarnación, como se podrá verificar por los mensajes publicados más adelante.

Pido disculpas a mis lectores por hacer intervenir tanto mi propia personalidad, pero ¿cómo hubiera podido dedicarme a un análisis de tal naturaleza sino sobre mí mismo y sobre mis trabajos?

Llego, ahora, a vivir con los espíritus casi tanto como con los hombres, a sentir su influencia y a distinguir su presencia por las sensaciones fluídicas que experimento. Sé que esas almas constituyen mi familia espiritual. Lazos muy antiguos me unen a ellas, lazos que se fortalecen todos los días, por la protección que ellas me conceden y el reconocimiento que les consagro.

El peso de los años se ha hecho sentir y mi cabeza blanca se inclina hacia el sepulcro, pero sé que la muerte es tan solo una salida que se abre a la vida infinita. Atravesando ese umbral, estoy

seguro de encontrar a esas queridas almas protectoras, así como a los numerosos amigos con quienes he luchado aquí por una causa sagrada. Iremos juntos a visitar esos mundos maravillosos que he contemplado y admirado frecuentemente en el silencio de las noches, y que son, para mí, testimonios del poder, de la sabiduría y del genio del Creador.

En su obra *Evolución Biológica y Espiritual del Hombre*, Oliver Lodge habla con entusiasmo de “esas grandes estrellas que son un millón de veces más grandes que el Sol y escenarios de fenómenos prodigiosos”.

Más tarde reviviremos juntos en esos mundos, a fin de continuar nuestro trabajo, nuestra ascensión común hacia las regiones serenas de paz y de luz.

Y cuando recuerdo todas las bellezas de esa revelación, todas las promesas de un futuro sin fin, me siento tomado de una inmensa compasión hacia todos aquellos que, en sus probaciones, no son sostenidos por la perspectiva de las vidas futuras, y cuyo estrecho horizonte se limita a nuestro mundo de sangre, de fango y de lágrimas.

* * *

¿Debemos admirarnos si es pequeño el número de sabios oficiales que admiten la realidad de los hechos espíritas? No, si se considera que el prejuicio y el espíritu de rutina predominan en la mayoría de ellos. Todos cuantos han sabido liberarse de esos estorbos han reconocido la intervención de los espíritus en los fenómenos y la existencia de un mundo invisible, entre ellos están William Crookes, Russel Wallace, Myers, Oliver Lodge, el profesor Barrett, Lombroso, etc.

Los espíritas que no son científicos llevan una gran ventaja sobre los sabios de carrera. Si están, muchas veces, privados de conocimientos técnicos, en compensación conservan la libertad de

pensamiento y la independencia de espíritu, tan necesarios para la interpretación de los hechos. Porque ellos consideran tales hechos en sí mismos y no a la luz difusa de teorías preconcebidas. Si han experimentado algunas decepciones en sus pesquisas, no les ha ido del todo mal, pues con esas decepciones su experiencia se ha formado. No se les puede ignorar el mérito de haber, desde el principio, explorado los dominios de la vida que otros, saturados de fórmulas y teorías, habían declarado inexistentes. Por ahí abrieron camino a descubrimientos que conducen a una verdadera revolución en todos los dominios de la ciencia.

Cuando la Historia investigue los orígenes del movimiento espírita, tras haber glorificado a los sabios cuyos nombres hemos mencionado con respeto, estará haciendo justicia a esa multitud anónima, a esos estudiosos oscuros que en todo el mundo han explorado las veredas de la vida invisible y han restablecido el contacto entre las dos humanidades, contacto que estaba perdido desde hacía siglos.

Ha sido el trabajo paciente y desinteresado de esos observadores desconocidos lo que ha obligado a los observadores oficiales a ocuparse de una cuestión tan importante como la prueba de sobrevivencia y la colaboración entre lo visible y lo invisible. Ellos han proporcionado a los técnicos los intermediarios necesarios, médiums y pacientes, sin los cuales dichos técnicos nada hubieran podido obtener, porque no es entre ellos donde se hallan las facultades psíquicas, los sentidos especiales que abren esos vastos dominios a nuestras investigaciones.

Se comprenderán nuestras reservas sobre el movimiento psiquista oficial en Francia. Después de años de tentativas y de la creación de centros de investigaciones, de institutos especiales, hay que constatar la mediocridad de los resultados obtenidos.

Todavía no podemos, en el presente momento, en nuestro país, citar un solo nombre de sabio oficial que esté relacionado con las altas verdades psíquicas, si bien en Inglaterra y en América haya decenas de estos sabios.

Ciertos psiquistas y metapsiquistas se han esforzado en reducir el conjunto de los fenómenos espíritas a una extensión anormal de las facultades mediúnicas. Esto constituye una explicación arbitraria, tan abusiva cuanto la teoría espírita que consistiría en atribuir todos los hechos de orden oculto a la intervención de los espíritus. Hay cierta exageración, tanto de una parte como de la otra, y la verdad se halla en el término medio. Para todos cuantos han profundizado en la cuestión, los hechos del animismo, tanto cuanto las manifestaciones de los muertos, se relacionan y completan entre sí, y arrojan luz por igual sobre los aspectos oscuros y misteriosos de la naturaleza humana.

La teoría del subconsciente, de la cual tanto se ha usado y abusado en ciertos medios, no es otra cosa sino un dominio más amplio de la memoria, que envuelve los recuerdos de las anterioridades el alma y las adquisiciones de sus vidas pasadas, tal como hemos demostrado ampliamente en otra parte.^{lxiii}

A través del paso de los siglos, la ciencia durante largo tiempo se ha inspirado en principios superiores del conocimiento, que la dominaban y la dirigían. Las contingencias no le interesaban a no ser en la medida en que venían a confirmar esos principios. Hoy la ciencia prefiere estudiar el fenómeno en sí mismo, de una manera completamente tierra a tierra y material. Ya no es por las altas facultades del ser por donde ella procura adquirir la verdad, es decir, por lo que hay de más noble en nosotros: la intuición y el juicio; sino por el testimonio de los sentidos, o sea, por lo que hay de más inferior, pues el testimonio de los sentidos es engañoso, como lo han demostrado tantos descubrimientos del genio.

* * *

La fuerza del Espiritismo está, al mismo tiempo, en su enseñanza y en las pruebas que le sirven de apoyo.

Él pone de manifiesto a todos los hombres el objetivo de la vida terrestre, los medios de preparación de la vida espiritual que es su secuencia. Ese objetivo, esos medios, son comunes para todos los habitantes de la Tierra, y esto será un nuevo lazo que los unirá, lazo más pujante que todos los demás, porque la solidaridad, la paz y la armonía entre los pueblos solo podrán establecerse mediante la solidaridad de ideas, de creencias y de aspiraciones. Los hombres, en primer lugar, son espíritus, y solo el Espiritismo les revela las leyes superiores del espíritu; su enseñanza resume los principios esenciales de todas las religiones, las esclarece, las completa y las adapta a las necesidades de los tiempos modernos.

Gracias a la cooperación del mundo invisible, que se manifiesta sobre toda la Tierra, ofrece una base moral, una base común para la educación universal. La Sociedad de las Naciones está cualificada para presentar los primeros marcos de esa inmensa renovación. Ella ha creado, bajo el nombre de “Oficina de la Cooperación Intelectual Internacional”, una obra indicada para la realización de ese vasto programa, obra que dirigen o han dirigido eminentes espiritualistas, como los Sres. Bergson, de Jouvenel y la Sra. Curie.

Si, por razones políticas, esas dos instituciones no podían o no querían abrazar esa grandiosa obra de elevación moral, lo que ellas no han logrado hacer, incumbió a los espíritus concretizarlo.

Un Congreso Espiritual Internacional, compuesto por cerca de mil personas, representando a los numerosos grupos y sociedades, entre ellas los delegados de una treintena de naciones extranjeras, se reunió en París de 6 a 12 de septiembre de 1925, en la sala de la Sociedad de los Sabios, para constituir la Federación Espírita y Espiritualista Internacional. Esta sociedad, que posee representantes en todos los puntos del mundo, es una organización que se desarrollará con el tiempo y se convertirá en una palanca capaz de hacer progresar el mundo del pensamiento y de la ciencia.

Fue un espectáculo emocionante ver desfilar en la tribuna a hombres de todas las razas y colores: hindúes de turbante, negros, siendo uno de ellos abogado, ingleses, portavoces de una centena

de asistentes de su nación; americanos del Norte y del Sur, representando a sociedades espiritualistas que cuentan con más de cien mil adeptos, españoles, griegos, rumanos, etc. Todos venían a afirmar, en diversas lenguas, la misma fe en la sobrevivencia y en la evolución indefinida del ser, en la existencia de una causa suprema cuyo pensamiento irradiante anima el Universo. Hombres eminentes en las ciencias y en las letras, como Sir Oliver Lodge, Sir Conan Doyle, el procurador general Maxwell, han dado su adhesión formal a los vibrantes discursos de los oradores. Se sentía pasar por la asistencia el soplo inspirador de una multitud invisible, y los videntes testimoniaron la presencia de muertos ilustres que tomaban parte activa en la elaboración de una gran obra.

Esa cooperación oculta se hace general. Incluso en los medios más refractarios, el mundo invisible está actuando. Pese al cuidado especial que hay en el Vaticano para ahogar el rumor en torno a las apariciones de Pío X, las indiscreciones de los eclesiásticos demuestran que esos fenómenos no han cesado. ¿Volverá la Iglesia a esa concepción más justa de la mediumnidad, que le ha hecho situar, en plena Capilla Sixtina, a las sibilas en el mismo orden que los profetas, bajo el pincel prestigioso de Miguel Ángel? Un gran escritor católico, Maurice Barrès, decía: “Las sibilas viven aún, porque representan la facultad eterna y desconocida de alcanzar lo invisible y de unirnos a él.”^{lxiv}

Por todas partes la idea avanza y la comunión se estrecha poco a poco entre los dos mundos, entre las dos humanidades: la de la Tierra y la del espacio. Día vendrá en que las inteligencias y los corazones vibrarán bajo la acción de una fe común. Las tres grandes corrientes del pensamiento superior, diseminadas sobre la Tierra: el Budismo, el Cristianismo y el Druidismo, llegarán a reencontrarse y reunirse en el seno del Espiritismo moderno.

Solo entonces la onda de las pasiones y de los intereses materiales será detenida, y una liga de fraternidad se establecerá entre los pueblos. La paz y la armonía reinarán, sin restricciones, sobre la Tierra regenerada.

CAPÍTULO XII

Resumen y conclusión

En resumen, se puede decir que, bajo su doble aspecto, filosófico y experimental, el Espiritismo o el Espiritualismo responden a las dos tendencias que caracterizan al hombre moderno: el idealismo o el realismo. Unos, es decir, todos aquellos que saben que el fin de la vida es el mejoramiento, el perfeccionamiento del ser, se ligan de preferencia a la Doctrina, porque ella les proporciona consuelo, esperanza y fuerza moral. Los otros prefieren la experimentación; pero ésta, según se ha verificado, necesita condiciones múltiples y cualidades raras, un conocimiento anticipado de las fuerzas y de las causas que actúan en los fenómenos – conocimiento que no se adquiere sino por medio de estudios serios y profundos.

Gracias a esos estudios se hace gran claridad sobre las condiciones de existencia en el más allá. Se establece la certidumbre de que el ser humano no es tan solo un agregado de átomos que se dispersan con la muerte, sino sobre todo un espíritu inmortal, provisto de una forma invisible a nuestros sentidos, de un envoltorio fluídico que es el esbozo del cuerpo material destinado a evolucionar y a perfeccionarse a través de sus vidas sucesivas y renacientes. La enseñanza de los espíritus, ensanchando nuestros horizontes, nos lleva a comprender el orden y el equilibrio perfectos que reinan en todas las cosas. La vida visible y la invisible forman un todo inseparable, y una no se explica sin la otra. La nueva revelación trae, entonces, un poderoso elemento, una extensión ilimitada en el dominio de los conocimientos humanos. Todos los pensadores que quieran reflexionar seriamente sentirán su importancia y necesidad.

En la parte experimental solo se obtienen resultados importantes con la asistencia y la aprobación de los espíritus elevados. Pero

éstos solo intervienen con conocimiento de causa y cuando les presentamos las disposiciones que les son convenientes.

Está demostrado actualmente (véase mi libro *En lo Invisible*) que cada uno de nosotros está envuelto en una atmósfera fluídica, formada por las radiaciones de nuestros pensamientos y de nuestra voluntad, que varía de naturaleza y de brillo de manera a representar exactamente nuestro grado de evolución y el valor de nuestra alma. Estas radiaciones escapan a nuestros sentidos, pero los videntes las perciben y la fotografía reproduce sus efluvios.

La comunicación no se hace posible y la acción de los espíritus no puede realizarse más que cuando nuestro estado fluídico vibra en armonía con el de los manifestantes invisibles.

Es preciso un ejercicio espiritual, un prolongado y perseverante esfuerzo de la voluntad, para colocar nuestras radiaciones psíquicas en condiciones de sincronismo que permitan entrar en relación con las entidades de un cierto orden y obtener los fenómenos intelectuales que son la quintaesencia del Espiritismo.

Ese era el caso de los druidas, de las druidesas y de los bardos, cuya fe ardiente facilitaba las relaciones con los mundos superiores y les proporcionaba las revelaciones que servían de base a sus enseñanzas.

En nuestros días, la situación es otra. Los siglos de críticas y de escepticismo han privado al pensamiento de su potencia de irradiación. La fe ha retrocedido. En el seno del caos de las ideas y de las contradicciones, se ha vuelto más difícil hallar un punto de apoyo para toda creencia.

La mayoría de los psiquistas no parece poner en duda que su estado de espíritu, siempre impregnado de escepticismo, de desconfianza, de negación, es la causa principal de la esterilidad en los experimentos. ¿Cómo obtendrían la asistencia, la protección de los invisibles, si empiezan por negar su existencia y al respecto se entregan a críticas poco oportunas?

Sin duda no se debe desatender los fenómenos de orden inferior, nada de aquello que concurre para establecer la realidad de la sobrevivencia y las condiciones variadas de vida en el más allá; debemos estimular todas las pesquisas encaminadas a ese fin.

En la confusión de teorías y sistemas que reina en nuestra época, el hecho sigue siendo, a ojos de muchos investigadores, la única base sólida de toda certeza.

* * *

Llegados al fin de esta obra, recordaremos su objetivo esencial. Desde la guerra (la 1ª Guerra Mundial), el pensamiento francés explora el horizonte intelectual y, en general, solo consigue ver incertidumbres, obscuridades, contradicciones; y, en su angustia, indaga de dónde vendrá la luz que debe despejar el camino e indicar el objetivo de la vida. ¿Quién nos dará, entonces, la fe elevada que sostiene, consuela y reanima, la fuerza del alma que hace soportar con coraje las pruebas y los males, y permite triunfar en la lucha por la vida?

Ni la cultura universitaria ni la Iglesia han logrado, hasta el momento, dar a Francia la plena consciencia de su función y de su destino, un ideal moral que ofrezca un objetivo para los esfuerzos de todos. En muchos casos, han bloqueado su impulso, han reprimido su genio. ¿Deberá entonces nuestra nación zozobrar en la anarquía y en la confusión? ¡No! Aquello que los vivos no han podido llevar a cabo, los denominados muertos lo cumplirán. Sus voces aparecen en todas partes para recordarnos los sentimientos de nuestros orígenes, de nuestras tradiciones sagradas.

Los espíritus de los antiguos druidas, teniendo al frente a Allan Kardec, vienen a afirmarnos que el Espiritismo es una resurrección de sus doctrinas, y que ellos van a trabajar para difundirlas en todos los ambientes, añadiendo que, en su intervención, serán seguidos

por todas las nobles y grandes almas que a lo largo de los siglos han conseguido, por la literatura, perpetuar la idea a fin de que no perezca totalmente.

De lo que antecede no se debe deducir que hayamos abandonado los principios de Cristo y renunciado a nuestro título de cristianos. No; indudablemente, tal como nos afirma Allan Kardec, las tres grandes revelaciones, oriental, cristiana y druídica emanan de una fuente única y se reúnen en su foco inicial.

La enseñanza de Jesús ha sido más o menos velada y desnaturalizada por los hombres; reconstituyéndola en esencia pura, la vamos a encontrar idéntica a las doctrinas de los druidas, con más mansedumbre y caridad. Su semejanza no puede sorprendernos, pues sabemos que ambas tienen un origen común, sobrehumano; pero hoy, para la rehabilitación de nuestro país las blanduras del Evangelio ya no son suficientes y es preciso añadirles la virilidad céltica.

Con el debido respeto a las doctrinas oriental, búdica y cristiana, y adecuándonos a lo que tienen de bello y grande, debemos ligarnos, preferentemente, a nuestras verdaderas tradiciones nacionales, porque éstas responden a nuestra naturaleza, a nuestro carácter, a nuestras necesidades intelectuales. Ellas han inspirado todo cuanto nuestra raza ha producido de noble y generoso en el pasado y constituyen el móvil esencial de nuestra evolución futura. Retornando a ellas es como reencontraremos la plena consciencia de nosotros mismos, nuestro equilibrio moral, la alegría de sentirnos en el camino verdadero trazado por las leyes superiores.

Tras las terribles pruebas de la guerra, en medio al arrebatamiento de las pasiones y de los intereses, la voz de los antepasados se ha hecho oír y la verdad ha salido de la sombra. Ella nos dice:

“Tú mueres para renacer, renaces para progresar, a fin de elevarte mediante la lucha y el sufrimiento. La muerte debe dejar de ser un motivo de pavor, porque detrás de ella vemos la ascensión en la luz.”

Lo mismo que, por encima del estrato sombrío de las nubes que a veces envuelven la Tierra, el cielo permanece eternamente azul, del mismo modo, más allá de las vidas terrestres agitadas y dolorosas, reina la vida calma y serena de “Gwynfyd”, la vida radiante del Espacio.

CAPÍTULO XIII

Mensajes de los invisibles

Publicamos aquí la serie de mensajes dictados mediante incorporación mediúmnica por los grandes y generosos espíritus que han querido colaborar con nuestra obra. La autenticidad de estos documentos no solo reside en ellos mismos, por el hecho de sobrepasar, en muchos puntos, el alcance de las inteligencias humanas, sino en las pruebas de identidad que ofrecen. Así es como en el curso de nuestras charlas con el espíritu Allan Kardec, éste entró en ciertos preciosos detalles sobre su sucesión y sobre las discusiones que han surgido, acerca de esa cuestión, entre dos familias espíritas, con particularidades que el médium no podía en absoluto conocer, pues era tan solo una simple niña, hija de padres que ignoraban completamente el Espiritismo. Esos detalles se han borrado de mi memoria y no he podido reconstituirlos sino después de pesquisas e investigación.

En cuanto a su valor científico y moral, se verá que las cuestiones tratadas en esos mensajes alcanzan el más alto grado de la comprensión humana actual. E incluso lo sobrepasan, en ciertos casos, pero nos permiten, con todo, entrever la génesis de la vida universal. Considerando esta obra desde su punto de vista, los autores nos dicen que se podrá obtener una nueva orientación que, en el estado actual de evolución que hemos alcanzado, es la única compatible “con el grado de comprensión y de resistencia del cerebro humano”.

Recordemos, no obstante, a quienes lo hayan olvidado, que los espíritus experimentan a veces grandes dificultades para expresar, por medio de un organismo, de un cerebro ajeno, nociones e ideas poco familiares a este último. Pues bien, es precisamente el caso relativo a nuestro médium y la cuestión céltica. Allan Kardec lo verificó en el curso de sus mensajes, como se verá enseguida. Son

necesarios esfuerzos persistentes de la voluntad para crear, en el cerebro de un médium, expresiones y mensajes inusitados. Esto explica las críticas que pudieran hacerse a ciertos muertos famosos, a propósito de las diferencias de estilo reveladas en sus comunicaciones.

Otra objeción consiste en pretender que Allan Kardec está reencarnado en El Havre desde 1897. Habría llegado, por tanto, a los treinta años de su nueva existencia terrestre.^{lxv} Ahora bien, ¿se puede admitir que un espíritu tan valioso haya esperado tan largo tiempo para revelarse por obras o acciones adecuadas? Aparte de esto, Allan Kardec no se comunica únicamente en Tours, sino además en otros muchos grupos espíritas de Francia y de Bélgica. En todos esos lugares él se afirma por la autoridad de su palabra y la prudencia de sus observaciones.

He aquí, inicialmente, la presentación del espíritu Allan Kardec por el guía director de nuestro grupo:

“Yo os anuncio la visita del espíritu Allan Kardec. He constatado el aura pura y el bello color fluídico que envuelven a este espíritu, el brillo de su fe en la fuerza divina superior. Es lo que le ha permitido, en el transcurso de sus existencias, continuar una evolución que le da en cada vida los conocimientos, las intuiciones más precisas sobre las formas y las leyes de la vida universal.

Él se ligó particularmente a Francia, y la llama céltica, también llamada primera fe natural, siempre brilló sobre él. Allan Kardec se dedicó a reanimar esa fe en la conciencia y en la subconsciencia de los franceses, a fin de ayudarles a elevar su espíritu y a aproximarse del rayo celta.

El médium, ignorando completamente la cuestión céltica, nos ofrece una garantía perfecta contra la autosugestión.

El Celtismo representó la fe ardiente emanada de las corrientes superiores y transmitida en vuestra región por una radiación que ayudó, de modo poderoso, al desarrollo de la conciencia francesa. Es uno de los vínculos más vivaces al culto

divino, al culto de la sobrevivencia y al de la patria. Así, la pequeña llama céltica que ilumina vuestras conciencias de franceses se eleva, en vuestras plegarias, brotando a medida que la sinceridad se sublima.

Debéis, en vuestra obra, hacer un llamamiento a las reminiscencias célticas para activar esa fe ardiente en la divinidad que provoca, sobre nuestro mundo, el envío de corrientes generadoras y bienhechoras. Esta alta aspiración, los corazones puros la tienen. Como otrora los celtas, las almas que tienen sed de ideal buscan en las fuentes de la naturaleza esa luz bienhechora que simboliza la grandeza divina. Allan Kardec os dirá cómo y por qué ese rayo céltico estaba ligado al suelo armoricano.^{lxvi}

Si yo estuviese aún sobre la Tierra, me serviría de ese tema para demostrar que al destello transmitido por los celtas debemos, en grados diversos, la necesidad de creencia en el Más Allá, la satisfacción del florecimiento del alma y la percepción de la luz espiritual que nos prueba que todas las criaturas son obra de Dios.

Concluyo afirmando que el rayo céltico es el guía que os conduce hacia el supremo foco de luz. Por esta luz llegaréis a comprender la marca de la vida universal. En vuestras vidas, a medida que ascendáis hacia Dios, podréis saciaros en esas fuentes poderosas, aprenderéis a conocer las fuerzas insospechadas del éter y las vibraciones creadoras que demuestran la existencia del foco divino.”

1 – Fuente única de las tres grandes revelaciones: búdica, cristiana y céltica.

15 de enero de 1926.

Soy feliz por venir hasta vosotros, pues experimento una satisfacción moral, un placer real, al sentirme bien adaptado a los seres que desarrollan radiaciones sensiblemente idénticas a las de mi periespíritu. Esto nos muestra que es necesaria la adaptación fluídica para poder comprender, intercambiar pensamientos y

observaciones, según los lugares donde se quiere bajar. Cada individuo proyecta una radiación en relación al número de sus existencias; y la riqueza molecular de sus fluidos, los que componen su “yo” psíquico, está igualmente en razón directa de los trabajos, de las pruebas sufridas y del esfuerzo continuado durante sus existencias, ya sea en un mundo, o bien en el espacio.

Añado que me resulta particularmente agradable bajar en esta región de Francia, que amé y habité materialmente, desde la Armórica hasta Maurienne.

Cada terrón formó para mí imágenes que jamás se apagarán. Como celta, me impregné de esa mística que traía palpitante del espacio. Después, en mi penúltima existencia, en la Saboya, adquirí la resistencia moral que necesitaba para enseñar la doctrina que conocéis.

Pero inicialmente hablemos de la existencia en la cual me instalé en la Bretaña, que fue como la vida inicial, proyectando en mi ser el destello de la vida universal. Este destello brilló más o menos durante mis diferentes vidas, según buscase yo adquirir una u otra cualidad, aproximándome más o menos a la materia o al espíritu.

Hay personas que no pueden admitir las vidas sucesivas. Para ellas la chispa iniciadora queda velada, porque la vida material las absorbe por entero. Hay existencias de fe, hay existencias de trabajo, porque es una ley inmutable, uno de los principios fundamentales, que el ser se desarrolle a través de las alternativas para recoger los gérmenes bienhechores que deben ayudarle a progresar en los espacios.

Dios proyectó la parcela de luz que es el alma, y esta radiación del pensamiento divino debe llegar, a través de transformaciones y crecimientos sucesivos, a formar un foco radiante que contribuirá al mantenimiento y al equilibrio de la atmósfera de los mundos. Es este un precepto de orden general que indica la necesidad de la pluralidad de las vidas.

Las primeras sociedades humanas que poblaron nuestra Tierra trajeron el esquema de las civilizaciones futuras; en ciertos lugares la iniciación espiritual fue muy avanzada; los egipcios, los celtas, los griegos, por ejemplo, llevaron consigo los focos radiantes que paralizaban las fuerzas materiales. Los elementos del progreso ya fueron establecidos por ellos en vuestro globo. El vaivén de los seres que vivirán, ya en la superficie, ya en el espacio, podrá, desde entonces, continuar con regularidad. Los recién llegados, según su grado de evolución, procederán de grupos pertenecientes a mundos inferiores, existentes o desaparecidos. Estas consideraciones de orden general eran necesarias antes de referirnos más especialmente a Francia, a su influencia fluídica y a su irradiación en el mundo.

La idea céltica es su propia esencia; ella emana del foco divino y representa el espíritu de pureza en la raza; ella debe iluminar, a través de los siglos, el alma nacional. Es el impulso hacia las esferas superiores, el conocimiento inicial del foco divino, la sobrevivencia del pensamiento, la correlación de las almas y de los mundos, la orientación hacia un objetivo que debe hacerse claro y preciso, según nuestra evolución.

El Celtismo es el rayo que indica el camino a los estudios psíquicos futuros. Sobre él está injertado en vuestro país el pensamiento del Cristianismo, como el Cristianismo estaba impregnado de esa otra radiación: el misticismo oriental.

Hay en vuestro mundo ciertos puntos fluídicamente privilegiados, que son como espejos, condensadores y reflectores de fluidos, destinados a hacer vibrar las mentes y los corazones de los pueblos del planeta. Sobre esos puntos tres focos se han iluminado: el foco oriental, en las Indias; el foco cristiano, en Palestina y el foco céltico, en el occidente y en el norte.

Al estudiar la génesis de los fenómenos que concretizaron las doctrinas, se ve que la causa superior es siempre la misma y que vuestro planeta recibe esas corrientes, o haces de ondas superiores, que son las arterias verdaderas de la vida universal.

Para vuestra evolución, ahora se produce un nuevo foco radiante de pensamiento, que mostrará a la humanidad toda la belleza, grandeza y potencia de la obra divina.

Allan Kardec

2 – Evolución del pensamiento a través de los siglos.

12 de junio de 1926.

En nuestra última conversación, os hablé de los tres grandes focos espiritualistas irradiados sobre la Tierra para iluminar la marcha de la humanidad. El foco oriental fue puesto en acción por los espíritus de las esferas superiores, cuya misión era elegir seres que se ligasen al máximo con la naturaleza. Ellos querían demostrar que el ser carnal, liberándose de las pasiones, podía entrar en relación directa con las grandes corrientes superiores que deben ayudar a la evolución de las sociedades terrestres. De esto tendréis la prueba en el estudio de la vida de los grandes sacerdotes hindúes, de los lamas, que tomaban a Buda como ejemplo y procuraban, ante todo, inmunizarse contra los fluidos materiales que recorren la Tierra.

Los espíritus superiores habían actuado sobre una región donde la humanidad está menos sujeta a los deseos de la pasión. Me refiero a los monjes del Tíbet, y después a otros personajes ilustres de la India. He aquí entonces un punto seguro: el ser humano, en ciertas condiciones de aislamiento, de ascetismo y de aspiraciones elevadas, pude sentirse en constante relación con los mundos superiores. Ahí están los antepasados de los médiums; ellos llegarán a dar a conocer su existencia a la humanidad, pero no deberán dividirse ni malbaratar sus fuerzas, y por ello permanecerán en el círculo oriental.

Para alcanzar al pensamiento humano de modo más concreto, fue necesaria la venida de Cristo, que se mezcló profundamente entre las multitudes. El Cristo, tal como los iniciados de la India,

traía consigo numerosos destellos de la fuerza divina; fuerza esta que se transmitía por su palabra y por la acción de los apóstoles. Pero sobre ciertos puntos de la Tierra, particularmente en vuestra Galia, los sacerdotes celtas, los druidas, transmitían igualmente las radiaciones del foco divino, simbolizándolas a su manera, es decir, inspirándose en la naturaleza.

El druida, como el lama, extraía de las fuentes generadoras del espacio las fuerzas que despertaban su fe y lo atraían hacia el foco superior. Las formas pueden variar, pero en el círculo de Oriente, en el Cristianismo y entre los druidas, hay un punto absolutamente idéntico: el ser humano, cuando sabe desligarse de las atracciones materiales, vibra lo suficiente como para percibir las emisiones en los grandes focos celestes. Los sacerdotes de Oriente, Cristo y los druidas estaban impregnados de esas ondas poderosas y, en consecuencia, podían producir fenómenos que impresionaban a las multitudes.

En vuestros tiempos modernos, el magnetismo, que es una de las formas del dinamismo universal, desempeña una función importante en todos cuantos constituyen polos de atracción y saben servirse de la oración.

Es preciso reconocer que entre los druidas se producían conmociones violentas, como por ejemplo los sacrificios humanos, últimos vestigios de una grosera barbarie, destinados a asombrar a las masas.

Desde el origen de esos tres grandes focos de difusión espiritualista, la fe y el ideal han sufrido, alternativamente, paradas y retornos; el impulso del misticismo despertó aquí y allí, bajo la acción de ondas correspondientes al estado de evolución de nuestra humanidad.

Por otra parte, la ciencia positiva ha marchado guarneciendo a la fe. El día en que un nuevo foco llegue a encenderse sobre la Tierra, suscitará una curiosidad muy natural. En el momento presente los centros parecen desplazarse. No me sorprenderá ver un día, en América, formarse un polo capaz de detener el positivismo del

pueblo americano. Ese pueblo es, al igual que su composición étnica, muy matizado, bajo el punto de vista ideal. De la parte de la India es de donde se debe esperar que surjan, un día, los fenómenos que os interesarán al más alto grado. Esa región de la Tierra está siempre impregnada de misticismo tal como en Francia vuestra Bretaña conserva una fe ardiente en el espíritu del más allá.

Recientemente se han llevado a cabo experimentos con la participación de un ser que parecía poseer bellas cualidades de transmisión fluídica; él estaba rodeado de apóstoles muy realistas, con todo hay en ello una indicación, una dirección, un simple lazo de unión que se liga a los haces espirituales. ¡Es un ser evolucionado, pero no comparable a Buda ni a Cristo!^{lxvii}

La espiritualidad debe evolucionar y, en ciertas épocas, reavivar la fe que se ahogaría en el materialismo. Buda, Cristo y los espíritus de los druidas representan las fuerzas superiores ligadas al foco divino, y trabajan para mantener a la Tierra en un grado de equilibrio necesario para proseguir en su evolución, porque si la espiritualidad fuese eliminada de vuestro planeta, la materia lo invadiría y acabaría por desgastarlo y disolverlo. La materia debe ser mantenida en suspensión por la acción superior del espíritu. En realidad, ella no es más que la mampara que refleja el rayo de la vida universal.

Allan Kardec

3 – Mismo asunto.

2 de marzo de 1926.

He hablado de tres focos: el budista, el cristiano y el druídico. Sabéis que el foco cristiano que, en suma, es una emanación de las doctrinas orientales, se ha difundido avanzando hacia Italia, después fue de encuentro a una esfera independiente que representaba un polo de atracción igual, constituido por el mundo céltico. Incluso en épocas remotas, grandes focos de atracción se habían creado, y llegaron seres en misión, tras haber habitado

planetas más avanzados, más antiguos que el vuestro, a fin de sembrar ahí, al lado del trabajo material, la semilla que alimentaba la llama de las conciencias humanas.

El tiempo no existe; el destino y la vida universal se desarrollan eternamente. Cuando las moléculas gaseosas de calor, de vapor y de agua, que han formado vuestra Tierra, se condensaron para formar el protoplasma de la materia, era preciso que, entre los seres que debían poblar este mundo nuevo, los iniciados superiores viniesen a transmitir a las conciencias muy primitivas la aceptación de una ley de orden superior.^{lxviii}

Con esa finalidad se formaron focos de atracción en Oriente, en Palestina y en la Galia. Si bien el principio fundamental que los inspiraba era el mismo, la forma ha podido variar en sus aplicaciones; pero analizando estos principios, se nota que la tesis de la sobrevivencia eterna es allí igualmente aceptada. Los druidas, establecidos en la costa, se inspiraron en elementos directos exteriores para la concepción de los tres círculos que sintetizaban las fuerzas naturales y morales. Había una iniciación de varios grados y se pueden reencontrar en las formas del culto; en el Cristianismo es donde la iniciación ha sido menos investigada. Me parece que la doctrina de Cristo era más pura que las otras, por ser más sencilla.

Los druidas eran tanto más iniciados cuanto más acentuado era su grado personal de mediumnidad. Entre ellos, el sacerdote y la sacerdotisa, viviendo en el seno de la naturaleza, recibían la iniciación por intuición de un modo más directo que en el culto cristiano. Al analizar el Druidismo encontramos una enseñanza esotérica muy desarrollada. Con todo, el Cristianismo le es superior bajo el punto de vista humano, porque se adapta más particularmente a las debilidades humanas, mientras que el Druidismo, con sus doctrinas de orden elevado, consideraba a la raza humana como inferior. Su enseñanza, mejor comprendida por los privilegiados, llevaba al pueblo a ciertas supersticiones.

En resumen, en el Celtismo solo se debe guardar el principio inicial; sus sacerdotes, viviendo en contacto con la naturaleza, se ligaban íntimamente con las fuerzas invisibles; pero debido a haber conservado, pese a todo, moléculas materiales, de esto resultaba que la transmisión de su enseñanza se deformaba, desatendiendo mucho las nociones de justicia y de amor, en el seno de una población todavía bárbara en aquella época.

Se advierte pues, que los tres focos, budista, cristiano y druídico se completan. Jesucristo personifica la luz de las esferas casi divinas, luz que por sus ondas bienhechoras debe esclarecer y vivificar la conciencia. El Druidismo, bebiendo en las fuentes vivas de la naturaleza, sentía las vibraciones del mundo y las emanaciones de la vida universal. Aquello que el Cristo recibía directamente de los seres superiores, el druida lo obtenía por medio de corrientes transmisoras del pensamiento de los seres desencarnados.

En el momento actual se forman nuevos agrupamientos fluídicos, que aún no se han condensado, destinados a formar un foco atractivo que será el cuarto ciclo. Éste aceptará la realidad de la vida superior, susceptible, en ciertas condiciones, de comunicarse con los seres humanos dotados de conocimientos científicos aliados a un ideal elevado. Sus convicciones ayudarán a restablecer el equilibrio necesario entre la existencia material y la inspiración espiritual.

Allan Kardec

4 – Celtas y atlantes.

23 de abril de 1926.

Vuestro grupo está inmunizado porque permanece fuera de las pasiones humanas. Incluso sois celtas gracias a vuestra voluntad de continuar en la consciencia primitiva de vuestra raza.

Una de las formas del Celtismo puro es el amor a la Naturaleza; y ¿no es ésta el reflejo de la belleza y de la grandeza divina? Ella

proporciona a los hombres las más puras alegrías del espíritu y de los sentimientos; ella establece una comunicación a través de los globos celestes de las corrientes extraterrestres.

El Celtismo es además el amor de la familia, el conocimiento intuitivo de las anterioridades y de las afinidades; la dedicación al suelo cuyas radiaciones geológicas se asimilan a las radiaciones individuales.

Pregunta: ¿Hay, como pretenden algunos, una diferencia entre los celtas y los galos?

Respuesta: Hay entre los celtas, desde el punto de vista humano, dos orígenes: el origen normando y el anglo-normando.

Existen en la Bretaña personas de raza más bronceada, de pigmento más colorado; quizá hayan venido de la Atlántida, pero son casos aislados y raros.

Parece que ha podido haber, entre la Atlántida y la Bretaña francesa, una isla sobre la cual habrían vivido esos pueblos.

Recordad que el destello céltico es el elemento primordial que debe mantener el actual nacionalismo francés, porque el destello vital de la conciencia del francés se ha originado del celta.

Allan Kardec

5 – Sobre el origen de la corriente céltica.

22 de mayo de 1926.

La vida de los planetas, tal como la de los individuos, debe pasar por fases sucesivas y, según esas fases, la homogeneidad de los fluidos se ve más o menos destruida o respetada. Vuestra Tierra, en su recorrido, ha entrado en contacto con una de las grandes corrientes que constituyen las arterias de la vida universal. Esa corriente es extremadamente poderosa y va a producir efectos diferentes según la naturaleza de los seres. Los espíritus de orden inferior que permanecen entre vuestro planeta y esa corriente, no pueden soportar la atracción fluídica que de ella se desprende,

dando lugar a que esos seres se alejen automáticamente hacia la materia. Su influencia motivará un recrudescimiento de las pasiones inferiores.

En cuanto a los terráqueos que se complacen en la meditación y recurren a las fuerzas y aspiraciones superiores, los efluvios de esa corriente los alcanzarán y por ella recibirán las intuiciones y las comunicaciones. Añadiré que esa corriente vital tiene la propiedad, en el Espacio, de mantener la vida espiritual y periespiritual y, sobre la Tierra, la de esclarecer a las conciencias evolucionadas.

Podéis entonces constatar sobre vuestra Tierra, en el momento actual, una caída de todas las creencias elevadas y además un aflujo de misticismo. Ocurre porque vuestros estudios sobre el Celtismo vienen en el momento oportuno y espero que la corriente de que hablo pueda ayudar, reanimando las conciencias, a hacer brillar el destello de las anterioridades.

Sabéis que uno de los principales elementos de vuestra raza es el Celtismo, que se formó en la época de la constitución de la Tierra, cuando surgieron los primeros seres humanos. El Celtismo es, en realidad, una proyección de destellos provenientes de uno de los haces de la vida universal.

Cada raza está influenciada por un haz diferente, haz cuyas radiaciones se adaptan a ciertas partes del suelo según su naturaleza.

Cuando vuestro planeta aún estaba en formación, sus diferentes estratos ya se encontraban en relación directa, por vibraciones, con ciertos haces de las arterias que animan el gran todo.

Por ese motivo cada raza ha conservado en lo interior de su subconsciencia el destello generador que anima a las primeras manifestaciones de la vida. Cada raza posee entonces cualidades diferentes. El ser debe adquirirlas todas en la secuencia del tiempo, en un orden sucesivo, y para ello debe pasar por los medios dominados por tal virtud o tal pasión. Notemos que la pasión ya no es una virtud y que la virtud se altera cuando la emanación fluídica es mancillada por ondas que pueden empañar su brillo.

No os hablaré de la composición química de las ondas que han originado el destello primario que anima a cada pueblo y a cada ser. Francia siempre ha conservado su destello primitivo. Según el estudio de vuestra Historia y de vuestra prehistoria, Francia, pese a ciertas deformaciones, ha visto persistir a través de los siglos las virtudes de la raza. Éstas son:

Actividad cerebral sostenida;

Consciencia en el individuo de su automatismo integral;

Necesidad de misticismo y de ideal, aun cuando la conciencia del individuo se ha desviado;

Lucha constante entre la pasión y el ideal.

Tales son las características de vuestra raza. Esas cualidades fundamentales se encuentran sobre todo el territorio, y las pasiones ahí son más o menos idénticas. En su origen, fueron las radiaciones provenientes del Oeste las que ejercieron su influencia sobre vuestro país.

Si desde el espacio hubieseis podido seguir la génesis de un mundo, veríais que antes de que ser liberado estaba envuelto en una especie de red fluídica, cargada de esencia nutritiva. El polo vibratorio que nutre vuestra raza se ligó a vuestro planeta en el sur de la Bretaña. En esa época, es verdad, en que no había ni Bretaña ni Galia, sino tan solo una capa gaseosa y homogénea, las vibraciones se extendían de sur a norte, en forma de abanico, y entraron en contacto en esa dirección con la capa gaseosa. Ese estado de cosas duró todo el período de transformación de la corteza y, cuando los primeros seres humanos aparecieron, quedaron impregnados por esas radiaciones.

Esa radiación primaria que alcanzó a vuestro país se transmitió a través de las generaciones y de las existencias, porque cada ser lleva consigo, en su subconsciente, la chispa vital producida por el primer impulso.

Actualmente, ya sea en la Bretaña o sobre las costas inglesas del sudeste, se encuentran las mismas características de aspiraciones y

de apego al suelo, lo cual demuestra que las vibraciones son las mismas en toda esa región, mientras que cuanto más nos alejamos del centro-oeste, es mayor la constatación de que la pureza del sentimiento celta se debilita.

En resumen, el Celtismo corresponde, entonces, al punto de llegada de una corriente extraída de las arterias de la vida universal, que ha penetrado en el envoltorio terrestre desde su formación, precisamente en el centro-oeste. De ahí los destellos vitales que dormitan siempre en la conciencia francesa.

Allan Kardec

6 – La corriente céltica y el carácter francés.

4 de junio de 1926.

La raza céltica que, de un modo general, apareció sobre vuestro globo en el oeste de Francia, con extensiones hacia el nordeste, se aprovechó de las radiaciones transmitidas por el haz vibratorio de que os hablé. Todo celta puro debía entonces estar impregnado de virtudes y pensamientos provenientes directamente de los focos superiores. Ellos se traducen, entre los inspirados, druidas y bardos, en un impulso y un retorno a la luz del espacio, en un chorro de amor, de reconocimiento de las alegrías sentidas en las esferas vibratorias del astral.

A medida que uno se aleja del punto de partida de ese rayo vibratorio, las virtudes primarias que transmite se debilitan; pero los seres que van a aparecer en la corteza terrestre continuarán recibiendo, por haces complementarios e intermitentes, aunque menos intensos, las radiaciones del pensamiento superior.

Cuanto más se desprenda el ser humano de la influencia material, desde el punto de vista vibratorio, más regresará su comprensión, intuitivamente, a la vida extra-terrestre. Intentemos reconocer lo que resta, a través de los siglos, del destello primitivo transmitido por reflejo a la época de la creación de vuestro globo.

En vuestra raza francesa el misticismo ha derivado del destello céltico con la generosidad particular de esa raza; después, a medida que se sube de sur a norte, adquiere un sentido cada vez más reflexivo, mas atemperado.

A través de los siglos esas diversas cualidades se han fundido para formar vuestra raza francesa. Analizada detenidamente esa raza tiene subdivisiones y, si pudieseis ver al microscopio lo que resta del destello individual, de la esencia divina, podríais constatar el misticismo es lo que más fuertemente la ha impregnado.

Hay causas y leyes que rigen cada individuo. Todo ser humano debe poseer sus cualidades propias, sus vibraciones particulares, a fin de recibir y permutar intuiciones con los mundos superiores. Si analizáis el alma de un bretón cuando está orando, veréis vibrar el pequeño destello de su conciencia de modo intenso, bajo el efecto de los rayos refractados del suelo, que deben mantener la creencia mística.

Si ese bretón, fuera de su ambiente, es puesto en contacto con un médium sincero, su educación esotérica se hará fácil y un gran número de ellos hallará en poco tiempo, en su subconsciencia, la creencia pura de las vidas pasadas.

Allan Kardec

7 – Analogía del ideal japonés con el Celtismo.

25 de junio de 1926.

Mi país está lejos del vuestro. Escribí en mi lengua maternalmente humana. No me habéis comprendido; los caracteres estaban de arriba abajo, son fonéticos (el espíritu, antes de hablar, había trazado sobre la mesa signos incomprensibles para nosotros). Esto os dirá un poco sobre mi origen. He sido enviado por Allan Kardec para deciros que la esencia espiritual que anima al pueblo japonés es idéntica a la que impresionó a los primeros celtas. La espiritualidad es bebida en las mismas fuentes de luz del espacio. Así como vosotros habéis recibido un rayo que se ligó al planeta en

la Bretaña, tal como os ha sido explicado, un rayo de la misma esencia se unió sobre la parte del globo que comprende el Japón y se irradió hasta la Manchuria. Nosotros, los japoneses, hemos adquirido gracias a eso la impresión indeleble de la vida en el Espacio. La vida terrestre es un sueño y la vida superior, majestuosa y luminosa vida, está en el seno del éter.

El japonés, preocupado por su elevación moral, conserva siempre en el fondo de su conciencia el recuerdo íntimo del vínculo que lo liga a la vida superior. De ahí nuestro culto a Dios y a los seres evolucionados que pueblan el Universo bajo formas diferentes. De ahí nuestro culto al pensamiento, en homenaje a los desencarnados que de lejos o de cerca han formado nuestra familia espiritual y humana.

Cuando el espíritu va directamente y sin segundas intenciones a los focos eminentemente espiritualizados, siente como retorno otros pensamientos que son el intercambio de puntos de vista que debe producir la evolución moral y preservar de la influencia del materialismo. Por eso los orientales han conservado el culto a los muertos. Y por eso, por vuestra parte, los druidas evocaban siempre en los círculos de piedra a los seres que viven en los diversos planos. De ahí proviene el instintivo coraje frente a la muerte, el espíritu de sacrificio y de amor a la naturaleza.

La naturaleza japonesa en el momento actual parece haber perdido la llama mística de los siglos pasados. Esto tiene relación con las tinieblas que envuelven vuestra Tierra. Tal como en los orígenes las grandes corrientes alcanzaban la nebulosa en su formación, en el momento presente esta Tierra, que ya no es una nebulosa, se convierte en mampara frente a las radiaciones del espacio, y en consecuencia, se deja prender por la materialidad en lugar de la iniciación y de la fe mística. He aquí lo que me está permitido deciros hoy para vuestra documentación personal. Tengo dificultades para expresar mi pensamiento, porque no conozco vuestro idioma. Ha sido necesario el auxilio de un espíritu asistente

para que mis formas-pensamiento se hiciesen claras en el cerebro del médium y pudiese traducirlas.

Yo vuelvo al espacio, libre y satisfecho, por haber podido volver a la Tierra para comunicaros un pensamiento que pueda iluminar la flor cuyo perfume se esparcirá entre las hojas de vuestro futuro libro.

Kasuli

(Antiguo preceptor en la corte imperial del Japón)

8 – Procedimientos espirituales de los druidas.

25 de junio de 1926.

Sería interesante haceros conocer el punto de contacto y las diferencias existentes entre las religiones orientales y el Celtismo. Se reencuentran en el Japón los puntos fundamentales idénticos a las corrientes vibratorias lanzadas en la Bretaña.

Tenéis nociones precisas respecto del Celtismo y sabéis que los druidas y ciertos iniciados sentían esas vibraciones que, menos analizadas que hoy, se traducían entre ellos como simples intuiciones.

Durante las ceremonias drúidicas los sacerdotes y las sacerdotisas pasaban a un estado de éxtasis. La druidesa era la médium de los druidas, mejor resguardada, habitando en medio de la naturaleza. Frecuentemente se mantenía casta.

Las poblaciones de esa época estaban al abrigo del materialismo y por eso era preciso sacudir su imaginación por medio de sacrificios. Los sacrificios, ya fuesen de seres humanos o bien de animales, formaban la base de las ceremonias drúidicas y eran precedidos de cantos que constituían llamamientos vibratorios, apropiados para facilitar las intuiciones. Ciertos druidas tenían el poder de provocar la exteriorización de pacientes, de modo que éstos, bajo la influencia del sueño magnético, marchaban voluntariamente a la muerte.

En esa época y en esa parte de Francia, la atmósfera terrestre, bajo la radiación vibratoria de que os he hablado, era más fluídica que la atmósfera de nuestros días.

Vibraciones más fuertes llegaron a alcanzar vuestra Tierra y, a medida en que su corteza se engrosaba, la naturaleza de las vibraciones se transformó. Nosotros no podemos siempre, desde el punto de vista vibratorio, actuar sobre el suelo como se hacía en tiempos de los druidas; debemos limitarnos a influir sobre ciertos temperamentos susceptibles de almacenar las fuerzas fluídicas, vehículos del pensamiento. Siguiendo la evolución de vuestro planeta, constataréis que los efluvios pierden su carácter volátil para servirse de más fuerzas vibratorias, y es por ahí por donde el cerebro humano llegará, por adaptación científica, a descubrir las fuentes del alma universal.

Digo la adaptación científica y no la ciencia pura, a secas, porque se debe poner la ciencia en el camino de la orientación espiritualista, y es la conciencia, esclarecida por la fe, quien la guiará hacia un conocimiento más alto y más amplio.

Volviendo a los druidas, éstos recurrían a las invocaciones de la naturaleza para ponerse en un estado de equilibrio capaz de hacerles sentir las vibraciones de los pensamientos superiores. De ahí resultaba para ellos que el soplo superior existe, que la Tierra está rodeada de fuerzas creadoras y que la vida no se detenía en los límites de los bosques bretones. Ciertamente esas fuerzas no desarrollaban, en los cerebros de los habitantes de entonces, inventos geniales que pudiesen conducir a una civilización material casi espontánea. Pero lo que enseñaban los druidas era que la Tierra es una estación que se formó fluídicamente, debiendo evolucionar y después desaparecer.

Los pensamientos de los espíritus que alcanzaban a los druidas eran los de seres que habitaban ya fuese en el Espacio o bien en los mundos ya formados. Cuando un planeta está en formación y han de poblarlo seres conscientes, el primer aflujo que reciben es el que les dará, de modo imperecedero, la creencia en la vida superior e

invisible. Esa creencia debe transmitir a través de las generaciones la luz de la conciencia que, desde el punto de vista carnal, es necesaria para la evolución y la transferencia en la pluralidad de las existencias.

Somos, aquí, llevados a hablar de las razas. Dejamos al druida que proceda a toda iniciación espiritual de los habitantes de una parte de Francia. El campesino bretón en esa época es naturalmente un primitivo, desde el punto de vista de la civilización humana. A través de la Historia nosotros lo hemos hallado siempre inmutablemente ligado a tres grandes principios: amor a lo sobrenatural, amor a su tierra, amor a su raza. El amor a lo sobrenatural le vino por ese aflujo de las radiaciones transmitidas por los médiums de los druidas, que desde el punto de vista humano impregnó la materia carnal de cierto misticismo, sostenido por una imaginación religiosa y una fe ardiente por todo lo que es oculto. De ahí cierto temor a la vida futura en el caso de una impiedad hacia el Creador. De ahí derivan la ingenuidad mística de las masas y además la elevación sincera que inspira la abnegación entre los marineros y la resignación de casi todos los habitantes de la península de Armor.

La piedad, para el bretón, es la provisión que sostiene el eslabón de la cadena de las vidas. El envoltorio carnal del bretón aspira los efluvios nutritivos transmitidos por el suelo. Si en su conciencia mantiene siempre el misticismo y la confianza en la fuerza divina, experimenta una especie de placer al penetrarse del aura que se desprende de su Bretaña. Este fenómeno le dará el equilibrio, forzándolo instintivamente a permanecer sobre ese suelo. La naturaleza de su tierra se asemeja a los brazos de una madre afectuosa, cuyo corazón está representado por la fe mística transmitida por los rayos del Espacio.

En resumen, el amor a lo sobrenatural y el amor al suelo nativo son los dos principales factores que forman la raza bretona. En ese ambiente de suelo ardiente y misterioso, rodeado por el mar, el

habitante adquirirá las cualidades superiores desde el punto de vista de la sensibilidad mística.

La raza bretona es por veces sensible y robusta. La sensibilidad vibratoria le vino del espíritu, y del suelo le vienen el ardor y un punto de fiereza que se reflejarán en su temperamento.

La naturaleza armoricana mantiene en su imaginación el culto a la leyenda y a los antiguos ritos y, a pesar de las existencias sucesivas y de las deformaciones inherentes a la civilización, al llegarle la muerte el desencarnado bretón lleva consigo los mismos estigmas en él impresos desde hace siglos.

La marca del Celtismo tocó entonces, como he dicho, a la raza bretona por capilaridad a través del suelo y, mediante las migraciones humanas la chispa céltica será y es uno de los focos que animan e iluminan a toda Francia.

Allan Kardec

9 – La variedad de las razas humanas.

9 de julio de 1926.

Los celtas fueron los primeros padres de la espiritualidad. Estas fueron las palabras de uno de los grandes dignatarios de la Iglesia, León XIII, a quien tuve ocasión de encontrar en el espacio, y fue quien me comunicó este pensamiento; doy a estas palabras mucha importancia, y ellas demuestran que la visión del Espacio es más clara que la de la Tierra.

Respecto de los pretendidos orígenes orientales de los celtas, ciertos historiadores se han equivocado. Os he dicho que un rayo fluídico tocó a Occidente en las cercanías de la Bretaña, en tiempos de la formación de la Tierra, rayo que transmitió los elementos necesarios de la vida universal. Más de uno de esos rayos alcanzaron a vuestro planeta.

Muchas de esas corrientes tenían fundamentos distintos, aunque la velocidad de las vibraciones fuese la misma. Notad que, si por la parte occidental existe la bella luz espiritual céltica, no se debe

dejar de constatar que en Oriente, e incluso en Extremo Oriente, hay un misticismo muy elevado que puede asemejarse, entre los japoneses por ejemplo, a ciertas creencias célticas.

Desde el punto de vista de la raza, tenéis elementos terrestres que se relacionan con los de Bretaña. Debido al doble fenómeno de las radiaciones, los seres humanos, igualmente tocados por las radiaciones del espacio y por las de su suelo nativo, pueden presentar las mismas características, aunque en grados diferentes a los de otras razas. Así es como existen, entre el campesino bretón y el campesino del sur de Rusia, en Ucrania, por ejemplo, características análogas: veneración de la Naturaleza, vínculo con el suelo, confianza nativa en lo sobrenatural. No hay entonces nada de sorprendente en que ciertos escritores, que no conocen los fenómenos de la vida magnética y extra-terrestre, hayan quedado simplemente impactados por esas analogías y hayan sido llevados a clasificar a muchas razas en un único tipo.

Sin embargo, puede ocurrir que entre dos rayos elevados se verifique el nacimiento de seres casi salvajes, u organizados de modo rudimentario. Tenéis una prueba en la presencia de razas salvajes, como los hunos, afincados en Hungría, y más al Norte los pueblos germánicos; al comienzo, esas tribus se hallaban situadas a igual distancia entre el rayo celta y el rayo oriental.

Cada raza evolucionada se halla bajo la acción del rayo regenerador, después se extiende en ondas humanas en torno a ese rayo hasta que éste encuentre las ondas provenientes de otro rayo. Y esto explica las diferencias de razas, porque entre el rayo céltico (lo cito porque es más cercano a vosotros), de un orden espiritual muy elevado, y el rayo oriental, de igual orden, existen, aparte de ellos, otros rayos con otras características, cuya luminosidad es rica en número de colores y cuyas vibraciones son más pesadas.

Esos rayos representan el coraje brutal, la fuerza dominadora, y tenéis el testimonio de ello entre los germanos y los húngaros. De ahí los choques entre las corrientes, y por consiguiente, la lucha de las razas. Esas corrientes siempre existen, pero se transforman con

el correr de los siglos; ellas proporcionan a los hombres el alimento y la asimilación del pensamiento, según su grado de evolución y la naturaleza de su suelo.

Ciertamente los seres humanos puestos entre los dos rayos superiores pueden llegar, ya individualmente o en grupo, a afirmarse y a asimilar más elementos vibratorios superiores que al comienzo. Es una cuestión de consciencia en el sentido absoluto de la palabra, y también de elevación personal.

La naturaleza de los rayos ha evolucionado mucho también, desde el comienzo de la vida autónoma de vuestro planeta. Los grandes rayos espirituales elevados ya no tienen la fuerza regeneradora de otrora, e incluso los rayos primarios menos espiritualizados han sido transformados; de ahí las fluctuaciones de cada raza. Encontráis en cada pueblo épocas de evolución espiritual, alternadas con períodos de influencias materiales. Es la ley de trabajo absoluto y sin coacción.

Francia, en la actualidad, nos parece, desde el Espacio, siempre envuelta en rayos provenientes de esferas muy elevadas, pero que parecen encubiertos por una especie de vapor procedente de las emanaciones terrestres materiales. Ese es el motivo de que tengáis, en el momento actual, en vuestro país, choques que no se producían entre los celtas, quienes se impregnaban en las propias fuentes de la naturaleza y obtenían de ellas sus directrices.

Los dos grandes rayos de que he hablado siguen enviando sus fluidos vitales, que deben mantener en las conciencias humanas la creencia en lo invisible, en la sobrevivencia y además en la fuerza divina creadora de la gran vida. En Inglaterra existe una doble corriente que siempre nos indica la cercanía del rayo origen del Celtismo:

1ª) confianza de la sociedad culta en la existencia del ser invisible;

2ª) misticismo en la clase popular.

Los seres refractarios a esta doble corriente permanecen presos a los gozos materiales y repelen la doctrina superior.

He hallado últimamente, en Inglaterra, familias que poseen una fe sincera y profunda en la bondad divina, aceptando la sobrevivencia superior y orando en el silencio de la naturaleza. Esas familias mantenían aún viva la llama céltica, no mancillada por las generaciones. Me he sentido muy impresionado por los espíritus que acudían alrededor de esas personas para sostener la llama de su consciencia.

En la Bretaña Francesa también existe una pequeña llama, pero ésta es más vacilante, porque el ambiente de las radiaciones vecinas perjudica su elevación hacia lo Alto. En el centro de Francia subsisten entre vuestros campesinos parcelas de fe céltica, arraigadas en el subconsciente; ellas se revelan entre ciertos pacientes por una expresión de candor y de sinceridad en la oración, único elemento que ha quedado de las radiaciones célticas. En vuestras ciudades este elemento ha desaparecido debido a la influencia materialista.

El rayo céltico y el oriental no son los únicos rayos elevados que deben transmitir la alta espiritualidad a los hombres. Hay uno muy bueno en Escandinavia, otro más en Egipto, proveniente del golfo Pérsico, que se prolonga por el norte de África hasta el Atlántico. Los rayos céltico, escandinavo y oriental son los más puros. El rayo celta es el más fluídico, pero el escandinavo tiene más color. El rayo oriental está compuesto al mismo tiempo por el color azul del celta y el color dorado del sol, representando la fuerza en la creencia mística.

Vuestros filósofos e historiadores han quedado asombrados por las analogías existentes entre las influencias de las diversas corrientes y han puesto la cuna de los celtas en puntos diferentes.

Allan Kardec

10 – El rayo céltico (continuación).

25 de julio de 1926.

El rayo céltico de que os he hablado se mantuvo a través de los tiempos en vuestra conciencia francesa, bajo la forma de amor al suelo. Los druidas poseían, en alto grado, esta radiación que hacía de ellos polos magnéticos que, por refracción, podían transmitir a los seres circunvecinos la llama mística y superior que habían recibido. Su poder sobre las masas ignorantes fue grande. En determinado momento, por intuición, un cierto número de druidas recibió la misión de ir más allá en las tierras. Provistos de poderes ocultos, ellos impresionaban a los bárbaros y transmitían su magnetismo por su encantamiento bajo la forma de culto y, por eso, la cubierta fluídica se extendía más aún sobre la Galia.

El paso de los druidas por el centro de Francia y la Lorena es incuestionable. Se podría decir que el Celtismo es el fuego radiante de donde surgió la raza nacional gala. Bajo la influencia de los ritos célticos el hombre se impregnó de misticismo, su cuerpo se refinó y pudo recibir ciertas vibraciones del espacio. Esas vibraciones no han podido desarrollarse gradualmente porque las generaciones no poseían todas las cualidades de absorción necesarias para la asimilación de tales fluidos.

Las vibraciones primarias célticas han quedado impresas en las almas. Adormecidas durante la vida en algunos, se revelaron entre los descendientes según sus aptitudes.

Por ello habéis podido constatar en vuestra Historia avances y retrocesos, que se han traducido por la ascensión hacia el ideal o la caída a la materia.

Seres provenientes del mismo grado de evolución y habiendo almacenado el mismo número de vibraciones célticas, no las han exteriorizado en el mismo momento, en los mismos lugares. Un bretón, habiendo recibido en su país natal la chispa céltica directamente de los druidas, la transmitirá a sus hijos, que la conservarán en estado de ignición hasta el momento en que vuelva a encenderse bajo la forma de una llama insospechada.

Este momento se acerca. Pronto comprobaréis un movimiento de espiritualidad constante y durable. Dios tiene proyectos para la Tierra. Presentimos grandes cosas, porque la parte espiritual debe hacer avanzar a la humanidad.

Allan Kardec

11 – Métodos de comunicación entre los espíritus y los hombres.

20 de agosto de 1926.

Desde nuestra última charla ha sido necesario estudiar el método más fácil para infundir en el cerebro del médium y en los seres humanos la solución de los problemas sobre los cuales me interrogáis. He entrado en contacto con los espíritus de las esferas superiores, quienes me han hablado de la transmigración de los seres desde su origen.

En el espacio nos estabilizamos en una esfera de densidad media, y desde allí llamamos a los seres superiores. Ellos no vienen siempre porque su rayo no puede ser mantenido por nosotros, pero su pensamiento nos alcanza como las ondas de la Tierra alcanzan al resonador telefónico.

Cuando la llamada ha sido oída y los dos seres desencarnados se ponen en sintonía, los pensamientos se intercambian bajo la forma de colores transmitidos por vibraciones. Pero cuando se preguntan las soluciones de los problemas, en un grado de elevación superior a la comprensión humana, nosotros, los desencarnados, nos asemejamos a los encarnados correspondientes al último plano de su evolución terrestre.

Tomad, sobre la Tierra, a dos individuos de inteligencia y comprensión diferentes, y abordad una cuestión desconocida para ellos. Ésta será comprendida de inmediato por uno y no así por el otro, y será necesario un esfuerzo de adaptación. Lo mismo ocurre en el espacio. Ya os he explicado, por tanto, el problema de la vida psíquica, desde el punto de vista de las reencarnaciones, la

correlación entre la vida humana planetaria y la vida de los encarnados.

Pero lo que pedís es la mayor precisión posible sobre la molécula primitiva, es decir, el punto inicial de la vida. Ahora es preciso que os traiga el rayo superior que enseña el misterio. Cuando ese rayo llegue hasta vosotros, tendréis la posibilidad de informaros.

Los misterios de la Creación no pueden ser revelados a toda criatura humana. Para eso los seres deben ponerse en disposiciones especiales a fin de que sus vibraciones se armonicen con las vibraciones superiores.

Es preciso que os reunáis en una sala cerrada, con las ventanas cerradas. Tomad las instrucciones a la luz de una lámpara resguardada por una pantalla. Antes de la reunión bañaréis la frente del médium con un paño embebido en un poco de agua fresca. Al ligarme con el médium, magnetizaré la capa de agua y esto servirá de fluido amortiguador.

Recibiré entonces del Espacio las vibraciones que me harán comprender los problemas. Yo os prometo una ayuda seria desde el Espacio, y tendréis la documentación que deseáis; pero debéis reunir los medios para ello. Ya que habéis consagrado vuestra vida a la difusión de una creencia, lo mismo que yo, os habéis hecho colaboradores míos en la Tierra. Yo os concedo toda mi personalidad fluídica para obtener la clave de un problema misterioso. Si bien para ello es preciso que los rayos de las grandes esferas vengan a tocaros directamente.

La humanidad no debe transgredir, desde el punto de vista evolutivo, las normas colocadas como base de la vida universal. Para comprender la menor parte de esa vida universal es preciso desarrollar vuestra voluntad, vuestro deseo de elevarse hacia lo ideal, penetrarse de un baño fluídico puro y regenerador.

Hay grandes espíritus incapaces de comprender de dónde y cómo han venido y hacia dónde van. Aunque lo han comprendido

en el Espacio, lo olvidan al incorporarse en el médium, y con más razón al encontrarse en la Tierra para una nueva vida.

Cuando pienso y reflexiono en el espacio, las vibraciones psíquicas de todo mi ser pueden realizar la plenitud de mis facultades, pero una vez me he ligado al médium, estas vibraciones disminuyen y mi poder pierde mucha de su amplitud. Hay mundos fluídicos donde la comprensión es más nítida que entre vosotros. A medida en que la materia pierde su poder, el estado psíquico se hace más sutil y se impregna más fácilmente de las radiaciones de la vida universal.

En su período de formación, vuestra Tierra fue impregnada con grandes corrientes, de las cuales ya os he hablado, cuyas vibraciones directas los celtas y los druidas percibieron, porque vuestro planeta estaba todavía vibrante por obra de una acción superior que se ha ido atenuando con el paso del tiempo.

Allan Kardec

12 – Origen y evolución de la vida universal

3 de septiembre de 1926.

Habéis pedido esclarecimiento sobre ciertos puntos oscuros de la doctrina druídica. Para ello me he puesto en relación con las esferas elevadas a fin de obtener algunos índices sobre el foco superior regenerador de vida y de amor. Tres círculos, como sabéis, forman las bases de la doctrina céltica; por consiguiente, el más elevado corresponde al foco divino.

Las explicaciones proporcionadas por los espíritus superiores indican que la inteligencia humana no debe conocer el secreto de la fuente suprema de la vida. He aquí lo que puedo decir según las radiaciones que me llegan. Existe, aparte de los planos formados por las criaturas según su evolución a través de su propia vida, una esfera enteramente vibratoria, sin límites, inmersa en la inmensidad del Universo, que no es posible sentir a no ser a partir de cierta evolución. Esa esfera vibra, y la criatura terrestre que de ella salió

todavía la percibe en forma de vibraciones de la consciencia en el “yo interior”.

Las vibraciones del gran foco están en comunicación con la conciencia, y cuando ésta es desarrollada, el sentido místico lo es asimismo. Esto ocurre en razón directa de la evolución de la conciencia.

El gran foco vibratorio anima a todo el Universo y, de grado en grado, cada ser recibe las inspiraciones e impresiones directas de ese foco que, en la Tierra, llamáis Dios.

Un día tendréis la definición exacta de la palabra Eterno y comprenderéis la célula viva inicial de ese gran círculo superior vibratorio. Pero vuestro cerebro humano se rompería si en él se colocase la clave del misterio. Ahora, he aquí el punto establecido sobre el objetivo, y la admisión del gran círculo superior en que reside la potencia creadora. Las moléculas que de él emanan se difunden por el espacio como un ramo de fuegos de artificio. Ellas se extienden en ondas que van a formar las centellas creadoras de los seres. En torno a esas moléculas fundamentales circulan las vibraciones que van a formar los focos que representan los mundos. Constantemente son creados nuevos mundos.

Todo sistema creado tiene su vida propia y se subdivide, por sí mismo, en un sistema particular. Los planetas tienen su vida, sus transformaciones. Los soles, a su vez, lanzan ondas. Inicialmente se forma el sistema gaseoso, después el mineral y el vegetal, para llegar a la criatura humana. Ésta, ser pensante, es movida por la centella proveniente del gran foco, mientras que los sistemas minerales y vegetales son creados por los reflejos de la generación secundaria.

Tal es la evolución de la materia resultante en el envoltorio carnal, al cual se adaptará la vibración inicial de la consciencia en conexión directa con la centella suprema. Así es como se establece la proyección.

Las vibraciones del gran Todo no son exclusivas de una región común, como se cree generalmente, sino que colman todas las

regiones del Universo. No son perceptibles para los seres, a no ser en la medida de su crecimiento y sensibilidad. Las religiones, en sus concepciones de paraíso y de regiones celestes, solo presentan imágenes, mientras que es verdadero que las vibraciones del pensamiento divino animan a todo el Universo.

No todos los espíritus están en condiciones de penetrar en el azul vibratorio, porque es preciso un grado suficiente de perfeccionamiento para percibir y apreciar la belleza y la grandeza de la vida superior. Cada sistema planetario tiene su grado de elevación y llega un momento en que todos los seres evolucionados, los que habitan los planetas en vías de progreso, se verán inmersos más directamente en el azul celeste. Los espíritus inferiores pasan al lado de los espíritus luminosos sin verlos, pero, en ciertas condiciones, los espíritus superiores pueden hacerse visibles, a fin de esclarecer a los espíritus menos evolucionados.

Cuando el espíritu en vías de evolución puede, por sus méritos, entrar en relación con el mundo superior y recibir la luz vibratoria del gran foco, recoge una impresión de fuerza, de potencia, y tan pronto como cesa el impulso, le resta la percepción de la luz que se liga a su grado de evolución. Esa luz se traduce en millones de centellas vibratorias, dotadas de una radiación imposible de traducir para los sentidos humanos, que enriquecen su periespíritu.

* * *

Regresemos a la molécula vibratoria que salió del círculo de Ceugant, creadora de la vida. Ella es toda pureza y luz, es la fuente de las creaciones inferiores, la animadora de las vidas sucesivas, tales son los elementos que constituyen la vida superior.

Los druidas fueron puestos en vuestro globo para llevarle lo máximo posible de luz de este plano superior que reflejaba su conciencia. En los primeros tiempos la iniciación fue directa, pues dicha conciencia era pura.

Esta palabra, conciencia, significa para nosotros centro vibratorio aún no mancillado y que puede comunicarse con el plano

divino. Eso porque, en el estudio de los seres humanos, aunque sus actos os parezcan reprobables, si su conciencia no está destruida queda en ellos un pequeño centro vibratorio susceptible de rehabilitación. Al comienzo de su religión los druidas gozaron de los beneficios de una comunión vibratoria muy intensa, lo cual les valió el título de iniciados. Pero en contacto con la materia, por refracción, las enseñanzas drúidicas han sido deformadas por los hombres. Las conciencias fueron oscurecidas y las intuiciones fueron cubiertas con un velo, las iniciaciones fueron cerradas.

Entonces, en grados diversos, la conciencia humana está muy impregnada de la gracia divina. ¿Será capaz de conservar ese patrimonio? En la desencarnación el alma humana se sitúa en la luz que le es posible asimilar, según su grado de recepción y de conservación de las vibraciones divinas.

Si al salir de una vida terrestre la molécula divina es paralizada por la materia, la progresión queda en suspenso, el recuerdo de las pasiones materiales turba la conciencia y conduce a una especie de entorpecimiento del ser espiritual. Es lo que los druidas llamaban “principio de la destrucción”, porque la evolución queda en suspenso.

Para que la evolución retome su curso es preciso que los espíritus luminosos disuelvan esa especie de cáscara pasional fluidica, a fin de reavivar la centella consciente, y el ser espiritual, reanimado, retomará su andadura a través de sus existencias. Numerosos son los espíritus desencarnados que se hallan detenidos en su evolución.

Al igual que la chispa pierde su llama cuando está recubierta de ceniza, la conciencia espiritual vuelve a la nada cuando está muy recargada de materia, siendo ésta, desde el punto de vista material, el soporte de la esencia espiritual.

Sabéis que esa materia es producida por la mayor o menor velocidad de las vibraciones entre los diferentes estratos de ondas emanadas desde un punto vibratorio. Cuando, desde ese punto, emanan ondas espirituales para la formación de un mundo que

deberá contener las centellas conscientes, es preciso, como consecuencia, que las moléculas vibratorias más pesadas se conviertan en materia.

En el curso de la evolución llega un momento en que la molécula material evoluciona lo suficiente para convertirse, a su vez, en una molécula vital consciente, y esto se produce cuando esa materia se desprende de un mundo inferior para retornar al espacio y ligarse a las moléculas vitales de luz. Los druidas tenían la intuición de esto, visto que consagraban un culto a ciertos objetos materiales.

Terminaré diciendo que la centella vital consciente, una vez lanzada al inmenso ruedo, debe recorrer un ciclo de vidas sucesivas a través de los mundos y de los espacios variados, porque todo lo que cambia de forma cambia de medio. La marcha de su evolución está en razón directa a la conservación y desarrollo de la molécula vital consciente. Cuando ésta ha realizado cierto número de etapas en un sistema planetario, ya se ha purificado y sigue subiendo en la escala de los mundos, en paralelo con otras centellas vitales conscientes.

Hay, pues, dos creaciones paralelas: la creación de la centella vital consciente, que corresponde al ser humano, y la evolución de la materia constitutiva de los mundos.

Allan Kardec

13 – Las fuerzas radiantes del Espacio.

El campo magnético vibratorio.

15 de octubre de 1926.

A propósito de una cuestión de un artículo del periódico *Le Matin* (3 de octubre de 1926), anunciando el descubrimiento de ciertas radiaciones del Espacio,^{lxi} ese descubrimiento o experimento solo es una orientación, pues debéis, desde el punto de vista psíquico, recibir las enseñanzas gradualmente, a fin de no ser perturbados.

Los druidas ya conocían esas ondas. En medio de la naturaleza las pasiones materiales no ejercen una influencia parasitaria.

El druida era iniciado teniendo en vista dejar para la Historia futura los documentos que se aproximasen, un día, a las doctrinas científicas. Éstos podían, así, servir para la elaboración de fórmulas, constituyendo, en su conjunto, una enseñanza superior idealista (alusión a las *Tríadas*).

El druida recibía, intuitivamente, los efluvios provenientes de seres y focos superiores, y esto por medio de ondas. Pero hacían falta siglos para que el ser humano, por su trabajo personal, por su adaptación científica, pudiese asimilar todas las consecuencias de fenómenos que no hubieran podido admitirse en la época druídica. Era preciso, al menos, que la doctrina pura fuese registrada por el ser humano que vivía en aquella época en el seno de la naturaleza, y conservada a través de los tiempos, a fin de que, en el momento oportuno, al comparar la doctrina ideocéltica y la doctrina ideocientífica moderna, hubiese entre ellas un vínculo imperecedero.

Muy pronto se observará la producción de fenómenos, extremadamente curiosos para los no iniciados y cautivadores para los iniciados. Si los diferentes ciclos de la doctrina céltica representan diferentes escalas en la ascensión de la vida espiritual, el descubrimiento de las diversas especies de ondas os concretará la composición de los diferentes medios, y día vendrá en que recibiréis, a través de un lenguaje convencional, las gamas de colores que se asemejan al pensamiento.

Cuanto más llegue a estudiarse y a analizarse el medio vibratorio, mayores posibilidades tendréis de conocer y captar las fuerzas exteriores de vuestro globo.

Nosotros, los que estamos en el Espacio, concebimos la marcha de la vida de una manera bastante diferente de la vuestra. Sabemos que las vibraciones os son transmitidas, que el ser humano recibe y almacena algunas de ellas, pero vuestros sentidos particulares son muy inferiores para permitirlos exteriorizarlas. El campo magnético

vibratorio se os irá revelando poco a poco. No es preciso que busquéis obtener la clave del problema de una sola vez, porque vuestro cerebro físico se disgregaría. El druida, inmunizado hasta cierto punto, estaba en relación casi directa con las fuerzas superiores, que por aquella época tenían un aflujo mayor que en los tiempos modernos. Era preciso que en ese momento la vida fuese sencilla, rústica, y que la base espiritual se estableciese sólidamente a fin de que, gradualmente, el arte y la ciencia viniesen a ayudaros a desarrollar el cuadro que os muestra algunos aspectos de la organización universal.

La ciencia no tendría razón de existir sin que la centella generadora cayese de lo alto, visto que todo problema artístico o científico tiene como base una parte de intuición, siendo ésta de orden divino.

El druida respiró la atmósfera pura en el seno del bosque; la copa de los árboles atraía los estratos vibratorios que envolvían y envuelven siempre nuestro planeta. Frente al bosque estaba el mar, que servía de conductor para el otro polo magnético, es decir, desde el punto de vista psíquico, para reforzar y estabilizar el conjunto. Era preciso, por otra parte, que la gran masa fluídica hallase su equilibrio sobre la tierra y sobre las aguas.

El druida, cuando observaba el mar, se bañaba al mismo tiempo en ondas provenientes del bosque, que se reflejaban como un espejo sobre el manto líquido. Así es como le vino la intuición de la existencia de los ciclos que vosotros conocéis. En resumen, sabéis que la onda es una sucesión de círculos, desde el punto de vista vibratorio.

Un día se os dirá por qué el druida tenía esa intuición y por qué ésta, en la obra divina, no ha llegado a concretarse sino muchos miles de años más tarde. Podéis notar que el movimiento céltico por un lado, los movimientos cristiano y budista-hindú por otro, se produjeron en países al mismo tiempo montañosos, cubiertos de bosques y vecinos al mar.

Si el druida adoraba al bosque, Cristo amaba la colina. Entonces podéis por ahí evidenciar el fenómeno científico real de que la onda se presta más a la captación sobre un lugar elevado que en vaguadas, y que la vecindad del mar ayuda poderosamente en la sensación de los estratos vibratorios. El agua capta el pensamiento y después lo transmite; ella es necesaria para la fecundación de la tierra, este es un hecho que vosotros consideraréis desde el punto de vista material y nosotros desde el punto de vista espiritual.

Las fuerzas provenientes del Espacio son absorbidas por vuestra Tierra gracias a los mantos acuíferos, a la vegetación lujuriente, a las montañas, a las colinas, a las llanuras, y cada ser humano puede ser impresionado por esas ondas. Vosotros habéis tenido constancia de eso estudiando con detalle la doctrina céltica. Os he hablado de rayos que han venido a bañar la charneca y el bosque bretón, rayos, mantos de ondas que son igualmente dispersadas en diferentes partes de vuestra Tierra. Pero he de añadir que vuestra raza francesa debe en gran parte su orientación a las franjas de ondas recibidas del oeste de vuestro país.

El druida, por sus encantamientos, por la forma de su culto, atraía a las fuerzas invisibles cuyos efectos notaba bajo la forma de ligeros toque fluídicos. Hoy esa sensibilidad ha desaparecido para la mayoría de los seres humanos. Es preciso hallarse en condiciones especiales para poder, como el druida, sentir el aflujo exterior.

Podéis decir que la palabra Celtismo representa, para el hombre moderno, la forma concreta de una doctrina cuya base es la asimilación, concentración, desarrollo y aparición de fuerzas que forman parte integral del movimiento cósmico.

Yo viví en esa época y puedo afirmaros que en los tiempos druídicos el ser humano sentía esa fuerza radiante que, en el curso de los siglos, hubo de adaptar científicamente – este es el único término que encuentro – a su envoltorio carnal. Así, él podía aprender a leer, analizar y disociar las partes impalpables y vibratorias susceptibles de darle algún esclarecimiento sobre el misterio de la creación. El druida, debido a su iniciación, era capaz

de comprender la función de las franjas de ondas, pero él estaba rodeado de una masa humana primitiva, muy poco evolucionada para percibir la acción. Conforme a la voluntad superior, convenía, en esa época, depositar una centella que, entre los druidas, se traducía en la comprensión de la evolución universal.

Y la majestad de esa evolución, habiéndose grabado primitivamente con intensidad, la esencia de la doctrina, ha permanecido latente a través de los siglos. Tal era el objetivo del Druidismo, que debía ser el detentador del conocimiento de las fuerzas superiores.

Faltaba propagar entre el mayor número posible de personas la autenticidad de esa revelación. Dos factores han contribuido a su difusión: la teoría de las vidas sucesivas y los desórdenes materiales y morales que se extienden a través de la vida de los seres y de los mundos.

Hoy habéis podido ver, en el curso de la Historia, cómo nacen, crecen y menguan las pasiones, según las alternativas de progreso y de retroceso, y, por consiguiente, la elevación del ser humano desde el estado salvaje hasta el estado actual.

Las artes han florecido, pero su desarrollo fue obstaculizado por la atrocidad de las guerras. En suma, tras flujos y reflujos innumerables, llegaréis hoy a hacer que ciertos hombres comprendan que la naturaleza y lo humano son campos de observación magnética, que en ciertas condiciones vibran y comandan de tal forma, que constituyen las máquinas estáticas del orden universal.

El hombre moderno evolucionado obtendrá sus directrices por la acción de fuerzas superiores y será comparable a la antena de vuestros telégrafos sin hilo. No está lejano el día en que seréis convencidos de que lo infinito es el propio Dios y de que la vida universal circula por todas partes, siendo los Espacios los campos vibratorios radiantes.

Allan Kardec

14 – El Celtismo y la Naturaleza. La evolución del pensamiento.

29 de octubre de 1926.

El Celtismo es el símbolo de un pensamiento que emana de lo infinito y es transmitido por corrientes tomadas en préstamo a las arterias de la vida universal. Es una de las formas evolutivas de la vida vibratoria del Espacio. Los árboles han ayudado poderosamente en la absorción de esas vibraciones. El suelo y las plantas, que ahí están adaptados, han actuado en el mismo sentido.

El ser humano ¿también absorberá esas vibraciones? El druida, viviendo en lo íntimo de la Naturaleza, al adaptarse por lo que había absorbido, a la vida en el Espacio, fue uno de los primeros seres que registró las vibraciones bajo la forma de intuiciones. Pero el druida era un ser algo especial, animado de una fe ardiente. Él se exteriorizaba en una gran amplitud de la vida material ambiente. Era un ser evolucionado, pero los seres rudimentarios que vivían a su alrededor, tardaron siglos antes de ser capaces de absorber las ondas del espacio.

Recorriendo la Historia, podréis constatar que las fluctuaciones morales se han alternado con las fluctuaciones materiales. Al igual que los druidas tenían en cuenta el flujo y el reflujo del mar, las civilizaciones humanas se han inspirado en el flujo y reflujo del pensamiento.

Según la ley de las reencarnaciones, las masas humanas no han llegado a la misma evolución, pues no absorben en un mismo grado las ondas del espacio. Hubo, entonces, un retroceso después de los tiempos druídicos. Era preciso civilizar al ser humano, infundiéndole inicialmente el Cristianismo y después el culto a la belleza por las Artes y las Letras. Finalmente, cuando el punto de vista científico se desarrolle, el Celtismo y la ciencia, fatídicamente, habrán de unirse.

La doctrina céltica, en su pureza y belleza, es como la esencia de la enseñanza inspirada por la fe en la vida superior. A lo largo de la Historia el ser humano ha sido conmovido, en épocas diferentes, por inspiraciones geniales, y si comparáis la enseñanza de los druidas con la recepción intuitiva de pensamientos superiores más o menos modernos, podréis verificar que hay cierta correlación.

Haciendo caminar en igualdad la civilización humana y la elevación del pensamiento, partiendo del punto de vista céltico, veréis que, en todos los grandes momentos de la Historia, la chispa más o menos genial de vuestra raza se alimenta de las fuentes puras del Celtismo. Si bien, con el flujo y el reflujo del pensamiento, esa chispa ha quedado encubierta en diferentes momentos por la falta de homogeneidad de los seres que vivieron en determinadas épocas. Hay una ley que exige que el progreso de la encarnación no sea siempre constante. Aunque en la creación de un mundo haya siempre elementos imperecederos tomados prestados de la vida universal.

Los primeros druidas inculcaron en las poblaciones una fe muy viva, por medio de ejemplos extraídos de la naturaleza, pero en determinado momento la fe quedó oscurecida y fue discutida. Su forma ha cambiado a través de los tiempos, pero si analizáis todas las religiones, ahí encontraréis siempre la esencia de lo divino que anima, incontestablemente, la doctrina céltica pura.

Por eso el Celtismo reconoce la existencia de un foco superior que ejercerá influencia en las condiciones racionales sobre el ser humano que habita vuestro globo. Tal como el druida fue afectado por las ondas del espacio, la fe, bajo múltiples formas, ha tocado a los seres a través de los tiempos, y ahora fe y ciencia deben reencontrarse.

En el presente, puedo decir que el ser humano, tras cierto número de encarnaciones, y cuando posee una sensibilidad constante y equilibrada, recibe directamente los pensamientos transmitidos por ondas del espacio, que completan su libre albedrío,

pero es preciso que llegue a un desarrollo superior para recibir esas vibraciones. Ha de estar exento de las emanaciones materiales que se desprenden de su ser y paralizan la marcha del fenómeno de la recepción. Si el druida recibía casi directamente las intuiciones, se debe a que él bebía en las propias fuentes de la naturaleza.

Él era, por destino, un iniciado. Con el correr de los tiempos esos iniciados fueron reencontrados; se les podría llamar neodruidas. No adelantaré mucho diciéndoos que en el futuro, si la fe ardiente no penetra en lo íntimo de ciertos individuos, al menos vosotros registraréis, con auxilio de vuestro trabajo científico, fenómenos sorprendentes. Publicaréis la marcha ascendente y descendente de las huellas de ondas extra-planetarias.

Los druidas enseñaron la existencia de esas fuerzas desconocidas. Las vibraciones de amor hacia el foco divino, la figuración de la naturaleza siempre animada, fueron los primeros signos de que todo en el Universo está regido por leyes superiores. Las vibraciones armónicas mantienen la vida y hacen discurrir a través de sus anillos la luz que esclarecerá el misterio de la vida superior y divina.

La doctrina materialista basada únicamente en la ciencia zozobrará. La doctrina espiritualista basada en la fe y en la experiencia debe auxiliar en la iniciación progresiva. Es preciso que la inspiración gradual dada por la fe espiritualista vaya a la par con la ciencia. La ciencia es el faro y la fe es la luz que lo hace alumbrar.

Allan Kardec

15- Juana de Arco, espíritu céltico, anunciada por Jules Michelet.

Amé a Francia y mi alma ha sido iluminada por un ideal superior. He consignado mi modo de ver en mi obra *Histoire de France*. Con el auxilio de Juana de Arco, a quien he glorificado, este ideal me ha ayudado a desencarnar, a hallar mi camino en la

luz celeste. Este espíritu, que hasta el momento llamáis “Espíritu Azul” es sinónimo para vosotros de espíritu de luz, de patriotismo y de amor. Al pronunciar su nombre, he sentido efluvios radiantes que me indican que Juana de Arco tenía la posibilidad de venir hasta vosotros y participar en vuestra próxima sesión.

El Celtismo, a mi parecer, es la centella embrionaria absolutamente necesaria para la irradiación de la vida nacional francesa. Gracias a ese esplendor de la esencia divina no está aniquilada la molécula que se transmite a través de las generaciones francesas. La alternancia de los retornos de escepticismo y de materialismo con las efusiones de luz idealista constituye un juego de leyes de la reencarnación.

Juana de Arco encarna en su más alto grado esta alma céltica, que de modo fundamental se inspira en tres grandes elementos: la fe en la fuerza divina, la fe en la vida renaciente a través del espacio y la sensación de sus reflejos sobre la criatura francesa. Lo cual se traduce en el patriotismo nacional y el amor de Dios Creador. Juana de Arco recibió durante toda su vida de misionera la irradiación proveniente de las moléculas de orden divino. Si los ojos de su cuerpo rehusaban mirar la luz astral, su subconsciente estaba esclarecido por la vía celeste. Por eso ella tuvo una fuerza genial, cuya inspiración fue un ideal de belleza y amor. Juana, como misionera y como francesa, vino a traer a los pueblos bárbaros, desorientados y disgregados, la iniciación que les debía servir de ayuda indispensable.

En el transcurso del tiempo y de las generaciones es preciso que, de vez en cuando, un polo tan poderoso como puro reciba las vibraciones que forman la corriente de la vida universal. Desde las épocas más remotas, grandes iniciados han venido a los mundos; vosotros habéis tenido sobre vuestra Tierra a: Buda, Cristo y Juana de Arco.

El Celtismo es una de las formas de la voluntad divina, visto que su doctrina emana directamente de los focos superiores; y que los druidas fueron, sobre vuestro suelo, los primeros seres capaces

de comprender y transmitir las impresiones y las enseñanzas recibidas por la iniciación, capaces, también, por la irradiación, de propagar una enseñanza saludable para las masas populares.

Juana de Arco fue inspirada por sus voces del Bosque Chenu. Ella recibió de espíritus superiores las enseñanzas que hicieron de ella la heroína sagrada. El druida, con su guadaña de oro en las manos, no veía los ángeles del bosque de Chenu, pero recibía su pensamiento a través de la luz divina, en una sola palabra, he aquí la impresión que sentía el druida. Él caía en éxtasis inspirándose en la naturaleza y veía, en cierto momento, a todo su ser entrar en vibración. Él se sentía como por encima del suelo, y su personalidad física estaba rodeada de una aureola de efluvios, a veces calientes, suaves o fuertes, y esto lo podéis traducir en lenguaje moderno como atracción extática, vibración constante y recepción de ondas radiantes en todo ser humano. El druida era, en realidad, un médium dotado de facultades psíquicas y morales bastante desarrolladas.

En ciertos momentos, el druida no solo sentía la influencia astral, sino que además veía luces, vapores y condensaciones fluídicas. Si viviese en nuestra época actual, y gracias al progreso de la ciencia, él podría explicar mejor y asimilar todos esos fenómenos, pero en su tiempo todo le parecía maravilloso.

Cuando veía solamente condensaciones de vapores, tenía la impresión de que un primer círculo ocultaba otras luces. Y cuando sentía una transmisión desde el punto de vista de la iniciación, le parecía que un ciclo encubierto daba por terminada la presencia de la fuerza de las fuerzas y que él debía inclinarse ante esa voluntad desconocida. Con la desaparición de esas impresiones, una especie de aturdimiento, de desaliento, de embotamiento, sucedía al éxtasis, y la voluntad del ser humano, animada por un deseo formado antes de su nacimiento, llevaba al druida la fuerza de continuar la enseñanza y de propagar a su alrededor la fe naciente. Además, en general, el druida tenía el don de exteriorizar las radiaciones que ejercían influencia sobre los seres que lo rodeaban. Juana de Arco

recibió las mismas impresiones que el druida, pero en un sentido todavía más elevado.

El reconocimiento de los tres ciclos se alternaba en planos bastante distintos: el plano de orden divino, que esparce su luz y anima a los grandes espíritus; el todo envuelto en una luz más o menos viva, que toca a las criaturas bajo la forma de la gracia; el tercer plano, próximo a la Tierra, el más humano. Juana de Arco fue, entonces, en su época, la gran iniciadora celta, pues había venido en misión para diseminar en su entorno la fe que debía salvar por la abnegación, el dolor y la renuncia; su irradiación humana fue grande, su irradiación espiritual es inmensa. Cada parcela fluídica que emana de su alma tiene el don de guardar, a través de los espacios, los rayos de luz superior que representan lo astral divino; y cuando el pensamiento de Juana toca un ser humano, ella se queda como adornada de un tocado de oro sobre el cual brilla una gota de luz divina.

Juana había venido en aquel momento para restaurar una atmósfera viciada por la flojedad, por el placer y por el materialismo. Si el druida dio el toque inicial, Juana de Arco revivificó, en su tiempo, el brillo de una luz que se oscurecía, tamizada por vidrieras, oscurecida por el ribete de la pasión y la materia.

Es preciso, entonces, asociar la luz de Domremy a las luces de la Armórica. Por cierto, los druidas no solo permanecieron en la Bretaña, sino que fueron hasta las vertientes de los Vosgos.

Yo concluyo prosternándome ante Juana, puesto que ella obtuvo de su suelo regional la herencia céltica transmitida por generaciones.

La fe divina está por encima de todo; los grandes misioneros deben haceros comprender que el amor de Dios, el amor a la humanidad y el amor a la patria son las esencias de las vibraciones célticas.

Jules Michelet

16 – El Celtismo en la conciencia francesa.

(Mensaje del “Espíritu Azul”)

10 de octubre de 1926.

No sin emoción vuelvo a esta tierra donde viví dedicándome a mi patria, y de donde partí para las esferas divinas. Hacéis un libro sobre el Celtismo y debo daros mi opinión sobre esta cuestión, puesto que os estoy agradecida por haber escrito sobre mi modesta vida.^{lxx}

Como reconocimiento, oro a Dios y a sus elegidos, de todo mi corazón, para bendeciros y para daros intuiciones que permitan al alma regocijarse en la belleza y en la luz de los cielos.

El Celtismo es la centella animadora de la fe superior junto al ser sobre el cual actúa; este ser es, particularmente, el francés. Él representa la molécula inicial que hizo nacer en nuestros antepasados el conocimiento de lo infinito. Fue uno de los rayos que llevó a la Tierra el recuerdo del pasado creador. Fe religiosa, fervor en la evolución del ser, trabajo de la conciencia a través de la Historia, tales son los principios recibidos por los druidas y transmitidos por la palabra, a las familias que los rodeaban.

Bajando al fondo de nuestras conciencias, encontramos la raíz del bien y del mal; y también al Celtismo debemos el libre albedrío, en el sentido de que, recibiendo la iniciación superior y no pudiendo ya negar el conocimiento de Dios, nuestro ser será impregnado de ese fluido superior que afectó al druida y se esparcirá sobre las criaturas. Según la marcha de la Historia, hubo deformación de la iniciación primaria, pero no se debe negar que fue el druida quien transmitió el rayo superior sobre la parte del planeta que nos interesa. Cantando la gloria de las esferas invisibles y recibiendo la luz, el doble sentimiento del amor divino y del patriotismo integral fueron revelados.

Si el Celtismo nos reveló la luz divina, si esta luz hace vibrar nuestras conciencias y nuestros corazones, se debe a que estos

corazones, bañados en una fe mística, deben esparcir en torno a sí las virtudes y los beneficios recibidos.

El rayo céltico nos enseña además a amar la tierra nativa, y un sentimiento que los resume a todos nació desde ese tiempo; éste no se desarrollará a no ser más tarde y según los siguientes eventos: el amor por el país, el patriotismo.

Luz divina que descendiste sobre nosotros por el mismo rayo que tocó a los druidas, tú has llegado para agilizar en el ser humano el sentido más resplandeciente. Los corazones han tenido un impulso maravilloso para sumergirse en el éter astral. Del primer rayo que tocó al druida, a los impulsos desinteresados y generosos que animan a la criatura, hay una correlación muy estrecha.

Era preciso que el suelo de Francia fuese bañado por vibraciones cósmicas. El rayo céltico dio el impulso y la forma, como una de las mallas de la red que envuelve a la Tierra, y debe mantener entre ella y el espacio una comunión intervibratoria que es la prueba de la vida universal.

Luz de Dios, que has venido a tocar el suelo de Francia, tú que fuiste transmitida por el antiguo druida, disemínate sobre las criaturas e infunde en sus corazones las virtudes nobles; libera sus sentimientos de las moléculas materiales que oscurecen su espíritu y paralizan su elevación hacia lo infinito. Desde el punto de vista idealista, luz del espacio, copos de amor desprendidos del corazón del Altísimo que el druida recogió: que tus radiaciones permanezcan íntimamente ligadas a las criaturas de Francia. Desde la época del primer contacto, el rayo céltico siempre vibra, pero la materia, desgraciadamente, lo ha oscurecido. Vendrá, ciertamente, el día en que las conciencias se liberrarán de la ganga material. El Celtismo retomará entonces, como en tiempos de los druidas, toda su actividad; pero mientras espera, es preciso alabar a las almas generosas que, felizmente, por la intuición, diseminan en torno a sí el amor de Dios transmitido por las vibraciones del espíritu céltico.

¡Oh, mi Francia bienamada, respira este azul fecundo! Que Dios jamás te abandone; que las naturalezas de elite te den su alma y su

corazón. Que un movimiento de desinterés generoso abra al ser humano horizontes de luz ilimitados. Las ondas que a cada segundo abordan el planeta, emanan del rayo que sobre todo el territorio de Francia se puede llamar céltico. Que el maná divino, que las ondulaciones creadas por las esferas de luz se propaguen sobre todos los corazones franceses. Muchas conciencias los sienten, pero me gustaría que el número se generalizase y que Dios comulgase por las vibraciones de su corazón con el corazón de mis hermanos amados que serán un día los iniciados en el reino de Dios.

¡Bendito sea el druida, el primer sacerdote, el primer apóstol de Francia! Gracias a su inspiración los espíritus desencarnados han podido abreviar en las tazas que difunden la luz de Dios. Que las vibraciones del espíritu céltico nunca se interrumpan, que el horizonte se ilumine sobre nuestro bello país; que las almas más dóciles, más suaves, tengan más impulso en dirección a vos, ¡oh, Dios mío!

Que este libro, escrito con sinceridad y elevación de conciencia absolutas, permita a todos los franceses volver sus almas hacia lo infinito. Que la luz céltica se alíe a la fe en Dios Todopoderoso y al suelo nutricional, símbolo de la patria que representa el reino de Dios sobre la Tierra.

Dios es la luz superior, la vida inicial, la grandeza eterna. Estudiando y analizando el Celtismo, esta fuerza aumenta; un deseo de comprender las leyes de la vida universal se apodera de la criatura humana. Yo deseo, de todo mi corazón, que la fe céltica reavive la esperanza en cada corazón humano y, si el autor de este libro logra hacer comprender que la fe es uno de los misterios de la Creación, una centella de la luz divina tocará al lector y le hará comprender que Dios no lo abandonará jamás.

Juana de Domremy
(Espíritu Azul)

– FIN –

Notas:

¹ Se trata de la obra de Léon Denis, *Juana de Arco, Médium*.

¹ D'Arbois de Jubainville, en su curso del Colegio de Francia, a veces se dedicaba a una demostración en la pizarra a fin de establecer el grado de parentesco de las lenguas indoeuropeas. Tomaba una palabra que traducía en gaélico, alemán, ruso, sánscrito, griego, latín, y descubría que, bajo aquellas diferentes traducciones, esa palabra tenía una misma raíz.

¹ *Arverno* – individuo de los arvernos (formación latina “arvernil”), pueblo de la Galia Central o Galia Céltica que habitaba la región montañosa (Puy de Dôme, Mont-Dore y Cantal) hoy denominada Auvernia, una antigua provincia francesa. (Nota de la Revisora. Sus notas subsiguientes contendrán solamente las iniciales N.R.)

¹ Ver, en el capítulo XIII, al final de esta obra, los mensajes números 5 y 6 de Allan Kardec.

¹ *Lictor* – oficial que en la antigua Roma, provisto de un manajo de varas y un hacha, acompañaba a los magistrados para las ejecuciones de la justicia. (N.R.)

¹ *Burgundios* – Antiguo pueblo germánico que invadió la Galia, estableciéndose en la Cuenca del Ródano. (N.R.)

¹ Reproducido en Braille, en *Lumière*, de 15 de enero de 1926. Ese artículo fue inspirado por testigos de la época y, principalmente, por el escritor Lactance.

¹ Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo I, p. 370, Editora Champion.

¹ Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo II, p. 289.

¹ Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo II, p. 371.

¹ S. Téry – *L'Ile des Bardes*. Editor Flammarion.

¹ S. Téry, *L'Ile des Bardes*, p. 113.

¹ Librería Payot, Boulevard Saint-Germain, 106 y en las Ediciones Jean Meyer, Calle Copérnico, 8, París.

¹ Ver, al final del volumen, los mensajes de Allan Kardec sobre la corriente céltica.

¹ Le Goffic – *L'Âme Bretonne*, 2ª serie, p. 273.

¹ Le Goffic, *L'Âme Bretonne*, p. 203.

¹ Ver el cuadernillo *Une Visite Nocturne à Holyrood*.

¹ Ver la revista *La Bretagne Touristique*, de 15 de octubre de 1924.

¹ Ver Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, volumen I, p. 4 y siguientes, Champion, editor, y H. de la Villemarqué, en *Le Barzaz-Breiz*, Perrin y Cía. editores.

¹ Se trata, probablemente, de René Viviani, político francés nacido en 1863, en Sidi-bel-Abbès, que fue Presidente del Consejo al inicio de la Gran Guerra. Murió en 1925 (N.R., según el *Nouveau Petit Larousse Illustré*.)

¹ Ver *Vercingétorix*, de Camille Jullian, p. 93, Editora Hachette.

¹ Editor Albin Michel, calle Huyghens, 22, París.

¹ Ver *L'Initiation de Vercingétorix*, André Lebey, pp. 191, 201, 205.

¹ *Comentarios de la Guerra Gálica*, César.

- ¹ Obra citada, p. 133.
- ¹ *Brumario* – Segundo mes del calendario republicano francés. (N.T.)
- ¹ Ver *Les Grandes Légendes de France*, p. 65.
- ¹ Maurice Barrés, *Au service de l'Allemagne*, cap. VI.
- ¹ *Les Grandes Légendes de France*. Ed. Perrin.
- ¹ *Tumulus* – construcción de piedras en forma de cono, que los antiguos elevaban por encima de las sepulturas. (N.R., según el *Nouveau Petit Larousse Illustré*.)
- ¹ Ver la obra *Les Vosges Pittoresques*.
- ¹ Ver Parisot, *Histoire de Lorraine*.
- ¹ Maurice Barrès, *Le Mystère en pleine Lumière*, pp. 189 e 190.
- ¹ Página 200 de la obra citada.
- ¹ Las druidesas, según Dupiney de Vorepierre, predijeron el futuro de Aureliano, de Alejandro Severo y de Diocleciano.
- ¹ Ver mi libro *Juana de Arco, Médium*.
- ¹ *Crónica del Cerco de Orleáns*.
- ¹ Jean Reynaud, *L'Esprit de la Gaule*, pp. 13 e 14.
- ¹ Obra citada, tomo VI, capítulo XIV.
- ¹ Ver mensaje del espíritu Allan Kardec al final de esta obra.
- ¹ Ver escala druídica y espírita en la *Revue Spirite*, abril de 1858, ítem “El Espiritismo entre los Druidas”. (N.T.)
- ¹ Ocurre lo mismo respecto de otras materias, por ejemplo, en cuanto al americanismo o a la historia de América antes de Cristóbal Colón.
- ¹ Un caso semejante es el de Sócrates, que era médium y recibía directamente la gran doctrina sin recurrir a viajes, como declara al final de la obra *Gorgias*, según Platón.
- ¹ Ver mensaje nº 1, en el capítulo XIII.
- ¹ Traducción de *Llevelyn Sion*.

- ¹ Ver en *L'Esprit de la Gaule*, de Jean Reynaud, pp. 96 e 100.
- ¹ Según *Barddas, cad. Goddeu*, en traducción del gaélico.
- ¹ Ver en *L'Esprit de la Gaule*, p. 61.
- ¹ En la obra *A Camino de la Luz*, Francisco C. Xavier, FEB, el autor espiritual, Emmanuel, da a entender que Jesús sólo tuvo una vida en la Tierra (capítulo I, p. 18 y capítulo XXIV, p. 210, 9ª edición). Ver también *La Génesis*, Allan Kardec, capítulo XVII, pp. 45 y 58. (N.T.)
- ¹ Ver mis libros *Cristianismo y Espiritismo* y *El Problema del Ser y del Destino*. Según el *Bhagavad-Gita* (traducción de Emile Burnouf, C. Schlegel y Wilkins, Krishna así se expresa: “Vosotros y yo hemos tenido varios nacimientos. Los míos son conocidos únicamente por mí, pero vosotros no conocéis los vuestros. Aunque yo ya no esté, por mi naturaleza, sujeto a nacer o a morir, todas las veces que la virtud declina en el mundo, y que el vicio y la injusticia vencen, entonces yo me hago visible, y así me presento, de tiempos en tiempos, para la salvación del justo, el castigo del malo y el restablecimiento de la virtud.”
- ¹ Según *Le Cycle Mythologique Irlandais et la Mythologie Celtique*. Ver también *Annales de Tigernach*, de Whitley Stokes, con casos de reencarnación, y el *Cours de Littérature Celtique*, de d'Arbois de Jubainville.
- ¹ Ver encuesta ordenada por el Marajá de Bhartpur, confiada al Dr. Rao Bahadur que la llevó a cabo con una perfecta consciencia científica; la revista *Kàlpaka* publicó cuatro casos circunstanciados y detallados de recuerdos de vidas pasadas en niños. Ver *Revue de Métapsychique* de París, julio y agosto, 1924.
- ¹ Editado en portugués, por la FEB, bajo el título *La Reencarnación*. (N.T.)
- ¹ Compárese con la *Revue Spirite*, abril de 1858, Edicel, 1ª edición. (N.T.)
- ¹ Traducción del gaélico, por Llevellyn Sion.

¹ *Después de la Muerte, Cristianismo y Espiritismo y El Problema del Ser y del Destino.*

¹ En sus escritos, Cicerón alaba la ciencia profunda de Divitiac, el único druida que fue a Roma.

¹ Citado por Jean Reynaud en *L'Esprit de la Gaule*.

¹ Edición Gabalda, París, y Edición Lecoffre, 1911, París, 410 páginas.

¹ Ver sobre ese asunto los testimonios de Tácito, Diodoro de Sicilia, Pomponius Méla, Estrabón, Aristóteles, etc., citados por Jean Reynaud en su obra *L'Esprit de la Gaule*. (*)

(*) Ver también la obra magistral de J. Markale, *La Femme Celte*. (N.T.)

¹ Barzaz-Breiz, *Chants Populaires de la Bretagne*, Editor Perrin.

¹ Ver *El Problema del Ser y del Destino*, capítulo XIV.

¹ Ver mi libro *En lo Invisible, Espiritismo y Mediumnidad*.

¹ Ver *En lo Invisible, Espiritismo y Mediumnidad*, cap. XXIII.

¹ Ver, de este autor, *Le Mystère en Pleine Lumière*, p. 21, obra póstuma, Librería Plon.

¹ Este libro fue escrito en 1927. (N.T.)

¹ De Armórica, parte la antigua Galia, hoy Bretaña. (N.T.)

¹ Sería Jiddu Krishnamurti (1895-1986), filósofo y escritor hindú. (N.T.)

¹ Debe tratarse de un error de transmisión mediúmnica, visto que el calor es una energía calorífica y, por tanto, formada de ondas. (N.T.)

¹ Debe tratarse de los rayos cósmicos, radiación penetrante que provoca la ionización del aire. Están formados de iones de hidrógeno y helio. (N.T.)

-
- ⁱ D'Arbois de Jubainville, en su curso del Colegio de Francia, a veces se dedicaba a una demostración en la pizarra a fin de establecer el grado de parentesco de las lenguas indoeuropeas. Tomaba una palabra que traducía en gaélico, alemán, ruso, sánscrito, griego, latín, y descubría que, bajo aquellas diferentes traducciones, esa palabra tenía una misma raíz.
- ⁱⁱ *Arverno* – individuo de los arvernos (formación latina “arvernil”), pueblo de la Galia Central o Galia Céltica que habitaba la región montañosa (Puy de Dôme, Mont-Dore y Cantal) hoy denominada Auvernia, una antigua provincia francesa. (Nota de la Revisora. Sus notas subsiguientes contendrán solamente las iniciales N.R.)
- ⁱⁱⁱ Ver, en el capítulo XIII, al final de esta obra, los mensajes números 5 y 6 de Allan Kardec.
- ^{iv} *Lictor* – oficial que en la antigua Roma, provisto de un manojo de varas y un hacha, acompañaba a los magistrados para las ejecuciones de la justicia. (N.R.)
- ^v *Burgundios* – Antiguo pueblo germánico que invadió la Galia, estableciéndose en la Cuenca del Ródano. (N.R.)

vi Reproducido en Braille, en *Lumière*, de 15 de enero de 1926. Ese artículo fue inspirado por testigos de la época y, principalmente, por el escritor Lactance.

vii Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo I, p. 370, Editora Champion.

viii Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo II, p. 289.

ix Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, tomo II, p. 371.

x S. Téry – *L'Ile des Bardes*. Editor Flammarion.

xi S. Téry, *L'Ile des Bardes*, p. 113.

xii Librería Payot, Boulevard Saint-Germain, 106 y en las Ediciones Jean Meyer, Calle Copérnico, 8, París.

xiii Ver, al final del volumen, los mensajes de Allan Kardec sobre la corriente céltica.

xiv Le Goffic – *L'Âme Bretonne*, 2ª serie, p. 273.

xv Le Goffic, *L'Âme Bretonne*, p. 203.

xvi Ver el cuadernillo *Une Visite Nocturne à Holyrood*.

xvii Ver la revista *La Bretagne Touristique*, de 15 de octubre de 1924.

xviii Ver Le Goffic, en *L'Âme Bretonne*, volumen I, p. 4 y siguientes, Champion, editor, y H. de la Villemarqué, en *Le Barzaz-Breiz*, Perrin y Cía. editores.

xix Se trata, probablemente, de René Viviani, político francés nacido en 1863, en Sidi-bel-Abbès, que fue Presidente del Consejo al inicio de la Gran Guerra. Murió en 1925 (N.R., según el *Nouveau Petit Larousse Illustré*.)

xx Ver *Vercingétorix*, de Camille Jullian, p. 93, Editora Hachette.

xxi Editor Albin Michel, calle Huyghens, 22, París.

-
- ^{xxii} Ver *L'Initiation de Vercingétorix*, André Lebey, pp. 191, 201, 205.
- ^{xxiii} *Comentarios de la Guerra Gálica*, César.
- ^{xxiv} Obra citada, p. 133.
- ^{xxv} *Brumario* – Segundo mes del calendario republicano francés. (N.T.)
- ^{xxvi} Ver *Les Grandes Légendes de France*, p. 65.
- ^{xxvii} Maurice Barrés, *Au service de l'Allemagne*, cap. VI.
- ^{xxviii} *Les Grandes Légendes de France*. Ed. Perrin.
- ^{xxix} *Tumulus* – construcción de piedras en forma de cono, que los antiguos elevaban por encima de las sepulturas. (N.R., según el *Nouveau Petit Larousse Illustré*.)
- ^{xxx} Ver la obra *Les Vosges Pittoresques*.
- ^{xxxi} Ver Parisot, *Histoire de Lorraine*.
- ^{xxxii} Maurice Barrès, *Le Mystère en pleine Lumière*, pp. 189 e 190.
- ^{xxxiii} Página 200 de la obra citada.
- ^{xxxiv} Las druidesas, según Dupiney de Vorepierre, predijeron el futuro de Aureliano, de Alejandro Severo y de Diocleciano.
- ^{xxxv} Ver mi libro *Juana de Arco, Médium*.
- ^{xxxvi} *Crónica del Cerco de Orleáns*.
- ^{xxxvii} Jean Reynaud, *L'Esprit de la Gaule*, pp. 13 e 14.
- ^{xxxviii} Obra citada, tomo VI, capítulo XIV.
- ^{xxxix} Ver mensaje del espíritu Allan Kardec al final de esta obra.
- ^{xl} Ver escala druídica y espírita en la *Revue Spirite*, abril de 1858, ítem “El Espiritismo entre los Druidas”. (N.T.)
- ^{xli} Ocurre lo mismo respecto de otras materias, por ejemplo, en cuanto al americanismo o a la historia de América antes de Cristóbal Colón.

^{xlii} Un caso semejante es el de Sócrates, que era médium y recibía directamente la gran doctrina sin recurrir a viajes, como declara al final de la obra *Gorgias*, según Platón.

^{xliii} Ver mensaje n° 1, en el capítulo XIII.

^{xliv} Traducción de *Llevelyn Sion*.

^{xlv} Ver en *L'Esprit de la Gaule*, de Jean Reynaud, pp. 96 e 100.

^{xlvi} Según *Barddas, cad. Goddeu*, en traducción del gaélico.

^{xlvii} Ver en *L'Esprit de la Gaule*, p. 61.

^{xlviii} En la obra *A Camino de la Luz*, Francisco C. Xavier, FEB, el autor espiritual, Emmanuel, da a entender que Jesús sólo tuvo una vida en la Tierra (capítulo I, p. 18 y capítulo XXIV, p. 210, 9ª edición). Ver también *La Génesis*, Allan Kardec, capítulo XVII, pp. 45 y 58. (N.T.)

^{xlix} Ver mis libros *Cristianismo y Espiritismo* y *El Problema del Ser y del Destino*. Según el *Bhagavad-Gita* (traducción de Emile Burnouf, C. Schlegel y Wilkins, Krishna así se expresa: “Vosotros y yo hemos tenido varios nacimientos. Los míos son conocidos únicamente por mí, pero vosotros no conocéis los vuestros. Aunque yo ya no esté, por mi naturaleza, sujeto a nacer o a morir, todas las veces que la virtud declina en el mundo, y que el vicio y la injusticia vencen, entonces yo me hago visible, y así me presento, de tiempos en tiempos, para la salvación del justo, el castigo del malo y el restablecimiento de la virtud.”

¹ Según *Le Cycle Mythologique Irlandais et la Mythologie Celtique*. Ver también *Annales de Tigernach*, de Whitley Stokes, con casos de reencarnación, y el *Cours de Littérature Celtique*, de d'Arbois de Jubainville.

^{li} Ver encuesta ordenada por el Marajá de Bhartpur, confiada al Dr. Rao Bahadur que la llevó a cabo con una perfecta consciencia científica; la revista *Kàlpaka* publicó cuatro casos circunstanciados y detallados de recuerdos de vidas pasadas en niños. Ver *Revue de Métapsychique* de París, julio y agosto, 1924.

-
- lii Editado en portugués, por la FEB, bajo el título *La Reencarnación*. (N.T.)
- liii Compárese con la *Revue Spirite*, abril de 1858, Edicel, 1ª edición. (N.T.)
- liv Traducción del gaélico, por Llevelyn Sion.
- lv *Después de la Muerte, Cristianismo y Espiritismo y El Problema del Ser y del Destino*.
- lvi En sus escritos, Cicerón alaba la ciencia profunda de Divitiac, el único druida que fue a Roma.
- lvii Citado por Jean Reynaud en *L'Esprit de la Gaule*.
- lviii Edición Gabalda, París, y Edición Lecoffre, 1911, París, 410 páginas.
- lix Ver sobre ese asunto los testimonios de Tácito, Diodoro de Sicilia, Pomponius Méla, Estrabón, Aristóteles, etc., citados por Jean Reynaud en su obra *L'Esprit de la Gaule*. (*)
- (*) Ver también la obra magistral de J. Markale, *La Femme Celte*. (N.T.)
- lx Barzaz-Breiz, *Chants Populaires de la Bretagne*, Editor Perrin.
- lxi Ver *El Problema del Ser y del Destino*, capítulo XIV.
- lxii Ver mi libro *En lo Invisible, Espiritismo y Mediumnidad*.
- lxiii Ver *En lo Invisible, Espiritismo y Mediumnidad*, cap. XXIII.
- lxiv Ver, de este autor, *Le Mystère en Pleine Lumière*, p. 21, obra póstuma, Librería Plon.
- lxv Este libro fue escrito en 1927. (N.T.)
- lxvi De Armórica, parte la antigua Galia, hoy Bretaña. (N.T.)
- lxvii Sería Jiddu Krishnamurti (1895-1986), filósofo y escritor hindú. (N.T.)

^{lxviii} Debe tratarse de un error de transmisión mediúmnica, visto que el calor es una energía calorífica y, por tanto, formada de ondas. (N.T.)

^{lxix} Debe tratarse de los rayos cósmicos, radiación penetrante que provoca la ionización del aire. Están formados de iones de hidrógeno y helio. (N.T.)